Los incidentes más insólitos de nuestra historia

PERÚ BIZARRO



MARCO SIFUENTES



Marco

SIFUENTES



Con la colaboración de Diego Pereira y Yenisa Guizado



Perú bizarro

Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima - Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: junio 2022
ISBN: 978-612-319-764-3
Depósito Legal N° 2022-04729

A la memoria de Roberto Bustamante, **El Morsa**
Cu cu ca chú

ÍNDICE

UN PAR MÁS, Y GOLPEAMOS
LA VERDAD ESTÁ ALLÁ AFUERA
ALGÚN TIEMPO EL PERUANO OPRIMIENDO
PPK Y LA PÁGINA ONCE
TAPADAS EN CALIFORNIA
EL VECINO NAZI
HUAQUEROS, ARQUEÓLOGOS Y CHAMANES
ÉL VISITÓ GANÍMEDES
LA AMAZONA DE LOS ANDES
LA DANZA MACABRA DE NORKA ROUSKAYA
EL *PRIMER* NIÑO TERRIBLE
CONSTRUYENDO A UNA HEROÍNA
LAS PRIMERAS ALCALDESAS
LA PRINCESA DEL POP
CÓMO UN NIÑO SE CONVIERTE EN HÉROE
UN ESPECIAL DEL HUMOR
LA MASACRE DE WANCHO LIMA
NO SE CANSA ESTE PATA
ESE HOMBRE NO ES JORGE CHÁVEZ
LA TRAICIÓN DE TORRE TAGLE
A HARD DAY'S NIGHT EN LIMA
THE FIRST TECNÓCRATA
POLLITO FATAL
LA ESCUELA (PÚBLICA) DE LA CUMBIA
AMAZÓNICAS Y TROPICALES AVENTURAS DE LEONCIO PRADO
¿QUIÉN SE ROBÓ LAS AGENDAS DE NADINE?
CORRUPCIÓN DE MIERDA
THE INCA JEWS
EL FUNDADOR OLVIDADO
EL VINO COLOSAL
HÉROES VS. VILLANOS
LA MAGOCRACIA
LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA COCAÍNA

INTRODUCCIÓN
«¿POR QUÉ TODOS ME ODIAN, SUPERBOY?»

Esas fueron las primeras palabras de Bizarro, el enemigo de Superman. Se leen en la portada del número 68 de la revista *Superboy*, publicada en octubre de 1958, con la primera aparición del personaje. Se trataba de un clon defectuoso del kryptoniano con una peculiaridad: todo lo entendía al revés. Se despedía diciendo «hola» y saludaba con un «adiós». El problema es que eso incluía entender como *bueno* lo *malo*. Esto último, mal que nos pese, suena como a cierto país, ¿no?

Por eso aquí hemos querido adentrarnos en esa paradoja que es la peruanidad. Rescatar algunas de esas historias extravagantes, estrafalarias, estrambóticas que parecen aglutinarse en este territorio donde abajo es arriba, adentro es afuera y una mala gestión presidencial no solo te premia con una reelección sino con la elección de tus hijos también como gobernantes.

Interrumpimos esta introducción para informarles que, en estos precisos instantes, el típico insufrible de redes sociales está levantando su dedo índice para indicar que «de hecho, en el idioma castellano, *bizarro* no significa ‘raro’ ni ‘extravagante’, sino ‘valiente’ o

‘espléndido’, casi el antónimo de su erróneo empleo como galicismo o anglicismo». El insufrible sigue con el dedito levantado. Adelante, estudios.

Ya. No es cierto. Hasta la vetusta RAE hubo de sucumbir ante el uso generalizado y no tuvo más remedio que bendecir lo raro y extravagante. Vayan, miren el diccionario. Los esperamos.

Verán allí que los otros significados aún se listan, pero hay que ser bien huachafo para usar, en pleno siglo XXI, la palabreja como sinónimo de ‘valiente’ o ‘espléndido’. Por eso es que aquí —militantes de la huachafería, esa forma tan peruana de ser bizarros— utilizaremos también esos significados. En las siguientes páginas, encontrarás además narraciones que son *bizarras* de esas formas. En esas acepciones tan descontinuadas como la valentía y el esplendor de algunas de nuestras figuras históricas, sobre todo de aquellas que fueron o son incómodas para cierto *statu quo*, aquellas que resultan insólitas para nuestra historia.

Pero, un momento, este libro proviene de una franquicia. También existen las mismas versiones de este tomo en Chile o Colombia o, por supuesto, México, donde se originó esta saga. ¿Eso significa que nuestra calidad de bizarros no es realmente tan especial? Quizás es como ese mítico concurso de himnos nacionales más bonitos, en el que todos los países latinos están convencidos de haber alcanzado el segundo lugar —después de la Marsellesa, obvio—. Quizás no somos tan diferentes, tan únicos, tan bizarros como pensábamos.

Descuiden, aquí estamos para defender la blanquirroja.

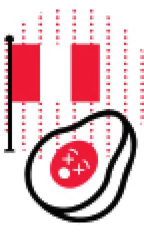
A continuación, un intento por mostrar el *bonus track*, el lado B, el borrador sin enviar. La aspiración a rehuir de la historia oficial. Ya saben: la limeña, blanca, católica, masculina, heterosexual y pelada. También hay de esa, claro, porque es inevitable, pero hemos intentado abordarla no desde la normalización con la que se le suele presentar, sino desde la curiosidad que genera esa pequeña élite en el resto de un Perú cuya pluralidad se enarbola pero no se incorpora.

Varios de los relatos aquí mostrados podrían ser perfectamente libros enteros. Y, en muchos casos, ya lo son. Una de las misiones secundarias de este juego ha consistido en poner bajo los reflectores

algunas publicaciones muy socorridas en los ámbitos académicos de la Historia con mayúscula, pero poco accedidas por el gran público. En otros casos, el autor ha sido víctima de sus pequeñas obsesiones particulares por ciertos períodos (como los años previos a la guerra con Chile o los veinte o los noventa). Pero también se vio genuinamente sorprendido por las sugerencias que obtuvo de sus amigos, contactos en Internet y el equipo de producción editorial. Si leer este libro ocasiona una sorpresa parecida a las que surgieron elaborándolo, pues prepárense para un buen viaje.

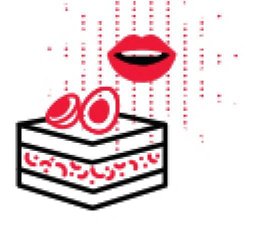
Bienvenidos, entonces, al Perú bizarro, a ese país donde conviven soñadores, artistas y científicos opacados por linajes inagotables de políticos impunes; donde las atrocidades inhumanas y los esfuerzos sobrehumanos coinciden en el tiempo y el espacio; donde la diversidad y la discriminación compiten entre sí por ser nuestra característica más saltante; donde arriba es abajo; donde lo malo es lo bueno; donde hola es adiós; donde lo bizarro es bizarro.

¿CÓMO LEER ESTE LIBRO?



PALTAS

A veces, si revisas bien la historia de nuestro país, es imposible no terminar palteado.



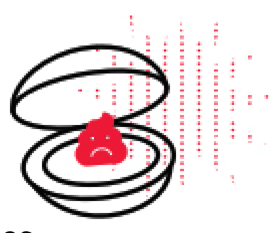
CAUSAS

Personajes con los que te hubiera encantado tomarte un pisco, un jugo surtido o lo que sea, con tal de escucharlos hablar de sus causas.



SANCOCHADOS

En el Perú, la cultura popular —de todo sabor— siempre deriva en un tremendo sancochado.



CONCHAS

El único término posible para clasificar a estos relatos sobre política.



EL COMBATE QUE FUE UN EMPATE

Sabemos que, cuando dos frentes disputan una batalla, la historia termina siendo escrita por los ganadores. Pero ¿qué pasa cuando ninguno de los bandos pierde? Algo que solo puede pasar en el Perú… y también en España.

El combate del Dos de Mayo es quizás lo que más nos une como peruanos. No tanto por el evento en sí —que resulta poco más que una trivia, al lado de otros hechos históricos que los peruanos aún revivimos como si fueran contemporáneos—, sino porque decenas de calles, jirones, avenidas e incluso óvalos llevan el nombre de este enfrentamiento. No importa mucho en qué parte del territorio nacional estés. Es muy probable que tengas cerca una quinta, quizás alguna galería y, de todas maneras, más de un parque llamado así, sin contar teatros, plazas y un hospital nacional. Todos estos espacios —incluyamos también una provincia y algunos asentamientos humanos—

llevan nombre de fecha porque fue en ese momento que defendimos nuestra independencia solitos. Sin necesidad de libertadores extranjeros. Solitos los peruanos. Nosotros contra España.

Durante años, nos dijeron que esta fue una victoria para el Perú. Un momento importante que demostró que juntos lo podemos todo, ¿verdad? Pero un peruano, migrante o turista, que pasee por la Gran Vía, en la zona más céntrica de Madrid, se topará con un cartel muy llamativo: Callao. Es la entrada a una de las estaciones de metro más trajinadas de la capital española. Si ese compatriota indagase el porqué de ese nombre, se llevaría una sorpresa: «¡Por nuestra victoria en el combate del Callao, chaval!».

Un momentito… ¿Quién ganó este combate?

Primero, un poco de contexto: en los años sesenta del siglo XIX, el Perú vivía una bonanza gracias a la caca. Al mismo tiempo, España miraba a sus antiguas colonias con nostalgia y antojo. Otros reinos europeos mantenían aún control de distintos territorios alrededor del mundo. Así que la Madre Patria decidió enviar una amigable flota a una simpática expedición científica en las costas del Pacífico. Inicialmente, las fragatas de la armada española fueron recibidas sin incidentes y, más bien, con gran cortesía en los puertos de las viejas colonias sudamericanas.

Pero todo marchaba demasiado bien para nuestros estándares históricos.

En agosto de 1863, explotó un conflicto entre unas familias peruanas y otras de origen vasco que trabajaban en cultivos de algodón en la hacienda Talambo (cerca de Chiclayo). La pelea acabó con dos muertos: un español y un peruano. El juez responsabilizó a los europeos de la pelea. Y fue ese gesto el que desató el conflicto.

A partir de ahí se sucedió una serie de eventos que, décadas después, hubiesen entrado en la categoría de «teléfono malogrado». Todo por culpa de, precisamente, el hecho de que no existía aún el teléfono ni ninguna otra forma rápida de comunicarse entre América y Europa. La escuadra española tomó decisiones que no le correspondían. Los Gobiernos americanos (porque el Perú terminó arrastrando a otros países al conflicto) no reconocían ciertos aspectos

de la diplomacia europea. La flota «invasora» terminó ocupando las islas Chincha, que representaban nada menos que el 80 % del erario nacional. A lo largo de varios meses, triunfó la política de hechos consumados, lo que desembocó en lo que los historiadores llaman, literalmente, «una guerra estúpida». Teniendo en cuenta que la guerra es una estupidez en general, pues, imagínense un conflicto «sin objeto ni objetivos y que nadie pone en claro de qué modo empezó».

El caso es que para mayo de 1866, tres años después del incidente en la hacienda Talambo, la cosa había escalado hasta un incidente bélico multilateral, que en el Perú se pintaba como un intento borbón de reconquista, mientras que en España se justificaba por las deudas que, supuestamente, tenían las viejas colonias sudamericanas con Madrid.

Como parte de esta guerra, una escuadra española, con casi trescientos cañones a bordo, recibió órdenes de bombardear Valparaíso. Era otro teléfono malogrado: el puerto chileno estaba indefenso. Pero órdenes eran órdenes, así vinieran con un océano de diferencia. Para tratar de lavar su honor, manchado con esta victoria inútil y abusiva, el almirante español Casto Méndez Núñez procedió a irse al otro extremo: enrumbar hacia el Callao, el puerto mejor defendido del Pacífico. Así no sería recordado solo por bombardear a civiles desarmados, sino también por librar el combate más feroz de esta brega.

Méndez Núñez llegó al Callao y avisó que tenían cuatro días para evacuarlo. Lo simbólico de esta acción se encuentra también en la fecha que eligió para el fin de la cuenta regresiva: seis décadas antes, el 2 de mayo se había convertido en una fecha memorable para los españoles, conmemoración de su propia gesta independentista contra los franceses. Hay un célebre cuadro de Goya que retrata ese levantamiento.

Del lado peruano, había cañones (no tantos: setenta), pero, sobre todo, mucha fe. La mayoría había sido adquirida recientemente y los artilleros no eran buenos en su uso. Pero lo que faltaba en preparación lo compensamos con hartas ganas. Las playas del Callao se inundaron de jóvenes para participar del combate. Civiles armaron el llamado

«cañón del pueblo», que ellos mismos financiaron. Multitudes trabajaron para fortificar el puerto. El registro es de una gran emotividad y patriotismo.

Por la mañana del 2 de mayo, el combate empezó por todos los flancos, casi a la vez. Por el norte, hicimos que los buques españoles se retiren. Sin embargo, el cañón del pueblo quedó inutilizado al comienzo de la batalla. Más hacia el sur, en las aguas de La Punta, nos estaban sacando la mugre. Al mediodía, explotó el semiarmado torreón de La Merced porque una bomba alcanzó sacos de pólvora. Allí murió José Gálvez, quizás el héroe civil más importante de nuestro panteón. Era el ministro de Guerra y no solo comandó las acciones en persona, sino que decidió que los peruanos no seríamos los primeros en disparar. Todavía importaba el honor.

A eso de las cinco de la tarde, cuando el sol ya se estaba yendo, se suspendió el fuego. Los daños en el Callao no fueron grandes, la población civil no sufrió muchas bajas, según el recuento peruano. Los buques españoles, que tampoco sufrieron grandes pérdidas, se retiraron. Por supuesto, la narrativa de cada bando aumentó los daños que, supuestamente, había sufrido su enemigo. Y cada versión cuenta con el testimonio presencial de algún extranjero —que se asume imparcial— que la respalda.

Así fue que lo que los españoles llaman el combate del Callao —y nosotros, el combate del Dos de Mayo— terminó con una insólita situación para estas lides: todos contentos. Ellos por haber cumplido su misión, nosotros por haber rechazado al enemigo. En Chile, Bolivia y Ecuador hubo festejos en las plazas y hasta se declararon feriados de celebración. En España, las noticias de la victoria del Callao se recibieron con fuegos artificiales y espectáculos callejeros. Lo cierto es que este fue el último incidente de envergadura de este conflicto. Cada uno decidió terminar así, ganadores y muy contentos. Una salida inteligente para una guerra incluso más estúpida de lo habitual.



EL VIRREY BARATA

Sobre cómo el caso Lava Jato desnudó la fragilidad del Estado peruano se ha escrito en kilométricas proporciones. Poco se ha dicho, sin embargo, sobre lo pintoresco que fue. Porque, si algo aprendió Jorge Barata sobre nuestra élite empresarial, es que resulta fácil de corromper porque se la pasa buscando con quién transar. Y con quién almorzar.

Luego de una década de trabajar en Ecuador, la empresa que lo contrataba decidió mandarlo al Perú. Era 1997 y el brasileño Jorge Henrique Simões Barata aterrizaba en Lima. Lo enviaba Odebrecht, que ya era la constructora favorita del Estado peruano.

Por entonces, Barata era solo un mando medio, pero ya estaba imbuido de la cultura empresarial de Odebrecht. Convencido de que las especificaciones técnicas no eran tan importantes como el nivel de oleaginosidad de las relaciones interpersonales, pronto Jorgito empezó

a hacerse un nombre en la alta sociedad peruana.

A comienzos de 1998, poco antes de irse a Trujillo[1] para laborar como director de contratos por unos años, se presentó ante Keiko Fujimori (entonces primera dama en reemplazo de su madre, Susana Higuchi) con un cheque de diez mil dólares de parte de Odebrecht para una de las fundaciones que la hija del dictador lideraba. Ese fue solo el inicio.

Regalitos, presentes, viajes, contratos para conferencias, donaciones para iniciativas y, por supuesto, coimas: esa era la misión, visión y todo lo demás de Odebrecht. Su política era latinoamericana: no hubo país en la región que no sucumbiera ante este modelo de negocios. Pero con el Perú hubo una química especial; era la empresa perfecta para nuestra clase dirigencial, casi como si se estuviese resolviendo una *saudade* milenaria. Y quien llevó esta relación al éxtasis fue Barata.

No fue sino hasta el año 2001 que Barata asumió la dirección de la superintendencia de la empresa. Se convirtió en algo así como el presidente de Odebrecht en el Perú. A su ascenso laboral había que sumarle el social. Para entonces, ya había establecido contacto con las altas esferas del poder en esta patria ancha y ajena. Porque resulta que entablar relaciones con los peruanos no era nada complicado para alguien como él. Ya saben, nada abre más puertas en el Perú que ser un extranjero en terno.

En el año 2003, la revista *Domingo*, suplemento semanal del diario *La República*, utilizaba, ingenuamente, su caso para abrir un reportaje sobre la integración peruano-brasileña. Contaba que sus hijas eran más peruanas que brasileñas, que preparaba *feijoada* para no perder contacto con sus raíces, que era amigo de los futbolistas brasileños que jugaban en equipos peruanos y que, junto a ellos, en casa, en un sillón de cuero verde, veían los partidos de la selección auriverde.

El reportaje no aclaraba quién era este señor con tan buenos contactos y televisor tan grande. Había una pista: su esposa Sara —o Sarinha— organizaba siempre «los carnavales cariocas con un grupo de amigos brasileños en el Perú, donde la samba suena y se baila interminable». Pero nada más.

Resulta que ese grupo, fundado y presidido por la esposa de Barata, era el Comité de Damas Amigas del Perú, una organización que se hizo célebre en la alta sociedad limeña por organizar, año tras año, esos verdaderamente apoteósicos «carnavales cariocas» que no eran tales, sino más bien un tremendo almuerzón con bailongo. Casi siempre, por cierto, en algún local enorme de la embajada brasileña. También eran conocidos como «la *feijoada* de Sara Barata», entre los entendidos, pues la esposa del ejecutivo se preciaba de supervisar su preparación en persona.

En las fotos —inmortalizadas en las redes— de esas concurridas juergas aparecen, bailando y abrazándose, políticos de todos los bandos, periodistas de todos los medios y empresarios de todos los sectores. Pero, eso sí, todos de un solo color: el verde. El verde de la camiseta de Brasil, claro. La alegría es solo brasileña.

Años después, a los fiscales brasileños les costaría entender la agenda de Barata. ¿No llevaba, acaso, un registro de sus encuentros laborales con políticos y empresarios? ¿Era tan fácil para él contactar con todo tipo de gente de las altas esferas peruanas? Barata tuvo que explicarles que *esa* Lima es muy chica y que su trabajo, básicamente, consistía en divertirse:

> El Perú tiene una característica, doctor. Le gusta mucho hacer almuerzos, cócteles. Era natural, durante la semana, tener dos o tres eventos y eran con las mismas personas. Y uno conversaba con uno o con otro. Era parte del día a día empresarial.

En todos lados existe el *networking*. Pero en Lima solo existe el *networking*. Las declaraciones de Barata en Brasil son una pequeña clase de la idiosincrasia de nuestra alta sociedad. En esos primeros años del siglo XXI, no solo ocurrió el ascenso laboral y social de Barata, sino también el meteórico disparo económico de Odebrecht. En el Perú había plata, mucha plata. La primera batalla a muerte de Barata, su primer despliegue de poder, para el que movilizó a congresistas y periodistas, para el que acorraló al Ejecutivo, fue un proyecto hídrico de un monto que hoy le sonaría risible: cuarenta millones de dólares. Pero eran otras épocas y peleó duro: con ese solo contrato podría

haberse llevado lo que normalmente, durante los noventa, ganaba en todo un año.

Ahora, comparen: solo tres años después, sus ambiciones se habían potenciado exponencialmente. Maniobró los hilos para imponerle al Perú un elefante blanco de mil millones de dólares: la carretera Interoceánica. Y con Toledo fue solo el inicio. Con Alan y con Humala consiguió contratos tan o más impresionantes. Con García, en especial, su relación fue «bastante cordial, bastante sincera»: el presidente no solo lo recibía con honores en Palacio, sino también en privado: fue a casa de Barata un par de veces y se sentó en el sillón de cuero verde a disfrutar de la *feijoada* de Sarinha. Literalmente, el presidente comía de su mano.

En palabras del fiscal Rafael Vela, Barata se había convertido en un virrey brasileño. Y toda Lima —comarca virreinal, al fin y al cabo— estaba encantada de ser parte de su corte. En privado, Barata los despreciaba y —peruanizado al máximo— les ponía chapas en la pulcra contabilidad que llevaba de sus coimas: Caballo Loco, Boca Chueca, Sancho Panza, Pastor Alemán, Sipán, Campanita, Alpaca, etcétera.

Hoy, mientras el caso Odebrecht se pierde en la bruma del olvido, ninguno de los viejos cortesanos de Barata lo recuerda con cariño. En su momento, ante la justicia y la prensa difundieron historias de cómo se ponía malcriado —incluso violento— si los contratos no quedaban exactamente, al pie de la letra, como él quería. Ahora, ni siquiera eso. Para ellos, Barata no existe. Nunca existió. Del último virrey del Perú y sus áulicos solo quedan unas incómodas fotos carnavaleras, todos comiendo, todos sonriendo, todos verdes —el color de Brasil, el color del dinero.

---

1 Durante el fujimorato, el interés más fuerte de Odebrecht en el Perú era Chavimochic, un enorme proyecto de irrigación en la sierra de La Libertad.



LOLO CONTRA HITLER

Cuando nadie sospechaba que Adolf Hitler llegaría al poder, la ciudad de Berlín fue seleccionada como la sede de las Olimpiadas de 1936. Llegado el momento, Adolfito vio una oportunidad perfecta para demostrar al mundo lo maravillosos que eran los nazis[2]*. Lo que no esperaba era que once peruanos le harían pasar el roche de su vida, echando por tierra su pretendida superioridad aria. Al menos, esa es la historia que nos gusta contar...*

El 1 de agosto de 1936 se inauguraron las Olimpiadas en Berlín, Alemania. El dirigible Hindenburg sobrevoló el estadio y Hitler apareció en escena. El evento, en el que participaron cuarenta y nueve países de todo el mundo, fue cuidadosamente planificado por Joseph Goebbels —el célebre ministro para la Ilustración Pública y Propaganda del régimen nazi— y por Albert Speer —un talentoso

arquitecto, nombrado ministro de Armamento—, encargado de la puesta en escena. Era evidente para todos que Hitler iba a utilizar el evento para demostrar sus delirantes hipótesis raciales. Por eso, en principio, Estados Unidos intentó boicotearlo, aunque finalmente terminó participando. Quien sí desistió fue España, que organizó la Olimpiada Popular en Barcelona como alternativa, aunque fue suspendida porque su guerra civil estalló al día siguiente.

Como se imaginarán, algo que sería denominado «las Olimpiadas nazis» terminaría pasando a la historia por varios incidentes memorables y polémicos, pero el que ocupa a los peruanos ocurrió el 8 de agosto, en el estadio Hertha BSC Platz. Ese día, nuestra selección nacional de fútbol habría de enfrentarse a Austria, país en el que Hitler había nacido.

Perú venía de arrasar de una manera abusiva con Finlandia. Una goleada de 7-3 que dejó a los finlandeses más fríos que las madrugadas invernales de Helsinki. Cinco de esos goles llevaron la firma del inmortal Lolo Fernández.

Sin embargo, en el segundo tiempo del partido con Austria, los peruanos parecían estar lejos de la victoria. Llegado el minuto setenta y cinco, solo dos goles se habían anotado y eran del lado austríaco. Pero llegaron sendas patadas salvadoras —la primera de Jorge Alcalde, la segunda de Alejandro *Manguera* Villanueva—, que igualaron el marcador en los últimos quince minutos.

En ese empate es que los senderos se bifurcan. Según la leyenda, el mismísimo Hitler se encontraba en el palco retorciéndose el mostacho de indignación. Llegó el tiempo suplementario y, en esos minutos extra, Perú encajó cinco goles. Si bien les anularon tres, el resultado final (4-2) fue suficiente para asegurar el pase a semifinales. Arrebatado de ira, el Führer ordenó reescribir la historia. Uno de los más entusiastas difusores de esta versión es el escritor Eduardo Galeano, quien relata esto en su libro *Espejos: una historia casi universal*:

> En las Olimpíadas de 1936, el país natal de Hitler fue derrotado por la selección peruana de fútbol. El árbitro, que anuló tres goles peruanos, hizo todo lo que pudo, y más, para evitar ese disgusto al Führer, pero

> Austria perdió 4 a 2. Al día siguiente, las autoridades olímpicas y futboleras pusieron las cosas en su sitio. El partido fue anulado. No porque la derrota aria resultara inadmisible ante una línea de ataque que por algo se llamaba el Rodillo Negro, sino porque, según las autoridades, el público había invadido la cancha antes del fin del partido. Perú abandonó las Olimpíadas y el país de Hitler conquistó el segundo puesto en el torneo. Italia, la Italia de Mussolini, ganó el primer puesto.

Galeano tenía una particular afición por contar esta historia. En una entrevista de 2012 contó que siempre les preguntaba a sus amigos peruanos por qué no la difundían en las escuelas. «Deben decir a sus niños: nosotros pertenecemos a un país que humilló a Hitler», sentenciaba.

Pero ¿qué fue lo que realmente pasó? El historiador Jaime Pulgar-Vidal y el periodista Luis Arias Schreiber hicieron la investigación respectiva y descubrieron más de una exageración. Para empezar, Hitler nunca estuvo presente en el partido. Su figura se introdujo en el relato durante los años cuarenta, cuando ya era el supervillano mundial.

En realidad, todo indica que el principal conspirador de esta historia fue una vieja conocida: la Hora Peruana.

Finalizado el partido, Austria reclamó señalando que un grupo de aficionados peruanos había invadido el terreno de juego al final del segundo tiempo. En realidad, se habría tratado del resto de la delegación peruana, pues tampoco es que la hinchada blanquirroja de la época viajara masivamente. A pesar de eso, el partido continuó, lo que indica que el incidente no fue tan grave. Sin embargo, luego de su derrota, los austríacos señalaron la invasión como causal de nulidad. La FIFA —organizadora de los eventos futbolísticos de esa Olimpiada— convocó a una apelación para la semana siguiente.

A las 17:30 horas del lunes 10 de agosto con un espectacular despliegue policial, se dio inicio a la audiencia. Sin embargo, los dirigentes peruanos, honrando la costumbre nacional, llegaron tarde. Según el periodista peruano Teodoro Salazar, citado por el diario *Marca*, la delegación peruana se retrasó admirando la parada militar

alemana. «Habría bastado que hubieran acudido a la cita a su hora para que se desestimara la protesta austriaca», asegura Salazar.

Finalmente la FIFA —y no el Führer— decidió anular el partido, y ordenó que se repitiera a puerta cerrada. Esto hizo que, en señal de protesta y a pedido expreso del presidente Óscar R. Benavides, la delegación peruana se retirase de los Juegos Olímpicos. Colombia hizo lo propio en muestra de solidaridad. Hitler no había tenido nada que ver, pero el episodio sí parecía revelar un evidente sesgo europeo de la FIFA.

En Lima, una turba lanzó piedras contra el consulado germano, mientras otra se dirigía a la Casa Ostern, donde flameaba la bandera olímpica, para desgarrarla al ritmo de nuestro himno nacional. En el Callao, los trabajadores portuarios se negaron a descargar dos buques mercantes alemanes. En la plaza de Armas, el presidente Benavides tuvo que dar un balconazo para calmar los ánimos y asegurar que el honor «sudamericano y americano en general» se encontraba intacto. Cuando el seleccionado llegó al puerto del Callao, fueron recibidos como héroes.

Pulgar-Vidal explica que el presidente Benavides se benefició del escándalo para ganar unos cuantos puntos en pleno año electoral. Si bien no participó en los comicios, aprovechó el ánimo sublevado para imitar a la FIFA: anuló las elecciones que había ganado Luis Antonio Eguiguren y se quedó en la presidencia. Un lunes cualquiera en la historia del Perú.

---

2 *Disclaimer* (porque así de triste es nuestra época): los nazis no son maravillosos.



LA PRIMERA UNIVERSITARIA

Aunque resulte difícil de creer, el Perú fue un país pionero en cuanto a la incursión de las mujeres en la educación superior. Al menos en el mundo hispanohablante, cuyo machismo proverbial persevera aún hoy. Quizás por esto mismo, la historia de María Trinidad Enríquez, la cusqueña que abrió el camino hacia las aulas universitarias, no llegó a tener el final de película que hubiera merecido.

Trinidad, como buena jurista peruana, fue también periodista y, además, educadora. De hecho, reconocía a la educación como una herramienta de cambio, capaz de permitirle a una persona tener un mayor control sobre su destino. Pero, claro, ella nació en el Cusco de 1846, tiempos en los que el destino de una mujer difícilmente incluía el desarrollo profesional. Eso sí, a todos quienes la conocían les quedaba claro que, si alguien podía llevar una carrera universitaria sin

problema alguno, esa era Trinidad.

Desde niña, María Trinidad Enríquez destacó por su inteligencia e interés en la vida académica. Estudió en el Colegio Educandas del Cusco —fundado por Simón Bolívar y aún hoy en actividad— hasta los ocho años, que fue cuando aprendió todo lo que podían enseñarle. Y nos consta que era tan buena que a los once ya enseñaba Geografía a niñas menores.

El Cusco de la segunda mitad del siglo XIX era una ciudad empobrecida pero orgullosa. Había muchas publicaciones para leer y más cosas sobre las cuales escribir. Se discutía acerca de la igualdad de las mujeres respecto a los hombres, de su educación y de la urgencia de separar a la Iglesia del Estado, temas serios y necesarios que evolucionaron hacia discusiones como el matrimonio civil, la abolición de la pena de muerte o incluso la pretensión de organizar alguna incursión federalista[3].

Pero, claro, una cosa es hablar y otra hacer. En la práctica, la presencia femenina estaba relegada al hogar. Las mujeres no accedían a la educación secundaria siquiera. Pero las noticias de otros países llegaban, particularmente, de Estados Unidos, en cuyas universidades se inscribían mujeres.

Trinidad tenía una ventaja. Sus circunstancias no fueron, en absoluto, representativas de las de una peruana —menos una cusqueña— promedio de la época. Por línea materna, estaba vinculada a las autoridades coloniales y a la nobleza inca. Formaba parte de una de las pocas familias terratenientes mercantiles del sur del país. Leyó en francés a Rousseau y a Comte. Creció en ambientes estimulantes, rodeada de conversaciones complejas, sofisticadas y sin preocupaciones materiales.

No todos los privilegiados sueñan con compartir un poco de su suerte con los demás; en cambio, Trinidad, a los 25 años, decidió que, si todos pensaban que la educación secundaria femenina era una pérdida de tiempo, entonces ella misma les demostraría lo contrario. Lo cuenta María Emma Mannarelli en «Las mujeres en la universidad (1874-1908)»:

> Cuando tenía aproximadamente 25 años, inaugura en su casa el Colegio Superior para Señoritas. Con autorización oficial enseña y aprende lo que luego le sirve para aprobar los exámenes de la Universidad de San Antonio Abad del Cusco, con el fin de convalidar su formación correspondiente a la secundaria. El colegio para niñas y jóvenes que fundara —que según algunos comentarios de la época reunía a niñas huérfanas de escasos recursos— no abandonaba del todo su naturaleza doméstica, pese a sus aspiraciones formativas en diversas materias que no tenían una relación unívoca con los quehaceres hogareños.

Sí, Trinidad terminó la secundaria en el colegio que ella misma fundó. Pero el Colegio Superior no tenía una meta egoísta: su idea era promocionar la formación de otras mujeres que no encontraban manera alguna de conseguir dinero, autonomía y, por ende, sentido. El experimento duró poco. Durante tres años, la fachada de su casa/escuela se volvió la favorita de las pedradas de sectores conservadores; en particular, luego de las clásicas celebraciones cusqueñas de Lunes Santo.

Sin embargo, no se desanimó y, a los 28, dio el siguiente paso. Envió una carta directa al presidente de la República pidiendo ser aceptada en una universidad. El Gobierno de José Pardo la autorizó y ella eligió, por supuesto, la universidad local: la San Antonio Abad. El rector, como corresponde en este tipo de historias, se opuso. La opinión pública tampoco la apoyaba. Hasta que en abril de 1875 sucedió. Pero no sería tan fácil: la evaluaron durante diez noches consecutivas. Le hicieron preguntas sobre religión, lenguas latinas, griego, francés, inglés, geografía e historia, matemáticas, ciencias naturales y filosofía, literatura, castellano e incluso artes de ornato. Finalmente, ingresó.

Por supuesto, el Estado encontraría otra manera de agraviarla. Si bien consiguió el bachillerato, no se le otorgó el derecho de ejercer como jurista. ¿Por qué? Por mujer. Ella llevó su caso al Congreso, donde el debate parece haber sido encendido: se iba a sentar un precedente que muchos congresistas —todos, obviamente, hombres— consideraban antinatural y el inicio de la decadencia familiar. La guerra

con Chile paralizó toda discusión, aunque cuenta la leyenda que, en 1881, en pleno conflicto, Piérola le ofreció una autorización excepcional para graduarse, lo que ella rechazó «mientras no se hiciera extensivo a todas las mujeres».

Aunque eso no impidió que usara su conocimiento legal para seguir abogando —en, a veces furibundos, a veces cáusticos, artículos— por los derechos de las mujeres, en particular el de la educación. Y tampoco se rindió en su batalla legal por ejercer sus estudios. Quince años después de su ingreso, su caso terminó en la Corte Superior de Lima. Y terminó mal. En un fallo vergonzoso, se alegó que «no es honesta cosa que la mujer tome oficio de varón».

Al año siguiente, en 1891, a los 44 años, Trinidad falleció.

Tuvieron que transcurrir casi dos décadas de su muerte para que, en 1908, al fin, se legalizaran los estudios universitarios femeninos. Para entonces, ya un puñado de otras mujeres había logrado enrolarse, excepcionalmente, en los claustros superiores, aunque casi siempre en el ámbito de las ciencias. Quizás las tribulaciones de Trinidad las convencieron de evitar el mundo de la abogacía peruana.

---

3 Para un ejemplo de esto, dense una vuelta por el capítulo «El jefe supremo de la Nación Selvática».



EL MARICÓN PRINCIPAL DE LIMA

En el Perú se come tan rico que los cocineros se convierten en celebridades. Contra lo que se pueda creer, no se trata de un fenómeno novedoso, sino de uno tan antiguo como la fundación de nuestro país. Uno que empieza doscientos años atrás con Juan José Cabezudo, nuestro primer cocinero famoso, un afroperuano abiertamente homosexual.

A mediados del siglo XIX, si estabas en Lima, capital de la recientemente independizada República del Perú, el mejor lugar para comer era en el puesto de viandas de Juan José Cabezudo. Eso es decir bastante, porque en esa época lo que más sobraba en Lima eran vendedores callejeros de comida. La gente se enteraba de qué hora era viendo qué pregonero ofrecía qué producto por la calle. El desfile de manjares se renovaba sin cesar por las mañanas, tardes y noches.

Pero la sazón de Cabezudo era notable y destacaba por encima de

todas. Era dueño del mejor metro cuadrado para comer en Lima. A Cabezudo se le podía encontrar a la salida de la plaza de Toros o en la plaza Mayor. Ahí, donde la gente se aglomeraba, estaba con sus guisos y sus bromas, porque, como los mejores cocineros saben desde tiempos inmemoriales, la sazón no lo es todo; también necesitas un buen ambiente. Y Cabezudo no necesitaba más entorno que su carisma para convertirse en el preferido de sus clientes. Le encantaba gastarles bromas —descritas en la época como «pícaras»— a las tapadas limeñas, quienes le mostraban solo los ojos, pero le permitían escuchar sus carcajadas. Era querido y celebrado.

Tan buscado era que le encargaron la preparación del banquete de despedida a Simón Bolívar a su salida del Perú. Eso implica que también conoció a otros políticos de la época, quizás también al mismísimo San Martín, y posiblemente cocinara para todos. Hoy en día, con credenciales como esas, Cabezudo ya estaría recibiendo invitaciones de partidos políticos para embarcarse en una campaña presidencial. Salvo, claro, por un par de características que aún hoy llevan con ellas mil prejuicios: Cabezudo no solo era negro, sino también abiertamente homosexual y, aún más, aficionado a travestirse.

Cabezudo era muy abierto respecto a su sexualidad y sus ganas de disfrutarla. De disfrutar, en general. Su carácter era hedonista, y su hedonismo, disonante. Quizás por esto su existencia, pese a estar enterrada en casi doscientos años de historia, ha dejado múltiples rastros. Es el personaje de numerosas estampas y acuarelas de Pancho Fierro. También fue retratado por el ecuatoriano Francisco Javier Cortés, acuarelista célebre por haber diseñado el primer escudo del Perú. En la leyenda de la pintura, Cortés escribió: «Juan José Cabezudo o *Comesuelas*, cocinero y maricón principal de Lima». En otra imagen suya —que circula en Internet atribuida erróneamente a Pancho Fierro —, se le ve paseando del brazo con «un amigo»; los dos personajes presentan atributos femeninos.

Era una celebridad tan notable que el fotógrafo francés Eugène Courret lo retrató, ya octogenario. Se trata de una foto de estudio que intenta recrear las condiciones de su negocio callejero: una mesa en la que se ha agregado con pintura —los retoques entonces eran tan

habituales como ahora— una vajilla seguramente más ostentosa que la que él usaba; debajo de ella, en el piso, una canasta colocada allí para dar la impresión de que se había caído; y, al frente de Cabezudo, un niño con un plumero fungiendo espantar unas moscas. Juan José mira ceñudo a la cámara, quizás un poco harto del tiempo que demoraba entonces una sesión como esta.

También tenemos registro escrito. Max Radiguet, viajero francés, se sorprendía de la «escandalosa popularidad» que tenía Cabezudo en Lima, ciudad a la que llamaba una «extraña sociedad de maricones». Así describía el talento natural de nuestro personaje para entretener y hacer conversación:

> A pesar de estar continuamente en ejercicio de la mañana a la noche [...], su charla aún más infatigable que su mercadería encantaba a un auditorio que, sin tregua, parado delante de él, la boca abierta, como delante de un gran orador, aumentaba de manera que interceptaba el paso. Su voz de mujer, clara y vibrante, decía con mucho espíritu la anécdota del día, criticaba las costumbres y se permitía a veces despropósitos políticos.

Ricardo Palma también escribió un breve texto sobre Cabezudo, en el que resalta «lo afeminado de su voz y modales», contando que esto le hizo recibir el sobrenombre de *Maricón*. Acá vale aclarar que este término —como apunta Jaime Bedoya en «Elogio de la mariconada»— se consigna como limeñismo en el Diccionario de la Real Academia Española de 1869. Escribe el periodista: «Lima antigua, paraíso de mujeres, purgatorio de solteros e infierno de casados, fue además testigo de una masculinidad disidente. La plaza de Armas tenía su propio maricón oficial, don Juan José Cabezudo».

Esto quiere decir, como ya había apuntado Cortés, que Cabezudo no solo era gay, sino que era *el* gay. Su estatus de celebridad le permitía moverse por Lima sin miedo, sintiéndose seguro, sin necesidad de disimular o encubrir su identidad sexual. Como apunta la historiadora Magally Alegre Henderson —quien ha estudiado de cerca a este personaje—, esto revela una capital tolerante a la diversidad sexual hace más de doscientos años atrás, haciéndola única en el

contexto virreinal y las primeras décadas de la Independencia. Precisa el sociólogo Ronald Álvarez que es el primer hito de la existencia del *maricón* dentro de la sociedad limeña. «Este personaje marca la presencia de la diversidad sexual en Lima», apunta. También es posible que, como sucede hasta hoy, su fama le haya permitido ciertas licencias negadas a muchos otros como él.

Después de todo, Lima era la misma ciudad en la que, en 1803, un par de décadas antes del *boom* de Cabezudo, se había arrestado a Francisco Pro, otro afrodescendiente, por salir vestido de tapada limeña. Ante la corte de la Real Audiencia de Lima, la defensa del joven Francisco, de solo 20 años, trató de probar su inocencia planteando la diferencia entre sodomita y maricón. Al primero, hoy lo llamaríamos homosexual y al segundo, travesti o *drag*. Legalmente, solo la sodomía era un delito. A pesar de eso, Francisco fue condenado a la pena de «vergüenza pública» y seis meses de trabajo forzado, además de ser desterrado de Lima. Historias como esta y la de Cabezudo han sido revalorizadas en los últimos años gracias al trabajo del protagonista de otro capítulo de este libro: Giuseppe Campuzano[4].

Terminemos con la historia de Cabezudo. En su breve texto sobre el personaje, Palma también contó que Cabezudo tenía una debilidad particular: los juegos de azar, sobre todo uno que se llamaba El Monte. De acuerdo con el escritor de las *Tradiciones peruanas*, Cabezudo se dedicaba a hacer plata durante once meses para luego tirársela durante el verano en el balneario de Chorrillos. Se dedicaba a darse la gran vida, pegarse unas tremendas fiestas y reventar el dinero en apuestas. Así perdía todo su capital para volver a empezar otra vez. Luego, apunta, «murió casi mendigo, en Chorrillos, en 1860, cuando otros cocineros ya habían eclipsado su fama».

Esa muerte triste se hace aún más trágica cuando descubrimos que no se conoce mucho más de su historia. Y peor todavía: ese es el mismo año de la foto de Courret. Quizás eso explique el gesto hosco de su retrato: una celebridad pasada de moda, en desgracia, viéndose obligada a recrear sus mejores épocas, ya idas. Un final indigno no solo de nuestro primer cocinero famoso, sino también del primero en apropiarse y reivindicar la palabra *maricón*.

4 Ver el capítulo «Toda peruanidad es un travestismo».



GENOCIDA DESCONOCIDO

A fines del siglo XIX, Inglaterra, Francia y Estados Unidos se encontraban en el apogeo de la segunda revolución industrial. Sus sociedades empezaban a depender de los cables para las telecomunicaciones y de los neumáticos para bicicletas y automóviles, y hasta el calzado impermeable se había convertido ya en un producto de primera necesidad. Pero, como suele suceder, detrás de las sofisticaciones del primer mundo se encontraba un engranaje sangriento, cuya encarnación, en este caso, se apellidaba Arana.

Ya es casi un cliché: los grandes avances tecnológicos son el preámbulo de inefables tragedias. Pocas décadas después de que el señor Goodyear descubriera la vulcanización del caucho, este se había convertido en el insumo más solicitado por los mercados industriales de Estados Unidos y Europa. A miles de kilómetros, para los pueblos

indígenas de la Amazonía, eso solo significaría una cosa: el holocausto.

De todos los pioneros caucheros de la época, fue el riojano Julio César Arana del Águila quien terminó convertido en infame leyenda. Venía de muy poco. Su padre se dedicaba a tejer sombreros. Su infancia, en esa Rioja que era poco más que un pueblito de San Martín, fue humilde y no llegó a terminar el colegio. Sin embargo, no fueron solo las ganas de progresar las que le permitieron expandir sus negocios sin límite alguno, sino también su absoluta carencia de escrúpulos. Su negocio se convirtió muy pronto en imperio. En 1889, menos de una década después de convertirse en cauchero, ya estaba asentado en Iquitos, el centro neurálgico de la fiebre. Desde allí, fue extendiendo sus actividades hacia el Putumayo, zona inexplorada hasta entonces.

El Iquitos de finales del siglo XIX a duras penas podía considerarse parte real del Estado peruano. Ahora imaginen ir más allá, internarse por el Putumayo, hacia la frontera con Colombia. Arana se volvió el amo y señor de toda esa porción de la Amazonía. Nadie lo fiscalizaba, nadie lo vigilaba, nadie sabía que no solo estaba haciendo dinero con el caucho, sino que también estaba cometiendo inenarrables actos de lesa humanidad contra las comunidades nativas, muchas de las cuales esclavizó en la práctica.

Para ser aún más claros: los trabajadores extractores de caucho no podían ser asiáticos o europeos, pues se pensaba que las enfermedades acababan pronto con ellos. Por eso, Arana reclutaba indígenas que, al vivir en regiones de sequías prolongadas, solían migrar buscando mejores condiciones de vida. Eran pueblos que, hasta entonces, habían tenido muy poco contacto con el mundo occidental: huitotos, ocaimas, muinanes, nonuyas, andoques, resígaros, boras. Arana les ofrecía un trabajo, pero luego venía el truco: los endeudaba para ejercer control sobre ellos. El pasaje, los rifles, los machetes, las provisiones... Todo eso se cargaba a las deudas que mantenían con él. En algunos casos, estas eran heredadas por sus hijos. ¿Pensar en reclamar o escapar? Imposible. Javier Reverte resume el horror:

> [Arana] formó un ejército de hombres armados dirigidos por capataces

> blancos y exigió a cada jefe local huitoto una producción mínima de 460 kilos de caucho al mes. Si no se cumplía el cupo, los castigos eran feroces: latigazos, encarcelamientos en celdas sin agua ni luz, semiahogamiento, violación de las mujeres ante su familia; y, al paso del tiempo, la crucifixión en casos extremos, la mutilación de dedos, manos y orejas, sal en las heridas y toda suerte de torturas. Incluso el *aperreamiento*, esto es: hombres vivos echados como comida para los grandes mastines de los capataces.

Lo que no sabían los infelices esclavizados y torturados era que, probablemente, una semana de su trabajo podría haber alcanzado para satisfacer cualquier obligación suya con Arana, real o inventada. El precio del caucho no dejó de subir durante décadas.

El imperio que formó era conocido como la Casa Arana y estableció hasta cuarenta y cinco centros de recolección de caucho entre Putumayo y Caquetá. Cuando el éxito traspasó fronteras, llegó el capital inglés. Se creó, entonces, la Peruvian Amazon Company (PAC), también conocida como la Anglo-Peruvian Amazon Rubber Co. La familia Arana compró mansiones en Iquitos, Londres y Biarritz, balneario de la aristocracia francesa. Queda registro fotográfico, en las tres mansiones, del personal de servicio de las casonas europeas: todos adolescentes indígenas amazónicos, la mayoría mujeres.

Pero la enorme visibilidad de la PAC en la Bolsa de Londres también fue el inicio del fin. En 1907, el periodista peruano Benjamín Saldaña Rocca de Vergallo escribió una serie de artículos en *La Sanción* y *La Felpa* —publicados en Iquitos— en los que denunció las brutalidades cometidas por Arana. En 1909, el caso llegó hasta la prensa británica. El diario *The Truth* destacó que una empresa inglesa con accionistas ingleses era responsable de decenas de miles de muertes. La Foreign Office encomendó la investigación al cónsul Roger Casement, que ya era un experto en atrocidades: su informe sobre la explotación colonial en el Congo había remecido las conciencias europeas.

La expedición de Casement sería aterradora y legendaria; buena parte está retratada en *El sueño del celta*, la novela de Mario Vargas Llosa. Su informe, conocido como «The Putumayo Black Book», fue

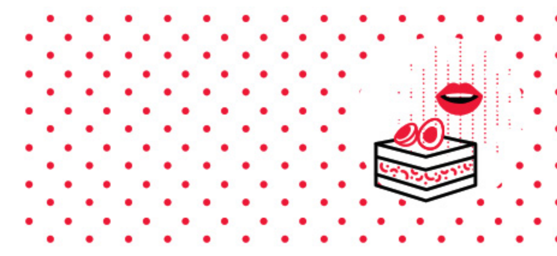
demoledor: calculó cuarenta mil muertos a manos de la PAC. Sin embargo, las organizaciones indígenas actuales sostienen que Casement se quedó corto y que la cifra sería más del doble de lo reportado.

Arana se vio obligado a defenderse tanto en Londres como en Lima. No solo su empresa quebró, sino que su descrédito internacional llevó a que el mundo buscara proveedores de caucho en cualquier otro lugar que no fuera Iquitos. La PAC cayó y, junto con ella, todo asomo de prosperidad en la ciudad. Pero Arana tenía suficientes millones guardados como para que no le pasara nada.

Con el tiempo —y con plata—, el genocida no solo logró que las denuncias no pasaran a mayores, sino que se olvidaran. En un giro cruel del destino, sería su acusador, Roger Casement, quien terminaría condenado a la horca. Su delito: ser homosexual.

Para sorpresa de nadie, pocos años después, Arana sería elegido senador. Desde el Congreso, fue el más tenaz opositor del Tratado Salomón-Lozano (1923), el acuerdo de límites entre Perú y Colombia, porque cercenaba buena parte de los que aún eran sus terrenos. Por suerte, fracasó.

Después de eso, se dedicó a disfrutar de su dinero y, cuando tenía 88 años, tuvo el privilegio que se le negó a cuantos se cruzaron en su camino: morir de viejo. Tuvo tanta suerte que fue póstuma: sus crímenes se fueron olvidando. Aún hoy, una calle de Iquitos lleva su nombre.



EL BASTARDO DEL MILENIO

Boletos de transporte, colegios, provincias enteras, conatos de regiones, monedas conmemorativas, buques, calles, plazas, estatuas, clubes deportivos… El Caballero de los Mares es, de lejos, el peruano más invocado y admirado. Y con mucha razón, a pesar de los prejuicios. O quizás, precisamente, justo por ellos.

La canonización de Miguel Grau fue instantánea tras el combate de Angamos. El sacrificio de Grau arrebató las mentes de los peruanos casi de inmediato. Hay que aclarar algo aquí: para entonces, Grau ya era famoso. Muy famoso. Un *rockstar*. Sus andanzas como marino, y también como político, tenían años apareciendo en la prensa. Algunas de ellas se mencionarán en otros capítulos de este libro. Pero, debido a cómo se enseña su vida en los colegios, los peruanos de hoy tienen la impresión de que Grau se hizo famoso muriendo. No, señor. La

muerte de Grau, para la gente de la época, fue la pérdida de una celebridad. A eso habría que sumarle que el episodio de los náufragos rescatados del Esmeralda, buque chileno hundido por el Huáscar, lo había elevado a la categoría casi de santo.

Pero un ídolo, por definición, es una figura inmóvil e inmaculada. Y, sobre todo, idolatrada. Se la coloca en una urna para protegerla de cualquier cosa que los adoradores perciban como una mancha. Así, la realidad histórica de la figura de Grau se ha visto algo distorsionada por el paso del tiempo, además de la insistencia de las Fuerzas Armadas —en particular, la Marina de Guerra— por no ahondar mucho en episodios de su biografía que podrían resultar controversiales.

El periodista César Hildebrandt —cuya obsesión con esta etapa de nuestra historia es bien conocida— escribió que «los biógrafos oficiales de Grau [...] omiten [sus] incursiones en la política insurreccional que caracterizó buena parte del siglo XX peruano». Por un lado, es cierto que esas incursiones aventureras[5] fueron construyendo su leyenda ante los ojos de la opinión pública. Aunque, por otro lado, un balance fiel de los acontecimientos exige, por ejemplo, el contexto de algunos de sus *greatest hits*. Por ejemplo —*spoiler* del capítulo sobre los hermanos Gutiérrez—, su famosa frase de «no reconozco otro caudillo que la Constitución» lo puso —convenientemente— del lado de su muy buen amigo Manuel Pardo y Lavalle, por cuyo Partido Civil, eventualmente, Grau sería elegido diputado.

De todas formas, es innegable que Grau, una y otra vez, intentó ubicarse del lado correcto de la historia. Pero también es cierto que los matices humanizan.

Otro matiz: Hildebrandt es de los pocos que se anima a recordar que Grau era —ante los ojos de una moral que, de manera optimista, llamaremos desfasada— un hijo ilegítimo. Un bastardo, se hubiese dicho hasta hace poco. Lo que, hay que decirlo, solo acrecienta su figura. Pueden preguntarle a George R. R. Martin y su heroico personaje Jon Snow.

En una de las biografías más completas sobre Grau, escrita por Jorge Ortiz, se menciona lo siguiente sobre su nacimiento:

> El origen de Grau procede de una unión que causó controversia, debido a que la relación entre su padre, Juan Manuel Grau, y Luisa Seminario no fue bien recibida por ambas familias, sobre todo la de ella, puesto que estaba al margen de toda posible legalidad. Ambos no habían disuelto sus compromisos previos. Pese a ello tuvieron varios hijos: Enrique Federico, María Dolores Ruperta, Miguel María y Ana Joaquina Gerónima del Rosario.

Papá Juan Manuel era colombiano y había llegado al Perú como parte del ejército de Bolívar. De hecho, mamá Luisa estaba casada con un compatriota suyo, el teniente colombiano Pío Díaz. Ella pertenecía a una destacada familia piurana: los Seminario. Incluso hoy muchos se refieren a Grau por sus dos apellidos, como destacando cierto abolengo por su dinastía norteña. Sin embargo, en la partida de bautismo de nuestro héroe, Miguel María Grau, no figura ese apellido y, es más, se colocó un nombre falso para la madre. Tiene que haber sido una situación engorrosa, por lo menos.

Luisa Seminario tenía ya tres hijos legítimos cuando inició su relación con Juan Manuel Grau, a quien le dio cuatro. Miguel fue el penúltimo de esos siete, solo mayor que Ana Joaquina, la benjamina. Algunas versiones afirman que los hijos de Juan Manuel se fueron a vivir con su padre, lejos de su madre, muy pronto. Otros afirman directamente que Luisa los abandonó.

Quizás eso explique que, a los nueve años, Miguelito ya estuviese embarcado como aprendiz de grumete en un barco mercante. Como apunta Hildebrandt, esto «no dice mucho del amor que sus padres sentían por él». Esta precoz incursión en la vida naval, por cierto, inspiró un notable cómic de Hernán Migoya y Ricardo Montes llamado *Grumete Grau, el niño de los mares*, que ficcionaliza las posibles aventuras del Tescua, el bergantín que fue el primer hogar marino del pequeño Miguel. La historieta muestra sus correrías desde Paita hasta Panamá, incluyendo su naufragio —real— frente a la isla Gorgona, en el Pacífico colombiano.

Otro dato interesante: su medio hermano Emilio Díaz Seminario, hijo legítimo, también ingresó a la Marina. En 1855, cuando comandaba el pailebote Vigilante, tuvo a sus órdenes a su medio

hermano Miguel Grau, por entonces, guardiamarina. No hay muchos datos de la relación entre ambos, pero resulta interesante que, solo un año después, ambos se hayan encontrado en facciones enemigas. Durante la revolución de Arequipa (1856-1858), Emilio se mantuvo fiel al Gobierno de Ramón Castilla, mientras que Grau se plegó al bando contrario. Algunos podrían ver en eso una continuación de legítimo contra ilegítimo. Stark vs. Snow, dirían los fans de *Juego de tronos*.

En todo caso, el estatus social de «bastardo» no implicó una limitación para lo que Grau logró. No obstante, este dato de su vida suele ser pasado por alto, con pudor decimonónico, como quien vive con el miedo constante de que le recuerden que los padres de uno de los pocos héroes que tenemos no estaban casados. Así de pacatos y de conservadores somos por estos lares. Y de incoherentes: ¿cuántos son los peruanos que pueden decir que vienen de un hogar estándar de *sitcom*, con padre y madre juntos y casados y felices para siempre? Por eso, hoy resulta importante difundir la historia completa, para demostrar que el héroe de una nación, el peruano del milenio, era como tú.

---

5 Ver «Amazónicas y tropicales aventuras de Leoncio Prado» y, sobre todo, «Miguel Grau vs. los hermanos Gutiérrrez».



PERO POR SUPUESTO QUE EL PUNK ES PERUANO

El punk es peruano. No hay duda alguna. De hecho, es limeño. ¿Por qué se ríen? No solo lo decimos nosotros, lo dicen libros, documentales, muchísimos artículos en prestigiosos medios periodísticos y especializados. Y no olvidemos la placa colocada por la municipalidad del distrito de Lince en la pared del edificio, donde los integrantes de Los Saicos crearon el punk. Pero a ellos no les pregunten porque les van a contar otra cosa.

Los Saicos —perdón, Saicos a secas— fueron una banda peruana que existió profesionalmente durante un año y medio, máximo dos años. Eran músicos *amateurs* y eran cuatro: César *Papi* Castrillón, el

bajista; Pancho Guevara tocaba la batería; *El Chino* Rolando Carpio era la primera guitarra, y cerraba el grupo Erwin Flores, voz y guitarra.

¿Crearon el punk?

La escena limeña en ese entonces —estamos hablando de fines de 1964— era pequeña, lo cual fue ideal para ellos porque se convirtieron en la banda del momento. Saicos se presentaron dos o tres veces, y al rato ya estaban saliendo en televisión. Unas semanas más y tenían un espacio en el programa *La llamada de la fortuna*, del Canal 9. Llenaban los matinales, (no tan) sanos conciertos convocados los domingos en la mañana en los cines de Lima. Su fama fue explosiva y así como llegaron, se fueron. A inicios de 1966 se separaron. Para entonces, tenían 19 o 20 años, salvo el Chino, que cumplía 25 y acababa de graduarse de la universidad. Cada uno siguió su camino y no se volverían a ver en lo que quedó del siglo XX.

Ya, pero ¿crearon el punk?

Saicos sonaban como querías que suene una banda de rock cuando no soportas más a tus padres o a tus profesores. Su canción más conocida —y la que se usa de referencia para demostrar que crearon el punk— se llama «Demolición» y fue lanzada en mayo de 1965. Con solo tres acordes y una melodía bastante pegajosa, es hoy una de las canciones más conocidas del rock peruano. ¿Su sonido? Bien de garaje, casi improvisado. ¿La letra? Empieza con un grito de «Tatatatatatatatayayayaya» y luego proceden a repetir diecisiete veces alguna variante de «echemos abajo la estación del tren». Esto se intercala o se fusiona con el verbo «demoler», así, en infinitivo, en cuarenta y dos ocasiones.

En el futuro, la crítica internacional vería en esta composición una alegoría punk a tumbarse «el poder imponente de la obra moderna, el cruce entre arquitectura y tecnología». Así de metafórico. Pero Papi recuerda que ni siquiera la consideraban una canción de verdad, era un calentamiento con el que tonteaban en los ensayos. La grabaron en un disco solo porque le gustó a Rebeca Llave, una empresaria de 21 años que habían conocido en un matinal y que acababa de lanzar un sello discográfico llamado Dis-Perú.

Entonces, ¿crearon el punk?

Hay que dar un poco de contexto. Estamos en 1965, a mitad del primer Gobierno de Belaúnde. Para cuatro chiquillos de Lince no hay mucho drama en el horizonte, solo ganas de pasarlo bien. Ellos no lo saben, pero son distintos. Van a tocar canciones propias en una época en la que la mayoría de bandas latinoamericanas de rock se dedicaba a los *covers*. Más rompedor aún: van a cantar en español, cuando absolutamente nadie en la región —ni siquiera los pocos latinos que interpretaban sus propias composiciones— tenía letras para hispanohablantes.

En su breve trayectoria crearon doce temas, repartidos en seis vinilos de 45 rpm[6]. Doce temas viscerales y rebeldes pero también juguetones.

¿Nos vas a decir si crearon el punk o no?

Bueno, si queremos ponernos rigurosos, la verdad es que no. Y cualquier conocedor te lo puede decir. De hecho, Daniel F —leyenda viva del rock subterráneo— argumenta en su libro *Por las olvidadas raíces del punk rock*, que Saicos hacían rock de *garage*, algo que era ya un fenómeno relativamente común en Estados Unidos.

Pedro Cornejo, filósofo y crítico de música especializado en rock peruano, concuerda y añade que pensar que Saicos inventaron el punk es un disparate absoluto, nacido del hecho de que los peruanos somos muy buenos para inventarnos mitos que son fáciles de desinflar.

Carlos Torres Rotondo, historiador de la era dorada del rock peruano (1965-1975), explica que el punk no es solo un sonido, sino «un fenómeno cultural complejo que involucra puesta en escena, actitud, modo de producción y propuesta ética». Y los chicos de Saicos, con sus camisitas y pelo engominado, estaban más cerca de su ídolo James Dean que de las casacas de cuero y los pantalones rotos de la movida punkeke.

El propio Pancho le dijo a BBC Mundo que ellos hacían simple *rock and roll*. «Cuando escucho a los Sex Pistols y otras bandas, ni les encuentro parecido con nuestra música». Erwin, entrevistado por *Noisey*, dejó en claro que detesta la etiqueta: «El punk es una música de mierda. Es una música de músicos que no saben nada, que tocan cualquier cosa y que la gente que no sabe nada se emociona».

Irónicamente, esta respuesta es muy punk.

Todo esto de Saicos inventando el punk empezó en 1999, gracias a Paul Hurtado de Mendoza, un DJ peruano que vivía en Madrid. Se había hecho amigo de Íñigo Pastor, fundador del sello Electro-Harmonix, dedicado a salvar los registros de las viejas bandas *garageras* de los sesenta. Paul le puso a su amigo un casete que tenía las doce canciones de Saicos. Íñigo flipó en colores. Este material tenía que salvarse para la posteridad. Sin contactar a los autores —no tenían ni siquiera cómo saber si seguían vivos—, el sello español lanzó una edición pirata titulada *Wild Teen-Punk from Peru 1965*.

«Esperen un minuto», dijo el mundo entero. ¿Punk en 1965, una década antes de su nacimiento oficial? ¿Y en la remota costa del Pacífico sur?

Era una historia demasiado perfecta. De pronto, los periodistas peruanos ya tenían una pregunta más que hacerle a los músicos que llegaban al Perú, además del consabido interrogatorio sobre el pisco sour y el ceviche: ¿Has escuchado a los Saicos? Se intentó incluso rastrear la posiblidad de que, quizás, Joey Ramone o Johnny Rotten hubieran tenido acceso a una grabación que los hubiese terminado inspirando… pero no.

El propio Íñigo Pastor, cuya disquera inventó el mito, dice que considerarlos punk «es una gilipollez». Después de todo, lo juvenil siempre ha estado vinculado a la bronca, y lo que alguna vez se llamó punk, dice, es un espíritu «y hubo punks en el siglo XX, en el siglo XIX y probablemente en la antigua Grecia. Creo que Los Saicos sobrepasan cualquier etiqueta. Eso me queda claro».

Punks, protopunks o simples chibolos descomunalmente talentosos mataperreando; el caso es que esa edición de 1999 desató una bola de nieve que no se detuvo hasta que Saicos —por aclamación popular — se reunieron para festivales, homenajes y conciertos en Perú y España. Resultó que Erwin se había ido a trabajar a la NASA (y seguía en el mundo de la música, pero con salsa y cumbia). Para entonces, el «Chino» Carpio ya había fallecido. Pancho sí llegó a disfrutar de su renovada fama antes de que también falleciera. Hoy, Saicos son una leyenda para los melómanos de todo el mundo.

Entonces, ¿el punk es peruano? No. Y qué importa. La gracia de Saicos es, precisamente, que fueron tan geniales y rompedores como inclasificables. Pero si te insisten con la pregunta, tú di que sí, que está hipercomprobado que es recontraperuano. Será lo más punk que puedas hacer.

---

6 Aclaración para *centennials*: unos discos más pequeños que permitían una canción por cada lado.



CAMPESINO. ACTIVISTA. INTELECTUAL

Ser peruano es haber crecido escuchando «si no hay solución, la huelga continúa». La convulsión es también un producto peruano y, al igual que el cebiche y el pisco sour, toca pintarla de rojo y blanco. La protesta es la consecuencia inevitable en un país cuyas estructuras generan abismos sociales. Y siempre hay peruanos dispuestos a pelear por reducir esas brechas. Esta es la historia casi desconocida de uno de los más trascendentales.

Si uno googlea a Manuel Llamojha Mitma, la gran mayoría de resultados que arrojará el buscador estarán en inglés. ¿Cómo así un hombre que entregó su vida a las causas más urgentes de su época terminó relegado a menos que una nota al pie de página en la historia contemporánea de nuestro país?

La lucha de Manuel abarcó casi ocho décadas. Nació en

Concepción, ahora parte de la provincia de Vilcashuamán, Ayacucho, en mayo de 1921, y murió, en ese mismo pueblo, en 2016, cuando acababa de cumplir noventa y cinco años. En el camino, recorrió el mundo y también los eventos más tumultuosos del siglo XX en el Perú: la reforma agraria, la representación política de los indígenas, la desaparición del sistema de haciendas, la aparición de Sendero Luminoso y las huellas de la posguerra. Así lo destaca la Universidad de Duke (Estados Unidos), editora de *Now Peru Is Mine*, una biografía testimonial —disponible solo en inglés— del activista.

En los años veinte, Concepción era una comunidad indígena rodeada de haciendas. Los gamonales tenían prohibido que se crearan escuelas en la zona, pero el padre de Manuel lo tenía claro: su hijo mayor tendría que aprender a leer. Muy pronto, los abusos de los hacendados —que muchas veces recurrían a los litigios para imponer su voluntad sobre los campesinos analfabetos— hicieron que el niño Manuel comprendiera que las palabras tenían que ser sus aliadas.

A los 27 años, llegó al distrito de Orcos en la provincia de Huamanga. Allí, frente al sindicato de colonos de la hacienda Ccaccamarca, paralizó todas las actividades durante un año con el fin de abolir algo que ahora sería inconcebible: el trabajo gratuito. Para entonces, su mejor amiga ya era una máquina de escribir. Era incansable a la hora de redactar manifiestos, memoriales y todo tipo de documentación que le sirviera para sus batallas en las calles y en las cortes.

Después, puso la mira en su propio pueblo. Se enfrentó a la hacienda más grande que colindaba con Concepción: Ayrabamba. Su lucha pasó a la historia. En uno de los pocos reportajes que la prensa peruana contemporánea le ha dedicado, consta que Manuel organizó una estrategia de búsqueda de documentación en archivos coloniales y republicanos, que permitiera probar que las tierras ocupadas por la hacienda en realidad les pertenecían, de pleno derecho, a los campesinos. La lucha duró años y, cuando concluyó, Concepción había recuperado todas sus tierras, 1650 hectáreas. La hacienda se quedó solo con doscientas. Y estamos hablando de muchos años antes de la reforma agraria de Velasco.

Para entonces, Manuel ya era célebre. Lo llamaban «el león del valle de Pampas». Casi de inmediato fue convocado para mover las masas campesinas de otra hacienda: Pomacocha. El enorme terreno era propiedad de las monjas del convento de Santa Clara. Mientras Manuel buscaba documentos para sustentar que la hacienda les pertenecía a los campesinos, también les enseñaba a organizarse. Las mujeres, recuerda Manuel, eran las más bravas. Una noche, un grupo de ellas sacó a dos administradores de sus habitaciones, los desnudaron en la gélida noche andina y, así, los montaron en un par de burros y los expulsaron a la puna. Con los administradores fuera de juego, los campesinos tomaron todas las instalaciones de la hacienda. Era el 12 de octubre de 1961. «¡En memoria de Colón!», se reía Manuel.

Al año siguiente, ascendió a la fama formal: se convirtió en el secretario general de una de las más grandes organizaciones gremiales, la Confederación Campesina del Perú (CPP). A partir de allí, el León de Pampas se dedicó a rugir. Se llenó de enemigos —terminó varias veces en prisión— y también de aliados. Se hizo maoísta. Su activismo lo llevó por Cuba, China y la Unión Soviética. Pero siempre volvía a Ayacucho, a meterse en más líos. De hecho, fue fiel a la vieja tradición izquierdista de pelear con sus camaradas, separarse, acusarse unos a otros de ser agentes de la CIA, formar su propio sindicato. Lo típico.

En la década del ochenta, como tantos izquierdistas ayacuchanos, fue acusado de ser miembro de Sendero Luminoso. Su pueblo, Concepción, por el que tanto había luchado, se encontró en el ojo de la tormenta, en medio del fuego cruzado entre senderistas y fuerzas del orden. El Ejército lo ocupó y, al irse, saqueó e incendió una veintena de casas. La de Manuel se salvó del fuego, pero no del saqueo. Su archivo personal —casi todo elaborado por él mismo con su máquina de escribir, cientos de páginas con documentación incunable sobre la organización campesina— desapareció.

Allí no acabaron las desgracias. Uno de sus hijos, Herbert, fue capturado en una redada, junto a algunos senderistas. Logró escapar en marzo de 1982, durante el famoso asalto a la prisión de Huamanga, cuando el grupo terrorista liberó a centenares de los suyos.

Fue la última vez que Manuel supo algo de su hijo. Pasaría los siguientes años buscándolo, pero ya desde Lima, a donde tuvo que mudarse como tantos desplazados por la violencia política.

«Triste la vida, pues», resumiría su experiencia décadas después, cuando ya pudo retornar a Concepción, junto con su esposa Honorota y su máquina de escribir. A veces, paseaba cerca de las instalaciones abandonadas del cuartel que el Ejército puso cerca de la laguna de su pueblo. Hay fosas comunes allí. Gente enterrada. Sus paisanos, sus amigos, quizás su hijo. Pero nunca pudo exhumarlos.

En sus últimos años de vida, la memoria de Manuel empezó a fallar. Por suerte para los peruanos, existen personas alrededor del mundo que se interesan por contar estas historias. Por eso es que gracias al trabajo bibliográfico de reconstrucción realizado por el mismo activista y por Jaymie Patricia Heilman en *Now Peru Is Mine: The Life and Times of a Campesino Activist*, se logró recoger el valioso testimonio de una vida extraordinaria. Manuel falleció en 2016, el mismo año en que el libro se publicó.



MÁS QUE UNA INYECCIÓN

Durante la Guerra del Pacífico, el Batallón Independencia estuvo conformado por profesores de la Facultad de Medicina de San Fernando —que hasta hoy pertenece a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos—, pero también por alumnos. De hecho, por el campo de batalla corrían estudiantes de Medicina esquivando balas y ayudando a los cuerpos caídos. Uno de ellos se te hará familiar.

Esta historia sí que te la sabes: el 5 de octubre de 1885, Daniel Alcides Carrión —estudiante de Medicina de 28 años— se mudó al *otro barrio* tras documentar durante un mes y veintidós días los estragos que iba dejando en su cuerpo la verruga peruana. Esta inmolación lo llevó a la inmortalidad, lo que equivale en el Perú a que tu historia sea resumida en dos líneas de una lámina Huascarán: en la de Carrión se cuenta cómo se inoculó la verruga y luego se murió. Se

sabe mucho de este Carrión e, incluso, del lugar donde agonizó, la aún activa clínica Maison de Santé, pero poco del joven Daniel Alcides, ese estudiante de Medicina que esquivaba las balas durante la ocupación chilena de Lima.

Retrocedamos cinco años antes de su muerte. Estamos en 1880. Grau ya había estallado en pedazos sobre el monitor Huáscar. La flota chilena ya había arrasado en Angamos. En Arica, Bolognesi está a punto de quemar el último cartucho y Ugarte, de pegar el salto, bandera en mano. Todo eso ocurría mientras Daniel intentaba convertirse en médico. Había ingresado a San Marcos tres años antes del estallido de la guerra. ¿Cómo tener cabeza para estudiar? El Callao ya estaba bloqueado por la escuadra chilena. Pronto empezarían a llegar noticias de bombardeos y combates en Ancón o Chancay o la isla San Lorenzo. El ambiente de caos e inseguridad era generalizado, no solo por la ominosa sensación de estar completamente rodeados, sino porque comandaba la estrategia Nicolás de Piérola, quien estaba más perdido que perro en Año Nuevo[7].

Pero fue gracias a Piérola que Carrión entró al servicio militar. El primero de junio de 1880 convocó (con decreto supremo de por medio) a las armas a todos los habitantes de Lima y a todo peruano entre los 16 y 60 años de edad para constituir un ejército de reserva. Los recuentos de la época indican que Daniel se enroló con entusiasmo. Meses antes, como un cerreño más, había acudido a la Estación Desamparados, en el centro de Lima, para recibir a sus paisanos del contingente de su tierra natal: Cerro de Pasco. Muchos amigos suyos, jóvenes veinteañeros como él, integraban la columna Pasco, que pronto se iría despachada a combatir al sur.

Sin embargo, solo una semana después de haberse enrolado, Daniel recibiría una noticia brutal: el 7 de junio, en lo que la historia conocería como la batalla de Arica, la columna de Pasco había sido diezmada. No hubo sobrevivientes. Ni uno.

¿Así surgió su vocación de mártir? ¿Es capaz de entenderse el sacrificio médico de Daniel sin este prólogo bélico? Lo que estaba por venir sería mucho peor.

Los alumnos habían sido divididos según su experiencia. Los del

tercer al séptimo año de Medicina partieron al sur, porque se asumió que allí, donde arreciaba el combate, se necesitaba personal más experimentado. Daniel fue asignado al Batallón 36, también llamado «23 de Diciembre», que se quedaría en Lima. Los alumnos de primer y segundo año fueron preparándose para el asalto a Lima, mientras recibían instrucción en medicina y cirugía de guerra.

Con los años, Piérola sería llamado el Califa, pero más por su ego colosal que por sus habilidades bélicas. El hombre estaba convencido de que los chilenos atacarían por el norte y mandó instalar baterías en el cerro San Cristóbal, en un alarde de ingeniería y megalomanía que se llamó Ciudadela Piérola. Este monumento a sí mismo jamás se usó: los chilenos atacaron por el sur.

Allí estuvo Daniel, en la primera línea de defensa, la de la pampa de San Juan, muy cerca de lo que entonces eran el balneario de Chorrillos y la hacienda Villa. Esa zona se conoce ahora como San Juan de Miraflores y sería el escenario de la mayor batalla de toda nuestra historia. El 13 de enero de 1881, veinte mil hombres de cada lado se enfrentaron en una refriega que se inició a las cuatro de la madrugada y se prolongó durante ocho horas en distintos escenarios. La línea peruana fue retrocediendo de Pamplona a Villa y luego hasta el Morro Solar, que se convirtió en el último reducto de cientos de peruanos.

Allí estuvo el subteniente temporal Daniel Alcides Carrión. Se encargó de las ambulancias de guerra, del traslado de heridos, colaboró en curaciones y también asumió la labor ingrata de recoger los cuerpos para luego sepultarlos en el mismo campo de combate. No había otra: las bajas peruanas se calculan en, por lo menos, cuatro mil muertos. Las chilenas, menos de ochocientas. La superioridad enemiga había sido táctica.

No contento con esta metida de pata, una vez acabada la masacre, Piérola volvió a desoír a sus consejeros, entre ellos, Andrés Avelino Cáceres. Los chilenos habían arrasado el pueblo de Chorrillos, incendiándolo y, luego, se habían emborrachado para celebrar la victoria. Cáceres sugirió atacar de noche, aprovechar el relajo, pero el presidente se negó.

Dos días después, los chilenos terminaron de liquidar las defensas

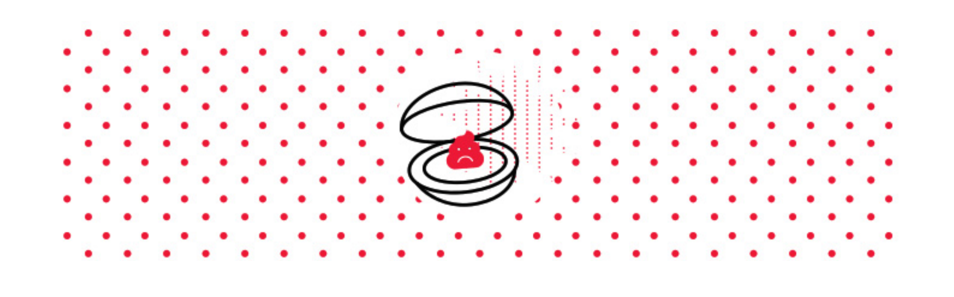
limeñas. Sin haber tenido tiempo de recuperar fuerzas o reorganizarse, lo que quedaba de nuestro ejército lideró una impresionante resistencia conformada por reservistas civiles, desde niños hasta ancianos. Lima entera se movilizó para lo que se asumía —con razón— que sería el momento decisivo de la guerra. Se habían establecido ya diez de reductos —un sistema de parapetos y trincheras—, intercalados a lo largo de doce kilómetros, desde lo que ahora es Larcomar hasta lo que entonces era el río Surco, hoy muy cerca del cruce de la Javier Prado con la Panamericana Sur.

Igual que con la batalla de San Juan, no está documentado exactamente cuál fue el desplazamiento de Daniel. Pero, en su calidad de asistente médico, es de suponer que estuvo cerca de la acción: Miraflores. Los chilenos atrajeron la lucha hacia el mar, donde a los peruanos les esperaba la artillería de cuatro embarcaciones chilenas que bombardearon nuestro litoral. Uno de esos barcos, ya con bandera chilena, era el Huáscar. Fue otra resistencia heroica. Y otra masacre. Tres días después, los chilenos izaban su bandera en Palacio de Gobierno.

Hay que imaginar a Daniel, de solo 23 años, con las balas silbando por encima de su cabeza, esquivando cañonazos, recogiendo miembros cuyos dueños aún pensaban que les pertenecían. Su frustración, como futuro médico, ante la magnitud del exterminio. Miles de heridos y cadáveres regados hasta donde llegara la vista. Un héroe sobreviviente, sí. Pero también alguien que vio de muy cerca los abismos de la condición humana. Luego de esa traumática experiencia, solo un año después de finalizada la guerra, decidió estudiar en sí mismo los efectos de una enfermedad incurable...

---

7 Para profundizar en el tema, ver el capítulo sobre el *Califa* Nicolás de Piérola: «Nic Piérola: *good or bad?*».



PRESA DE SÍ MISMA

Como quien emula una versión legal (y muy peruana) del gato de Schrödinger, que a la vez está muerto y no, Laura Bozzo —la señorita Laura, la que hacía pasar a los desgraciados, la que te regalaba carritos sangucheros a cambio de denigrar tu humanidad— estuvo presa y no presa al mismo tiempo. Si bien cumplió con el arresto domiciliario exigido por la justicia peruana, también logró aparentar, ante el mundo, todo lo contrario.

Asumamos que a usted le dicen que Oprah Winfrey o Susana Giménez han pasado tres años detenidas, pero que nadie lo notó. Y que, además, esa prisión fue consecuencia de haberse entregado a las campañas de Bush o de Menem, respectivamente, y que quizás lo hayan hecho enamoradas de sus respectivos rasputines.

Si usted es peruano, por supuesto, una historia así no le sorprenderá.

Si usted no lo es, dejemos que pase Laura Bozzo.

Hacia el año 2000, el Perú había conseguido su propia megaestrella latina. Una celebridad internacional, al nivel de las ya mencionadas Winfrey o Giménez, pero en versión *gore*. La estruendosa abogada Laura Bozzo conducía un *talk show* llamado *Laura en América* que se transmitía en todo el continente, pero que se producía en el Perú, porque solo podía producirse en el Perú. Era la explotación de la surrealista cotidianidad de nuestro país, con todo su machismo, racismo y homofobia a flor de piel, con particular énfasis miserabilista. Sus panelistas, en más de una ocasión, demostraron que eran capaces de todo por un poco de dinero, mientras Bozzo escenificaba celadas cada vez más elaboradas en las que enredaba a sus invitados. El resto de Hispanoamérica se enganchó, asqueada y fascinada a la vez.

Lo que sus televidentes internacionales ignoraban es que, cuando todo eso ocurría, Laura Bozzo se había enrolado en la maquinaria reeleccionista de Alberto Fujimori.

A ella siempre le había atraído el poder (de hecho, venía de haber sido regidora de oposición al fujimorismo). Y el hombre más poderoso del Perú, por entonces, se llamaba Vladimiro Montesinos, también abogado y también, a su manera, un hombre de televisión. Montesinos era, a fines de los noventa, el Gran Productor de la Televisión Peruana. Y, como tal, tenía que fichar, a toda costa, a la mayor estrella de nuestra pantalla.

Sobre el *affaire* Bozzo-Montesinos se ha dicho mucho (incluso durante las sesiones de un juicio por corrupción). Si se consumó o no, da lo mismo. El caso es que hubo un periodo en el que ambos se regalaban mutuamente joyas, relojes, pulseras y otras cosas caras para colocarse en el cuerpo. Y eso repercutió en pantalla. A finales de 1998, con miras a la reelección del dictador en el año 2000, se ideó una serie de contenidos especiales en los que Laura aparecía. Se prestó para entrevistar a Alberto Fujimori y participar en programas especiales para mayor gloria del régimen.

Pero, como en el Perú las cosas son así, en menos de un año todo se había derrumbado. Fujimori se fugó. Montesinos estaba preso. Y Bozzo era el sinónimo del horror. Ya nadie la quería ver. Su presencia

producía espanto, su nombre se convirtió en apodo. Hasta sus auspiciadores quedaron desprestigiados.

Su programa se dejó de transmitir.

Solo en el Perú, claro.

Fuera de nuestras fronteras, nada de esto se supo.

Bozzo había sido acusada de recibir millones de parte de Vladimiro Montesinos, en calidad de soborno, para comprar su *línea editorial*. Se había convertido en la protagonista de otro *show*: el de la justicia peruana. Alternaba la grabación de sus programas para el extranjero con las largas sesiones en los juzgados. Harta de todo, el 17 de julio de 2002 intentó salir del país rumbo a Miami para grabar *spots* promocionales para Telemundo. La justicia nacional la bajó del avión. Literalmente: detuvieron el vuelo y tuvo que descender de la aeronave. Además, le informaron que, por orden del juez, no solo no podría salir del mapa peruano, sino tampoco de su casa.

Pero los problemas con la justicia nacional no iban a detener a la estrella más vista de Telemundo. Durante todos esos años, había estado construyendo una imagen que los peruanos no iban a lograr embarrar: Laura era, para los veintidós países que la veían, «la abogada de los pobres», la defensora de las mujeres cuyos maridos manoseaban a otras en las polladas. Así que hizo algo muy peruano: barrió los problemas bajo la alfombra.

La conductora registró como su domicilio legal el estudio de televisión Monitor, ubicado en el distrito de San Borja. Ahí estuvo refugiada, con cuarto, cocina y set televisivo, trabajando como si nada para una audiencia extranjera. Despertaba, se acicalaba y empezaba a chambear. Encerrada entre sus vastas cuatro paredes, el Perú entero le había dicho: «Basta ya», y ella respondió: «No».

De esta manera, Laura Bozzo siguió luchando por sus retorcidos sueños, de Lima para el mundo, sin que nadie pudiera hacer nada al respecto. Su «casa» era su centro de trabajo. Siempre una adelantada, Laura teletrabajó *before it was cool*. Se quedaría allí exactamente tres años.

Según el cómic biográfico *Señorita Laura* (2015), la conductora entró en tal estado de negación que durante ocho meses se rehusó a

instalar una cama en el set. En sus madrugadas de desvelo y soledad, llamaba llorando a su equipo de producción. Cuando dormía, soñaba con el mar. También tenía pesadillas con los casos de su programa.

Además, organizaba fiestas excesivas. Ponía un toldo dentro del set e invitaba, por ejemplo, a sus amigas de colegio. Tres copas distintas para cada persona, tres tenedores distintos, tres cuchillos distintos... y tres mozos para diez personas. Se ha denunciado que se escapó alguna vez, a alguna fiesta, un Año Nuevo.

Su padre, a pesar de estar con tratamiento contra el cáncer, la visitaba todos los días. Su madre, avergonzada por el escarnio público, nunca pisó el set. El caso era una fiesta para los medios peruanos, que aireaban cada posible detalle de la especulada relación entre Montesinos —ya detenido— y Bozzo. Mientras, ella también exponía miserias ajenas: las del país que la tenía encerrada. Ha habido pocas relaciones más tóxicas como las de Bozzo y el Perú.

Al final, la hallaron culpable de un delito menor y se asumió que esos tres años de encierro ya satisfacían la exigencia de la justicia. Poco después, Laura se fue del Perú para siempre y se instaló en México. Fiel a su estilo, sus desventuras continuarían en el país azteca, pero, por suerte, eso ya es una chamba para *México bizarro*.



¿ASÍ ES MI PERÚ?

Quizás una de las grandes frustraciones nacionales es que el Perú no tiene la fama que se merece. A diferencia de mexicanos, argentinos o, incluso, colombianos, nuestra rica cultura y diversidad no son tan mainstream *ni tan populares como las de ellos. Y cuando, finalmente, la cultura pop global sí se ocupa de nuestro país, pues pasan cosas como estas...*

Para el mundo anglosajón, nuestro inmigrante más famoso no es Vargas Llosa ni Juan Diego Flórez. Es un animalito. No es un cuy, ni una llama ni un político: es un oso. Y tampoco se trata de un peruanísimo oso de anteojos. Es más bien una suerte de Winnie Pooh bamba: se llama Paddington Bear y desde 1958 hasta Harry Potter fue el personaje más exitoso de la literatura infantil inglesa.

Se supone que es un inmigrante que llega a Londres desde el

«*deepest, darkest Peru*» (¿?) y es adoptado por una familia que, como no entiende su nombre «en peruano», lo rebautiza como Paddington. Ah, ya. La historia originalmente lo describía como «africano», pero los editores del libro se dieron cuenta de que —pequeño detalle— en África no había osos, así que el autor del desaguisado (un señor llamado Bond, Michael Bond) decidió entonces que el oso venía de algún otro lugar exótico. Digamos... Perú. Y listo.

Paddington es tan peruano como un plato de *fish and chips*. Nada en su historia personal, su filiación zoológica o su personalidad serían reconocibles para nosotros y, aun así, hace unos años, se le inauguró una estatua en Larcomar. Siempre con los homenajes equivocados.

Sigamos en Inglaterra. En su último libro, Harry Potter —el reemplazo del osito como el personaje británico más popular— tiene unos amigos que le consiguen la buena: los «polvos peruanos de oscuridad instantánea». O sea, a Potter adolescente le consiguen unos polvos mágicos del Perú que te dejan ciego. Qué sutil, J. K. Rowling. Al menos, se reivindicó con nosotros convirtiéndonos en el mejor equipo sudamericano de Quidditch. Algo es algo.

Nuestros deportistas peruanos también quedaron bien representados en *Attacker You!*, un anime japonés que se volvió extremadamente popular en la Europa de los ochenta (en España se lo recuerda como *Juana y Sergio*). Era como los *Supercampeones*, pero de vóley femenino. El Perú tenía un rol preponderante en la historia. Nuestra selección nacional —capitaneada por un clon de Cecilia Tait, incluyendo el número 7 en la espalda— derrota a las protagonistas. Pero hay un *twist*: las peruanas habían sido entrenadas por un personaje llamado Isamu Sato. Era un homenaje a Akira Kato, el legendario entrenador nipón que llevó a nuestro seleccionado a las grandes ligas de este deporte, en los años sesenta, y que acababa de morir cuando se empezó a producir la serie.

Pero si hay una constante en la representación que se hace del Perú en Japón, a lo largo de las décadas, es la obsesión japonesa con las líneas de Nazca. Los misteriosos geoglifos han sido elementos centrales —siempre vinculados a lo sobrehumano— en episodios de *Cowboy Bebop*, *Yu-Gi-Oh!*, *Digimon* y muchos, muchos más. Incluso un

pokemon de tipo psíquico, Sigilyph, está basado en el diseño de la figura del Colibrí.

Es más, una serie entera estuvo inspirada por esta maravilla de nuestra historia: *Jiku Tensho Nazca*. Como era de esperar, la rigurosidad histórica no es la especialidad de este tipo de creaciones. Todo empieza cuando Kyoji, un estudiante de kendo, descubre que su maestro es la reencarnación de un guerrero inca (?) que quiere destruir el mundo (!). En el camino, Kyoji se cruzará con Huáscar y Atahualpa y… seguramente el espíritu de María Reiche los maldijo, porque el anime solo duró doce episodios. En YouTube pueden buscar algunas escenas de esta serie, incluido su *ending* con los acordes de «El cóndor pasa».

Pero si hay un ambiente donde el Perú es sinónimo de aventuras exóticas, ese es el mundo francófono. Hay una infinidad de cómics —perdón, *bandes dessinées*— basados en temática inca, en exploraciones de la Amazonía en busca de El Dorado o en momentos muy específicos —y sorprendentemente bien documentados— de la conquista. Hay personajes llamados Quena —que, sí, tocan la quena— y títulos como *Quipu*. Desde series educativas para niños hasta sofisticadas novelas gráficas de ciencia ficción, pasando por clásicos como el *Corto Maltés*. En general, los cómics publicados en Francia han sido —y siguen siendo— muy pródigos en ambientaciones y referentes que nosotros podríamos reconocer (y que, lamentablemente, permanecen inéditos en nuestro país).

Incluso la imaginación de los niños franceses de los ochenta fue capturada por un anime franco-nipón-luxemburgués llamado *Las misteriosas ciudades de oro*, cuya inmortal banda sonora fue compuesta por el dúo Saban-Levy, famoso por crear los temas musicales del *Inspector Gadget* y *He-Man* —y que luego se haría millonario con los *Power Rangers*—. En la fantástica serie, ambientada en la conquista, un niño catalán y una niña inca van en busca de las míticas ciudades doradas, muchas veces montados en un enorme cóndor de oro. Su propósito fue educativo y, de hecho, cada episodio venía acompañado de un minidocumental sobre los aspectos reales de

la historia del Perú que habían inspirado los minutos previos. La serie fue tan impactante que, décadas después, en este siglo, se hicieron secuelas y *remakes*.

Quizás la tradición peruanista de la historieta francófona se remonte a *Tintín*. En 1946, se lanzó su saga *El Templo del Sol,* en la que el joven reportero del mechón y sus amigos desembarcan en el Callao, toman el Ferrocarril Central en Santa Clara, sufren un sabotaje en un lugar muy parecido a La Oroya, siguen hasta Jauja y, finalmente, enrumban al sur por los Andes hasta encontrar una ciudad inca detenida en el tiempo. Todo muy bonito, pero tiene un problema: en el clímax, Tintín engaña a los incas —que eran unos astrónomos consumados— prediciendo un eclipse. Por favor.

No es la única inexactitud. Objetos mochicas y chimúes son utilizados indistintamente, y los protagonistas tienen un primer encuentro con las llamas en un Callao montañoso y, a la vez, tropical. Aun así, hay que admitir que el trabajo documental de Hergé, autor del cómic, fue gigantesco. El nivel de detalle en vestimentas, objetos y escenarios es notable, y, además, la historia es cautivante. Es difícil explicar el tremendo impacto de esta aventura específica en generación tras generación de millones de lectores de la que quizás sea la historieta más leída de Europa. *El Templo del Sol* se convirtió en un clásico instantáneo que se ha reimpreso innumerables veces y que ha sido adaptado a la animación, al videojuego y hasta como un musical.

Tintín no solo influenció a europeos, sino también a gringos. En los años cincuenta, un cómic muy popular era el *Pato Donald*. El artista Carl Barks —inspirado por sus lecturas del personaje de Hergé— transformó las inocentes historias de Disney en trepidantes aventuras alrededor del mundo. Una de ellas se llamó *Perdidos en los Andes*, en la que Donald y sus sobrinos también encuentran una civilización perdida. Los cómics de Barks son tan imperecederos que la popular serie animada *Duck Tales* (*Patoaventuras*) adaptó muchas de sus historias. De hecho, la trilogía de episodios con la que se estrenó, «El tesoro de los soles dorados», llevaba a sus protagonistas a los Andes en busca de El Dorado... y, como en la serie animada francesa,

también volaban en un cóndor de oro.

Pero lo más delirante es que un niño de los cincuenta, lector del *Pato Donald*, se obsesionó también con esas aventuras exóticas. Así fue como George Lucas, uno de los creadores de *Indiana Jones*, decidió ambientar la escena inicial de toda la saga en un templo de Chachapoyas. Él mismo admitiría que tomó la idea —incluida la trampa con la bola gigante— de un cómic del *Pato Donald* de Barks.

Tenemos que detenernos aquí porque la lista de inspiraciones peruanas para la cultura popular mundial es tan larga como dispersa. Quizás la lección de este recuento sea que nuestra historia, para el afiebrado inconsciente colectivo global, es sinónimo de lo inaudito, lo inesperado y lo bizarro. En eso no se equivocan.



NIC PIÉROLA: GOOD OR BAD?

Hay figuras en la historia que son controversiales. Sin embargo, en ese género, hay personajes cuyas acciones generan dos perspectivas que no solo son distintas, sino también opuestas. Esta es la historia de Nicolás de Piérola. En su caso, cada bando tiene un líder de peso: fue celebrado por el historiador Jorge Basadre y repudiado por el pensador y escritor Manuel González Prada. ¿Otro final abierto en la historia del Perú?

Manuel González Prada, anarquista, pensador y, básicamente, el abuelo de la conciencia social peruana, tenía 37 años cuando participó en la defensa de Lima durante la guerra del Pacífico[8]. Fue el segundo

jefe del reducto del cerro El Pino, lugar desde el que no pudo hacer mucho más que contemplar la destrucción de la ciudad y la muerte de miles de peruanos, pues recibieron la orden de no disparar sus cañones.

Sí, *no* disparar los cañones.

La orden expresa venía del flamante presidente Nicolás de Piérola, quien aprovechando la ausencia de Mariano Ignacio Prado —que se fue a Europa en plena guerra para, ejem, *agilizar* la compra de armamento— se había autoproclamado presidente.

Para colmo, consideremos que, antes de la guerra, Piérola ya había encabezado varios levantamientos. En el que lo lanzaría al estrellato, acabó capturando nada menos que el mismísimo monitor Huáscar; solo le faltó hacer ondear en la embarcación una bandera con tibias y calavera, mientras recorría el litoral con sus huestes. Bajo estándares actuales: Piérola estaba locazo. Él no era el único, claro. En esos años, eran varios los que dirigían batallones e intentaban tomar el poder para autoproclamarse jefazos supremos. Era casi como ir a comprar el pan, pero si la panadería fuera *old white men only*.

Hay que decir que González Prada le tenía cierto encono al tipo de persona que era Nicolás de Piérola. Reconocía en él a un representante de todo lo que estaba mal en el Perú. Pero presenciar el desastre militar que fue la defensa de Lima a cargo de este personaje —quien lo hizo tan mal que terminó renunciando al cargo en plena guerra y, cómo no, también huyendo a Europa— hizo que en Gonzáles Prada germinase un rechazo absoluto. La llama de ese odio nunca murió.

Para colmo, Piérola también era lo que hoy llamaríamos un privilegiado. Es decir, era una persona que lograba cosas por sus contactos, lo que —particularmente en esa época— implicaba venir de lo que se llamaba «noble cuna». Su primer cargo político lo ocupó a los 30 años en el Ministerio de Hacienda y Comercio, durante el Gobierno de José Balta. Este lo llamó por recomendación de quien era su primo político: el expresidente José Rufino Echenique. ¿Y quién había sido el ministro de Hacienda de Echenique? Pues el papito de Nicolasito[9].

Los consejos de ministros eran como las páginas de sociales de la

prensa limeña: claramente, todos se conocían entre sí, andaban solo con gente como ellos y, de alguna manera, todos eran primos de alguien más. De hecho, *fun fact,* Nicolás de Piérola tuvo siete hijos con su prima hermana, con la que se casó. Sí, las cosas no han cambiado mucho para la élite limeña.

Las semejanzas continúan: su ego era tan colosal que su chapa era el Califa. Y, pese al desastre de su primer Gobierno, Nicolás de Piérola nos gobernó dos veces. ¿Les suena la Marsellesa? Sobre la segunda vez, hay consenso —pero no le pregunten a González Prada— de que lo hizo bien.

Y ese consenso, en parte, fue forjado por Jorge Basadre, a quien los afortunados reconocerán porque aparecía en el billete de cien soles. Según nuestro historiador más reverenciado, el segundo pierolismo fue «diligente, creador y eficaz». Y, bueno, sí: organizó el Ejército, modernizó el Estado y culminó la *reconstrucción nacional*, que es básicamente lo único que podía suceder después de la hecatombe de la guerra del Pacífico.

El resumen: nos destruyeron y tocamos fondo, por eso, el único camino posible era hacia arriba. Y Piérola llegó, al menos en la mirada de Basadre, para cerrar con broche de oro lo que fue la recuperación del país.

Con reformas económicas y administrativas, Piérola aseguró una estabilidad política bastante añorada. Impulsó la construcción de caminos, la educación pública... Hizo bastante, pero el vaso también se puede ver medio vacío. Por ejemplo, si bien reformó la ley electoral que estableció el voto público y directo, no incluyó el voto de los analfabetos. Esto, en la práctica, implicó dejar sin representación a una gran cantidad de peruanos, particularmente a fines del siglo XIX.

Y no es casualidad que su segundo Gobierno también sea considerado —por el propio Basadre— como el inicio de la República Aristocrática, el periodo de nuestra historia con el nombre más preciso. Fue una primavera democrática, sí, pero también se trató de otro grupo de privilegiados gobernando el país durante dos décadas. Mientras tanto, largo tiempo el peruano campesino oprimido[10].

¿Cuál es, al final, el juicio de la Historia? Han pasado más de cien

años y parece que el jurado sigue deliberando. Ciertamente, hoy caería antipático alguien cuyos *fans* lo llamasen el Califa. Quizás en eso González Prada fue un visionario y, por ello, decidió cambiarle de chapa: Enano Perinola. A través de *El Germinal*, que era el órgano de prensa y propaganda de la Unión Nacional, lo llenaba de insultos que también se repetirían en *Horas de lucha*: conservador, autocrático, clerical, aturdido, vacilante, divagador, bufo, abominable y funesto. Y Enano Perinola, no lo olvidemos.

Antes de que Basadre evaluara con más frialdad la biografía entera del Enano Perinola Califa, González Prada forjó con fuego el antipierolismo. Nuestra pluma más ácida era un anticlerical confeso, mientras que Piérola era un ferviente católico y populachero. González Prada se preguntaba si el Perú existía o no como nación, porque desde su creación se pensó para una clase privilegiada en desprecio de la indígena. Piérola era un hijito de papá. Nuestra Conciencia Moral de la Nación™ consideraba necesarias las reformas agrarias, obreras e indígenas… y Piérola inició la República Aristocrática. Ah, y por supuesto: González Prada se forjó denunciando la endémica corrupción del Estado peruano y su némesis fue el artífice del contrato Dreyfus, el Lava Jato de su época.

Visto así, es natural pensar que fue durante la influencia política del militar que se gestaron las ideas del pensador. De alguna manera, la Historia exigía que uno llegara al poder para garantizar la vigencia del pensamiento del otro. Como si, al revés de lo que suele suceder, esta vez fuera el supervillano quien terminara creando a su némesis.

---

8 Ver el capítulo «Más que una inyección».

9 Y todo, además, para sacar adelante el contrato Dreyfus. Vean el capítulo «Corrupción de mierda».

10 Las comparaciones son odiosas, pero, al mismo tiempo, México vivía su revolución (sin mencionar que décadas antes ya había tenido a Benito Juárez). En el Perú seguirían mandando los de siempre por varias décadas más.



LA LIMA DEL FUTURO PASADO

Si sabes quién es Pedro Paulet, seguro es porque i) sabes que es el padre de la astronáutica o ii) has escuchado su nombre siendo gritado por estudiantes de una academia premilitar. Sin embargo, lo que no sabías es que Paulet era como el Tony Stark tercermundista de fines del siglo XIX. No solo le gustaban los motores y sus posibilidades, sino también proponer ideas para cambiar el mundo, empezando por nuestra capital.

El profesor de secundaria remarcaba con tiza roja que Pedro Paulet fue un pionero, un genio, un tipo adelantado a su época. Con suerte, con todo lo que estaba pasando por tus hormonales cuerpo y mente, retuviste algo de lo que dijo. Así, almacenado ya casi en tu inconsciente, está ese dato de que Paulet fue ignorado como padre de la astronáutica pese a su indudable aporte a los viajes espaciales.

La figura histórica de este arequipeño genial ha ido ganando el

reconocimiento que se merece con el paso de los años. Hoy figura en los nuevos billetes de cien soles y tiene, al menos, una plaquita en el Museo Nacional del Aire y el Espacio del Smithsonian, en Washington D. C. Si eres medianamente friki, sabes que se le atribuye haber inventado el propulsor de combustible líquido a fines del siglo XIX, treinta años antes de que siquiera fuera concebido y, menos, desarrollado por el resto de la humanidad. Lamentablemente, la única documentación disponible sobre su paternidad del motor que hoy impulsa misiles militares y cohetes espaciales es una carta que le envió a *El Comercio* en 1927, décadas después. El mismo Pedro, ya de anciano, aseguraba que sus experimentos —ocurridos en Francia— se interrumpieron porque la policía «a raíz de algunos atentados anarquistas, no aceptaba la fabricación particular de explosivos».

Su calidad de pionero del motor cohete aún se discute fuera de nuestras fronteras, pero, sin patrioterismos, es verosímil que haya sido tal como lo cuenta. Estamos hablando de una persona que literal e indiscutiblemente diseñó —¡en 1902!— una *fucking* nave espacial: el avión-torpedo[11].

Pedro Paulet, en suma, pasó de huérfano arequipeño a geógrafo, químico, diplomático, ingeniero, economista, escultor, escritor… y también a ser el hombre que podría haber salvado nuestras ciudades de terminar como las pesadillas distópicas que son hoy en día. Resulta que tan alucinantes como sus sueños de conquistar el espacio fueron sus proyectos arquitectónicos. Porque, sí, Pedro hizo los planos de espacios públicos y viviendas. Planificó y construyó. De hecho, lo primero que estudió —apenas el Gobierno peruano tuvo el buen ojo de darle una beca— fue Arquitectura en París. Era 1894.

Seis años después, estaba diseñando el Pabellón Peruano para la Exposición Universal de París. En 1904, fue convocado de vuelta al Perú por el presidente José Pardo. Aquí proyectó el Hospital Goyeneche en Arequipa: después de recorrer Europa, el mismo Pedro compró los planos de un hospital francés y los adaptó en persona. Había un problema: el diseño laico francés no incluía una capilla, imprescindible para los peruanos de la época. No pasa nada: Pedro diseñó una imponente capilla estilo neogótico que terminó robándose

el *show*. Para Arequipa también propuso y planeó un enorme edificio comercial. En 1910, construyó las primeras casas baratas para obreros en La Victoria, tras ganar un concurso convocado por la Municipalidad de Lima. Guillermo Billinghurst era alcalde en esa época.

¿Te encantaría ir a conocer algunas de sus obras? Bueno, la mayoría de esas construcciones no ha sobrevivido al paso del tiempo. La capilla del Hospital Goyeneche, por ejemplo, tuvo que ser demolida después del terremoto de 1960.

Pero Pedro no se detuvo ahí. Habrán notado que, para él, todo tenía que ser a lo grande. Dejar huella, cambiar las cosas. Más que un arquitecto, era un urbanista. En 1933, mientras era cónsul peruano en Yokohama (Japón), se le ocurrió un proyecto para modernizar el Rímac. Como una visión de un mejor futuro, Paulet imaginó una basílica a Santa Rosa de Lima construida sobre el cerro San Cristóbal.

De acuerdo con las dimensiones que le calculaba, sería el monumento más grande del mundo. Pero eso no era todo. El proyecto incluía también una laguna para hidroaviones con aguas del río Rímac. Incluso, desde allí partiría un tramo de una carretera interoceánica con Brasil que nos iba a permitir una salida al Atlántico.

Ambicioso es una palabra pequeña para el amigo Paulet. Multifacético como renacentista, concibió gigantescas intervenciones en el Perú. Su proyecto urbanístico tenía como epicentro el cerro San Cristóbal. Desde ahí partirían tres carreteras con fines claros. La primera, hacia el Callao, como una amable bienvenida a quienes visitaran desde el extranjero la ciudad de Lima. La segunda, hacia el Cusco, uniendo la vieja capital con la nueva. La tercera, hacia la Amazonía, para facilitar la destrucción de sus recursos naturales. Perdón, me corrigen, la versión oficial es esta: para facilitar la destrucción de las costumbres locales y la desaparición de tribus originarias, propiciando el genocidio étnico. Ah, no, caray, otra errata: para facilitar el poblamiento de nuestra selva por inmigrantes europeos. Lamentablemente, hasta el futurólogo más visionario siguió siendo preso de los prejuicios de su época.

En todo caso, Pedro confiaba en que lo invertido en la obra se recuperaría rápidamente, y con creces, gracias al turismo que

generaría la basílica de Santa Rosa. Quizás hoy en día, lector hereje y posmoderno, no te suene como algo tan interesante. Pero nuestro personaje lo pensaba como un monumento que, montado sobre el cerro San Cristóbal, sería como nuestra Estatua de la Libertad.

Y, lo más importante, iba a poder ser visto desde tierra, aire y mar. Porque Paulet tenía una particular afición por el punto de vista aéreo. Sabía que la aviación cambiaría la manera en que vemos las cosas. Estaba obsesionado con el hecho de que monumentos del mundo como el Museo del Louvre (París, Francia) o el Palacio de Westminster (Londres, Inglaterra) e, incluso, la Basílica de San Pedro (Vaticano) no se veían bien desde el cielo. Él se iba a encargar de solucionar eso.

Pero, claro, no pasó. Había nacido demasiados años antes. Y demasiados kilómetros al sur.

---

11 Del que incluso construyó un prototipo, lamentablemente perdido durante los saqueos antijaponeses (ver el capítulo «Saqueo en vez de sake») de los años cuarenta. El modelo estaba bajo cuidado de un hijo de Pedro, casado con una japonesa. La pareja tuvo que huir del país.



Y, AL TERCER DÍA, NO RESUCITÓ

Metro sesenta de estatura. Treinta centímetros de barba. Picapedrero, zapatero, soldado. Arequipeño. Profeta en su tierra, profeta entre la tierra. Visionario espiritual, guía moral. Político por voluntad de Dios. Greñudo por lo mismo. Alejado del poder por voluntad popular. El elegido que no resucitó. El hombre que dejó huérfano a todo un colectivo humano. Ezequiel Ataucusi.

Habīan pasado ya los tres dīas proverbiales y el profeta seguīa frīo.

El 21 de junio de 2000 sus seguidores anunciaron su muerte a la prensa y empezaron el conteo regresivo para verlo volver del más allá. Tieso, cada vez más gris, encerrado en una urna que, de alguna manera —ayudado de inciensos y otras cosas para quemar—, difuminaba el aroma natural que trae la muerte. La logística de su resurrección, ciertamente, no estaba clara.

Al parecer, en sus múltiples horas de prédicas, Ezequiel Ataucusi no abordó qué es lo que se debía hacer en el caso inconcebible de su deceso. Algunos pensaban que, simplemente, jamás moriría. Otros, que, si sucedía, entonces tendría que volver. Mientras tanto, sus zelotes, biblia en mano, rebuscaban algún versículo, palabra o signo de puntuación que les permitiera interpretar a su favor el fallecimiento de quien se suponía los acompañaría para siempre. Para ser un hombre que hablaba de un inminente fin, de un evento cataclísmico que produciría desastres y hambruna, Ezequiel no parecía ser alguien que pensara mucho en su propio final.

Ezequiel nació en 1918, en Pampamarca, la sierra arequipeña, y tuvo orígenes pobres. Migró —como hicieron muchos de los que luego encontrarían refugio en sus palabras— buscando una tierra prometida. Aunque, en su caso, esta no es una figura retórica. La misión que Dios le dio —según le dijo al muy confundido evangélico que le leyó la biblia por primera vez sin saber que estaba causando que el Espíritu Santo se apoderara de él— era fundar, en el Perú, la nueva Israel. Y la encontró en Cieneguilla. En un paraje desértico resguardado por cerros, lejos de la ciudad pero orbitándola.

En boca de Ezequiel, las tradiciones judías y cristianas cobraron nuevo significado. Le hablaba al marginado, al que encontraba limitaciones para acceder al que se supone era el Perú oficial. Creó así el único movimiento religioso autóctono masivo: la Misión Israelita del Nuevo Pacto Universal. Las palabras resonaron en los migrantes que encontraron en este discípulo directo de Dios ordenanzas y enseñanzas. Ezequiel contaba que el Creador mismo le había enseñado a leer la biblia, a entenderla. Clases privadas del Evangelio con el mismísimo escritor de la palabra. Chúpate esa, MasterClass.

Como señala el investigador Juan Ossio, una de las personas que con mayor profundidad ha estudiado este tema, Ezequiel se expresaba bíblicamente. Su festividad era bíblica; su ideología, también. Pero su cultura era andina. Era esa convergencia de ideas la que lo convertía en un personaje tan particular. Se perfilaba como el Inkarri, ese personaje mítico que ofrece la redención de los pobladores andinos. Su lectura bíblica se arraigaba en los Andes. Sus seguidores

aseguraban que el maestro tuvo encuentros con Dios. Fue así como este le reveló que el pueblo peruano sería el nuevo Perusalén.

A Ezequiel también le gustaba decir que el fin estaba cerca. De hecho, por eso pensaba —y de algún modo entendía— que el futuro estaba en la producción agrícola. Predicaba la necesidad de trabajar en la selva para juntar alimentos y abastecerse. Solo así podrían ayudar ante la hambruna y la necesidad que traería el apocalipsis. De esta manera, fomentando el establecimiento de colonias agrícolas, llegó hasta Bolivia y Colombia.

Pero nunca soltaba una fecha exacta para este final absoluto, pues le rogaba a Dios que no lo hiciera. Afirmaba que le pedía una prórroga para la humanidad. Por eso, cuando finalmente le llegó la hora, muchos de sus fieles entraron en pánico pensando que ya no había quien convenciera a Dios de no acabar con todos nosotros de una buena vez.

Para entonces, Ezequiel no era solo un profeta. Era un redentor social y pretendía ser un salvador político. En los setenta, se fundaron centros de enseñanza e iglesias por todo el Perú. Se establecieron comunidades en las regiones limítrofes de la Amazonía con el plan de crear «fronteras vivas». A fines de los ochenta, fundó un partido. Estratégicamente, su nombre no revelaba ningún trasfondo religioso: el Frente Popular Agrícola FIA del Perú, más conocido como el Frepap, con el que postuló a la presidencia tres veces. Nunca consiguió más de ochenta mil votos. A algunos puede sonarles a poco, pero que ochenta mil almas quisieran que un señor de túnica y barbas hasta la rodilla liderase nuestra nación… se trata de un fenómeno social innegable. Ochenta mil personas que vieron en Ezequiel la oportunidad de convertirnos en la Tierra Prometida.

Los dioses, por definición misma del concepto, no mueren. Suelen ser eternos, trascender la existencia misma. Pero, de alguna manera, se encontró una explicación en la biblia y el vacío que dejó Ezequiel se llenó. Aunque no del todo. Cuando finalmente se concluyó que no iba a resucitar, y ya con la explicación de por qué no lo haría, los sacerdotes —en reunión privada— decidieron qué hacer.

Así, el sábado 24 de junio, tres días después del anuncio de su

fallecimiento, se despidió el cuerpo de Ezequiel. El lector avispado habrá notado que ya había transcurrido una semana desde su muerte. Es que el círculo íntimo, al parecer, esperó su resurrección en privado durante cuatro días antes de anunciarla. Y, luego, tres días más antes de asumir que no había vuelta atrás. La resurrección física ya no importaba: el profeta ahora los guiaría en espíritu, y lo sigue haciendo, incluso, hoy. Su espíritu se encarnó en cada uno de sus seguidores, ya que, de algún modo, revivió en sus corazones.

Así, Ezequiel dejó sin cabeza a la comunidad religiosa y a su brazo político, pues decidió ser más útil en el mundo de las ánimas. Pero lo dejó todo tan armadito que lo único que podía malograrlo sería una posible animadversión entre sus sucesores. Lo cual, para sorpresa de nadie, ocurriría eventualmente.



SÁNCHEZ CERRO, CAZADOR DE TESOROS

Todos en El Agustino conocen el nombre de Catalina Huanca. Y muchos allí también han escuchado de los túneles bajo los cerros que a veces se tragan las casas de algunos vecinos. Y quizás algunos saben los lazos entre ambas historias. Pero son menos los que las han vinculado con la de un presidente perseguido por una maldición.

En junio de 2003 se abrió un hueco en el suelo que dejó a varias familias sin casas y sin cosas. Ocurrió en lo que entonces era el asentamiento humano 9 de Octubre, en el lado sur del cerro El Agustino, y —de acuerdo con el informe del Sistema de Información para la Gestión del Riesgo de Desastres— fue causado porque en el lugar «existían numerosas labores mineras». Es decir, el cerro estaba repleto de antiguos y misteriosos túneles, de los cuales, en palabras del informe, «se desconoce su ubicación y orientación».

Trece años después, unos días luego de Navidad, cerca del lugar del incidente anterior, otro hueco se abrió en el suelo y esta vez afectó a cinco viviendas. En ese momento, el subgerente de Gestión de Riesgos y Desastres de la Municipalidad de El Agustino repitió casi lo mismo que en el informe previo: «Parece que esta es una zona de túneles y todavía no sabemos a ciencia cierta por dónde se dirigen y cuántos hay».

Quizás las autoridades tendrían una pista acerca del origen de esos túneles si mirasen el nombre que toma esa formación montañosa en su lado suroeste: Catalina Huanca.

¿Y quién es Catalina Huanca? En estricto rigor, se trata de casi una leyenda. En principio, no queda claro si ese era el apelativo de alguien llamado Catalina Apoalaya o cuál era su verdadero nombre. Hay varias teorías de distintos autores. Sobre lo que hay cierto consenso es que fue una opulenta curaca *wanka* (huanca) de la sierra central peruana, que vivió durante el virreinato. Pero aquí se acaban las certezas. Distintos autores la ubican en distintos momentos de la historia e incluso, y aquí es donde se vuelve más leyenda todo esto, se creía que ella conocía la ubicación secreta de los lugares donde los indígenas enterraron sus tesoros durante la conquista española.

Quien lanzó a la fama a Catalina fue, por supuesto, Ricardo Palma, quien afirma, en una de sus tradiciones, que su padrino de bautizo fue Francisco Pizarro, a manera de alianza con el pueblo huanca. Tras la muerte de su padre, ella heredó el cacicazgo, lo que se sumaba ya a su opulencia y su poder. Palma cuenta que viajaba con frecuencia a Lima y lo hacía de una manera bastante particular:

> Doña Catalina pasaba cuatro meses del año en su casa solariega de San Jerónimo, y al regresar a Lima lo hacía en una litera de plata y escoltada por trescientos indios. Por supuesto, que en todos los villorrios y caseríos del tránsito era esperada con grandes festejos. Los naturales del país la trataban con las consideraciones debidas a una reina o dama de mucho cascabel, y aun los españoles le tributaban respetuoso homenaje.

La exuberancia de Catalina la convertía en una mujer distinguida ante

los ojos de conquistadores y conquistados. Por supuesto, todos se preguntaban de dónde le venía tanta riqueza. ¿Era acaso producto de un tesoro escondido? ¿El legado intacto de una riqueza ancestral? Pero claro que *yes*, pensaba la mayoría.

Para muchos peruanos del siglo XIX, subyugados por la narración de Palma, lo que más importaba era ubicar los lugares donde Catalina había enterrado su tesoro antes de morir —famosamente virgen— con más de 90 años. El lugar más evidente parecía ser algún punto de la ruta Lima-Huancayo que ella recorrió tantas veces. Y así fue que muchos emprendieron la cacería. Algunos de los túneles tragacasas de hoy corresponden a esa fiebre del oro.

Pero el emprendimiento aventurero de los particulares tiene límites. Unos cuantos cazadores de tesoros no fueron los responsables de convertir el cerro El Agustino en un queso *gruyère*. El responsable de esta herencia hueca sería el Gobierno del Perú.

Aquí aparece en escena el general Alejandro Barco, autor del libro *Los tesoros de Pachacámac y Catalina Huanca*, cuya única edición sería publicada en 1972, casi cuarenta años después de sus múltiples y fracasadas expediciones. En el tomo, de un rigor histórico muy discutible, contaba que Catalina había sido uña y mugre con una joven Santa Rosa. De hecho, Barco relata que Catalina le consultó si entregar el tesoro aseguraría «el alivio espiritual y material de la gente de su raza». Según esta versión, Santa Rosa le dijo que las antiguas divinidades andinas no habían muerto y que la humanidad aún no estaba lista.

Además, Barco juraba y rejuraba que el tesoro de Catalina se trataba, en realidad, de los tesoros del templo de Pachacámac, rescatados por su familia, descendiente del inca Huáscar. Es decir, el tesoro de Catalina Huanca no solo tenía correspondencia con lo certificado por cronistas, sino que excedía los cálculos más salivantes. ¿Sus fuentes? De cebiche y jalea mixta. O, lo que es lo mismo, clarividentes y ocultistas. Nadie sería tan delirante como para creerle, ¿no?

Como suele ocurrir con estos personajes, Barco terminó juramentando como ministro. Su jefe, el presidente Luis Miguel

Sánchez Cerro, se compró toda la historia y, apenas llegado al poder, autorizó las excavaciones en lo que entonces se llamaba cerro San Bartolomé y en las zonas aledañas. Tan convencido estaba Sánchez Cerro de que la búsqueda tendría frutos que publicó una resolución suprema (la número 649) que declaraba todos los tesoros ocultos propiedad exclusiva del Estado.

Sin embargo, en su libro, Barco también cuenta que una joven de 15 años se le acercó a Sánchez Cerro con una advertencia: Santa Rosa se le había aparecido en sueños para que dejaran de buscar el tesoro de su amiga.

Al parecer, esta vez Sánchez Cerro decidió ponerse escéptico. No iba a dejar de buscar todo ese oro. Por eso, cuando a fines de 1931 —tras dejar el poder por un tiempo— se legitimó como gobernante a través de elecciones, la búsqueda continuó. Y siguió durante un buen par de años en esa zona de San Bartolomé, en los cerros que ahora todos conocen como El Agustino y Catalina Huanca.

Hasta que llegó el trágico final: Sánchez Cerro fue asesinado de un disparo en el hipódromo de Santa Beatriz. Su sucesor, Óscar R. Benavides, se enteró de la advertencia hecha por la niña, de la búsqueda insensata, de la maldición de Catalina Huanca. Y exclamó: «¡Suspendamos esos trabajos, yo no quiero morir trágicamente!».



RESCATE DEL PARAÍSO

Al inicio de esta historia, un terremoto. Al final, un helicóptero de las Fuerzas Armadas tendrá que rescatar a unos narcotraficantes de las garras de Sendero Luminoso. En medio, el delirio.

En el departamento de Huánuco, en la provincia del Marañón, hay un pequeño pueblo que en su momento fue la capital mundial del narcotráfico, una actividad económica que pocas veces fue tan rentable como en el apogeo de esta localidad. Tenía al menos siete pistas de aterrizaje, casi aeropuertos, desde los que diariamente se despachaban vuelos —nacionales e internacionales— con cocaína. En 1987 fue escenario de un enfrentamiento sacado de una película de Michael Bay.

A inicios de la década del setenta, el pueblo fue fundado por personas que llegaron desde Huaraz, desplazados luego de que un

trozo del Huascarán, el nevado más alto del Perú, cayera encima de sus casas, de sus calles y de sus familias. Un terremoto de casi cuarenta y cinco segundos sepultó la ciudad de Santo Domingo de Yungay y, con ella, a siete mil personas. Quienes no murieron, traumatizados por el recuerdo de la tragedia, cargando lo poco que lograron rescatar, atravesaron la cordillera y llegaron al Alto Huallaga. Eran sobrevivientes y, por lo tanto, llamaron a su nuevo hogar Paraíso.

Según se detalla en el quinto tomo del *Informe final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), durante tres años los fundadores de Paraíso recibieron un subsidio casi total por parte del Estado. Sin embargo, al ver que no producían nada con la ayuda que les era entregada, se cortó la asistencia. En ese momento, la mayoría de colonos iniciales decidió abandonar el pueblo y se quedó solo una quinta parte del grupo original. Quienes lo hicieron se dedicaron a la agricultura y ganadería, hasta que en 1978 empezaron a cultivar coca.

Con el tiempo, se volvió un paraíso para el narcotráfico. Hacia 1980, Paraíso se había convertido en una miniciudad, con todas las de la ley. O, mejor dicho, sin ley. La facilidad con la que se hacía plata atrajo a muchas personas, no solo peruanas. El grueso de los extranjeros eran colombianos, pero también había mexicanos, bolivianos y brasileños. El pueblo de refugiados se convirtió en una bulliciosa urbe cosmopolita. Prostíbulos, carros, motos y sueldos altísimos para obreros. Barrios lujosos exclusivos para los narcotraficantes. Discotecas, hoteles y restaurantes de lujo. Conciertos de cantantes de moda, *shows* de artistas famosos, *tours* de *vedettes* cotizadas. Todo eso que se considera sinónimo de progreso. Todo eso gracias a la cocaína.

Si alguna vez hubo un rastro del Estado peruano, el narcotráfico terminó asimilándolo: tenía en planilla a los pocos miembros de la Policía y las Fuerzas Armadas de la zona. Además, este territorio estaba alejado de las vías de acceso rápido. La forma más fácil de llegar era por el aire. Como buen paraíso, estaba negado a los simples mortales.

Pero este aislamiento no iba a desanimar a gente que se creía el pináculo de millones de años de materia en movimiento: el Partido

Comunista del Perú - Sendero Luminoso (PCP-SL). Al contrario, el terrorismo le puso el ojo a esta ciudad que combinaba dos elementos más que atractivos para ellos: inaccesibilidad y dinero.

Los terroristas llegaron primero a Paraíso de manera clandestina. Estudiaron el lugar. Con el tiempo, se animaron a hacer incursiones armadas. Nada demasiado violento. Solo para asustar. Hacerse notar. Una vez establecidos, la convivencia fue casi pacífica. Los tres narcos principales —Braulio Tafur, Antonio *Tío* Ríos y Marcelo Ramírez, mejor conocido como Machi— aceptaron las condiciones impuestas para evitarse problemas. Después de todo, los muchachos de Paraíso no veían en el terrorismo una oposición al narcotráfico. Cuando no estaban siendo subversivos con las armas, lo eran haciendo pases de drogas o proveyendo seguridad. La simbiosis entre narcos y *tucos* parecía destinada a durar. De todos los jefes locales, fue Machi quien estableció las mejores relaciones.

Pero, claro, Sendero Luminoso también estaba tomando control de otros lugares de cultivo aledaños —como Tocache y Uchiza—, por lo que los narcos, poco a poco, fueron desplazados como las máximas autoridades de la zona.

Una noche, un grupo de senderistas ingresó a Nuevo Progreso, un pueblo vecino, para hacer «justicia popular». Reunieron a los vecinos en la plaza de Armas, anunciando que habían recibido quejas de estafas a los agricultores en las compras de droga. Dieron un plazo de veinticuatro horas para solucionar estos problemas de pago. Los terroristas impusieron el orden que hasta entonces nadie había podido establecer. Los problemas de pago se remediaron y, en poco tiempo, se formó un comité popular; así, quien tuviera problemas de cobranza podría presentar su denuncia con la certeza de que recibiría justicia. Poco después, Sendero Luminoso repitió esta estrategia en Tocache, zona que llegó a patrullar de la mano de sicarios. Recibían quejas, juzgaban y administraban penas. Hasta utilizaron a los capos para conseguir armamento de guerra desde Colombia.

El *nuevo orden* de Sendero Luminoso se expandió rápido, casi en paralelo al movimiento de la droga. Todo el Huallaga corría riesgo de convertirse en un Estado paralelo. Esto obligó a la Policía a actuar.

Unidades Especiales de la PNP lograron recuperar y establecerse en Tocache, el eje de la zona. La estrategia de los terroristas tuvo que adaptarse: se replegaron a las sombras y decidieron concentrar su influencia en las zonas rurales. A las ciudades solo volverían con terror.

Con la llegada de los policías, el equilibrio estratégico entre narcotráfico y terrorismo se rompió. La CVR da cuenta de las diversas versiones que causaron el enfriamiento de la relación entre Machi y Sendero Luminoso:

> Algunos dicen que, mientras Machi estaba de viaje en Colombia, el PCP-SL habría matado a su hija o a toda su familia. Otros afirman, más bien, que los muertos eran un grupo de once trabajadores de Machi que los miembros del PCP-SL vieron hablando por radio con su jefe y pensaron equivocadamente que se estaban comunicando con el Ejército; el PCP-SL habría dado muerte a siete en la plaza de Armas de Paraíso y habría perdonado a los cuatro restantes con la condición de que se incorporasen a las filas de su movimiento. También se recopiló una tercera interpretación: que Machi había ordenado que un grupo de seis de sus hombres secuestrara a un ganadero de Paraíso. Por fortuna, la víctima conocía a sus captores y logró convencerlos de que lo soltaran. Poco después, el PCP-SL se enteró del secuestro y decidió enfrentarse con Machi.

Sea como sea, en 1987 narcos y terrucos se declararon la guerra en Paraíso. Machi armó un pequeño ejército de cien hombres e iba de pueblo en pueblo matando a quien consideraba que era de Sendero Luminoso. Años después, en 2011, Florido Flores (a) Artemio, el último cabecilla senderista histórico, contaría una versión alucinante en una entrevista con Gustavo Gorriti. Según el terrorista, Machi fundó el MAT (Movimiento Anti Terrorista), nada menos que con la anuencia de Alan García y su ministro del Interior, Agustín Mantilla, «para exterminar a los míos». Ciertamente, la CVR registra que el ejército personal de Machi contó con ayuda de la Policía y que el propio Machi vestía un uniforme policial «con rango de mayor o comandante».

El momento más álgido del conflicto ocurrió en noviembre de ese 1987. En una emboscada fallida, Machi, herido, se refugió en la

fortaleza que se había construido en Paraíso. La balacera duró más de veinticuatro horas, según cuentan los testigos. La suerte del narcotraficante parecía echada; su muerte, certera. Los terroristas lo tenían acorralado. La única razón por la que salió vivo fue porque dos helicópteros de sus amigos de la Policía Nacional llegaron —cinematográficamente, en el último minuto— a rescatarlo.

Se dice que fue a Panamá. También que la misma Policía lo mató porque, si hablaba, caían todos. Artemio asegura que fueron los propios narcos colombianos los que se lo entregaron, por dinero, y que fue el propio Sendero que ejecutó, en suelo colombiano, su venganza. El caso es que, con el fin de Machi, llegó también el de Paraíso, al menos como próspera ciudad de la droga. Hoy, solo quedan de recuerdo la abatida fortaleza y algunos mausoleos de narcotraficantes, construidos con un carísimo mármol de Carrara, invadidos por el follaje amazónico.



TRISTES ESTRELLAS DE LA VIEJA QUINTA

La Quinta Heeren es un referente de los aficionados a lo paranormal de todo el Perú. Las leyendas urbanas de exorcismos, jinetes sin cabeza y todo tipo de apariciones místicas se transmiten en guías de turismo, programas de radio y artículos clickbait *de la prensa más seria y cejijunta. Aquí no hablaremos de nada de eso. Bueno, un poquito.*

Óscar Heeren nació en Hamburgo en 1840. Su padre era alemán y su madre, peruana. Durante su adultez, vivió en Japón y, en 1869, instaló una casa comercial en Tokio, donde parecía que iba a pasar el resto de su vida amasando fortuna. ¿Cómo carajos llegó al Perú? En 1872 un barco con doscientos cincuenta ciudadanos chinos —culíes con destino al Perú— se detuvo para hacer reparaciones en el puerto de Yokohama (Japón). La tripulación aprovechó para amotinarse y protestar por las malas condiciones en las que viajaban. El incidente

desató tensiones diplomáticas.

Lo bueno es que el asunto se resolvió con un tratado comercial entre el Perú y Japón. Instrumental para su negociación fue Óscar, quien por sus servicios a la patria fue nombrado cónsul general del Perú en Tokio. Pero no se detuvo ahí. Se dedicó a convencer a empresarios japoneses de invertir en nuestro país. Así, en 1874, Óscar llegó al Perú acompañado de un puñado de inversionistas nipones interesados en hacer negocios.

Óscar pisó el territorio peruano, y al toque se dio cuenta de cuál era la fórmula peruana para hacer incluso más plata de la que ya tenía: comprar una hacienda en Chanchamayo y casarse con una aristócrata limeña (Ignacia Barreda y Osma, pariente del expresidente Manuel Pardo y Lavalle). Los limeños lo recibieron con la boca abierta, listos para introducir sus medias y humedecerlas hasta el fin de los tiempos.

Con el tiempo, Óscar puso sus ojos en los Barrios Altos. Esta zona, ubicada en la parte este del centro histórico de la ciudad, recibe ese nombre porque tiene una pequeña elevación de terreno que la pone unos tres metros por encima de la plaza Mayor. Antes de la llegada de los españoles, había sido un complejo de templos precolombinos[12]. Por eso, su trazo urbano no es cuadriculado, que es como los españoles solían hacer sus construcciones. Conventos, monasterios y templos de los Barrios Altos se construyeron siguiendo el contorno de estos viejos adoratorios.

Óscar fue comprando de a poquitos los 36 mil metros cuadrados —unas cinco canchas de fútbol— que eventualmente tendría toda su finca. Empezó con la casa de su esposa y luego adquirió los terrenos y huertas aledaños a los monasterios del Prado, Santa Clara, Mercedarias y del Carmen. Iba a ser enorme. La construcción arrancó en 1880 y fue el propio Óscar —ingeniero de profesión— quien la diseñó.

En esa zona se construiría un nuevo complejo, pero, a diferencia del precolombino, estaría dedicado a una adoración más terrenal: el lujo. Quizás atacado por la nostalgia de su infancia germánica, le dio una identidad arquitectónica sobria y, a la vez, ostentosa, por la que sería admirada. El estilo neoclásico sin duda buscaba evocar las ciudades

europeas. En la práctica, Óscar terminó levantando eso: una ciudad dentro de una ciudad. Tenía callecitas, una plazuela y jardines adornados con esculturas de mármol. En algún momento, incluso llegó a albergar un pequeño zoológico y una cancha de tenis.

Hacia 1890, las primeras mansiones construidas dentro de este condominio fueron ocupadas por su familia y allegados. Estamos hablando de medio centenar de familias. Eso se traduce a la gentita más exclusiva de todo Lima. Si tenías apellido compuesto, de todas maneras habías visitado el lugar para alguna fiesta o evento. Y todo justo a tiempo para el inicio de esa etapa de nuestra historia que se conoció como la República Aristocrática.

Óscar se colocó al centro de este periodo histórico. En las primeras dos décadas del siglo XX, su condominio albergó las embajadas de Alemania, Estados Unidos, Francia y Bélgica. Los últimos diplomáticos en acomodarse fueron japoneses. Recordemos que Heeren había vivido en Japón y, de hecho, tenía un particular aprecio por la cultura de ese país. Por eso, incluso trajo jardineros desde allá para emular los jardines de oriente en las áreas verdes de la quinta.

En 1900, la hija de Óscar, Carmen Heeren Barreda, se casó con José Pardo y Barreda, su primo hermano. Bien normal todo. Cuatro años después, como buen hijo de expresidente, José postuló a la presidencia. Y ganó. Y en 1915, volvió a ganar. Así, José Pardo, la Quinta Heeren y la República Aristocrática se volvieron, los tres, sinónimos entre sí. Un periodo de nuestra historia en el que un pacto de la oligarquía permitió cierta estabilidad política y bonanza económica… para los que estaban del lado correcto, claro. Y todas las estrellas de ese lado correcto fulguraban en las calles de la Quinta Heeren.

Pero Pardo dejó de ser presidente, la República Aristocrática se acabó y la Quinta Heeren empezó su lento decaimiento. En 1928, un residente japonés se suicidó en la quinta, marcando el mejor momento para mudarse de ella. No solo por lo escabroso de la situación, sino porque los periodistas empezaron a acosar a los vecinos en busca del ángulo más morboso posible. No tenemos pruebas, pero tampoco dudas de que fue el editor de un diario al que se le ocurrió la mejor

forma de seguir exprimiendo la noticia: inventándose que por allí ahora penaba el fantasma del suicida japonés.

Esto coincidió con la decadencia de los Barrios Altos. Los elegantes vecinos de la Quinta Heeren vieron cómo las casas alrededor se iban haciendo cada vez más pequeñas y más pobres, mientras que Miraflores se iba llenando de clubes privados con vista a la playa. Era hora de irse. Para 1940, las mansiones estaban tugurizadas y en estado de decadencia. Durante un tiempo fue invadida, pero la familia Pardo —que aún es su propietaria— desalojó a los habitantes del predio en el año 2006, tras una batalla legal de casi una década.

En la actualidad, la manzana que rodea la Quinta Heeren suele estar llena de *smog*, basura y caca de perro. Pero un peatón avispado que sortee todos los riesgos de caminar por la cuadra 12 del jirón Junín podrá notar, a mitad de la calle, que una de las tantas casas sucias y desvencijadas es diferente. Si levanta la vista, notará que los techos se han pintado recientemente y que conservan intactos sus revestimientos neoclásicos. Es la insospechada entrada —obviamente, enrejada— hacia otra época.

La Quinta Heeren está abandonada y deshabitada, pero puedes visitarla en paseos guiados. Si son de noche, te asustan; si es de día, con jarana criolla. No existe plan para reconstruirla, pero un grupo de voluntarios entusiastas de la conservación histórica se las ingenia para —en coordinación con los dueños— darle mantenimiento. Hace poco se usó como locación para una serie televisiva de época. El equipo de producción la rehabilitó un poco. Pero ese es el único mantenimiento real que ha recibido en estas décadas. Hoy, la quinta es un fantasma de sí misma.

---

12 De hecho, se dijo que eran predios de Catalina Huanca. Ver el capítulo «Sánchez Cerro, cazador de tesoros».



EL JEFE SUPREMO DE LA NACIÓN SELVÁTICA

Si el centralismo limeño menosprecia a los Andes, a la Amazonía simplemente la ignora. Durante décadas, el abandono del Estado hizo que en esa amplia zona del Perú imperase, literalmente, la ley de la selva. Hasta que uno de los enviados por Lima para calmar las ansias separatistas amazónicas terminó fundando su propia república.

A finales del siglo XIX, pese a la riqueza que generaba Loreto para el resto del país —por la explotación del caucho—, la región se sentía abandonada. Por eso, en su discurso de campaña de 1895, el entonces candidato Nicolás de Piérola dejó entrever intenciones federalistas. Anunció que transformaría el sistema de gobierno para que las regiones pudieran regirse por leyes propias, sometidas en ciertos asuntos a un poder federal central, aunque con alto grado de autonomía. Como Estados Unidos, digamos. Para la olvidada Loreto, esto implicaba pasar de ser un departamento fluvial a convertirse en Estado federal, con la meta de conseguir que la región se desarrolle

por sí misma, sobre la base de sus propios recursos e ingresos, sin separarse políticamente del Perú.

Por supuesto, ocurrió lo que ya se imaginan: las promesas de campaña no se cumplieron.

El 2 de mayo de 1896, con Piérola ya en el Gobierno, Mariano José Madueño, un militar cusqueño en retiro, junto al prefecto Ricardo Seminario, un limeño de ascendencia piurana, decidieron proclamar a Loreto como Estado federal. Su intención no era desconocer la autoridad del flamante presidente, sino adelantarse a las que, supuestamente, eran sus intenciones. Era, en parte, una manera de presionarlo para hacer realidad el ofrecimiento electoral. Seminario había sido un colaborador cercano de Piérola durante la campaña, por lo que estaba seguro de que cumpliría su palabra. Siempre ha habido ingenuos.

Tan desconectada estaba Lima de Iquitos que el presidente recién se enteró de los cambios dieciséis días después y por una noticia que llegó de Río de Janeiro. Piérola reaccionó de la peor manera. Entendió todo el asunto como un intento separatista e, inmediatamente, ordenó la represión más dura posible.

Mandó zarpar la cañonera Constitución y puso al mando de la nave al mismísimo ministro de Guerra, Juan Ibarra. El barco partió del Callao con 292 soldados, enfiló al sur, dio la vuelta por el estrecho de Magallanes, bordeó Brasil, entró al Amazonas desde el Atlántico por Brasil y, cuando arribó a Iquitos, setenta y dos días después, ya todo había terminado.

La revolución nunca tuvo apoyo popular y se había desinflado. Los marinos todavía discutían cuál era la mejor manera de hacerle saber a Lima que ya todo estaba en orden en Iquitos cuando, un par de semanas después, llegaron los refuerzos terrestres. Una expedición que había partido desde Chiclayo hasta Cajamarca y luego por río desde San Martín… para toparse con el mismo final anticlimático.

El 16 de agosto de ese año, el cusqueño Emilio Vizcarra, uno de los coroneles que encabezó la expedición terrestre, fue nombrado prefecto de Loreto, como reconocimiento a su lealtad en esa travesía tan inútil como extenuante. Sin embargo, unos meses después, en abril

de 1897, el Gobierno envió a un comisionado especial, Rafael Quirós, como representante del poder central. La convivencia pacífica duró poco. En enero del año siguiente, Quirós depuso a Vizcarra. Y aquí volvemos a empezar.

Con apoyo de las ciudades de Iquitos y Moyobamba, Vizcarra emprendió un proyecto incluso más radical que la simple federalización: lideró una intentona separatista. Un país aparte. El 22 de mayo de 1899, Vizcarra se invistió con el alucinante título de jefe supremo de la Nación Selvática. Esta protorrepública abarcaba los actuales departamentos de Loreto, Ucayali y San Martín. Durante meses, Vizcarra se dedicó a nombrar autoridades en su flamante y extensa república, haciendo giras por algunas localidades y, de paso, como no podía ser de otra manera, abusando de su poder.

Aprovechando la absoluta desconexión de todo ese amplio territorio con el resto del país, el proyecto de Vizcarra, por un momento, pareció encaminado al éxito. Algunos empresarios y políticos locales se alinearon con el nuevo jefe supremo e, incluso, financiaron a sus tropas.

A inicios de 1900, el Estado central logró enviar una nueva expedición con la paradójica misión de derrotar al cabecilla de la expedición anterior. Las fuerzas peruanas estaban lideradas por Teobaldo González, quien fuera prefecto interino de Loreto y, además, (*super fun fact*) antepasado directo de Rodrigo González, conocido en el sobrio ambiente cultural de inicios del siglo XXI bajo el mote de *Peluchín*.

Después de algunas escaramuzas, finalmente, el 26 de febrero de 1900, las fuerzas del tatarabuelo de Peluchín lograron derrotar a las del jefe supremo de la Nación Selvática. Al día siguiente, una turba de colonos e indígenas —hartos de las tropelías de las milicias vizcarristas— asesinó al padre de la patria amazónica en plena plaza de Armas de Moyobamba. Se dice que una mujer de apellido Tapullima mató a Vizcarra reventándole el cráneo con una piedra.

Ese fue el fin de la Nación Selvática. Después de esta intentona, el Gobierno de José Pardo decidió dividir en dos Loreto: se creó el departamento de San Martín alrededor de lo que era la capital,

Moyobamba, y se decretó que Iquitos sería ahora la capital de Loreto (que aún seguiría comprendiendo lo que hoy conocemos como Ucayali hasta 1980).

Pero allí no quedaron las ganas de los amazónicos de autodeterminarse. Dos décadas después, en 1921, el capitán Guillermo Cervantes volvió a declarar un Estado federal en Loreto con cierto éxito: durante unos meses, se apoderó del presupuesto público, emitió «cheques billete» y decretó la reorganización de los centros educativos. El Gobierno de Leguía los aplastó.

En las décadas siguientes, Iquitos siguió siendo el origen de prolongadas revueltas contra el poder central, en especial durante los Gobiernos de Odría y Fujimori. Mientras el olvido perdure, también seguirá allí, persistente, como un zumbido de la noche amazónica, el recuerdo de la fallida Nación Selvática.



SAQUEO EN VEZ DE SAKE

A finales del siglo XIX, los Gobiernos de Japón y el Perú llegaron a un acuerdo. Ellos estaban viviendo una crisis demográfica y económica; nosotros necesitábamos mano de obra para los trabajos en las haciendas. Era una situación win-win. *Para algunos. Ya todos conocen que el destino de muchos de esos migrantes serían los campos de concentración gringos, pero poco se habla de lo que sucedió justo antes.*

A finales del siglo XIX, Japón pasaba por una etapa que se conoce como la Restauración Meiji, un punto de quiebre entre el Japón feudal y el moderno. Atrás quedaba la era de los samuráis. La gente común, finalmente, tuvo la posibilidad de portar un apellido, un privilegio que hasta ese momento solo tenía la aristocracia. Antes eran llamados por la actividad económica que realizaban. Con el apellido, llegaron los pasaportes y, con ellos, la migración. Así, entre 1899 y 1906 llegaron al Perú tres barcos trayendo cerca de 2564 japoneses ansiosos por trabajar y también por volver a su tierra. Pero se fueron quedando.

Los maltrataban en las haciendas, pero, al mismo tiempo, eran percibidos como buenos trabajadores del campo. Con el tiempo,

fueron acumulando capital y, al terminar sus contratos, se establecieron en las ciudades. En esa migración del campo a la ciudad, con capital ahorrado, se dedicaron al pequeño comercio urbano; incluso, algunos, al gran comercio. Esta nueva etapa de sus vidas, si bien les ofrecía posibilidades de enriquecimiento que el trabajo en el campo no, también les trajo problemas. Empezaron las fricciones con los comerciantes peruanos. Para 1930, la mayoría se había trasladado a Lima y Trujillo.

El éxito de los negocios japoneses provocó una alarma xenofóbica en nuestro país. La investigadora Milagros Tsukayama revisó los archivos de la época y concluyó que «no hay hoja en los diarios *El Comercio* o *La Prensa* de los años treinta en donde no encontremos algún aviso de negocios de japoneses en Lima. A veces podían acaparar toda una hoja, destacándose fácilmente de los otros avisos de la competencia». Los periódicos hacían minuciosos censos de cuántos cafés y cafetines estaban «en manos de japoneses» y se quejaban de que «el barbero nacional casi ha desaparecido».

A esta situación hay que sumar la aparición de volantes que hablaban de una «amenaza asiática»; incluso, advertían no comer en restaurantes japoneses porque se corría el riesgo de morir envenenado.

Como suele ocurrir, los políticos se colgaron de los peores impulsos de la sociedad: debido a que en las empresas de los japoneses se solía contratar a miembros de su comunidad, el presidente Luis Sánchez Cerro decretó en 1932 que las compañías extranjeras debían tener un 80 % de personal peruano. Cuando lo sucedió Óscar R. Benavides, el ataque legal continuó: en su Gobierno impuso un límite de dieciséis mil personas para cada grupo de extranjeros en el Perú, cuando claramente los migrantes de Japón ya habían excedido ese número.

Mientras tanto, el Apra argumentaba que, al establecerse en grupos, los japoneses se aislaban de la vida del país, ya que hablaban su propio idioma y enviaban a sus hijos a escuelas separadas. Hiroshi Miyashiro, autor de la tesis *De la Restauración a la persecución: formación de la identidad nikkéi en el Perú* (2019), conversó con ancianos de la comunidad peruano-japonesa sobre esos años. Ellos

recordaron inequívocamente que el Partido Aprista difundió rumores sobre que «los japoneses tenían escondidos aviones y que atacarían el país». Se decía que era inminente el arribo de la Armada Imperial nipona a Chimbote. Es más, Miyashiro ha encontrado un reporte de la oficina del jefe de Inteligencia Naval de Estados Unidos, elaborado en abril de 1944, mencionando con satisfacción que el diario del Partido Aprista, *La Tribuna*, escrito por Manuel Seoane, fue clave en esa campaña de miedo.

Las tensiones reventaron con el inicio de la Segunda Guerra Mundial. El 13 de mayo de 1940, un grupo de alumnos del colegio Nuestra Señora de Guadalupe organizó una marcha contra la comunidad japonesa. Pronto, los manifestantes se transformaron en turba y la marcha, en saqueos. En la urbanización Mendocita, en La Victoria, fue asaltada e incendiada parte de una fábrica de chicha. La empresa de gaseosas de Masaichi Tanaka fue completamente destruida. En Barrios Altos, varios establecimientos de industriales japoneses fueron apedreados. Los desmanes llegaron hasta Jesús María. Los inmigrantes chinos colocaron su bandera en sus locales para distinguirse ante los ojos de los vándalos. A la medianoche, el puesto de socorro de Miraflores seguía recibiendo heridos.

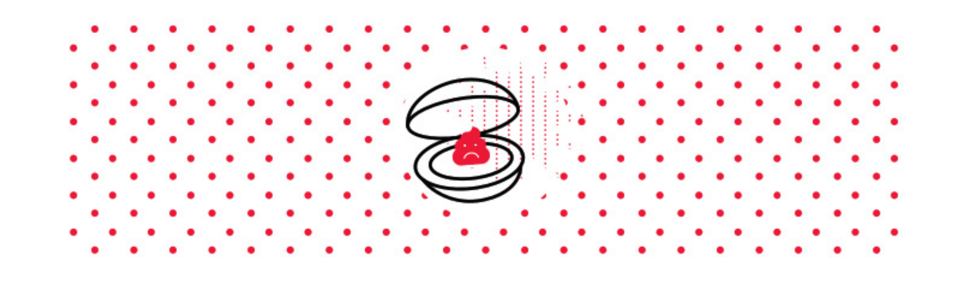
Al día siguiente, los saqueos continuaron ya por toda la ciudad y su ejemplo cundió fuera de Lima. El profesor universitario Fernando Nakasone cuenta que una caterva enceguecida saqueó la pequeña encomendería de su abuela, en Huaral. Ella tenía 17 años y estaba embarazada. Se salvó acurrucándose debajo de un mostrador.

Según el periodista Alejandro Sakuda, había unos mil cuatrocientos establecimientos japoneses solo en Lima. Al final de esas cuarenta y ocho horas de horror, casi la mitad de ellos había sido arrasada: seiscientas veinte familias japonesas fueron damnificadas, con pérdidas materiales calculadas en seis millones de soles. Algunas familias afectadas se refugiaron durante unos días en la Escuela Japonesa de Lima (que un par de años después sería expropiada por Manuel Prado Ugarteche y convertida en el Teresa González de Fanning). De ellas, cincuenta y cuatro terminaron perdiendo todas sus pertenencias y retornaron a su país de origen.

A pesar de la magnitud del evento, diarios como *El Comercio* apenas le dedicaron un par de columnas. Japón protestó formalmente por los daños causados a los inmigrantes, afirmando que se debió a la actitud negligente de nuestra policía. El Gobierno peruano se encogió de hombros.

Pero solo once días después, un terremoto azotó Lima. En pleno sismo muchos salieron de sus casas y, en medio de la calle, algunos pedían perdón por el daño causado a los japoneses. En otros casos, eran las mujeres quienes reprochaban a sus maridos por haber participado en esos saqueos por los que ahora sufrían el castigo divino. Después, algunos pensaron que el emperador Hirohito había enviado las ondas sísmicas apretando un botón.

En todo caso, si los peruanos se paltearon, fue por poco tiempo. Para finales de 1942 y hasta 1944, el Gobierno organizó detenciones masivas y deportó a japoneses y peruano-japoneses a los campos de concentración gringos. Un horror hoy bastante más conocido por la opinión pública —y cuyo responsable directo fue el presidente Prado —, a diferencia de los saqueos, que aún hoy son ignorados y cuya autoría se diluye en esa turba en la que a veces se convierte la sociedad peruana.



UN PAR MÁS, Y GOLPEAMOS

El alcohol produce diversos efectos en las personas. Es decir, hay distintos tipos de borrachos. Están los que se quedan dormidos. Están los que se ponen pesados. También están los desinhibidos y los eufóricos. En el caso de Francisco Morales Bermúdez, el hombre se puso golpista.

Como tantos autócratas de la historia, el general Juan Velasco Alvarado cobijó y empoderó a su eventual traidor.

Francisco Remigio Morales Bermúdez Cerrutti era el nieto de uno de tantos presidentes intrascendentes de nuestra historia, pero ese legado había sido suficiente como para estimular una carrera interesante en la vida militar. Formado en Argentina y Estados Unidos, se había especializado en una rama inusual dentro del mundo castrense: la economía. Eso le había dado un aura «tecnocrática» todavía insólita en los años sesenta y aún más extraña en un

uniformado. Esa peculiaridad lo había llevado, incluso, a convertirse en ministro de Hacienda del propio Belaúnde. Renunció a esa cartera unos cuantos meses antes del golpe de Velasco en octubre de 1968.

Al inicio, se mostró reacio al llamado del Gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas. Amigos y enemigos lo describen como alguien que evitaba a toda costa la confrontación directa, así que quizás no le seducía demasiado la idea de ser parte de un régimen que iba al choque. Aun así, a los seis meses aceptó volver a la cartera que hoy se conoce como Economía. Allí cultivó su imagen «apolítica» y neutral. No se metía en donde no lo llamaban. Se concentraba en su ministerio. Y eso le ganó la simpatía de Velasco.

Mientras Morales Bermúdez crecía, Velasco se achicaba. El 22 febrero de 1973 un aneurisma aórtico abdominal casi lo mata. Se necesitaron dos intervenciones quirúrgicas para salvarle la vida. Sobrevivió, pero terminó perdiendo la pierna derecha. Su deteriorada salud iba de la mano con los problemas del país. Luego vino la expropiación de los medios de comunicación y, para empeorarlo todo, una huelga de policías…

El mismo día que se inició esa huelga, el primero de febrero de 1975, Morales Bermúdez asumió la presidencia del Consejo de Ministros.

Velasco —consciente de su pésima situación personal— había considerado a Morales Bermúdez como su sucesor. La idea tenía sentido. Como resume Dirk Kruijt en *La revolución por decreto*:

> Morales Bermúdez era el sucesor ideal de Velasco: para la cúpula del Ejército, que también quería compartir el poder, que nunca tuvo acceso al Consejo de Ministros; para la izquierda dentro del equipo ministerial, que confiaba en que lo podría manipular; para la Marina, con sus antiguas heridas; para el sector privado, que se sentía amenazado. Y, finalmente, incluso para Velasco, que buscaba a una persona de confianza que gozara del respeto general dentro del Ejército.

Sin embargo, las cualidades camaleónicas del personaje no terminan de describirlo. También debemos mencionar su particular debilidad por ver el fondo de las botellas. No por algún pudoroso prurito de

moralina, sino porque es parte crucial de nuestra historia. Después de todo, podemos rastrear al Perú que experimentamos hoy —ese que está en constante crisis— hasta lo ocurrido un 29 de agosto de 1975. Ese día, nuestro país cambió de rumbo debido al último golpe de Estado perpetrado por un militar. Y, a su vez, ese golpe se puede atribuir al trago. Peor aún: a la combinación de bebidas.

Retrocedamos un día, al 28 de agosto, el aniversario 46 de la reincorporación de Tacna al Perú. Por la mañana, Morales Bermúdez había presidido, en su calidad de presidente del Consejo de Ministros, la ceremonia de homenaje a la mujer tacneña, que daba paso a la procesión de la bandera. Luego, pasó al almuerzo con la guarnición de la ciudad, donde abundó el vino. Como se imaginarán, varios oficiales —incluido nuestro general— procedieron a empalmar con la fiesta —de la alta sociedad local— que se iba a celebrar en el Club de Tacna.

Todo transcurría relativamente bien hasta que las esposas de los oficiales —que se habían retirado a conversar en un aparte— vieron que las muchachas locales estaban sacando a bailar a sus maridos.

—¡Fíjense cómo pueden influir los celos de las mujeres en la vida de un país! —comentaría luego Morales Bermúdez, recordando esa noche loca.

A pedido expreso de sus señoras, todos los altos mandos militares se guardaron en sus casas. Pero la noche de Morales Bermúdez no iba a terminar a la una de la mañana. No, señor. Se fue a la casa del jefe de la guarnición militar de Tacna, Artemio García Vargas, junto con el comandante general de la Tercera Región Militar, Luis La Vera. Allí las esposas se retiraron a dormir, para dicha de los generales, que esta vez la siguieron con *whisky*.

El tiempo se pasó rapidísimo. De pronto, ya eran las tres de la madrugada y no dejaban de hablar de política. Que tire la primera piedra quien no haya estado en una situación similar. En determinado momento, empezaron a hacer lo que haría cualquiera en su situación: llamar a los patas para tumbarse al Gobierno. Uno de los primeros en levantar el teléfono fue el general Leonidas Rodríguez Figueroa, quien luego reveló que no entendía lo que le decían porque «estaban los tres borrachos».

«No es un chiste ni son decires. Lo de Tacna fue fruto de una borrachera», recordaría el general José Graham, que recibió una llamada del golpista «con voz pastosa» a las cinco de la mañana.

Quizás lo más insólito no es que el Tacnazo haya sido fruto de tres ebrios en fase de necedad, sino que la absoluta mayoría de generalazos y almirantazos del momento se hayan sumado, sin dudarlo, a lo que en esencia era una pésima borrachera. Quizás eso diga bastante sobre el estado del velascato en ese momento. O quizás dice demasiado sobre cómo se manejan las cosas en nuestro país.

El caso es que a las nueve de la mañana, cuando Velasco presidió un consejo de ministros de emergencia, ya todo estaba consumado. La mayor parte de las tropas se había plegado al golpe. El destituido se tomó las cosas con cierta calma aunque, en algún punto, narra Kruijt, «levantó la voz, para tildar a Morales de cobarde, diciendo que había tenido que recurrir a la bebida para encontrar el valor que, evidentemente, no tenía en presencia suya».

Velasco decidió irse a su casa sin dramas, y Morales Bermúdez llegó al poder, desmanteló la «revolución» y nunca se quitó la fama de borracho. Las caricaturas de la revista satírica *Monos y Monadas* lo inmortalizaron con una damajuana bajo el brazo y cierto aire tontorrón.

La sátira terminaría siendo la única que alcanzaría a Morales porque la justicia ni lo tocó. Nunca pisó la cárcel. En 2021 cumplió un siglo de edad, macerado y disfrutándolo. Dos años antes, había sido condenado a cadena perpetua por un tribunal italiano por estar implicado en el Plan Cóndor, una campaña de represión política y terrorismo de Estado en América Latina, con respaldo gringo. El Perú nunca lo extraditó y, probablemente, hasta el día de hoy disfrute, por los viejos tiempos, de una copita madrugadora.



LA VERDAD ESTÁ ALLÁ AFUERA

El 13 de octubre de 2001 en Chulucanas, Piura, más de cien personas —reunidas en la procesión del Señor Cautivo de Ayabaca— vieron en el cielo luces anaranjadas y rojizas que se movían coordinadamente en patrones continuos. Al lugar de los hechos, bajo encargo del Gobierno peruano, llegó el agente Anthony Choy, conocido especialista en lo paranormal. Los testimonios recogidos forman parte de un informe que hasta la fecha sigue siendo clasificado.

Para el telespectador peruano promedio, quizás lo más bizarro del párrafo introductorio es la presencia de Anthony Choy, hoy un conductor de radio convertido en un referente de los seguidores de lo paranormal. ¿Cómo que en el año 2001 era un agente del Gobierno? ¿A lo Fox Mulder?

Hay que ubicarnos en el tiempo. Antes del atentado a las Torres

Gemelas (por si hay algún menor de edad en la sala: 11 de setiembre de 2001), las teorías de la conspiración no eran patrimonio de loquitos antivacunas o crédulos radicales. La conspiranoia era chévere, como se mostraba en la popular serie *Los expedientes secretos X*. Y más importante aún: los *vladivideos* habían demostrado que eran REALES. Las hipótesis más descabelladas habían desfilado ante nuestros ojos, cargadas de maletines llenos de efectivo. Comprobado: nos estaban ocultando la verdad.

Ese fue el momento en el que se fundó la Oficina de Investigación de Fenómenos Anómalos Aeroespaciales (Oifaa), dentro de la Dirección de Intereses Aeroespaciales de la FAP. El equipo lo lideraba el comandante Julio Chamorro y estaba integrado por un montón de civiles, entre ellos, Anthony Choy (abogado, en calidad de investigador paranormal), Fernando Fuenzalida (antropólogo experto en mitos y cosmología), Patricia Mezet (bibliotecóloga), Abraham Ramírez (experto en derecho espacial) y Hernán Rivas Machuca (ingeniero aeronáutico).

¿Qué hizo que la Fuerza Aérea del Perú formase un grupo tan especializado dedicado exclusivamente a la investigación de fenómenos aeroespaciales anómalos? Hay varias hipótesis. Una, que había funcionarios que sinceramente creían que el Gobierno de Fujimori —recién derrumbado— había ocultado durante una década las «pruebas» de nuestros encuentros cercanos. Otra, informes periodísticos que dan cuenta de que un grupo de ministros de Toledo «vio una gigantesca nave surcar sobre sus cabezas cuando estaban de comisión en la selva, y pidieron que alguien les dijera de qué se trataba».

Aunque, claro, la versión oficial asegura que se hizo porque Ecuador y Chile habían abierto oficinas similares. Hay que insistir en lo popular que era *X-Files* por esos años.

Como fuere, la Oifaa, casi de inmediato, empezó a recibir entre cuatro y cinco testimonios semanales. Las personas que aseguraban haber presenciado un avistamiento eran sometidas a diecisiete páginas de preguntas. Esta era la introducción:

> Este documento ha sido preparado para que usted pueda proporcionar a la FAP el máximo de información relativa al fenómeno no identificado del que ha sido testigo. La información será confidencial y será usada con fines de investigación. Su identidad se considerará confidencial.

Esta primera promoción, con Chamorro a la cabeza, duraría aproximadamente dos años. No trabajaban en los cuarteles de la FAP, sino en unas modestas oficinas en Miraflores. El presupuesto era nulo, pero había mucho movimiento. En sus mejores momentos, llegaron a entrar hasta tres casos diarios, todos archivados y catalogados de forma digital —lo que terminaría siendo una desgracia—. Y, ciertamente, casi todos descartados uno por uno. Incluso el caso original, un avistamiento en La Molina muy publicitado por los medios, resultó ser el planeta Venus. El propio Choy, un convencido del fenómeno ovni, se rendía ante la evidencia que iba explicando cada caso. Salvo uno.

Entre octubre y noviembre del año 2001, Iván Iza Nanfaro, vecino de Chulucanas, grabó varios videos. El primero de ellos ocurrió en la ya mencionada procesión: diversos objetos luminosos se desplazaron por el cielo durante más de dos horas. Luego, hubo dos avistamientos más, en días distintos, también en la provincia de Morropón. Todos fueron presenciados por cientos de personas y todos, registrados por el vecino Iván, el único que por esos años contaba con una cámara. Choy llegó hasta el lugar, consiguió copias de las grabaciones, entrevistó a decenas de testigos y con toda esa información redactó ochenta y cuatro páginas de lo que sería el informe AA001 CHP/02/2002 DINAE/OIFAA.

Este informe fue presentado oficialmente por la Oifaa en noviembre de 2002, exactamente un año después del último avistamiento, ante el general FAP César Cortez Mansilla y otros diez oficiales.

Y aquí la historia oficial se detiene.

Pasaron los meses y era evidente que la FAP había sepultado el informe. Entonces, Choy, decidido a revelar sus hallazgos, se paseó por todos los medios con sus videos y testimonios. Las miradas voltearon hacia la FAP: ¿por qué le habían ocultado este incidente a la opinión pública durante dos años?

Unos cuantos meses después, la desgracia (o la suspicacia): tres computadoras de la Oifaa fueron robadas de la oficinita de Miraflores. Con ellas, la mayoría de expedientes clasificados desapareció también. Ya saben: el Gobierno niega tener conocimiento.

Poco después, la oficina se desactivó.

Entre tanto, Choy se volvió un activista por la desclasificación de los expedientes secretos peruanos que él mismo había contribuido a elaborar. No tuvo éxito. Pero cada vez se hacía más conocido. Finalmente, con el paso de los años, él mismo se volvió un personaje de culto, pero, quizás para mantenerse vigente, asumió la defensa, entre otras cosas, de ocurrencias estrafalarias, como la existencia de una mujer vampiro en Barranco y de portales dimensionales en Lince.

Y en 2014, una década después de su cierre, la Oifaa reabrió. Esta vez, convertida en un «departamento» e instalada en una oficina más grande, céntrica y segura. Choy criticó la reapertura y la calificó como «un organismo de fachada». O sea, una cortina de humo para ocultar la verdad. Para algunos, la mejor prueba de que el investigador tiene razón es que, a diferencia del incidente Chulucanas, hasta hoy, la renombrada Difaa no ha presentado ningún caso sólido de ovni alguno. Puede ser. O puede ser que, simplemente, estemos solos en el universo.



ALGÚN TIEMPO EL PERUANO OPRIMIENDO

En el imaginario nacional, los peruanos nos percibimos como víctimas del destino y de poderes más allá de nuestro control. Siempre alguien más es el responsable de nuestras desgracias y hay varios capítulos de nuestra historia que parecen reforzar esta visión. Sin embargo, ahí donde lo ves, el Perú también ha invadido, secuestrado y diezmado, como los grandes.

El pueblo rapanui se llama así porque los navegantes tahitianos que llegaron a su isla en el siglo XIX encontraron similitudes con la isla polinésica de Rapa Iti, que significa 'isla pequeña'. Rapa Nui es 'isla grande'. Con el tiempo, los isleños adoptaron ese nombre para la isla,

su idioma y su cultura. Sin embargo, el mundo entero conoce este territorio como la isla de Pascua, hogar de 887 moáis, que es el nombre de esas cabezas gigantes tan llamativas como misteriosas, cuyas imágenes están apareciendo ahora mismo en tu mente.

Para cuando Chile inició su plan de anexión de la isla en 1877, quedaban más cabezas de piedra que personas en Rapa Nui[13]. Casi dos décadas atrás, los rapanui habían sido secuestrados y esclavizados por distintas naciones. En palabras del antropólogo y arqueólogo chileno Claudio Cristino, «Pascua es un trágico ejemplo de un genocidio extremo en el Pacífico». Además, cuenta que, si bien las muertes fueron también por fenómenos «involuntarios» —nótense las comillas, por favor—, como la introducción de enfermedades, la cultura rapanui se halló al borde de la extinción debido a un fenómeno muy concreto: los esclavistas. Ciertamente, estos pertenecían a diversos países, pero todos tenían algo en común: zarparon del puerto del Callao, en el Perú.

En solo un par de años, estos mercenarios raptaron (según se estima) a más de mil cuatrocientas personas. En medio de ese verdadero genocidio, murieron quienes conocían la escritura rapanui. Por ello, Cristino considera que no existen posibilidades de llegar a traducir las tablillas que escribieron:

> Sabemos que a diferencia de los jeroglíficos egipcios, que representaban sonidos, que eran compuestos, la escritura ideográfica de Rapa Nui no es fonética, entonces si no tenemos la clave o la gente que sabía el significado de cada uno de estos ideogramas, es prácticamente imposible poderlo reconstruir. Por otra parte, sabemos que no era una escritura en el sentido que nosotros la entendemos, era una especie de ayuda de memoria, conocida solo por una casta de sacerdotes especialmente entrenados para este propósito, que consignaba una serie de informaciones importantes en la tradición, genealogía, cantos de la creación, eventos determinados.

Es decir, no solo acabamos con una nación entera, sino también con su cultura.

Además de desaparecer a los sabios de la isla, también arrasamos con la dinastía que la gobernaba. El último de sus reyes, Maurata, fue

uno de los tantos secuestrados y acabaría muriendo mientras recogía caca en una de las islas guaneras de Chincha.

Lo más absurdo de todo es que el origen de esta atrocidad fue la abolición de la esclavitud en el Perú. Dividido en haciendas, nuestro país disfrutaba de la bonanza de sus yacimientos guaneros. El problema —para la élite nacional, claro— es que ya no había mano de obra barata. Gracias a Ramón Castilla, se habían quedado sin lomos humanos que explotar; hacía falta el tipo de persona a la que puedes hacer trabajar sin reconocerle absolutamente nada. Es decir, se necesitaban esclavos. Fue entonces que la aristocracia peruana fijó su mirada en la Polinesia y, especialmente, en la jugosa isla de Rapa Nui. En un plazo de dos años, entre 1862 y 1863, se despacharon varios barcos para capturar y secuestrar a los nativos de Pascua.

Uno de esos barcos, por cierto, alimenta aún hoy una leyenda negra alrededor de Miguel Grau: el Apurímac. El futuro héroe, que había regresado a la vida civil, comandaba esa fragata, cuyo destino no era Pascua, sino otra isla polinésica. El caso es que se topó con un providencial huracán que hizo encallar la embarcación, por lo que Grau y su tripulación tuvieron que refugiarse en una isla cercana. Así, por suerte para su legado, Grau tuvo que volver al Callao sin el Apurímac y sin encomienda.

Los primeros barcos que regresaban al Perú desde Pascua estaban llenos de rapanuis que se habían embarcado voluntariamente sin sospechar que, en nuestras tierras, nadie respetaría sus «contratos». Sin embargo, pronto los isleños que se quedaron entendieron que no había que confiar en los visitantes. Quizás el más sanguinario fue el español Joan Maristany, comandante de una flota de ocho barcos cuyos tripulantes se pasaron toda la Navidad de 1862 incendiando las viviendas y las chacras de los nativos. Secuestraron a 349 de ellos, los ataron de pies y manos y los transportaron así al Callao.

El escritor Gustavo Rodríguez lo resume así:

> Para la pequeña sociedad polinésica el impacto fue cataclísmico. De los cuatro o cinco mil habitantes que tenía la isla, se calcula que mil quinientos fueron cazados y llevados a los barcos esclavistas. A escala, es como si en estas épocas diez millones de peruanos hubieran sido

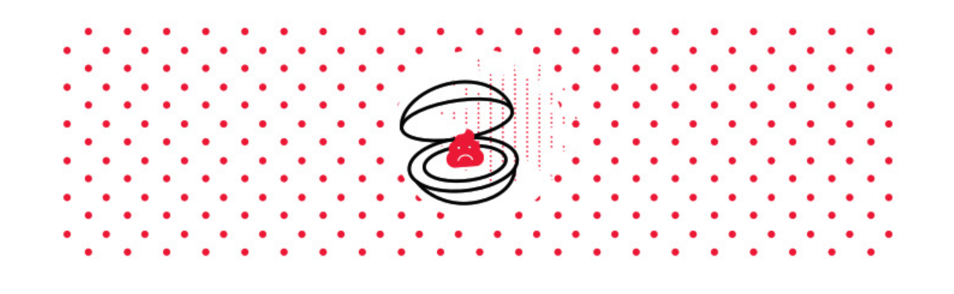
secuestrados y llevados a otro continente.

Técnicamente todo esto era «legal», claro: la esclavitud estaba prohibida; estos nativos habían sido «contratados». Pero la realidad era conocida por medio mundo. En este escenario, algunos Estados europeos, en particular Francia y el Vaticano, insistieron en detener las prácticas esclavistas y se propuso repatriar a los secuestrados. Al final, solo pudo volver una docena de ellos, llevando consigo la viruela y otras enfermedades que completarían el trabajo iniciado por los esclavistas.

Hoy, los rapanui siguen peleando por sus derechos y mostrando orgullosos su cultura. Reciben de buen grado a visitantes de todo el mundo, admiradores de su legado. Uno de ellos, el ya citado Rodríguez, no pudo evitar notar lo bonito que lo recibieron, a pesar de mostrarles su pasaporte peruano.

---

13 Parece chiste, pero es tragedia. La población se redujo a un mínimo de ciento diez personas en ese año. Siglo y medio después, según datos de un censo de 2017, la isla contaba con 7750 habitantes, pero solo un 40 % de ellos era de etnia polinésica.



PPK Y LA PÁGINA ONCE

Resulta difícil imaginarse a Pedro Pablo Kuczynski como una suerte de espía internacional sesentero, al estilo del James Bond de Sean Connery. Pero ¿quiénes somos nosotros para cuestionar una afirmación de Internet? Si los memes dicen que PPK se robó la mítica Página Once, debe ser verdad.

La Página Once es algo así como el Santo Grial de la historia de la corrupción en el Perú. Una especie de símbolo palpable de lo *vendepatrias* que hemos llegado a ser. La abuela de los *vladivideos* y la bisabuela de las agendas de Nadine. Todo se remonta a una hojita perdida, con números anotados a mano.

Aclaremos algo desde el inicio: ninguno de los libros, informes periodísticos o recuentos históricos involucran a PPK en esa desaparición. Pero sí es cierto que algo tuvo que ver nuestro desgarbado gringo expresidente con los estertores finales de la

International Petroleum Company. Después de todo, pocas cosas animan a alguien a cruzar una frontera por río, con el agua, literalmente, hasta el cuello.

Pero antes tenemos que retroceder en el tiempo para hablar de la International Petroleum Company. Sí, la IPC. La Odebrecht del siglo XX. La empresa que marcó más de medio siglo de historia del Perú. Desde 1914, la IPC controló los yacimientos petrolíferos de La Brea y Pariñas, en Talara, Piura.

Durante décadas, la IPC defraudó al fisco, abierta y públicamente, explotando miles de veces más de lo que declaraba al Estado. No es un error de tipeo. Miles de veces más: se llevaban todo el líquido negro de 41 614 «pertenencias», pero solo declaraban diez (10) ante el fisco. Gobierno tras Gobierno tras Gobierno, el Perú solo agachó la cabeza.

Durante los sesenta, la nacionalización de la IPC se volvió un reclamo popular. Hasta el diario *El Comercio* promovió la medida. En 1963, Belaúnde llegó al poder ofreciendo resolver el asunto en noventa días. Pero pasaron cinco años y nada.

Estamos siendo injustos. El tema era complejo y Belaúnde había intentado avanzar algo. Después de todo, su carrera se había construido sobre este asunto. Le interesaba. Y en su Gobierno se habían dado leyes que allanaban el camino. Finalmente, en julio de 1968, el presidente se reunió con los representantes de la IPC. El ambiente no podía ser más tenso. La presión estadounidense era constante sobre el Gobierno peruano. Pero, para los peruanos de esa generación, La Brea y Pariñas era una espina clavada desde su nacimiento. Había nacido y crecido con la burla más grande y descarada. Eso se tenía que resolver ya.

Finalmente, el lunes 12 de agosto del mismo año, ambas partes se sentaron a darle los últimos toques a lo que sería el Acta de Talara. En virtud de este documento, los campos petroleros pasaban a poder de la Empresa Petrolera Fiscal —es decir, al Estado peruano— a cuenta de todo lo que debía la IPC. A cambio, los gringos conservaban la refinería de Talara, que seguiría operando en el Perú. Eso tenía una ventaja extra: ahora la IPC nos tendría que comprar el petróleo.

Más que un contrato —que requiere toneladas de detalles técnicos

y semanas de calibración— se trataba de un acuerdo a grandes rasgos. Aun así, la negociación fue tensa. El entonces gerente de la IPC, Fernando Espinoza, pateó el tablero varias veces. Él y su secretaria, Raquel Osoc, prácticamente se mudaron a Palacio durante el tiempo que demoró este proceso. En particular, Raquel se quedó «en un espacio reducido en Palacio de Gobierno», durante «cuatro días y sus respectivas noches, discretamente cubierta por una ruma de papeles, en idas y venidas de abogados, consejeros y ministros», le contó su hijo Percy Schneider al periodista Fernando Vivas, medio siglo después.

Raquel fue la que tipeó la famosa Página Once. Su jefe volvió a Palacio en la madrugada de ese fatídico martes 13, después de una última pataleta y de que el embajador norteamericano le ordenara cerrar *the damn thing* de una buena vez. Quiso la tabulación que todo el acuerdo entrase exactamente en diez páginas. Por eso, la undécima página solo se usó para poner «Lima, 12 de agosto» y dejar espacio para las firmas.

Aquí es cuando entra en escena Carlos Loret de Mola, gerente de la Empresa Petrolera Fiscal y encargado de firmar a nombre del Estado peruano. Según su versión, él se dio cuenta de que faltaba algo: el precio mínimo que tendría que pagar la IPC para comprarnos cada barril. No fuera a ser que los gringos, aprovechando su posición ventajosa, quisieran tirar al piso los precios. Entonces, en vez de volver a tipear todo, Loret de Mola anotó a mano un precio —supuestamente razonable— en la última página, la once. Y ambas partes rubricaron.

Ese mismo día, Loret de Mola y Belaúnde llegaron a Talara, junto con Espinosa, para la firma simbólica del Acta de Talara, que ocurrió delante de las cámaras de los diarios y la televisión, con la bandera peruana flameando ante las torres petroleras. El Perú había ganado. La humillada cerviz levantó.

Pero, en nuestro país, las celebraciones no duran mucho, y sus resacas son exponencialmente más fuertes. Solo un mes después, Loret de Mola renunció a la gerencia de la petrolera estatal y denunciaba que se había perdido la Página Once, la del *quid* del asunto, la de la plata. El bajón nacional fue terrible. Hasta tal punto que, en medio de la cacofonía, la mayoría de gente ni siquiera escuchó

la historia completa de Loret de Mola y asumió que la página se había ocultado porque allí se pactaban precios «entreguistas», mínimos y risibles. Cuando lo que decía el denunciante —que había anotado esos precios él mismo— era todo lo contrario.

Un par de semanas después de esa revelación, Velasco dio su golpe de Estado, aupado por la ola de indignación por ese símbolo en el que se convirtió la Página Once.

Recapitulemos. ¿Existió la Página Once? Sí. ¿Tuvo anotaciones a mano? Richard N. Goodwin, periodista de *The New Yorker*, publicó al año siguiente un artículo en el que el mismo Espinosa, el gerente de la IPC, lo admitía. ¿Tuvo algo que ver PPK aquí? Como verán, absolutamente nada.

Por entonces, PPK trabajaba en el Banco Central de Reserva y siguió haciéndolo un tiempo, bajo el régimen de Velasco. Eventualmente, sí tuvo que huir y sucedió por un asunto vinculado a la IPC: fue uno de los responsables de permitir que la empresa siguiera sacando su dinero del país. Por eso, escapó —según la versión más fidedigna, disfrazado de cura— y, de esta manera, días después, cruzó la frontera de Ecuador por río. ¿Anticlimático? Quizás. Pero como ya sabemos que los humanos preferimos los memes a la realidad, cerraremos esta historia asumiendo sin ningún indicio razonable que PPK llevaba la Página Once en el bolsillo, que se mojó y desintegró durante la fuga y que ese fue su verdadero final. ¿Contentos, memeros?



TAPADAS EN CALIFORNIA

Una pepa del tamaño de una arveja descubierta en enero de 1848 por John Wilson Marshall, en California, desató la denominada fiebre del oro, que repercutió de manera dramática en la historia de Norteamérica. Estados Unidos se haría de ese territorio —originalmente mexicano— poco después del descubrimiento. Pero también cambió la vida de muchos peruanos que se convertirían en nuestros primeros emigrantes masivos.

Si bien las noticias del descubrimiento de oro viajaron rápido —porque además uno solo tenía que ir y recogerlo, a veces literalmente del suelo—, los colonos estadounidenses no fueron tan veloces. De hecho, los chilenos que partieron del puerto de Valparaíso y los peruanos que salieron desde el Callao llegaron hasta cuatro o cinco meses antes que los gringos de la costa este. Todavía no existían los ferrocarriles que unirían ese país de costa a costa, así que los *yankees*

tuvieron que hacer su travesía por mar, lo que implicaba navegar hacia el sur rodeando todo el continente (tampoco existía el canal de Panamá). Así, cuando los aventureros locales llegaron a California, se encontraron con asentamientos mineros ya repletos de peruanos, mexicanos y, sobre todo, chilenos.

El 30 de noviembre de 1848 había partido desde el Callao el barco Susana, el primero de esta fiebre de oro peruana. Ahora bien, es importante destacar que esta primera ola emigrante peruana no estaba constituida por personas de clase obrera, como ocurriría innumerables veces en los años siguientes. No. Por entonces, el Perú ya comenzaba a disfrutar de la era del guano. La bonanza se sentía en nuestras calles y, por tanto, la necesidad de migrar no era tan masiva como en nuestro entonces humilde vecino del sur. Para que se hagan una idea del tipo de migración: muchos de los peruanos llegarían a California en sus propios barcos.

Sin embargo, como cuenta Nicolás Camino en su ponencia «La fiebre del oro para los sudamericanos: inmigración, conflictos y marginalidad», si uno revisa las listas de pasajeros de los migrantes peruanos y chilenos, encontrará una diferencia crucial. Mientras que los primeros tenían apellidos claramente no anglosajones, del lado chileno ocurrió todo lo contrario, debido a que Valparaíso ya tenía unas décadas recibiendo migración británica.

¿Por qué importa? Porque, por supuesto, con la llegada de los gringos, los peruanos se enfrentaron a una afilada xenofobia. Estaba claro que no lucir un apellido inglés era un problema.

Nuestros compatriotas aventureros descubrirían, con horror, que su abolengo, contactos, pretendida blancura y otros símbolos de estatus limeño no servían de absolutamente nada en Estados Unidos. Quedan registros de alarmantes cartas enviadas a Lima desde California advirtiendo que «no hay diferencia de clase» ni «respeto» para la alta sociedad, y que era frecuente ver a «caballeros trabajando como bestias de carga». Además, se destacaba el ambiente violento que imperaba en sus calles: «Infunde terror la falta de garantía, pues, aquí se reduce a un par de pistolas en el bolsillo; no hay más ley que la que llaman los norteamericanos *Lynch law*». O sea, los linchamientos.

Un detalle extra: los peruanos de clase alta habían llegado acompañados de peones, trabajadores con los que tenían una relación casi feudal. Esto, en medio del enfrentamiento político entre los Estados esclavistas y los Estados libres —que años después desembocaría en la Guerra Civil norteamericana—, una tensión que, por cierto, en ese momento tenía su epicentro en el flamante Estado de California, que se preciaba de estar del lado abolicionista. Mientras tanto, los peruanos venían de un país donde todavía estaba permitida la esclavitud, por lo que nuestros migrantes eran considerados «del otro bando» por los californianos.

Esto, claro, no evitaba que los gringos vieran a los latinos como una sola masa uniforme: mexicanos, peruanos y chilenos eran lo mismo ante sus ojos. Esta confusión quedó registrada en algunas descripciones de la época. Se atribuye a los mexicanos de Sonora una danza en la que, a diferencia de lo habitual en esos años, la mujer también persigue por momentos al varón. Están describiendo la zamacueca. O, por ejemplo, las quejas de algunos gringos al pretender a «mexicanas» absolutamente cubiertas, que solo mostraban un ojo. Eran las peruanísimas tapadas.

Pronto, los reportes de esos «peruanos de bien» sufriendo de violencia y discriminación alarmaron al mismísimo presidente Ramón Castilla. En una clara muestra del poderío militar que ostentábamos en la época, el Perú envió a San Francisco al General Gamarra, un bergantín de cuatrocientas quince toneladas armado con dieciséis cañones. En cuestión de mes y medio, ya había llegado a una California sumida en esa legendaria anarquía del Viejo Oeste. Muchos de los barcos peruanos habían sido abandonados por su tripulación —peruanos humildes que desertaban atraídos por la promesa de una sociedad más igualitaria—, por lo que sus dueños no podían volver a casa.

El capitán José María Silva Rodríguez, comandante del Gamarra, ordenó a sus hombres buscar a los desertores para que volvieran a bordo de sus respectivas naves. En otros casos, cedió parte de su tripulación a los barcos abandonados.

La presencia de tremendo buque de guerra en las costas

norteamericanas no pasó desapercibida. Se dice que su silueta bastaba para que la comunidad peruana infundiera respeto. Es más, según la versión de nuestra Marina de Guerra:

> Durante su estadía en ese puerto se produjo un gran desorden en tierra que las autoridades locales no pudieron sofocar, debiendo solicitar ayuda a los buques de guerra extranjeros surtos en la bahía. Por ese motivo, un destacamento armado desembarcó del Gamarra y ayudó a poner orden en la ciudad. De este modo, el Perú tomó parte en la primera y única intervención armada de una fuerza naval foránea en territorio de Estados Unidos.

El Gamarra se quedó diez meses patrullando la costa californiana y supervisando el bienestar de estos primeros migrantes. Al final, fueron pocos los líderes de esas expediciones peruanas que quisieron quedarse en California. Ni todo el oro del mundo podía compensar los privilegios que los aguardaban cuando volvieran a casa.



EL VECINO NAZI

El repentino asesinato del empresario tacneño Luis Banchero Rossi quedó inmortalizado en el imaginario colectivo peruano. Hasta película tuvo: Muerte de un magnate *(1981). Sin embargo, es probable que la verdadera historia de su homicidio sea más escabrosa, épica y hollywoodense que cualquier película.*

Si alguna vez el Perú tuvo algo similar al protagonista de *El gran Gatsby*, ese fue Banchero Rossi. A los 26 años ya había comprado su primera fábrica envasadora de conservas de pescado, en Chimbote. A los 30, ya era millonario. A la edad de Cristo, lanzó los diarios *Correo* y *Ojo*, con el objetivo explícito de acumular capital político. A los 42, fue asesinado en su casa de campo de Chaclacayo.

Aquí hay que entender una cosa. El Hombre —como lo llamaban— prácticamente inventó Chimbote como ciudad. Tenía empresas en

Europa. Presumía de saber karate. Era alto, fornido, millonario. Sonrisa Kolynos, apretón firme de manos. No hay que ser muy perceptivo para darse cuenta de que Banchero estaba a un paso de ser presidente del Perú.

Por eso, nadie creyó cuando Juan Vilca —un alfeñique de metro y medio, cuarenta y ocho kilos y 19 años— declaró ser un asesino solitario. Era imposible que el virginal hijo del jardinero de Banchero hubiera podido infringirle todo lo que detectó la autopsia: golpes en el ojo, la nuca, las mejillas y la boca; un botellazo en la frente y tres puñaladas en los pulmones.

Durante el juicio, que duró casi cuatro años y costó más de diez millones de soles, según cálculos de la época, Vilca cambió varias veces de versión. Al final, terminó implicando como cómplice a alguien más: la secretaria y amante de Banchero, María Eugenia Sessarego.

El caso fue sensacional para la prensa de la época, que tejió todo tipo de especulaciones. Sin embargo, una de ellas era tan novelesca que fue descartada como verosímil durante años: habían sido los nazis.

Aquí tenemos que retroceder a fines de los años cuarenta, a las *Rattenlinien*, las 'rutas de las ratas', un sistema de escape para nazis en desgracia. Una triangulación entre el Vaticano, el régimen de Franco en España y el sistema gringo de inteligencia para salvar de la justicia a varios exoficiales de las SS. La mayoría terminó en Argentina o Brasil, pero un par recalaron en el Perú.

Friedrich Schwend fue uno de ellos. Era de las SS y se reportaba directamente con Himmler, como artífice de la guerra económica contra Inglaterra. Había montado una gigantesca operación de falsificación de libras esterlinas para desestabilizar la economía enemiga. Este conocimiento, sumado a la información sobre tesoros nazis, le ganó su libertad luego de la caída de Berlín. En 1947, se instaló en nuestro país con tanta impunidad que ni siquiera se cambió el apellido. Solo castellanizó su nombre a Federico.

Don Federico se mudó con su familia a una casa de campo, en Santa Clara. Pronto, empezaron a correr los rumores sobre este rosado, gordo y bonachón alemán. Pero —estamos en el Perú— no le pasó nada. Su secreto no peligró ni siquiera cuando, en 1963, su hija

Ingrid, de 24 años, apareció en todas las primeras planas. Ella se autoinculpaba del asesinato —con cinco disparos— de su amante, un falso conde español apellidado Sartorius. Ingrid fue condenada solo a cinco años de prisión. A los tres, fue liberada. Autoinculpada, sentenciada, liberada pronto. Apunten ese patrón.

Y así llegamos al Año Nuevo de 1972, el día del asesinato del vecino de Don Federico —en una casa de campo cercana—, Luis Banchero Rossi.

Por esa época, Don Federico estaba alojando consigo a un viejo amigo suyo llamado Klaus Altmann, que acababa de llegar de Bolivia.

Klaus en realidad se apellidaba Barbie, pero miles de sus víctimas lo recordaban sencillamente como el Carnicero de Lyon. Como jefe local de la Gestapo, en el sureste de la Francia ocupada, Klaus Barbie fue responsable directo del arresto, la tortura y el asesinato de unas 14 mil personas. No tenía compasión: envió a cuarenta y cuatro niños judíos a las cámaras de gas de Auschwitz. Fue condecorado por Hitler con la Cruz de Hierro por la captura, tortura y asesinato de Jean Moulin, el mayor líder de la Resistencia francesa atrapado por los nazis. Aún hoy, el nombre de Klaus Barbie produce escalofríos entre los franceses.

Barbie había vivido refugiado en Bolivia desde los años cincuenta, con la complicidad de sus Gobiernos —incluso se preciaba de haber montado la operación que acabó con la vida del Che Guevara—. Pero, a fines de 1971, ya estaba intentando establecerse en el Perú.

Ahora sabemos que, en diciembre de ese año, solo días antes de morir, Banchero le había enviado una carta a una pareja de cazadores de nazis con el dato crucial: Klaus Barbie estaba vivo, en el Perú.

¿Por qué Banchero se metería en ese lío? Era un empresario pragmático, no un luchador social. Según el historiador Nelson Manrique, la hipótesis más plausible es que los nazis de Santa Clara lo estuvieran chantajeando.

Resulta que Don Federico era asesor del Gobierno militar peruano en «inteligencia tributaria». Con la información que obtenía de allí, montaba operaciones de extorsión contra empresarios aterrados por la llegada del velascato. Después de que el Gobierno les tocaba la puerta

—gracias a la información de Don Federico—, el bonachón alemán aparecía para salvarlos, previo pago de jugosos honorarios, claro. A su vez, ese dinero se usaba para aceitar su red de contactos nazis en el resto de América Latina. Un negocio redondo.

¿Y quién era el empresario más exprimible del Perú?

Ahora bien, Banchero no había hecho toda esa plata dejando que le pasen por encima. De sus enemigos, Don Federico era de poca monta para la justicia internacional. En cambio, Klaus Barbie sí que era una pieza codiciada. Y Banchero —que tenía empresas en Hamburgo— lo sabía. Uno de sus colaboradores alemanes lo había reconocido. Quizás Banchero pensó que, al deshacerse de uno, la red chantajista se caería.

¿Muy alucinante? Espérense, que falta: a las pocas semanas del asesinato de Banchero, la revista *Caretas* fotografió a Barbie y reveló su identidad. El embajador francés en Lima —sobreviviente de Auschwitz— puso el grito en el cielo, pero ya era tarde: el Carnicero de Lyon ya había cruzado la frontera de vuelta a Bolivia, escoltado por la policía, en un auto con placa diplomática. Por entonces, el ministro del Interior era el general Pedro Richter Prada, que venía de dirigir los servicios de inteligencia y al que la prensa acusaba de jugar en pared con Don Federico. Años después, sería pedido por la justicia internacional por haber formado parte del Plan Cóndor.

No solo eso, sino que, cuando Morales Bermúdez —otro implicado en el Plan Cóndor— llegó al poder, indultó a Vilca y a María Eugenia, al jardinero y a la amante. Autoinculpados, sentenciados, liberados antes de tiempo. ¿Les suena? Ambos siguen guardando silencio, hasta hoy, sobre el caso Banchero.

Klaus Barbie seguiría huyendo hasta que, finalmente, la justicia lo alcanzó en la década del ochenta.

Y Friedrich Schwend, alias Don Federico, el amigable nazi bonachón de Santa Clara, moriría muy tranquilo en Lima a los 74 años.



HUAQUEROS, ARQUEÓLOGOS Y CHAMANES

Desde que hay vida en este continente, han sido muchas las culturas y civilizaciones las que se asentaron en lo que hoy conocemos como el Perú. Y esto lo sabemos porque tenemos personas encargadas de encontrar estos antiguos tesoros. No, no hablamos de arqueólogos. Hablamos de huaqueros. Y de sus socios místicos.

El huaqueo, como el cebiche, está presente en todo el vecindario latinoamericano. Y, al igual que el nuestro plato bandera, nuestros compatriotas huaqueros destacan por encima del resto. Esta controvertida actividad ha sido clave para el desentierro de muchas piezas arqueológicas que hoy habitan en los museos.

La palabra tiene origen quechua y deriva de *huaca*, que es el nombre que se le da a un lugar sagrado, un templo. Este verbo, según el *Diccionario histórico* de la RAE, apareció por primera vez, con la acepción 'buscar tesoros en las huacas', en 1891, en un artículo de E. Brünnino publicado en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*.

Pero sí, el huaqueo en general es una actividad muy perjudicial para la cultura de un país, pues pone en peligro la preservación de piezas arqueológicas que conforman el patrimonio histórico de una nación. Sin embargo, en el Perú, ha sido *gracias* a los huaqueros que se han descubierto yacimientos importantes. Claro, ellos no lo hacen de buena gente. De hecho, solo dejan destrucción a su paso, pues lo que les importa no es conservar las piezas, sino venderlas para sacar algo de dinero.

Fue, por ejemplo, por los huaqueros de Huaca Rajada en Sipán (Lambayeque) que el arqueólogo Walter Alva recibió la llamada de la policía que lo llevaría al descubrimiento de una de las tumbas más importantes de nuestro país: la del Señor de Sipán. Alva encontró la tumba intacta porque llegó justo a tiempo. Así dio cuenta *El País* de España, en 1989, de lo sucedido:

> Un broche de oro sobre la humilde camisa de un muchacho de la zona, el delirio público por el oro descubierto en ese montículo de Sipán y, más tarde, la comprobación en la propia casa de los huaqueros de restos esplendorosos de un tesoro mayor no dejaron dudas de que allí se escondía uno de los eslabones de los mochica, pueblo guerrero y agricultor cuyo arte cerámico, orfebre y tecnología siguen llamando hoy la atención y provocando asombro.
>
> Cuando Alva llegó al lugar se encontraban allí cerca de ochenta personas hurgando frenéticamente la tierra. Pequeños puestos de comestibles le daban al lugar el aspecto de una feria. Los nombres de la familia Bernal Samamé fueron señalados como los de los principales huaqueros de los tesoros de Sipán.

El Señor de Sipán se terminó salvando por un pelo de ser huaqueado. Algo similar pasó con el arqueólogo Ramiro Matos Mendieta, quien en 1963 —comisionado por el entonces Instituto Nacional de Cultura

para trabajar en Piura— «descubrió» el cementerio de Vicús gracias a que había sido previamente saqueado por huaqueros. Desde 1953 la Policía ya había estado decomisando cerámicas y objetos de oro provenientes de este sitio.

Y gracias a esas personas, el verbo se hizo sustantivo y apareció el *huaquero*, que es, además, un ser bastante peculiar. Como sabemos los peruanos, en nuestro país —antes de la conquista— morir implicaba ser enterrado con todas tus pertenencias. Y también sabemos que —si pertenecías a las castas que merecían una tumba— estas solían ser de oro o de algún metal igual de valioso. Esto es lo que buscan nuestro huaqueros, emprendedores informales, como hay millones en el Perú. Son un poco más creativos, eso sí, que el chofer de una combi o el que pone una universidad en el segundo piso de un chifa. En nuestro país nos jactamos de ser mil oficios, olvidando que, detrás de nuestros tan preciados emprendedurismo y creatividad, se esconde un Estado que ha abdicado de sus responsabilidades mínimas para con los ciudadanos.

Los huaqueros, como empresarios natos, saben cuándo hacer *outsourcing*. Por ejemplo, para ubicar los valiosos entierros, suelen recurrir a chamanes. Se asume que estos, por estar en contacto con divinidades ancestrales y espectros místicos, son capaces de establecer la ubicación de objetos muy valiosos sagrados, aunque lleven medio milenio enterrados. Nada como una «mesada» a cargo de un chamán experto, dicen.

A veces, la cadena arqueólogo-huaquero-chamán funciona mejor sin intermediarios. En la región de La Libertad se encuentra el complejo El Brujo, que se llama así por la tradicional afluencia de chamanes norteños que llegan ahí para practicar sus rituales. De hecho, el descubrimiento de la Dama de Cao —una sacerdotisa que al parecer exhibía el mismo poder que el Señor de Sipán, lo que cambió por completo cómo se entendía la cosmovisión moche hasta ese momento— se llevó a cabo gracias al chamán Kuntur. El arqueólogo Régulo Franco tenía catorce años excavando la Huaca Cao Viejo cuando su guía espiritual lo llevó a hacer una ceremonia con San Pedro, el célebre cactus alucinógeno de la zona. Estaba en pleno *trip*

cuando se le apareció «un felino tierno recostado apaciblemente; mi maestro me dijo que ahí encontraríamos lo que estábamos esperando… y así fue». No es broma: le debemos el hallazgo de la Dama de Cao al San Pedro.

Quizás la solución a nuestro problema de huaqueo está ahí: después de todo, a diferencia de los huaqueros, un chamán no pone en peligro la integridad de las piezas.

De hecho, en la misma región, los guías de las huacas del Sol y de la Luna (ubicadas en la campiña de Moche, Trujillo) cuentan que los arqueólogos a cargo tienen años negándose a realizar mesadas para saber dónde excavar. Según afirman, es por esta razón que hasta el momento no hay un gran descubrimiento en esa zona, aunque —con el tamaño que ostentan las edificaciones— es más que evidente que alguien importante está enterrado por ahí. Quizás no lo sepamos nunca. O, al menos, hasta que un chamán sea nombrado ministro de Cultura. Que es lo único que falta.



ÉL VISITÓ GANÍMEDES

El 7 de enero de 1610, Galileo Galilei descubrió Ganímedes, el satélite natural más grande de Júpiter y de todo el sistema solar —5268 kilómetros de diámetro, dos veces la masa de la Luna—, además de ser el único que cuenta con un campo magnético. En el siglo XX, un peruano —el ufólogo limeño que firmaba como Yosip Ibrahim— aseguró haber visitado Ganímedes. Esta es su historia.

En los años setenta no existía hogar clasemediero peruano que no tuviera en su biblioteca, por más pequeña que fuera, un libro de portada azul adornada con una ilustración muy particular: cuatro platillos voladores en el espacio. El tomo se llamaba *Yo visité Ganímedes*. El nombre del autor resultaba tan curioso como el título de su obra: Yosip Ibrahim. Pero era peruano. El gancho: finalmente, los extraterrestres se habían fijado en el tercer mundo y se habían llevado

a uno de los nuestros. Esto lo convirtió en uno de los *best sellers* absolutos del siglo XX en nuestro país.

Había aparecido en octubre de 1972. Su segunda edición se lanzó en menos de seis meses. La tercera, tan solo tres meses después. Para julio del año siguiente el libro se editaba en Ecuador, y para finales de ese mismo año ya había llegado a Colombia. ¿Qué hizo que para marzo de 1980 el libro haya alcanzado las treintaiséis ediciones y que haya amasado lectores también en México y Argentina?

En principio, los escritos sobre el fenómeno ovni alcanzaron el pico absoluto de su popularidad mundial en esa década. Ayudaba también que el libro fuera presentado como un testimonio y, como tal, afirmara que el contenido del mismo era 100 % verídico. Yosip Ibrahim contaba su abducción —o, mejor dicho, la de su amigo Pepe— y todo lo que había *visto* en el satélite de Júpiter. Ahí mencionaba que estos seres superiores habían logrado progresar gracias a la cooperación entre sí, siguiendo las enseñanzas cristianas (?) y alcanzando un nivel de evolución inimaginable.

El libro arranca con una introducción que también sonaba como advertencia:

> Ya no me importa la risa burlona de muchos, ni la piadosa idea de quienes piensen que he perdido la razón. Cumplo la palabra dada al hombre que fue para mí un hermano, y declaro, con todo valor ante el escarnio, que los hechos extraordinarios motivo de esta narración no han sido fruto de una mente alucinada, ni producto de una fantasía de escritor, sino la realidad cruda y tangible, asombrosa es cierto, pero vivida conscientemente por un hombre de esta Tierra que hoy se encuentra muy lejos, en el Cosmos.

En la primera parte del texto, se narra cómo el autor descubre que Pepe —un amigo de la infancia que, desde que enviudó, no había vuelto a ser el mismo— había estado teniendo contactos alienígenas en su amplia casa de Monterrico (los platillos aterrizaban en su jardín). Finalmente, se cuenta cómo lo ve despegar rumbo al Reino de Munt, que así llaman los ganimedeanos a su civilización.

En la segunda parte, se relata todo lo que Pepe vio en Ganímedes.

Seres que desarrollaron siete sentidos y que fueron capaces de encontrar paz y armonía. Seres que no necesitaban policías ni ejército ni armas. Seres que encontraron en el amor y la confraternidad la receta perfecta para prosperar. En suma, seres sabios que debían servir como inspiración para los vulgares humanos. Pero no solo se muestra un mensaje de paz, sino también uno apocalíptico: la promesa de que la humanidad sería transportada a Munt después del «juicio final» del año 2001. Y uno podía ser parte de ese éxodo si se seguían las enseñanzas del libro.

Esa combinación de ufología, testimonio, autoayuda y misticismo convirtió a *Yo visité Ganímedes* en un fenómeno tan descomunal que, pronto, Yosip Ibrahim dio la cara ante todas las cámaras que se lo pidieron. Y resultó que el verdadero nombre del autor era José Rosciano Holder. Sí, José: como su protagonista Pepe.

En su libro *Crimen, sicodelia y minifaldas. Un recorrido por el museo de la serie B en el Perú*, los autores José Carlos Yrigoyen y Carlos Torres Rotondo rememoran a Rosciano:

> Había permanecido rigurosamente inédito durante los primeros sesenta años de su vida, pero luego del fulminante éxito de su primer libro se volvería un autor prolífico. Durante los años setenta publicaría varias entregas que giraban en torno al tema de los ovnis y de la trascendencia espiritual, como *Yo pacté con los muertos* (1973), *Mi preparación para Ganímedes* (1975) y *El misterio del ídolo de oro* (1978), ninguna de las cuales rozaría la notoriedad que mereció su ópera prima. Gracias a *Yo visité Ganímedes* recibió una enorme publicidad que incluyó entrevistas en la televisión y en la prensa con una magnitud propia de los escritores consagrados.

Poco a poco, Rosciano fue matizando sus revelaciones. Existe el video de una entrevista en la televisión española en la que se presenta como el representante de Yosip Ibrahim. Ahí dice que él presenció que el autor (que en realidad es él) viajó fuera de la Tierra: «Yo estuve presente para despedirlo». Luego, en declaraciones a Enrique de Vicente, director de *Año/Cero* —una revista española dedicada al esoterismo, el ocultismo, la ufología, teorías de la conspiración,

parapsicología y demás— dijo que «en realidad solo había viajado astralmente a Ganímedes».

¿Por qué tanto interés desde España? Rosciano era íntimo amigo de José Carlos Paz, padre del peruano Sixto Paz Wells y otrora presidente del Instituto Peruano de Relaciones Interplanetarias (IPRI)[14]. Al parecer, Rosciano y Paz padre pertenecían a algún tipo de orden mística. Y resulta que el conocido escritor español J. J. Benítez inició su exitosa carrera como investigador de lo paranormal con un libro publicado poco después que el de Rosciano: *Ovnis: S. O. S. a la humanidad*. Allí relata su experiencia avistando platillos voladores en Chilca, Lima, guiado por Sixto Paz. Benítez difundiría el legado de Rosciano entre los ufólogos de la península.

A inicios de los noventa —poco antes de morir a los 84 años—, ya alejado de los fulgores de la celebridad, Rosciano dio un ciclo de conferencias en las que reconoció que todo había sido inventado, pero que lo hizo para llevar a los lectores un mensaje positivo. Nadie quiso hacerle caso. Sus miles de seguidores continúan creyendo aún en cada una de sus palabras, aunque el juicio final de 2001 siga retrasado. El libro ha tenido reimpresiones en distintos países, aun en este siglo, y unos videos de YouTube que transcriben sus páginas cuentan hoy con más de cuatrocientas mil vistas. Digamos, junto a Fox Mulder: «*I want to believe*».

---

14 Sí, el IPRI es algo.



LA AMAZONA DE LOS ANDES

«Gobernó a hombres, condujo ejércitos, sembró odios, cautivó corazones; fue soldado audaz, cristiana fervorosa, estoica en el dolor, generosa en el triunfo, temeraria en la lucha». Así la describió Abraham Valdelomar. Su nombre era Francisca Zubiaga —montaba caballo, peleaba con espada y sabía disparar—, pero todos la conocían como La Mariscala.

Los novios estaban tensos. El sacerdote proseguía con la ceremonia, que se acercaba a su final. Se habían intercambiado los votos, las preguntas y también los aros. Ahora solo quedaba cerrar el asunto. «Si alguien conoce algún impedimento para unir a estas personas en sagrado matrimonio, que hable ahora o calle para siempre», dijo el cura. La novia se permitió una sonrisa, pero no le duró mucho. Desde la puerta de la iglesia, retumbó la voz de su madre.

No estaba sola. La acompañaban monjas, quienes llegaron de frente a impugnar el matrimonio. La novia —Francisca Zubiaga, de 20 años— fue secuestrada y devuelta al convento limeño donde había conocido al novio, Agustín Gamarra, militar, cusqueño como la novia y hombre de Bolívar.

¿Por qué tanta oposición a la unión de Agustín y Francisca? Estamos en 1823 y la independencia todavía no está asegurada. El padre de Francisca, Antonio Zubiaga, era un vasco colérico, adinerado, ludópata... y monárquico. Que su hija se casara con un subordinado de Bolívar era un golpe bajo a su orgullo. Es más, don Antonio se fue de la casa y no paró hasta que llegó a España. Nunca más volvió.

Agustín, que le sacaba 18 años a Francisca, no se iba a dejar quitar a la novia. Armado de sables y acompañado de unos cuantos amigos, asaltó el convento. Ninguna monja opuso resistencia. Y, finalmente, sellaron el matrimonio.

Esa fue la última vez que Francisca Zubiaga iba a dejar que su destino dependiera de alguien más.

Ahora bien, el afecto de Francisca por Gamarra, de acuerdo con el escritor Bruno Polack, tenía un lado práctico. En 1825, sellada ya la independencia en Ayacucho, Bolívar nombró a su marido como prefecto de Cusco. Francisca iba a ser parte de la construcción de ese país en pañales.

A las pocas semanas de haberse instalado en Cusco, Bolívar pasa por allí a recibir, en una ceremonia, una corona en las sienes. Con un gesto galante, el Libertador hace que se la coloque ella misma. Pero parece que Gamarra también resultó coronado: años después, Sucre le enviaría esta carta a Bolívar:

> Antes de que olvide, le diré que Gamarra es acérrimo enemigo de usted; procuré indagar los motivos, y por un conducto muy secreto supe que sobre su aspiración a la presidencia añadía, como pretexto, que habiéndole hecho tantos obsequios en el Cusco la enamoró la mujer; que esta misma se lo ha dicho... Aunque doña Pancha es muy buena pieza y que realmente ha hecho esta declaración, no sé la verdad.

Gracias a esa personalidad impredecible y desfachatada, doña Pancha empezó a ser vista como la contraparte de su marido, lo que rompía con todas las convenciones de género del siglo XIX. Por esos días le agarró el gusto a montar caballo (actividad vedada para las mujeres con falda) y vestir el uniforme militar cada vez que podía, incluso posó con él para un retrato.

Junto a su esposo, repotenció el Colegio Nacional Educandas en el Cusco, que funciona hasta hoy. Usó su propio empoderamiento para permitirle a las mujeres no solo el acceso a la educación, negada a ella[15], sino también a conocer más sobre ciencias, rama del conocimiento en el que aún hoy no cierran las brechas de género.

En los años convulsos que siguieron, Pancha estuvo al lado de su marido durante sus campañas militares en los Andes. Los ejércitos de la época acostumbraban a tener un séquito de aguerridas mujeres que no solo se encargaban de la logística y los pertrechos sino que, de ser necesario, saqueaban pueblos enteros en busca de provisiones. Eran las rabonas. Cuando, en 1829, después de mil peripecias, Gamarra llegó a la presidencia y se instaló en Palacio, dice Basadre que doña Francisca, «la encarnación más alta de la rabona», simbolizó «la venganza de las rabonas contra las orgullosas tapadas limeñas».

La presidencia del mariscal Gamarra fue todo menos tranquila. El país reventaba por todos lados y tenía que ausentarse de la capital para sofocar los múltiples levantamientos y rebeliones del resto del país.

Así fue como doña Pancha dejó para siempre de llamarse Francisca y pasó a ser conocida por amigos y enemigos como la Mariscala. Mientras el marido ponía orden en el interior, ella se quedaba en Lima cuidando la casa, es decir, el palacio.

Esto la puso en directo conflicto con el vicepresidente, Antonio Gutiérrez de la Fuente, quien en la práctica debía asumir la conducción política ante la ausencia de Gamarra. Tanto chocaron que Antonio tuvo que escaparse por los techos, desnudo, acorralado en su casa por una turba encabezada por la Mariscala en persona.

En otra oportunidad, hubo una sublevación en un cuartel. La Mariscala cogió un látigo, asomó por el balcón y gritando «cholos,

¿ustedes contra mí?»— ella sola dispersó a la muchedumbre.

La figura de la Mariscala cautivó a sus contemporáneos. Se decía que cambiaba de vestidos todos los días, en orgullosa competencia con las tapadas capitalinas. Su rumoreaba que sufría de ataques, que aún no se determinan si eran «de histeria o de epilepsia». Azotó, con sus propias manos, a un edecán que se jactaba de haber intimado con ella. Impidió una obra de teatro, *La monja alférez*, que parecía burlarse de ella. Mandó apalear al impresor de un diario de oposición.

El marino norteamericano Ruschenberger la describió así: «Dispara la pistola con gran precisión en el tiro, maneja la espada con mucha agilidad y es un arriesgado e intrépido jinete. Nunca baila». Flora Tristán la comparó con Napoleón («imponía el respeto, encadenaba las voluntades, cautivaba la admiración»). Un siglo después, Valdelomar y Mariátegui —cuando todavía eran el Conde de Lemos y Juan Croniqueur— escribirían una obra de teatro sobre su vida. César Miró le dedicó una opereta.

Como pasa con estos personajes intensos, la caída fue dura. Gamarra debía dejar el poder al concluir su mandato en 1833; sin embargo, no reconoció la elección de Luis José de Orbegoso. El resultado fue una de las tantas guerras civiles de esas primeras décadas convulsas: gamarristas vs. orbegosistas.

Lima, por supuesto, era orbegosista. La Mariscala, que había estado asediando el Callao, tuvo que retirarse a los Andes, no sin antes volver por última vez a Palacio, a liberar a sus leales capturados por el enemigo. Fue la última vez que sería vista en la capital, montando a caballo con una capa azul y carmesí con bordados de oro, disparando y alentando a sus tropas.

Durante el conflicto, la pareja se separó. Gamarra escapó a Bolivia. Francisca huyó disfrazada de clérigo y saltando por azoteas hacia el puerto de Valparaíso en Chile. En el camino contrajo tuberculosis. Enferma y sin dinero alguno, en sus últimos y miserables momentos, terminó cuidándola nada menos que De la Fuente, el exvicepresidente, su viejo enemigo. Antes de morir, a los 31 años, dio a conocer su último deseo: que le arranquen el corazón y se lo entreguen al mariscal Gamarra. Nunca se lo cumplieron.

15 De hecho, por ahí pasó María Trinidad Enríquez. Ver el capítulo «La primera universitaria».



LA DANZA MACABRA DE NORKA ROUSKAYA

Lima siempre ha sido una ciudad pacata, conservadora y propicia a los soponcios escandalizados. Esto es cierto hoy y era aún más asfixiantemente real en 1917, cuando un grupito de renombrados veinteañeros ladillas orquestaron lo que ahora podría considerarse la primera performance artie *de nuestra historia… en el cementerio.*

La tarde del 5 de noviembre de 1917, la ciudad era presa de rumores sobre un acto sacrílego cometido a la medianoche. La gente esperó ansiosa las ediciones vespertinas de los diarios. Ese día se agotaron. En la de *El Comercio*, su editor, Luis Varela y Orbegoso, *Clovis*, iniciaba su artículo así:

> La enfermedad física y moral de que padece un grupo de analfabetos que entre nosotros se ha arrogado el monopolio del talento y la genialidad ha dado, en la madrugada de hoy, sus frutos llevando hasta la necrópolis a una joven artista, sedienta de renombre, para que profanara las tumbas de nuestros padres con sus músicas macabras y sus lúbricas contorsiones.

Uno de esos «analfabetos» era José Carlos Mariátegui. Aunque, claro, Mariátegui aún no era Mariátegui. El futuro padre de la izquierda peruana era todavía Juan Croniqueur, seudónimo que usaba el joven periodista bohemio de 23 años, parte de la excéntrica órbita de Abraham Valdelomar. Cuando Clovis los acusaba de haberse «arrogado el monopolio del talento y la genialidad» se refería a *Colónida*, una revista que, a la vez, fue un movimiento literario y un estilo de vida provocador.

Hoy, los colónidas serían *trolls* de Internet. Hace un siglo, solo tenían los diarios. Pero su actitud provocadora no era simple frivolidad: también habían fundado un nuevo Círculo de Periodistas, un gremio solidario que incluso organizó una velada a favor de los deudos de Leonidas Yerovi, asesinado a inicios de ese año.

Mariátegui había destacado por su irreverencia en la crónica de espectáculos. Con buen ojo, el diario *El Tiempo* lo fichó para que apuntara sus dardos a los políticos, especialmente al civilismo gobernante. Parece que allí José Carlos le cogió el gusto a ganarse enemigos de peso. Aunque no tanto como a entrevistar bailarinas.

Al Perú recién le empezaban a llegar los estertores finales de la *belle époque*, en forma de danzantes «exóticas» con bailes pretendidamente orientales, al estilo Mata Hari. Al Perú llegaron las leyendas de Isadora Duncan bailando en el cementerio de Père-Lachaise de París y de Tórtola Valencia interpretando una danza gitana en el altar de una iglesia española. Luego llegó Tórtola en carne y hueso a presentarse en el Municipal. Después de entrevistarla para *El Tiempo*, Mariátegui —en una cena junto al resto de colónidas— le propuso repetir la hazaña en el Cementerio General. Ella se excusó.

Pero a Juan Croniqueur le quedó zumbando la idea, al igual que a su cómplice habitual, César Falcón (con quien luego fundaría *Nuestra*

Época y *La Razón*).

Su oportunidad de oro llegó con otra de las tantas bailarinas que arribaban a Lima por esos días: Norka Rouskaya, una joven de 18 años que se presentaba como moscovita, pero que, en realidad, era una suiza de ascendencia italiana llamada Delia Franciscus[16].

Una célebre foto en el Palais Concert inmortalizó uno de sus encuentros: los colónidas —Mariátegui, Valdelomar, Falcón y otros jóvenes emocionados— rodean a una sofisticada Norka. El maquillaje de la época resalta su rostro blanquecino, en contraste con su sonrisa de pintalabios oscuro y los ojos con delineador negro, fijos en la cámara hasta atravesarla. Después de esta foto, el grupo siguió departiendo en la habitación de la falsa rusa, en el Hotel Maury. Según el testimonio del propio Mariátegui, se pusieron a hablar «de la muerte y del misterio, de todas esas cosas que a los artistas suelen interesarnos hasta cuando bebemos un *cocktail* y chupamos caramelo».

Varias horas, copas y caramelos después, Mariátegui y Falcón le tocaban la puerta al presidente de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima, que tenía a cargo el cuidado del cementerio Presbítero Maestro.

¿Qué querían los periodistas? Visitar el cementerio. ¡Pero son pasadas las ocho y media de la noche! Sucede que la bailarina Rouskaya se marcha mañana mismo del país y no quisiera irse sin conocerlo. El funcionario se negó una vez y se negó dos veces, pero tanto le insistieron y argumentaron que aceptó dar el permiso. Levantó el teléfono y le pegó una llamada al administrador del cementerio, Juan Valega, avisándole de la visita y pidiéndole escoltar esta incursión.

Poco después de la una de la madrugada, dos automóviles llegaron al Presbítero Maestro. El grupo congregado a la luz de las velas era pequeño: siete amigos, incluidos Mariátegui, Falcón y el primer violinista de la orquesta del Teatro Colón, Luis Cáceres. Completaban el grupo la madre de Norka y, por supuesto, la bailarina, con un elegante vestido negro. El único que no entendía qué estaba pasando era Juan Valega, seguramente irritado por el capricho transportador de estos

chiquillos, pero sin imaginar lo que se venía.

Tras pasear por las tumbas, el grupo se detuvo frente al monumento al mariscal Ramón Castilla. Se miraron entre ellos con cara de aprobación y Cáceres sacó su violín. Valega seguía sin entender. Empezaron a sonar las primeras notas de la «Marcha fúnebre» de Chopin y Norka ya estaba sin vestido. Debajo llevaba una malla, solo cubierta por una vaporosa túnica gris. Dio saltos hasta lo alto de la gradería, ejecutando una danza que la asemejaba a las estatuas del campo santo. Valega estaba desconcertado. Los escritores, extasiados. Norka, más expresiva que nunca.

El espectáculo fue único y breve. No duró ni un minuto. Valega —de un momento a otro— entendió, protestó, trató de arrebatarle el violín a Cáceres. En el forcejeo, las velas se apagaron y todo se detuvo.

Esa misma noche, el prefecto de Lima ya había sido notificado. ¿El delito? Profanación de un lugar sagrado. Al día siguiente, Norka fue intervenida junto con su madre en la puerta del Hotel Maury. Las llevaron al convento de Santo Tomás, que era donde en esa época funcionaba la cárcel de mujeres. Las mantuvieron incomunicadas y bajo la estricta vigilancia de monjas dominicas, que son una de las especies más peligrosas de monjas que hay en el planeta.

Mientras, los colónidas eran interrogados, citados a la prefectura, detenidos y luego conducidos a la cárcel. Todos los que tenían alguna cuenta por saldar con el ácido Juan Croniqueur —medio Lima— se cebaron con la noticia durante días. Los civilistas llevaron el caso al Congreso. Un diario arzobispal, *La Unión*, lanzó el titular «La degeneración actual». La polémica fue tal que el Círculo de Periodistas se quebró y hasta un par de colegas se retaron a duelo. No faltaron los indignados que amenazaron con retirar a sus muertos del Presbítero si no se aplicaba una sanción drástica.

Al final, todos fueron liberados y no hubo mayores consecuencias legales. Eso sí, Mariátegui tuvo que darle explicaciones a su madre —muy devota católica—, a su amiga Juanita Martínez de la Torre —que nunca le daría bola— y, finalmente, a todos los limeños: en un artículo de tono arrepentido aseguraba que no se había llevado a cabo ninguna profanación y le pedía a los lectores que recordaran las veces en las

que había hecho «alarde de mi cristianismo».

Años después, Mariátegui llamaría a esta etapa «mi edad de piedra», aparentemente arrepentido hasta de sus arrepentimientos. Incluso, no se reconocería a sí mismo como colónida. Pero jamás —ni en su época más politizada— perdió la inquietud artística, como atestigua toda su obra posterior. Ni tampoco perdió, por suerte, las ganas de desafiar.

---

16 Y el historiador Juan Gargurevich sospecha que era argentina.



EL PRIMER NIÑO TERRIBLE

La palabra controversial se ha convertido en un adjetivo con el que toda persona que se dedica a la lavada de cara entrevistar quiere asociarse. Controversial es alguien que «dice lo que nadie se atreve a decir», pero que repite lo que le pagan para repetir. Aunque no siempre fue así: en 1888 nació una persona que encarnó la controversia peruana del siglo XX.

Con ustedes: Abraham Valdelomar, un brillante escritor que solo alcanzó a vivir treinta y un años de esta curiosa experiencia que es la existencia peruana. Su tiempo entre los vivos fue breve y bastante acelerado, pero, como suele ocurrir con quienes parten temprano, fue también muy productivo. Su cuento más conocido, porque así lo exige la educación primaria en el Perú, es «El caballero Carmelo». Pero esa no es ni la punta del iceberg.

Arranquemos con el hecho de que Abraham Valdelomar fue el primer escritor moderno de nuestra historia. Que no se malinterprete. Ya existían varios peruanos y peruanas que se habían sumergido en el tortuoso y delicioso oficio de darle duro a la palabra hasta que saliera. Pero Valdelomar fue el primer escritor *profesional*. Fue todo lo que se podía ser en esa época si eras bueno con una pluma: poeta, ensayista, dramaturgo, narrador y también periodista. Es decir, se ganaba la vida escribiendo.

Corrijamos la expresión: se *tenía* que ganar la vida escribiendo.

Abraham había nacido en una familia de Ica que lo había perdido todo durante la guerra con Chile. Era el último de seis hermanos y pasó su infancia entre Pisco y Chincha, siguiendo el trabajo de su padre, empleado de aduana. A diferencia de casi todos los escritores anteriores a él consagrados por el canon —limeños de clase alta—, Abraham necesitaba ganarse la vida. Y decidió hacerlo de la única forma que sabía: con su pluma. Hasta cierto punto, Abraham abrió el camino en Lima para otros escritores «provincianos», como el moqueguano Mariátegui y el liberteño Vallejo, algunos años menores que él y a los que, de alguna manera, adoptó (a los veintitantos cada año es una generación distinta). Pero nos estamos adelantando.

Abraham tenía 18 años cuando descubrió que su pluma podía generar terror. Se volvió caricaturista de dos instituciones de la comedia peruana como *Monos y Monadas* y *Fray K.Bezón*, pero también de *Variedades*, *Gil Blas* y muchas más revistas, porque un quiosco limeño de esa época envidiable tenía más títulos que tu cuenta de Netflix. Firmaba como Val Del Omar, quizás un primer intento de lucir/parodiar una alcurnia que no tenía, pero que parecía necesaria para destacar en Lima.

La caricatura lo acercó al mundo de lo político y terminó volviéndose amigo y partidario de Guillermo Billinghurst. Cuando este llegó a la presidencia, lo nombró director de *El Peruano*. Abraham tenía solo 24 años, pero ya para entonces era un prolífico y bien conocido escritor de novelas cortas, cuentos y crónicas periodísticas. Igual, un puesto burocrático no era lo suyo: pidió uno diplomático y se fue Roma.

Cuando volvió, al año siguiente, no solo había triunfado con «El caballero Carmelo», sino que había entendido que no bastaba con escribir la historia. También había que *ser* la historia. Abraham tenía claro que necesitaba de una audiencia doble: lectores y espectadores. Estaba interesado en establecer canales de comunicación con los primeros y a los segundos necesitaba dejarlos impresionados, sorprendidos, *acojudados*. Así dejó al periodista de un diario chiclayano con esta respuesta publicada un 28 de julio de 1918:

> Yo no soy un escritor. Un escritor es un espíritu para el cual la Naturaleza es bella a través del lenguaje. Yo soy un artista, es decir, un hombre para el cual la Naturaleza es bella en su aspecto y en su sustancia, en su unidad… El escritor copia un aspecto de la Naturaleza; el artista es un pedazo de la Naturaleza.

«De Roma regresó Valdelomar a Lima usando quevedos con cinta bicolor, guantes, escarpines, camisa de flotante cuello, cinismo, insolencia y siempre una irrestañable ternura», escribió Luis Alberto Sánchez, quizás su principal biógrafo. Otros testimonios lo pintan con un monóculo y un anillo de rubí. Y, bueno, una googleada rápida les puede mostrar algunas viejas fotografías en posturas que a muchos les recordarán a Oscar Wilde y que están bien lejos del *look* de contador antiguo con el que aparecía en los billetes de cincuenta soles.

También se procuraba apariciones extravagantes, como da cuenta esa foto suya en la que hace *cosplay* del dios Baco, vistiendo con las justas un taparrabos y una corona de laureles[17]. En otra, simulaba ser un faraón, con las manos entrecruzadas sobre el torso desnudo.

En otra provocación, adoptó el seudónimo de Conde de Lemos para firmar sus columnas en prensa. Alguno de los irritados lectores lanzó una investigación que demostraba que Abraham no descendía del verdadero conde de Lemos, quien fuera virrey del Perú. Pero se trataba, claramente, de otro desafío a la aristocracia limeña. Una expropiación nobiliaria, digamos. Solo así se puede entender también su famosa frase: «El Perú es Lima, Lima es el jirón de la Unión, el jirón de la Unión es el Palais Concert y el Palais Concert soy yo». Estaba riéndose de quienes pensaban que un provinciano como él no

«encajaba». Basta con mirar sus obras más célebres para darse cuenta de que jamás ocultó sus orígenes provincianos y plebeyos; al contrario, los reivindicaba.

Para Abraham, la palabra no bastaba. Lo suyo era algo más performático: encarnar la controversia. Un *troll avant-la-net*.

Abraham no había cumplido los treinta años y ya había revolucionado las artes peruanas, para desesperación de sus *haters*. Para él hubiese sido fácil quedarse en el escándalo, pero siguió publicando más y articulando sus desafíos literarios en revistas que dejaron escuela —como *Colónida*— y en conferencias por todo el Perú. Un lado de la moneda lo ocupaba el decadente Conde de Lemos, el Oscar Wilde peruano, el hombre que iniciaba los rumores sobre él mismo. El otro lado, complementario, era el del intelectual preocupado por modernizar la literatura peruana, haciéndola más cosmopolita y, a la vez, más provinciana.

En esas andaba una tarde a finales de octubre de 1919, en Huancayo, a donde había viajado para participar en un congreso regional. Estaba tan apurado —según cuentan los testimonios recogidos por Luis Alberto Sánchez, andaba buscando una urgente inyección de morfina—, que no se fijó por dónde pisaba y se pegó una resbalada que lo dejó con la espalda quebrada luego de rebotar contra una escalera y un montículo de piedra. Le faltaban unos meses para cumplir 32 años.

Tan controversial fue Abraham que durante años se difundió una leyenda negra —que llegó a enseñarse en los colegios— según la cual había muerto al rodar, borracho, dentro de un silo. Lo detestaban tanto que le inventaron, literalmente, una muerte de mierda. Pero no. Fue una muerte trágica, pero no humillante. Eso sí, murió joven, como buen rockero.

---

17 Los interesados en conocer ese lado de Abraham Valdelomar —y participar del debate virtual sobre la ausencia de uno de sus pezones— pueden buscar su foto en la cuenta de Twitter de la Casa de la Literatura: @casaliteratura.



CONSTRUYENDO A UNA HEROÍNA

Se le atribuye a la dictadura militar de Juan Velasco Alvarado —el presidente que hasta hoy hace temblar a San Isidro— haber logrado que la figura de Túpac Amaru se haya vuelto mainstream. *Gracias a él, después de ciento cincuenta años, una rebelión indígena se convirtió en Historia Oficial™. Pero hay algo incluso más invisibilizado que un líder cholo: una chola lideresa. Y aún más invisible: su reivindicadora original.*

El «Gobierno revolucionario» de Velasco se preciaba de estar luchando por una segunda emancipación. Partía de la premisa de que el proceso de liberación nacional resultó incompleto, pues la *primera* independencia no había cumplido con la mayoría de peruanos, con lo que en el virreinato se llamó «la república de indios» y que, luego —en la ya independizada república a secas—, simplemente, no se llamó.

Velasco se preciaba, entonces, de haber llegado para culminar la

independencia un siglo y medio después. Y una gesta de ese calibre necesitaba símbolos.

En Palacio de Gobierno, el cuadro de Francisco Pizarro, conquistador, fue reemplazado por el de Túpac Amaru, revolucionario, y el salón donde se encuentra pasó también a llevar su nombre. Pero el redescubrimiento —casi exhumación— de José Gabriel Condorcanqui no fue solo simbólico, sino también historiográfico. Después de todo, antes de la llegada de Velasco, los historiadores conservadores no habían admitido del todo a Túpac Amaru dentro del panteón de los héroes nacionales. Pocos estudios existían sobre su importancia o sobre la rebelión que lideró.

Así, gracias a la política, las investigaciones en torno a Túpac Amaru se dispararon y, claro, en el paquete venía su esposa, Micaela Bastidas. No obstante, como dice Charles Walker:

> Estos estudios compartían muchas características: se centraban en la propia figura de Túpac Amaru, sin reorientar mucho su análisis geográfica o cronológicamente. Escribieron poco sobre Micaela Bastidas y sobre aquellos que dirigieron la segunda fase del levantamiento.

En opinión de Walker, el Gobierno militar era también —qué raro— misógino, con poca paciencia para el boyante feminismo de segunda ola y aún menos interés en lo que ofrecía. ¿Caló esto en el hecho de que Micaela fuera relegada a un rol casi de pintura de fondo en la historia? Apunta Alfonsina Barrionuevo, en su ensayo *Habla Micaela*, que muchos documentos que se referían a ella desaparecieron o fueron destruidos. La virilidad de la revolución militar no tenía espacio para una mujer que compartiera reflectores con el nuevo símbolo

Sin embargo, hoy, cuando se habla de las heroínas que tuvo el Perú, es casi imposible no mencionar a Micaela Bastidas. Pero su conversión en ícono —una imagen que va de *sticker* de WhatsApp al nombre de una línea de colectivos, pasando por polos, pósteres y libros— se inició antes del golpe de Velasco.

Antes de seguir, un *caveat emptor*, o sea, un *porsiaca*: este no es un capítulo sobre Micaela, sino sobre su símbolo. Así que no nos

detendremos en demostrar su importancia en la rebelión. No se trata de inventar una narrativa paritaria para aplacar sensibilidades contemporáneas. Puede el lector suspicaz visitar la exposición virtual del LUM *Túpac Amaru y Micaela Bastidas: memorias, símbolos y misterios*; en ella se muestra con claridad la relevancia de ambos personajes, al mismo nivel. Se destaca, en particular, que Micaela fue «la estratega fundamental de la rebelión», encargada de su logística. Y, como relata Arthur M. Schlesinger Jr., Micaela debía conseguir y distribuir dinero, cañones, pan, vestimenta, coca y aguardiente para sus tropas. Además, expedía salvoconductos, organizó un servicio de chasquis a caballo y se hizo cargo de la retaguardia indígena, desactivando, incluso, células espías. Se ganó a pulso su lugar en la posteridad.

¿Cómo recuperó Micaela el sitial que le correspondía al lado de su ya famoso marido? Hay un punto de partida claro y se trató, por supuesto, de una mujer que le ganó a Velasco: Maruja Roqué, escritora y periodista. Desde 1967, un año antes del golpe, ella ya tenía una idea: darle un reconocimiento a Micaela como heroína y madre peruana.

Maruja Roqué Barriach era una catalana, de Tarragona, refugiada de la Guerra Civil española. Omar Esquivel resume su historia: «[Fue una] dirigente obrera comunista en una fábrica textil de Barcelona, exiliada en Francia a un campo de concentración y trasladada a México en 1939». Allí conoció a su esposo, el peruano Genaro Carnero Checa. Según consta en *Documentation of Communist Penetration in Latin America*, fue espiada durante años por agentes estadounidenses, como parte de una lista de objetivos, entre los que figuraban también Manuel Scorza, Héctor Béjar y César Calvo.

Maruja y su esposo continuaron su actividad política en el Perú y, en las elecciones municipales de 1966, resultó la única regidora de izquierda en un concejo dominado por el PPC y la alianza entre apristas y odriistas. Fascinada por la vida de Micaela —y seguramente frustrada por el desconocimiento de los peruanos de su propia historia—, Maruja impulsó durante años la colocación de una efigie en su nombre. Las actas de los debates de la Municipalidad de Lima están

allí, accesibles *online*, para el que quiera sentir un arañazo en la pizarra. Sesión tras sesión, la propuesta de Maruja Roqué se rechazó con los argumentos más chirriantes: se debatió la pertinencia de realizar una escultura a «la secretaria» de su marido y se dijo que no habría que invertir dinero de los vecinos en una imagen «comunista».

Al final, el concejo liderado por Luis Bedoya Reyes fue convencido por la calidad de «madre ejemplar» y «esposa abnegada» de Micaela. El busto se inauguró en 1969, en la actual urbanización de Santa Beatriz, cerca del centro de Lima. El escultor Artemio Ocaña —quien, para facilitar la decisión municipal, trabajó gratis— tuvo, básicamente, que inventarse su rostro, pues no tenía referentes visuales.

Fue un primer paso decisivo. Para entonces, Velasco ya estaba masificando la imagen de su marido. De todas formas, las representaciones de Micaela recién empezaron a hacerse más frecuentes a partir de 1975. Ese fue el Año de la Mujer Peruana, y, como reparación histórica por la misoginia institucionalizada, el Estado emitió sobres con las imágenes postales de Micaela, y también de María Parado de Bellido y Juana Alarco de Dammert.

Pero, incluso hoy, la imagen de Micaela aún conserva un aire de segundo lugar, de cuota de género, de «señora de». Quizás le haga falta su propio salón en Palacio. O quizás haga falta otra Maruja Roqué.



LAS PRIMERAS ALCALDESAS

Una mirada rápida a Wikipedia te dirá que en el Perú las mujeres no pudieron votar hasta 1956 y que no existieron elecciones municipales sino hasta 1963. Sin embargo, varios años antes, en 1945, se realizaron unos comicios pioneros en los que las mujeres no solo votaron, sino que también fueron elegidas.

Las mujeres peruanas no llevan ni cien años eligiendo representantes políticos. Dejemos que ese dato se asiente. Recién en 1956, hace menos de setenta años, las mujeres pudieron acudir masivamente a las urnas para votar. Ese mismo año, ocho fueron elegidas diputadas y solo una fue senadora.

Peor aún: hasta 1980 no podían votar los analfabetos, lo que significaba —agárrense— que una cuarta parte de las peruanas no podía ejercer su derecho a elegir. Han leído bien: en 1980, el 26 % de

mujeres eran analfabetas (versus un 7 % de los hombres). Guarden el dato para cuando les quieran edulcorar la desigualdad de género.

Ahora bien, según la Constitución de 1933, técnicamente algunas mujeres sí podrían haber votado: las casadas. Había un problema, sin embargo: ellas podían votar solo en elecciones municipales. Y, como les dijimos líneas arriba, no hubo comicios vecinales sino hasta 1963. Es decir, se les amarró el derecho durante tres décadas. Y si imaginarse a una mujer votando resultaba tan inaudito, la idea de una de ellas ocupando un cargo político era casi casi pecado. Es posible que algún sacerdote haya dado más de un sermón al respecto.

Pero el 26 de setiembre de 1945, muchos años antes de lo que hasta ahora se creía, la aprista Dora Madueño se convirtió en la primera alcaldesa de Huancané (Puno) y, por lo tanto, también en la primera alcaldesa de la historia del Perú. Fue la tercera en América Latina, después de una chilena y una mexicana, en los años treinta.

En ese mismo proceso, pero unas semanas después, la maestra de escuela Angélica Zambrano también fue votada como alcaldesa, en Urubamba (Cusco). Además, se eligió a dos tenientas alcaldesas, ambas con nombres que hoy nos remiten a otros personajes: Susana León, en Matucana (Huarochirí), y Eva Morales, en la ciudad de Arequipa. Las cuatro eran apristas. De hecho, el diario del partido, *La Tribuna*, felicitó a cada una. En el caso de Zambrano, se extendía la felicitación al «camarada Polay», padre del futuro cabecilla emerretista Víctor Polay Campos y, en ese entonces, delegado del aprismo en Cusco.

¿Cuál fue el error en la Matrix que permitió esto?

Resulta que 1945 fue el año en el que llegó a la presidencia José Luis Bustamante y Rivero, candidato por el Frente Democrático Nacional (FDN), una alianza de varios partidos alrededor del Apra. Aunque el aprismo aún era semiilegal —por lo cual optó por diluirse dentro del FDN—, de todas formas el partido de Haya de la Torre contaba con gran arraigo y presencia en el país.

Así, fue por el Apra que Dora Madueño y varias otras mujeres ingresaron a la función pública. Sus congresistas impulsaron la instalación de asambleas municipales electorales, es decir, grupos de

vecinos «notables» por cargos (un delegado del Colegio de Abogados, otro de la Cámara de Comercio y así). Estos elegían una junta y, luego, esta designaba a las autoridades municipales.

Era una elección indirecta, claro. Pero igual, Dora y las otras apristas votaron en ambas fases y, al final, fueron electas. No fueron las únicas mujeres en votar, por supuesto. Y tampoco las únicas que ocuparon cargos públicos: muchas otras fueron electas concejalas. Esto, hay que decirlo, gracias también a un impulso de los congresistas apristas del momento, como recuerda Carlos Bedoya, el académico que reconstruyó —sobre la base de registros históricos y recortes de periódicos— esta historia perdida debido a un interés particular: es el nieto de Dora Madueño.

Tanto entusiasmo generó la elección de Dora que el líder del aprismo, Víctor Raúl Haya de la Torre, viajó hasta Huancané para visitar a Madueño días antes de su toma de mando. Tengamos en cuenta que estamos hablando de la primera mujer que ocupaba cualquier tipo de autoridad política: ni congresistas (las primeras, elegidas en 1956) ni ministras (las primeras, nombradas en 1987) ni gobernadoras regionales (2002) ni jefas de Gabinete (2003).

Hay que destacar, también, que, en esas elecciones casi olvidadas de 1945, una de las concejalas electas, en su caso por la provincia de Lima, fue María Jesús Alvarado. Esta debe ser una de las pocas ocasiones en las que una elección en el Perú ha hecho justicia.

María Jesús ha sido llamada, con justicia, «la primera feminista del Perú». Autodidacta, nacida poco antes de la guerra con Chile, a inicios de siglo había logrado ser columnista en *El Comercio* y *La Prensa*. En 1911, en la Sociedad Geográfica de Lima —por entonces uno de los centros de la vida intelectual— dio una conferencia titulada «El feminismo». En ella, ya les ponía el parche a los que cien años después seguirían con la cantaleta de «ni machismo ni feminismo, sino igualismo»:

> El principio fundamental del feminismo es la igualdad de la potencialidad mental y de la habilidad para el trabajo del hombre y de la mujer, igualdad probada irrefutablemente por la historia, y hasta por la somera observación diaria [...] es de absoluta justicia que sean

iguales ante la ley.

Durante décadas, María Jesús peleó en donde pudo por los derechos de las mujeres. En parte, la inclusión del voto femenino en la Constitución de 1933 se debió a su batalla y la de Evolución Femenina, la institución que fundó.

Su lucha —que incluso le costó el exilio durante poco más de una década— no cejó nunca. Hasta que en esas elecciones históricas de 1945 fue nombrada concejala por Lima. Tenía ya 67 años. Estuvo a cargo de la inspección del ornato público e impulsó las artes dramáticas desde el Municipio de Lima.

No hay demasiada información de cómo terminó esta primavera feminista de la política institucional peruana. Esas elecciones de 1945 tenían como destino nombrar autoridades transitorias hasta la realización de una votación general, que nuevamente iba a tener participación femenina… y que nunca ocurrió. Ya se imaginan: otra de nuestras tantas crisis políticas abortó todo. Y las mujeres tendrían que esperar once años para volver a elegir y ser elegidas.

Sí sabemos que, en el caso de Dora Madueño, ella renunció al año siguiente a la alcaldía. ¿Las razones? Como tantas mujeres —incluso hoy—, supeditó su propia carrera a la de su esposo. Estaba casada con un funcionario del Ministerio de Fomento que fue nombrado supervisor de una carretera en Mollendo, Arequipa. Tuvo que dejarlo todo por el marido.

Dicen que detrás de cada gran hombre hay una gran mujer. Lo que también queda claro es que, muchas veces, detrás de cada gran mujer hay un *onvre* metiendo cabe.



LA PRINCESA DEL POP

Con la llegada del nuevo siglo, cientos de nuevos artistas descubrieron una plataforma de exhibición mundial en YouTube que lo cambió todo. De pronto, niños de cualquier lugar del mundo podían dar el salto al reconocimiento global gracias a unos cuantos clics. Canadá tuvo a Justin Bieber. El Perú, a Wendy Sulca.

Era 1996 en Pamplona Alta, en el distrito limeño de San Juan de Miraflores, y, la verdad, nadie esperaba mucho de la vida. Franklin Sulca y Lidia Quispe eran una pareja migrante que, como tantas, había llegado a Lima desde Ayacucho huyendo de lo peor: Sendero Luminoso. El padre de Lidia incluso había sido reclutado, a la fuerza, por el terrorismo. Ambos eran músicos pero, para sobrevivir, Lidia se dedicaba a ensamblar muñecos de peluche en una fábrica. Todo pintaba gris, pero ese año Wendy llegó a sus vidas.

Franklin había logrado persistir en la vida musical. Tocaba el arpa en Los Pícaros del Escenario. Disfrutaba mucho viendo cantar a su hija. O, mejor dicho, se asombraba. Wendy tenía talento y vocación. Al principio se había preocupado, pues las fiestas y jaranas —que es donde un artista no solo se forja, sino que saca dinero para el día a día— no eran lugar para alguien de su edad. Pero la temprana persistencia de su hija lo había derrotado: a los seis años, Wendy ya se colaba en los ensayos de Los Pícaros. Franklin empezó a enseñarle el oficio y quizás hasta podría haberse convertido en su mánager, pero esa responsabilidad terminaría recayendo sobre su esposa: Franklin falleció en un accidente automovilístico rumbo a un concierto. A Lidia le tocó componer las primeras canciones de su hija. Su primer álbum se tituló *Papito por qué me dejaste* (2005). Wendy tenía ocho años y una voz bastante aguda e inocente.

Fue también a esa edad que grabó algunos videoclips que acabarían en YouTube. Una persona que hacía páginas web le aconsejó a la mamá de Wendy subir los videos de sus canciones. Le dijo que él lo podía hacer si le pagaba doscientas luquitas. Un miserable y un iluminado al mismo tiempo. Después de todo, subir un video a Internet no cuesta nada. Pero, si no lo hubiera hecho, no tendríamos a Wendy Sulca.

El éxito más rotundo de la pequeña cantante fue «La tetita», que lo tenía todo bizarro: la letra, la producción y la aparición —temáticamente justificada, pero insólita para los legos— de una vaca con su ternerito. En 2007, YouTube aún era una novedad y millones de personas estaban descubriendo, gracias a la plataforma, cuán extravagante podía llegar a ser nuestro planeta. Había un furor de lo *tan-malo-que-es-bueno*. Sus irónicos fans encontraron un segundo tema: «Cerveza, cerveza», donde «la pequeña Wendy con tan solo ocho años de edad» contaba que el trago le hacía olvidar el sufrimiento.

Como ocurría al mismo tiempo con la Tigresa del Oriente, Wendy se hizo famosa por el escarnio que producían sus interpretaciones. Pero, a diferencia de la veterana maquilladora, la niña no tenía ninguna experiencia lidiando con la crueldad y el morbo, menos aún si venían de anónimos en Internet. De hecho, en una entrevista con Raúl Vargas,

Wendy comentó que, al no tener computadora en casa, no se enteró hasta mucho después de que su video era popular. Sus amigos en el colegio le contaron y ella no solo descubrió su popularidad, sino también el otro lado de la moneda:

> Hubo muchos *haters*, como se les suelen llamar a esas personas. Me chocó porque era una niña. Yo me enteré de que era famosa en YouTube a los doce años. No entendía mucho lo que estaba pasando, por qué había gente con malicia, con odio y discriminación en sus palabras hacia una niña que solo hacía lo que le gustaba: cantar.

Años después, Wendy lanzaría un libro de memorias. En él, recuerda que «le preguntaba a mi mamá por qué me odiaban tanto, por qué me insultaban». Se dio de bruces con el racismo que, para su sorpresa, venía de «personas con un tono tan igual o más oscuro de piel que la mía».

A diferencia de la Tigresa, Wendy aprovechó el ruido para encaminar su carrera. Se formó, creció en la industria, tomó las oportunidades que le ofreció la viralidad y enrumbó hacia su propio destino. Se hizo conocida en Argentina, México, Colombia, Chile, y hasta parte del mercado gringo la escuchó. Fue gracias al tema «En tus tierras bailaré» —que interpreta junto al *dream team* de la Tigresa del Oriente y el ecuatoriano Delfín Quishpe— que se internacionalizó de manera oficial. René Pérez, el de Calle 13, hasta dijo que el tema era el «We Are The World» de YouTube.

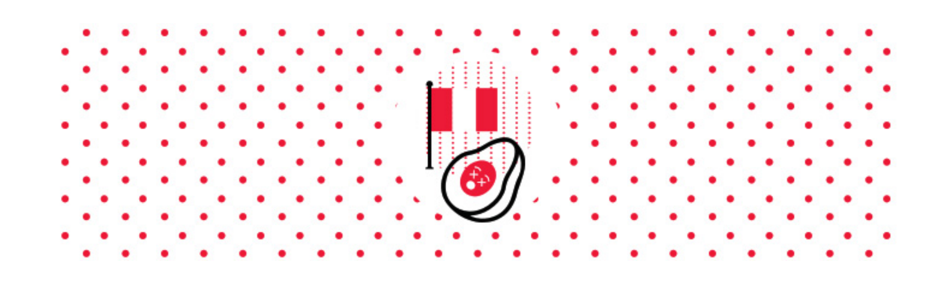
Como fuere, el tema fue el primer sencillo con la firma de Wendy Sulca que llegó al iTunes Store. Ese fue el inicio de su despegue. Viajó a España para participar del YouFest de Madrid, un espacio dedicado a exhibir en un escenario las maravillas que el Internet mostraba solo en pantallas. Fue *host* de los Premios MTV Latinoamérica. La requerían en discotecas y presentaciones por toda América Latina. No tenía ni 15 años y ya había colaborado con Andrés Calamaro, René Pérez, Dante Spinetta, Fito Páez y seguían las firmas.

El problema es que Wendy tenía fama, pero no fortuna. Contratistas, mánagers y concursos musicales no cumplían ninguna de sus promesas. Las radios le pedían dinero para transmitir sus temas.

¿Ingresos por YouTube o por los conciertos? Olvídenlo: cada nuevo administrador resultaba un estafador. Seguía viviendo en Pamplona Alta y los ladrones debían pensar que era millonaria, porque se metieron tres veces en su modesta casita; en una de ellas, incluso, amenazaron a Wendy con un cuchillo.

En 2012, Wendy lanzó su segundo disco, *Homenaje a mi padre*, en el que su madre aprovechó para colocarse en un dúo con su hija. Pero los aficionados al huayno son muy exigentes, a todo nivel, y nunca les terminó de gustar el aura de fenómeno *freak* que rodeaba a Wendy. Y ella, muy astuta, entendió el mensaje. Metió los pies en el pop electrónico y en el reggaetón, al inicio colgándose del éxito de alguna canción, con un *cover* a su estilo. Avanzó, poco a poco, luchando por mantenerse vigente. Pero le costó: siempre le pedían «La tetita», la miraban por encima, como una curiosidad, como algo folclórico, en la acepción despectiva de la palabra. Ella recordaba lo que le había dicho su padre la primera vez que le dio pánico escénico: «Hijita, un verdadero cantante no deja que el escenario le gane. Si te bajas del escenario, nunca más podrás ser cantante».

Hoy, Wendy Sulca es una veinteañera que se codea con Susana Baca y Mon Laferte, que hace activismo feminista, que tiene su propia marca de ropa, que ha firmado un contrato con Sony Music y que puede mostrar éxitos que ya nadie escucha de manera irónica. Ella se ha subido al escenario para nunca más bajar.



CÓMO UN NIÑO SE CONVIERTE EN HÉROE

Es abril de 1874 y la patria te busca a ti. Si tienes entre 14 y 18 años, no has terminado tu educación primaria y quieres hacer carrera en el Ejército (y quizás algún día dar tu propio golpe de Estado, como nuestros presidentes): ven a la Escuela de Clases, también conocida como Los Cabitos, junto al Cuartel de Chorrillos. Inscríbete y conviértete en el próximo niño héroe.

A mediados del siglo XIX, era normal que grupos de soldados entrasen a distintas comunidades en el interior del país para saquear y raptar a niños. Los pequeños podían ser vendidos a buen precio en las ciudades aledañas, donde siempre había alguna familia acomodada que necesitaba un sirviente dócil para las tareas de la casa. Un fenómeno chocante, pero tampoco era novedad. La circulación forzada de niños indígenas rumbo a Lima no solo era conocida, sino aceptada como algo natural desde el virreinato. Así que, incluso después de que Castilla aboliese la esclavitud, el tráfico humano infantil continuó sin

que a nadie le pareciera inusual.

De acuerdo con un análisis del censo general de 1876 —el primer censo de población y vivienda de nuestra época republicana— elaborado por la economista Paula Castillo Vera, un abrumador 85 % de la población no sabía leer ni escribir. Solo una minoría había tenido acceso a una mínima educación. Castillo también precisa que la principal ocupación de la fuerza laboral analfabeta de esos años fue la agricultura.

Sumando todos estos elementos, resulta que los niños que tuvieron la desdicha de nacer poco antes de la guerra con Chile no tenían muchas opciones en la vida: o trabajar en el campo, o ser secuestrados, o volverse militares. Así las cosas, esta última opción era bastante llamativa. Después de todo, en los primeros cincuenta años de vida republicana, todos nuestros presidentes fueron militares. Para niños que no tenían nada, la posibilidad de tenerlo todo a través de la fuerza era la mejor publicidad que la milicia peruana necesitaba en ese entonces.

El problema era que para ser parte del Colegio Militar tenías que saber leer y escribir. No solo eso, era necesario haber terminado la educación primaria. Esto limitaba el acceso a la carrera en el Ejército.

Curiosamente, fue Manuel Pardo, nuestro primer presidente civil, quien en 1873 —mediante decreto supremo— crea la Escuela de Clases, que serviría para formar sargentos instructores de infantería, artillería, caballería e ingeniería. Al año siguiente, se publica el reglamento, donde se establecen las condiciones para ser admitido: tener entre 14 y 18 años. Nada más. Ya no saber leer ni escribir. Y porque el destino rara vez le sonríe al Perú, la Escuela de Clases no tenía ni cinco años funcionando cuando estalló la guerra del Pacífico.

A estos reclutas les pusieron de apodo «los cabitos» porque —qué sorpresa— eran niños. Una publicación del Ministerio de Cultura ha rescatado una imagen de estos alumnos, indignante para sensibilidades actuales: un grupo de chiquillos con uniformes que les quedan demasiado grandes —quizás a propósito, para que puedan seguir usándolos a medida que crecieran—, intentando mantener actitud marcial y posando sobre las escaleras de entrada al cuartel.

Hay unos cuantos sentados y, en medio, uno de ellos acaricia un perrito.

Apenas culminó la campaña marina, varios de estos cabitos fueron destacados al sur. Pero las muestras de lo que nuestros historiadores llaman heroísmo aparecieron justo cuando peor la estábamos pasando.

A inicios de 1881, cuando las tropas chilenas llegaron a Lima, los cabitos se hicieron presentes en esas 72 horas de horror que fueron las batallas de San Juan y Miraflores[18]. En ambas masacres cayeron de manera heroica los cabitos Belisario Moreno y Braulio Badani Suárez (que en realidad ya era sargento). Allí también murió Isaías Clivio, un adolescente de 16 años que se había presentado en el cuartel de Santa Catalina como voluntario para defender la capital de la ocupación. Era un chico de «buena familia» que sabía leer y escribir; incluso, antes de partir hacia San Juan, le mandó una carta a su madre: «Perdóname, madre mía, si ofuscado por el amor a mi patria te abandoné. Si tengo la suerte de volver ya no me separaré de ti y te haré olvidar con mis caricias mi ingratitud».

Veinte días después, combatió hasta que cayó acribillado.

Otro niño «civil» fue Viviano Paredes, que había llegado a Lima desde Huaraz junto a su padre y un grupo de ancashinos movilizados para lo que sería la batalla definitiva: resistir al ejército chileno para que no tomaran la capital. En el fragor del combate, el pequeño Viviano vio que un grupo de soldados enemigos había aniquilado al portaestandarte y se llevaba la bandera peruana como botín. Aprovechando su tamaño y agilidad, les arrebató el trofeo y emprendió el regreso a la carrera. Los chilenos le dispararon por la espalda pero, aun así, logró entregarle la bandera a su padre antes de morir. Acababa de cumplir 12 años.

Gracias al estadio que lleva su nombre, quizás Manuel Bonilla sea el más famoso de todos los reclutas que fallecieron en esa maratón sanguinaria que fueron San Juan y Miraflores. Disparando al invasor con su fusil Winchester, fue parte del Batallón N.° 6, que se parapetó en el Reducto 3, en Miraflores. Tenía 13 años. Inicialmente, por su corta edad, no había sido aceptado como cabito pero, se dice, insistió

tanto que aceptaron enrolarlo. Un cañonazo lo vaporizó a tal punto que no quedó nada para enterrar.

De acuerdo con el historiador Guillermo Sánchez Ortiz, la guerra del Pacífico nos dejó más de veinte niños y adolescentes héroes en el Perú, considerados así no por haber sido simplemente asesinados en combate, sino porque algo en su historia previa mostraba que el sacrificio había sido motivado por su patriotismo.

Hoy por hoy, una categorización así resulta, para muchos, problemática. Sus historias y los testimonios de quienes los conocieron en sus breves vidas son definitivamente conmovedores. Sin embargo, como vimos al inicio, en muchos casos, los cabitos se inmolaron defendiendo un país que no tenía otro destino que ofrecerles. Por otro lado, insistimos, la invasión chilena a Lima fue una verdadera hecatombe. Muchos de esos niños habrían muerto igual. Quizás era mejor morir peleando. Eso, aunque sea, les da algo de sentido a sus muertes. Al menos nos da un relato que transmitir. Nos deja una historia, que en este caso debería ser también una advertencia. Es una sociedad trágica la que produce niños héroes.

---

18 Ver el capítulo «Más que una inyección».



UN ESPECIAL DEL HUMOR

En el Siglo de Oro español, Lope de Vega fue apodado Monstruo de la Naturaleza por Cervantes, debido al tamaño incalculable de su prolífica obra. En el siglo XX peruano, tuvimos un autor que podría rivalizar con el dramaturgo en la copiosidad de su producción. Solo que el nuestro decidió ponerse él solito su apodo: Sofocleto.

Luis Felipe Angell de Lama, ciertamente, no es un nombre que inspire una carcajada. Suena, más bien, a diplomático. Y Luis Felipe, natural de Paita, lo era. Entre las décadas del cuarenta y sesenta, trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Puede ser que esa visión del monstruo que era el Estado peruano por dentro le sirviera como insumo para las agudas observaciones que publicaba en la prensa escrita. Con un seudónimo, obviamente: Sofocleto.

Quizás lo más recordado de Sofocleto sea *Los cojudos*,

tranquilamente, el tratado antropológico, social y psicológico más completo y preciso que se ha hecho alguna vez sobre los peruanos. Fue la respuesta a la cuestión que, con absurda seriedad, Mario Vargas Llosa había planteado: ¿en qué momento se había jodido el Perú? La respuesta: qué pregunta más cojuda, cuando está claro que la cojudez peruana no solo es atemporal, sino que no percibe el tiempo. No tiene presente ni pasado, mucho menos, un futuro:

> El clima, el aire, el mar de nuestras costas, los microbios, el agua, el cielo e, inclusive, los rayos de la Luna al cruzar por la atmósfera, todo se volvió cojudo en el Perú, hasta que un día, de la manera más cojuda, comprendimos que no teníamos alternativa ni salida.

Pero recordarlo por una sola obra sería una cojudez. Sofocleto destacó por mucho más. No solo porque medía casi dos metros. A los 12 años, estudiando en un colegio religioso, fundó un diario manuscrito llamado *Abajo los Curas*. Y nunca paró. Dice la leyenda —es decir, Wikipedia— que poco antes de fallecer en 2004 se encontraba reeditando su corpus entero, que incluía más de doce mil *sofonetos*, cincuenta mil *sinlogismos* y un total de 172 volúmenes. Quienes lo conocieron lo atribuyen a su prodigiosa capacidad de escribir, de frente, «en limpio». «Un monstruo frente a la máquina de escribir; dada su corpulencia —dos metros de humanidad— parecía que la iba a destrozar», recuerda el periodista Domingo Tamariz.

A mediados de los cincuenta ya publicaba *sinlogismos* en el suplemento *El Dominical* de *El Comercio*, pero su salto a la fama ocurriría durante el campeonato de fútbol sudamericano de 1957. Lo pusieron como cronista de los encuentros. La competencia había traído a un exitoso comentarista deportivo de reconocimiento internacional, pero lo que hizo el piurano fue una clase maestra del absurdo:

> La delantera peruana ataca. La pelota se defiende. Escutti es un fenómeno. Efectivamente, tiene seis dedos en cada pie. Dispara Terry, Escutti detiene. Dispara Vides, Escutti detiene. Dispara Tatán, la policía lo detiene. Registran a Tatán y le encuentran once kilos de ropa ecuatoriana, una dentadura postiza y una refrigeradora de once pies.

En 1967, Sofocleto renunció a Torre Tagle y se entregó a sí mismo. Es decir, al humor. No podía evitar ser gracioso. Le brotaba casi naturalmente. Sofocleto se hizo temible para el mundo político. Su principal arma: las chapas. Digamos que el *top 3* nacional lo integran Sofocleto, Melcochita y el que ponía los créditos en *Magaly TV*. Don Sofo le aterrizó chapas a *Frejolito* Barrantes y al *Tucán* Bedoya, por mencionar algunos que sobrevivieron más de cuatro o cinco generaciones, además de Alan *Crazy Horse* García.

Este casi inalterable estado de burla le ganó varias deportaciones y encarcelaciones a lo largo de su desempeño como periodista. No interesaba lo que escribiera; fuera sobre deportes, política, cultura o incluso actualidad, no había frase mordaz que pudiera evitar. No tenía tema vetado. Y escribía todos los días. Todos. Si le cerraban las puertas de los medios, él mismo relanzaba su diario humorístico *Don Sofo*, que fundó en los setenta y apareció esporádicamente en las dos décadas siguientes. Su nombre bastaba para vender lo que fuera.

Luis Felipe no solo tenía popularidad, sino aclamación crítica. En 1958 se presentó al Premio de Novela auspiciado por el famoso librero Juan Mejía Baca. Fue una sorpresa que terminara llevándose la victoria, habida cuenta de que uno de los participantes era nada menos que José María Arguedas. Peor aún, le había ganado en su propio terreno: *La tierra prometida* era una novela neorrealista sobre las penurias del migrante.

Picado en su orgullo, Arguedas no solo no le volvió a dirigir la palabra a Sofocleto, sino que le dedicó un furibundo artículo en *La Prensa*, que desató una polémica literaria que duró semanas y en la que intervinieron Ciro Alegría, Julio Ramón Ribeyro, Luis Jaime Cisneros, Sebastián Salazar Bondy y varios otros. Unos a favor, otros en contra. Eventualmente, Arguedas publicaría *El zorro de arriba y el zorro de abajo* como una suerte de respuesta a la visión de la peruanidad que ofrecía la novela de Luis Felipe. La única réplica de Sofocleto fue confesar —como restregándole el premio en la cara— que había escrito *La tierra prometida* en seis días.

Pero Sofocleto era un personaje literario. Luis Felipe Angell, en cambio, era un ser de carne y hueso. Expulsado de varios medios, a

veces más por su carácter que por sus ideas. Agitador político del castrismo en un momento. Acusado de conservador en otro. Luis Jochamowitz lo llama «libelista y politicón», características que resumen una vida de «cartas notariales, escenas callejeras, juicios y deportaciones, todo muy desagradable». Conflictuado y conflictivo, como no podía ser de otra manera.

Dos años antes de morir, Luis Felipe viajó a su natal Paita para participar de la inauguración del parque Sofocleto, pequeño pero adornado con un busto de bronce que lo inmortalizó. Salvo Vargas Llosa y Nicanor de la Fuente, no ha existido otro escritor peruano que haya tenido el privilegio de develar su propia efigie. A Luis Felipe se le ve contento en las fotos del evento. Aunque, seguramente, a Sofocleto le hubiese parecido una cojudez.



LA MASACRE DE WANCHO LIMA

Si pones «de cabeza» al lago Titicaca, este adquiere la forma de puma. Su «cola», al noroeste del lago, es la laguna Arapa. Si algún día pasas por allí y enrumbas por la trocha que va de Chacapampa a Chupa y miras a la derecha, verás una placita colorida en medio de casas de barro. Es lo que queda de la arrasada capital de la República Aymara Tahuantinsuyana.

Los años veinte del siglo pasado parecían haber llegado con esperanzas para los pueblos indígenas del Perú. Gobernaba un presidente al que llamaban Wiracocha porque había prometido pelear por su causa. Y había empezado a cumplir: el artículo 58 de su nueva Constitución (1920) decía:

> El Estado protegerá a la raza indígena y dictará leyes especiales para su desarrollo y cultura en armonía con sus necesidades. La Nación

> reconoce la existencia legal de las comunidades de indígenas y la ley declarará los derechos que les corresponden.

Era Augusto B. Leguía y leía discursos en quechua (que no hablaba), además de crear una serie de organismos con la palabra *indígena* en ellos. Si recuerdan algo de nuestra historia en los años siguientes, sabrán que todo quedó en palabras.

Sin embargo, las comunidades de la época estaban entusiasmadas con la ilusión de poner fin a los maltratos, acabar con la explotación, y hasta creyeron que sería posible recuperar las tierras que los gamonales les habían arranchado. Eran tiempos de agitación campesina. Se sentía el cambio en el aire.

Uno de los líderes del momento se llamaba Carlos Condorena, y a mediados de 1923 logró entrevistarse con el mismísimo Wiracocha Leguía, en Palacio, para transmitirle un pedido peculiar. Quería su autorización para fundar un pueblo que sirva como una especie de refugio para los aymaras de su localidad, Huancané, en Puno.

Carlos, entonces de 42 años, no era un dirigente indígena más. De niño había sido explotado en una hacienda. De joven, como carguero, iba y venía por el Titicaca, y, así, se inició en el sindicalismo en Bolivia. Para cuando empezó el oncenio de Leguía, Carlos ya era coordinador de la Federación de Indígenas del Perú. Y en marzo de 1923 pasó algo que detonó todo: José Carlos Mariátegui volvió al Perú.

Entonces, se enroló en una de las Universidades Populares Manuel González Prada, bajo la tutela del Amauta. Fueron tres meses cruciales. Su formación ideológica se agudizó con las nuevas corrientes que en esos años sacudían el mundo: en él confluían el anarquismo y el milenarismo. Por esos días, surgió la idea de fundar el pueblo/refugio aymara y, sobre todo, de ir donde Leguía a recibir su bendición.

¿Qué pasó en esa cumbre entre Wiracocha y Carlos? No se sabe a ciencia cierta, pero lo que sí es seguro es que el presidente no autorizó lo que vino a continuación.

Al amanecer del 7 de agosto de 1923, Carlos Condorena y otros dirigentes congregaron a los campesinos de Wancho, un lugar que ya era un pequeño conato de rebelión contra los gamonales. Allí se había

formado un mercado de productos fuera del control económico de los abusivos *mistis*[19]. Pero Carlos y sus amigos iban a ir más lejos:

—Tenemos el apoyo del presidente Leguía, quien nos ha autorizado a que fundemos un pueblo —empezó el dirigente Mariano Paqo—. Pero creemos que es mejor fundar una república, una sociedad libre de toda explotación.

Acto seguido, Carlos extendió en el suelo un mapa que, supuestamente, tenía el visto bueno de Leguía. Era un plano de Lima. Sobre los trazos de las calles y plazas estaban señalados el Palacio de Gobierno, la Catedral, el Congreso, el Municipio, el Palacio de Justicia, los ministerios del momento… También se señalaban los colegios y las universidades.

Ese también era el diseño urbano de Wancho Lima, la capital de la recién nacida República Aymara Tahuantinsuyana. Sería conocida como la Ciudad de las Nieves.

El mayor cronista de estos eventos insólitos y olvidados se llama José Luis Ayala, quien ha escrito una serie de libros basados en esta alucinante aventura secesionista. Uno de ellos es una biografía de Condorena, primer y único presidente de esa República Aymara Tahuantinsuyana, que habría de durar casi cinco meses. En su Gobierno se decretaron, entre otras medidas, la educación universal bilingüe —en español y aymara—, la abolición de las haciendas y el reparto de las tierras de los latifundios entre sus legítimos propietarios campesinos. También, siguiendo el plano limeño, se empezaron a levantar los locales de las instituciones del nuevo Estado.

Mientras, en Lima a secas, las noticias que llegaban de Puno eran alarmantes. Los gamonales exigían presencia del Estado. A estas alturas, el Altiplano ya era un polvorín como para, además, agregarle *esto*.

Para atajar un posible conflicto y pedirle a Wiracocha que reconociera a la nueva república, en diciembre, el presidente Condorena y su gabinete viajaron a la capital del Perú. Demás está decir que en Palacio no reconocieron su calidad de dignatarios. Leguía no asomó ni el bigote. Después de un rato, una secretaria se limitó a comunicarle a Carlos que su requerimiento no tenía ningún sentido.

Días después, aún en Lima, pensando qué hacer, Carlos abrió un periódico: Wancho Lima había sido arrasada por las fuerzas del orden y de ella solo quedaban escombros.

El mayor del Ejército Luis Vinatea había llegado al puerto de Vilquechico, en el lago Titicaca, al mando de cuatrocientos hombres, armados con veinte ametralladoras, trescientos fusiles y doscientos caballos. La excusa, que fue la versión oficial para siempre, era que la «indiada» borracha había sitiado durante días el pueblo *misti* de Huancané. Lo cierto es que los gamonales ya habían empezado una ofensiva y las comunidades de la zona —entre ellas, Wancho Lima— se estaban defendiendo cuando llegaron las tropas.

Los cálculos más conservadores estiman unas dos mil víctimas mortales, a lo largo de varios días. Se incendiaron las casas, se derrumbaron las edificaciones, se robaron el ganado. Los soldados recibieron el apoyo de las milicias armadas de los gamonales. Cuando las cosas parecían calmarse, se convocaba a los campesinos para fotos comunales. Los juntaban muy pegados. Les decían que miraran a las cámaras, cubiertas de tela negra. En realidad eran ametralladoras. No se detuvieron ni en Navidad ni Año Nuevo. Dejaban los cadáveres como alimento para los perros. Wiracocha había desatado su furia.

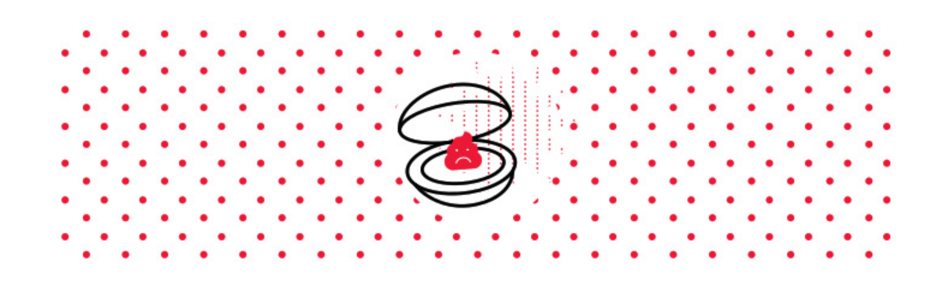
Mariátegui denunció la masacre en *Amauta* y, en esa revista, abrió una sección especial fija —titulada «El proceso al gamonalismo»— para dejar constancia, en cada edición, de los múltiples abusos contra los campesinos en todo el Perú. Ayudó en lo que pudo a los dirigentes y refugiados[20] de Wancho Lima, todos perseguidos por la justicia. Leyeron bien: los autores de la masacre no fueron los perseguidos. En cambio, un juez dictaminó que todos los habitantes de Wancho Lima mayores de 20 años debían ser encarcelados. El presidente Condorena pasaría algunos años en prisión.

Con sangre y persecución acabó el experimento de Wancho Lima. Y aún hoy, cada 16 de diciembre, en la placita colorida de lo que alguna vez fue la capital de la República Aymara Tahuantinsuyana, un grupito de personas se junta para recordar lo que no pudo ser.

---

19 *Misti*: mestizos, blancos, todo aquel que no sea indígena.

20 Como Mariano Larico (ver el capítulo «Discípulos del Amauta»).



NO SE CANSA ESTE PATA

Filibusterismo*: dícese de una técnica de obstruccionismo político y parlamentario, según la cual se busca retrasar o de plano bloquear la aprobación de una ley o acto legislativo usando un discurso de muy larga duración, tan pero tan largo que provoque el aburrimiento o el sueño de quienes toman la decisión. Véase también: Javier Alva Orlandini.*

Cuando el fundador del Partido Aprista, Víctor Raúl Haya de la Torre, perdió las elecciones de 1963 ante Fernando Belaúnde Terry, se le quedó la sangre en el ojo. Cuenta Luis Pásara que «estaba resentido y con deseos de vengarse de la afrenta política de su derrota». Y la única manera que tenía Haya para conseguir lo que quería —básicamente sabotear al Gobierno— era obteniendo el control del Parlamento. Para lograrlo, el patriarca aprista se alió con el representante más

impresentable de la derecha: Manuel A. Odría, quien durante su Gobierno (entre 1948 y 1956) se había dedicado a matar a apristas y comunistas por igual.

Que no te extrañe, lector del siglo XXI, si la historia se te hace familiar: fue entonces que, con clara mayoría parlamentaria —gracias a la inimaginable alianza con Odría—, el Apra se encargó de obstaculizar, vetar, trabar y demorar toda iniciativa del Gobierno y todo intento de reforma. De hecho, al tener mayoría en ambas cámaras del Congreso —senadores y diputados—, era imposible pasar una reforma o ley que no fuera aprobada por ambos partidos. Eso solo alimentaba el descontento popular, y favoreció lo que eventualmente sería el golpe de Estado contra Belaúnde. Y, claro, estas obstaculizaciones incluían también la censura de ministros a diestra y siniestra.

Muchas veces, las razones de las censuras fueron —para variar— absurdas. Por ejemplo, Carlos Cueto Fernandini, ministro de Educación, fue censurado por usar la palabra *género*. No. Perdón. La palabra prohibida usada por el titular de Educación fue *semántica*. Al desconocerla, sus adversarios la interpretaron como ofensa. Te dijimos que esta historia resultaría familiar.

También está el caso de Óscar Trelles Montes, ministro de Gobierno y Policía, quien fue llamado a responder por la falta de una mayor intervención policial ante la invasión de tierras en distintos lugares del país, particularmente la de una hacienda en Cusco. Tras nueve horas de debate, consideraron que las respuestas no fueron satisfactorias. Un diputado oficialista señaló algo razonable: que la moción de censura estaba mal porque en la parte resolutiva solo se decía eso, que habían quedado insatisfechos. Y ya. No había mayor motivación. Pero nada es imposible para nuestros congresistas, así que un parlamentario odriista añadió: «Y, por tanto, lo censuran». No es broma, Trelles duró menos de cinco meses en el cargo, y como también era primer ministro, se forzó al cambio de todo el Gabinete.

Le sucedieron en la cartera de Gobierno y Policía Juan Languasco de Habich (que duró seis meses), luego vino Miguel Rotalde de Romaña (un año y cinco días), Octavio Mongrut Muñoz (tres meses), Javier Alva Orlandini (once meses), Luis Alayza Escardó (nueve meses,

lo que toma un bebé), Luis Ponce Arenas (siete días más y lograba cumplir el año), Carlos Velarde Cabello (cuatro meses) y, el más salado, Manuel Velarde Aspíllaga (menos de veinticuatro horas, porque al día siguiente de su nombramiento fue el golpe de Estado). El Ministerio del Interior siempre ha sido el equivalente de la enseñanza de Defensa contra las Artes Oscuras en Hogwarts.

Sin embargo, de la larga lista, el único que decidió actuar ante este obstruccionismo absurdo, portándose aún más absurdamente, dándole de su propia medicina al Congreso, fue Alva Orlandini.

Javier Alva Orlandini, nacido en Cajamarca y florero abogado de profesión, era para entonces un hombre con bastante recorrido político. En 1950 había sido detenido en la isla de El Frontón por tres meses, en calidad de dirigente estudiantil —fue secretario del Centro Federado de Derecho de la Universidad de San Marcos—, por protestar contra el Gobierno de Odría. Después vino una carrera meteórica en Acción Popular y, así, en 1965, asumió la tan temida cartera de Gobierno y Policía.

A los once meses llegó la excusa perfecta para la oposición: una huelga en Toquepala que terminó con varios detenidos y un muerto. El 24 de octubre de 1966 se convocó sorpresivamente, al borde de las nueve de la noche, a una moción de censura contra Alva Orlandini y contra el ministro de Trabajo, Miguel Dammert. La mayoría opositora quiso apurar el voto sin escuchar a los acusados, pero se armó tal bochinche que no pudieron.

Alva llegó a la media hora, junto a un batallón de funcionarios cargando rumas de papeles. Había decidido hacer un balance exhaustivo de su gestión ministerial. Afuera, manifestantes oficialistas se agolpaban frente al Congreso y algunos intentaron entrar al Parlamento con armas. Dentro, los apristas y odriistas acusaban a gritos al Gobierno de estar organizando un fraude electoral y de alentar una infiltración comunista (sí, nuestros políticos nunca han sido demasiado originales). El diario *La Prensa* registró que «la Cámara se convirtió en un pandemonio». A las diez de la noche, se cerraron las puertas del Palacio Legislativo, que fueron apedreadas por los manifestantes.

Alva Orlandini no pudo intervenir sino hasta las 3:20 de la madrugada.

—A un ministro diputado se le quiere censurar sin escucharlo —dijo—. Levanto mi voz de protesta por esta actitud torpe y bastarda de la mayoría.

Y no se detuvo allí. Habló sin parar durante dieciséis horas. *El Comercio* reseñó que «no comió, no fumó ni un cigarrillo ni tomó asiento. Esporádicamente apuró algunos sorbos de agua». Impresionante. Qué tan larga habrá sido la intervención que para la historia solo ha quedado registrada la frase con la que, a las 7:20 de la noche, cerró su larguísimo discurso: «Considero que el voto de censura de este espurio[21] Parlamento es una condecoración a un hombre del Poder Ejecutivo».

El ministro fue censurado con sesenta y un votos a favor, veintinueve en contra y ninguna abstención. Pero eso no fue suficiente: también fue suspendido quince días como congresista por haber llamado, durante su inagotable discurso, «espuria» a la mayoría. Quizás esta vez los apristas y odriistas sí consultaron el diccionario.

---

21 Va la traducción de la palabreja para los lectores que no son adultos mayores. *Espurio* significa 'bastardo, algo que degenera de su origen o naturaleza', en suma, algo falso o fingido.



ESE HOMBRE NO ES JORGE CHÁVEZ

El billete de diez soles es uno de los más usados, y los peruanos lo hemos visto rotar por distintas manos. Desde 2021, su diseño original está siendo reemplazado por uno nuevo, con la cara de Chabuca Granda. Pero, al menos por un tiempo, cuando pienses en los diez soles, aún recordarás un avión que está cayendo. También un rostro, el de un aviador cuyo nombre ha servido para bautizar nuestro veintiúnico aeropuerto internacional. Pero no. Ese hombre no es Jorge Chávez.

Son pocos los peruanos que tienen claro, de verdad, quiénes son todos los personajes que aparecen en nuestros billetes. Quizás sea porque cambian cada cierto tiempo. Quizás, porque los detalles históricos se diluyen con el paso de los años. Sea como sea, la persona que aún aparece en el billete de diez soles no es George Antoine Chávez, sino José Abelardo Quiñones.

Quizás esta aclaración, culto lector, te parezca innecesaria, pero la confusión es tan frecuente que solía ser el punto de partida de los seminarios que organizaba el propio Banco Central de Reserva sobre la producción de nuestros billetes.

Para contar la historia del verdadero protagonista del billete, tenemos que retroceder hasta nuestra guerra contra Ecuador, en 1941. El conflicto bélico se concentró en la región norte de Tumbes, cerca de Zarumilla. En ese entonces, José Abelardo era teniente de la escuadrilla 41 del XXI Escuadrón de Caza del Agrupamiento Aéreo del Norte. Si prestaste atención en tu clase de Historia, esta es la parte en la que ya te empiezan a sonar los nombres, los lugares y las fechas.

Nacido en Pimentel, Lambayeque, en el norte del país, José Abelardo llegó a Lima en 1928 para estudiar la secundaria. Siete años después, ingresó a la Escuela Central de Aviación Jorge Chávez (sí, Chávez vivió antes que Quiñones), donde se destacó por su pericia técnica para el pilotaje. De hecho, la exhibición aérea que hizo en el día de su graduación es la que se puede ver en el billete de diez soles. Ese avión que parece estar cayendo es, en realidad, una reproducción de la fotografía del vuelo invertido que Quiñones realizó a casi dos metros del suelo.

Efectivamente, lo que celebra el billete no es su posterior sacrificio, sino su pericia. En un alarde que quedó inmortalizado en una filmación (disponible hasta en YouTube), José Abelardo se graduó como piloto de caza volando de cabeza, casi al ras del suelo. En la grabación, se ve que no fue solo una, sino hasta tres pasadas de cabeza, cada vez más abajo. La audiencia, que incluía al presidente Óscar R. Benavides, quedó comprensiblemente impactada.

Pero el avión en el que moriría, tan solo dos años después, también está presente en el billete. Junto a su rostro, al lado izquierdo, se puede ver una nave North American NA-50. A ese modelo se lo conoce como *Torito*, aunque José Abelardo prefirió bautizarlo con un nombre más agresivo: *Pantera*. Pilotaba esa *Pantera* cuando fue alcanzado por una ráfaga de disparos antiaéreos.

Y, en esta parte de la historia, hay algunas controversias.

El escuadrón de Quiñones, en realidad, estaba encargado de hacer

vuelos de reconocimiento, tomando fotos de las posiciones ecuatorianas durante el conflicto bélico. El 23 de julio de 1941 llegaron las órdenes de empezar el bombardeo de las zonas previamente identificadas. Ese día su nave fue atacada y, cuenta la historia, José Abelardo se sacrificó dirigiendo el avión —que se precipitaba al suelo— hacia las baterías ecuatorianas, lo que causó una explosión que terminó despejando a las tropas enemigas y facilitando el avance de las fuerzas peruanas.

Su ejecutor está identificado: el soldado ecuatoriano Jorge Aurelio Cerezo empuñó ese día una Zbrojovka Brno 26, cuyo sonido provocaba la confusión entre soldados peruanos y ecuatorianos, pues el Perú había adquirido la misma arma. Cuenta Cerezo que eran las 17:30, la hora del lonchecito, cuando vio un avión peruano sobrevolando el territorio a través del lente óptico de la ametralladora. Tras disparar algunas ráfagas, se dio cuenta de que había dado en el blanco porque la nave caía: iba en picada hacia él y los compañeros que lo abastecían de municiones. Cerezo huyó a tiempo de escuchar cómo la nave se estrellaba detrás de él.

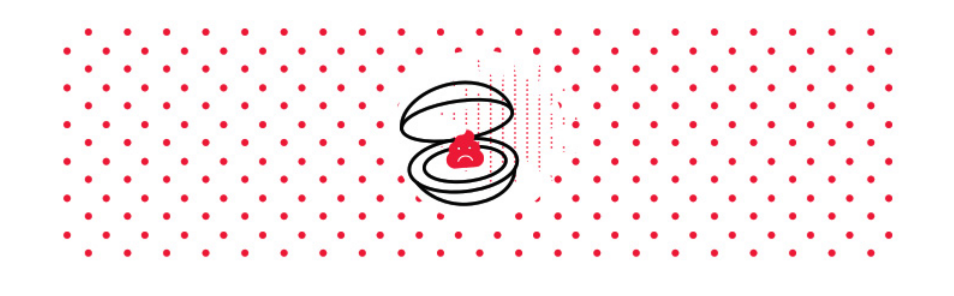
Sin embargo, aunque esa narración de los hechos parece confirmar que lo de José Abelardo fue un necesario sacrificio en nombre del país, lo cierto es que el Perú ya llevaba una ventaja holgada en este conflicto. Estábamos mucho mejor preparados (y armados) ante Ecuador que con ningún otro vecino en nuestra historia. De hecho, Cerezo recuerda el miedo que sintió al enfrentarnos:

> Nosotros estábamos en medio de grandes montañas esperando al enemigo y sentía que me iban a matar con las bombas que lanzaban a cada instante. Además, la aviación de ellos nos estaba golpeando a bala. Hasta las ramas de los árboles nos caían encima, y yo era un niño de apenas 21 años que disparaba ciegamente para allá y para acá, no conocía ningún camino del sector para correr y refugiarme.

La superioridad peruana fue tan avasalladora que el único avión que perdimos en esa batalla fue el que piloteaba Quiñones. Ecuador tenía muy pocas baterías antiaéreas dispuestas en la zona del conflicto y, en cada una de ellas, había solo cinco soldados. Peor aún, sus disparos

tenían un alcance máximo de tres mil metros, los que eran evitados por los aviones peruanos elevándose todo lo posible para no ser alcanzados.

Volviendo a José Abelardo: aunque también era un hábil paracaidista, prefirió quedarse en su nave hasta el final, en vez de eyectarse. ¿Por qué lo hizo? No para lograr una victoria ya asegurada. ¿Para ganarse su lugar en una trilogía junto a Grau y Bolognesi? La divisa del XXI Escuadrón de Caza era «Derribado pero sobre el objetivo». Quizás quiso dar una muestra de lealtad al lema de su escuadra. Más allá de las razones de su sacrificio, está claro que logró su objetivo: su memoria permanecerá arriba, siempre arriba. ¿Así era, no?



LA TRAICIÓN DE TORRE TAGLE

Nuestro país es conocido y reconocido en el mundo por su abundancia de recursos naturales. Sin embargo, aquí queremos detenernos a analizar uno cuya presencia a lo largo de nuestra historia nacional parece haber marcado el destino del país: la ironía. Porque solo los peruanos podríamos haber convertido a alguien tan, ejem, controversial *como Torre Tagle en sinónimo de nuestras relaciones diplomáticas.*

En el número 363 del jirón Ucayali, en el centro histórico de la ciudad de Lima, está el palacio de Torre Tagle. Tiene 1699 metros cuadrados y fue construido durante la época virreinal del Perú. Actualmente es la sede de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores. Se llama así porque fue erigido por el primer marqués de Torre Tagle, cuyo bisnieto —y cuarto portador del título— protagoniza este infausto relato.

José Bernardo de Tagle y Portocarrero, a quien aquí llamaremos JB, era un noble criollo que, a los 32 años, ya había llegado a ser alcalde de Lima. Eran los estertores del virreinato y muchas ideas *peligrosas* circulaban en ciertos círculos de la élite limeña. A Torre Tagle se le veía *demasiado* interesado en el proceso independentista en el que andaba sumergido el resto de América. Aun así, ostentó algunos cargos reales —monárquicos— hasta que, en agosto de 1820, JB fue nombrado intendente de Trujillo. Grave error de los realistas.

Apenas asumió, lo primero que hizo fue contactar en secreto a José de San Martín. El 29 de diciembre de ese mismo año, Torre Tagle proclamó la independencia en Trujillo. Desde el norte del país, apoyó la causa patriota. Al año siguiente, en agosto de 1821, regresó a Lima, donde fue ascendiendo en el *ranking* de la flamante república: fue consejero de Estado, mariscal de campo y hasta Supremo Delegado, pomposo título con el que asumió el Gobierno en reemplazo de San Martín.

Su aporte más memorable fue cambiar el modelo de la bandera peruana a una de tres franjas horizontales, lo que generó inconvenientes por su parecido relativo con la insignia española. JB no se hizo muchas paltas: la volteó noventa grados y listo. *Habemus* bandera patriota. Para entonces, JB ya no usaba su título de marqués. Eran tiempos republicanos.

Después vinieron los días confusos de la transición de San Martín a Bolívar, en los que JB ostentó otro cargo rimbombante: Encargado del Poder Supremo. Eventualmente, llegó a ser el segundo presidente del Perú, hasta que Bolívar terminó de ordenar la casa en el norte del país, estableció su base en Pativilca y, desde allí, empezó a mangonear a nuestro protagonista que, recordemos, era el presidente. Bolívar le ordenó entrar en negociaciones con el Ejército realista para ganar tiempo. A su vez, JB designó a su ministro de Guerra, Juan de Berindoaga, para encargarse de esa misión.

A partir de aquí, los historiadores no se ponen de acuerdo.

En la versión más difundida, JB estaba harto del arrogante Bolívar y de sus fuerzas grancolombianas que habían instaurado un verdadero régimen de terror, especialmente para la aristocracia limeña. El aún

presidente consideraba más invasor al propio Bolívar que a las fuerzas realistas, que, por último, estaban integradas por nacidos en suelo peruano. Así que envió al ministro Berindoaga —que también era aristócrata y uno de sus hombres de confianza— para que entablara una alianza momentánea con el virrey La Serna.

En una versión más amable, tanto JB como su ministro Berindoaga fueron las víctimas de una traición. Sin que JB lo supiera, su vicepresidente Diego de Aliaga tomó su nombre para ofrecerle una alianza al virrey. El plan de Aliaga era colocar un triunvirato en el poder: el virrey La Serna, el desprevenido JB y, por supuesto, él mismo. Pero ocurrió la tragedia: la correspondencia de Aliaga fue descubierta y se culpó a un inocente Torre Tagle.

Sea cual sea la verdadera versión, JB no tuvo tiempo de explicarse porque, justo por esos días, el 5 de febrero de 1824 hubo una sublevación antipatriota en la fortaleza del Real Felipe. Las tropas realistas se movieron hacia Lima para apoyar este acto de rebeldía y Bolívar ordenó evacuar la ciudad. Ante la emergencia, mediante un decreto, el Congreso le otorgó, literalmente, un «poder dictatorial» al Libertador. Esto acabó con el Gobierno de JB, el cual —a estas alturas de la intervención bolivariana— ya era solo nominal.

Bolívar estaba seguro de que detrás de la sublevación en el Real Felipe estaban JB y su gentita, por lo que ordenó su captura. El expresidente entró en pánico y, tras ocultarse varios días en un monasterio, decidió entregarse al general realista que había recapturado Lima.

Pero a JB no lo hicieron prisionero, sino que le reconocieron el grado que había tenido en el Ejército realista y le pusieron a un guardia de honor en su casa. A los pocos días, se publicó un manifiesto en el que JB contaba que la causa de la independencia ya no le hacía gracia y que se declaraba súbdito fiel del rey de España. Remató la traición firmando, nuevamente, como marqués. Aún hoy, algunos historiadores dudan de si este documento fue real o de si se trató de una artimaña de Bolívar para deslegitimar todavía más la imagen del expresidente.

El caso es que pasaron los meses y las batallas, y la situación era terrible para los realistas en todo el Perú. Salvo en Lima, claro. Hasta

que, en diciembre de 1824, llegaron las noticias de la capitulación final en Ayacucho.

Aterrados, los realistas limeños se refugiaron en el Real Felipe, entre ellos JB, con su esposa e hijos. Los acompañaron el exministro Berindoaga y el exvicepresidente Aliaga[22]. No sospechaban que mejor les habría ido si los fusilaba Bolívar.

El brigadier realista José Ramón Rodil, atrincherado en la fortaleza, decidió desconocer la derrota española. Pensaba que, si aguantaba, España mandaría refuerzos. Más de ocho mil personas, entre soldados heridos, civiles y realistas, se encerraron. Más de un año.

Imaginen la situación, la tensión, el asco. La comida se acabó, el agua era intomable. Sacrificados bueyes y asnos, la gente empezó a comerse los caballos. Luego, las ratas. El hacinamiento y la basura trajeron epidemias, cólera y disentería. Eventualmente, algunos recurrieron al canibalismo. A esto súmenle el bombardeo constante a la fortaleza, ordenado por Bolívar, semana a semana, día tras día, por tierra y por mar.

El brigadier Rodil gobernaba la fortaleza con mano de hierro. El menor intento de deserción se castigaba con la muerte. Tras medio año, ordenó expulsar a más de dos mil civiles, inútiles para soportar el asedio. Las fuerzas patriotas los rechazaron a balazos. Los infelices intentaron dar media vuelta, solo para ser acribillados también desde el Real Felipe.

Berindoaga logró escapar escondido en un bote de pescadores, pero fue capturado por soldados peruanos, enjuiciado por traición y fusilado. Bolívar lo vio como un escarmiento para la veleidosa aristocracia limeña.

Torre Tagle y su vicepresidente Aliaga no tuvieron tanta suerte. Sin haber probado una fruta en meses, ambos murieron de escorbuto. A JB le sobrevivió su hija Josefa y, décadas después, sus descendientes vendieron su palacio al Estado peruano. ¿Y para qué comprar un palacio que lleva el nombre de alguien cuyas lealtades, siendo generosos, se encuentran bajo sospecha? Para usarlo como sede de nuestra diplomacia, ese oficio que consiste en nunca revelar lo que estás pensando.

22 Abonando a la hipótesis de que los tres siempre estuvieron de acuerdo en pasarse al bando realista.



A HARD DAY'S NIGHT EN LIMA

Era la primera vez que miembros de la familia británica visitaban el Perú. Se trataba de los príncipes de Windsor, Edward y George, ambos futuros reyes. Era el año 1931 y el país estaba —como ameritaba la especial ocasión— de cabeza. Un golpe de Estado acababa de poner fin a los once años de la dictadura de Augusto B. Leguía, y el nuevo mandatario, Luis Miguel Sánchez Cerro, andaba algo muñequeado.

En caso de que no hayan visto *The Crown*, presentemos a nuestros dos notables turistas. En primer lugar, Edward, príncipe de Gales. Futuro rey Eduardo VII (siguiendo la castellana costumbre de traducir

los nombres de los monarcas), que luego abdicaría la Corona por el amor de una gringa considerada inaceptable para la corte por llevar a cuestas un par de divorcios. Futuro (o quizás ya) simpatizante nazi. En segundo lugar, su hermano George[23]. Futuro improbable sucesor en el trono, tras la renuncia de su hermano, con el nombre de Jorge VI. Eventual protagonista tartamudo de la película *The King's Speech*. Ya padre de una niñita que se convertiría en la sempiterna reina Isabel II.

Los *royals* habían emprendido una gira desde La Habana hasta Buenos Aires; pasaron por Panamá e hicieron un par de paradas en el litoral peruano. La expectativa que generó su visita es difícil de imaginar hoy en día. El concepto de *superestrellas* aún no existía, pero el alboroto que generaron fue precursor de ciertas histerias colectivas. Incluso Raúl Porras Barrenechea se animó a parodiarlo en un texto humorístico que hoy es, digamos, irreproducible para nuestras sensibilidades actuales; el título es suficiente botón: «The Cholo Boys!».

Fue una visita breve. El lunes 9 de febrero de 1931, Edward *and* George arribaron a la caleta de Cabo Blanco, en Talara, Piura, alrededor de las nueve de la mañana. Los hermanos visitaron un hospital, pero lo que más les interesaba era curiosear por los pozos petroleros.

—¡Tendrías que haberles visto la cara cuando les dijeron que toda la maquinaria era norteamericana! —se rio, meses después, el intérprete piurano, según el libro *The Titans of the Pacific*.

Hacía muy pocos años que los gringos de la IPC se habían quedado con los yacimientos de La Brea y Pariñas, inicialmente explotados por súbditos de los visitantes. Y es que el viaje de los príncipes también tenía una misión geopolítica. Eran los últimos estertores del Imperio británico y el inicio de la hegemonía estadounidense. No debe haber sido agradable ver cómo el Perú, que aún tenía en el Reino Unido a su principal socio comercial en esos años, poco a poco era infiltrado por el nuevo imperio.

Les fue mejor en el almuerzo. La historia también cuenta que degustaron un delicioso cebiche de mero. Sin embargo, no tenemos confirmación de si esta fue la primera vez que un periodista peruano pudo preguntarle a un visitante famoso si le gustó el cebiche.

Un par de días después, su barco atracó en el puerto del Callao, escoltado por cruceros y submarinos nacionales. La movilización de las Fuerzas Armadas fue notable e incluyó una demostración de la destreza de nuestros hidroaviones.

No hubo organismo público o privado que no quisiera un poquito de los *british visitors*. Cada paso que ellos daban generaba una ceremonia distinta, a cargo del prefecto del Callao, la compañía de la Escuela Naval, el alcalde de Lima o los socios del Lima Cricket y el Phoenix Club... Ese primer día en Lima fue infinito. Las crónicas de la época dan cuenta de que Edward y George escucharon «God Save the Queen» al menos cinco veces en un mismo día.

No era ni mediodía cuando acudieron a Palacio de Gobierno, donde conocieron a quien entonces presidía la Junta de Gobierno: Luis Miguel Sánchez Cerro. Llevaba solo seis meses en el poder y antes de eso había dirigido una insurrección en Arequipa que había terminado derrocando —después de un largo oncenio— a Augusto B. Leguía.

Mientras los músicos volvían a tocar por enésima vez el himno inglés, el general Sánchez Cerro condecoró a ambos hermanos con la Orden El Sol.

Por cierto, Edward no dejó de sorprender a los limeños con su perfecto castellano. En cambio, la prensa de la época destacó, negativamente, que Sánchez Cerro recibiera a los nobles de Windsor con su atuendo militar de diario, en vez de utilizar el uniforme de visitas.

Cabe anotar aquí que, en el Perú, los gobernantes electos suelen pertenecer a élites privilegiadas. Esto es una manera de entender por qué en un país donde casi todos somos marrones, históricamente, nuestros presidentes han sido, en su mayoría, blancos con dinero. Sin embargo, cada cierto tiempo, ese ciclo se rompe y arroja a un gobernante que el pueblo percibe como propio. Pasó con Toledo, pasó con Sánchez Cerro. Quizás esa visión explique que, en el registro de todo este periplo, la prensa haya decidido destacar sobre todo el atuendo informal del presidente y que, para la posteridad, lo que más se recuerde sea la escena final de este capítulo.

Por la tarde, Sánchez Cerro visitó a los hermanos en el Country Club

de San Isidro. Y los ingleses le devolvieron el favor otorgándole la Gran Cruz de la Orden del Imperio Británico.

En la noche de ese día frenético, los hermanos volvieron a Palacio para un banquete de honor. Allí, según una versión inglesa, Edward notó una silla vacía al lado del presidente. Sánchez Cerro le explicó que era de su segundo al mando, que no iba a venir.

—Estuvo complotando contra mi vida —dijo con una gran sonrisa—. Pero ya me encargué de él.

—*Oh, I say* —atinó a responder, muy británico, el príncipe.

No queda claro a quién podría haberse referido Sánchez Cerro. Quizás era solo una broma. Ciertamente, la junta que presidía ya tambaleaba y tendría que renunciar al poder solo dos semanas después de ese encuentro, en medio de levantamientos generalizados en Cusco, Piura, Lambayeque, Arequipa y el Real Felipe.

El caso es que, mientras la frívola Lima se engalanaba durante días festejando a los *royals*, el resto del país hervía. Las noticias de una semana de bailes, agasajos, visitas y brindis a unos nobles extranjeros no deben haber ayudado a calmar los ánimos.

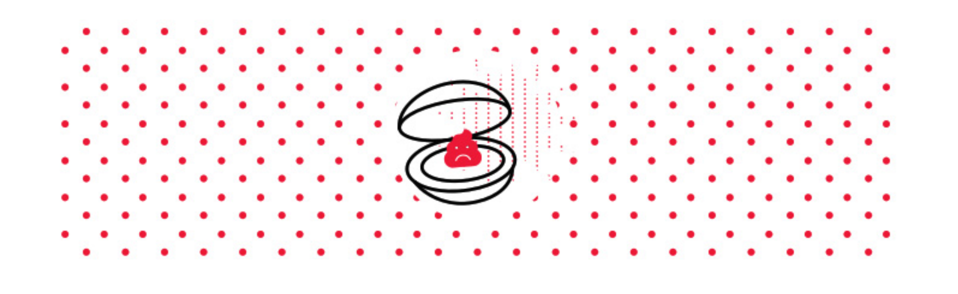
Así, llegó el sábado 14 de febrero, víspera de la partida de los hermanos rumbo a Arequipa, Cusco y Puno. Por ello, decidieron visitar, por cuarta y última vez, al presidente.

Eventualmente, Sánchez Cerro formaría la Unión Revolucionaria, que sería lo más cercano a un partido fascista que hemos tenido en el Perú (y eso que no han faltado candidatos). El caso es que, en esos varios encuentros de la visita real, algunos podrían querer ver una afinidad ideológica entre un cholo fascista y un nazi anglosajón… Pero lo cierto es que ni el militar peruano ni el príncipe inglés eran hombres de muchas luces. Todo indica que la charla fue banal y su combustible no fueron las ideas, sino el espumante. Cuando llegó la hora de la partida, Sánchez Cerro hizo el primer tacu tacu diplomático del que se tenga registro, al darle una palmada en la mejilla al futuro rey y despedirlo con un cariñoso:

—Salúdeme a su mamacita.

---

23 En realidad, Albert Frederick Arthur George, pero en esta historia le diremos George (ustedes pueden llamarlo Coco).



THE FIRST TECNÓCRATA

El politólogo Alberto Vergara alguna vez dijo que los peruanos asumimos que un tecnócrata es un «pituco de pasadita por el Estado». La puerta giratoria entre el sector público y el (alto) mundo privado es tan determinante que, incluso, te puede trasladar hasta el sillón presidencial. Pregúntaselo a Pedro Pablo Kuczynski. O, mejor aún, al mentor, guía y modelo de todos los tecnócratas que en el Perú han sido: Manuel Ulloa.

No es lo mismo apostar *por* el Perú que apostar *con* el Perú, pero esas eran sutilezas para las que Manuel Ulloa no tenía tiempo. Manuel nació (en 1922) para ser alguien. Su papá había sido senador y canciller. Su abuelo, embajador y diputado. Su bisabuelo, médico, que les puede sonar conocido: Casimiro Ulloa. Ah, y por el lado de su madre, tenía como antepasado al expresidente Domingo Elías. Abolengo privilegiado comprobado: *check*.

Manuel conocía bien el dinero y transformó ese conocimiento en un estilo de vida. Desde muy joven, había trabajado para la Casa Grace, puntal de los intereses británicos en el Perú. A los 25 años, se casó con la hija del gerente, y, años después, fue trasladado a la matriz de la compañía en Nueva York. Allí, se vinculó con el mundo de la banca internacional, en especial con el Grupo Deltec, donde llegó a ser presidente de algunas ramas. Su vida encajaba perfectamente en lo que entonces se llamaba el *jet set*. Su enorme fortuna lo convirtió en un coleccionista cotizado en los circuitos del arte mundial. Fue miembro del Consejo Internacional del MoMA en Nueva York y fundó una galería en Madrid. Algunos días los pasaba en su departamento de Park Avenue, en Manhattan, y, otros, en Europa, donde conocería a sus siguientes tres esposas. La última de ellas fue la princesa Isabel de Yugoslavia.

Pero este es solo el lado cosmopolita de la puerta. Para los peruanos de a pie, vedados de la zona VIP de la existencia, Ulloa era simplemente Cara de Caigua o Cara de Flecha o Ancla de Buque. La profusión de chapas le permitirá adivinar al lector que, para los peruanos, Manuel Ulloa era solo un político. Toda su vida formó parte de Acción Popular, una organización que, más que un partido, era una federación de independientes agrupada alrededor de Belaúnde. La parcela de Ulloa era, por supuesto, la de políticas más liberales en lo económico. Esto, como suele suceder, le garantizó el manejo del país en este ámbito cada vez que su líder llegó al poder.

En la primera presidencia del arquitecto, en 1968, Manuel protagonizó una exitosa gira por Europa y Estados Unidos para refinanciar la deuda externa de la mano de un joven economista: Pedro Pablo Kuczynski, al que la prensa designó como su «Robin». En el segundo periodo, de 1980 a 1985, no solo fue ministro de Economía, sino senador y, durante un par de años, jefe del Gabinete.

En los dos Gobiernos belaundistas, hubo voces que denunciaron los múltiples conflictos de intereses de Ulloa. El caso que quedaría para la historia —que aún muchos recuerdan— sería el del Focomi, en los años ochenta. Era un fondo de dinero público que terminó rescatando a los bancos privados. Fue una operación compleja que, para intentar pasar

desapercibida, requirió una serie de carambolas legales. Dos de los ministros de su Gabinete que fueron claves en la jugada terminarían como directivos del Banco Wiese. Uno de ellos era Kuczynski.

Pero hay más. Porque un libro del propio Kuczynski, *Peruvian Democracy Under Economic Stress* (1977), ofrece el trasfondo, sin querer queriendo, de la que quizás haya sido la primera maniobra en grande de Ulloa. Para esto hay que volver a los años sesenta, cuando Ulloa compró el diario *Expreso*, supuestamente para apuntalar el primer Gobierno de su líder y buen amigo Fernando Belaúnde. Eso, dentro de nuestras fronteras. Fuera, seguía siendo un alto ejecutivo de Deltec.

Deltec Group existe hasta hoy. Es un banco de inversión con sede en las Bahamas. Un banco *offshore*, claro. ¿Cuál era su negocio en los años sesenta, cuando Ulloa presidía algunas de sus ramas? Se encargaba de prestarles plata a las empresas cuando ya ningún banco lo hacía. Por supuesto, con altos —bien altos— intereses. Ahora, lo que hacía visionarios a los gringos de Deltec es que no solo tenían como clientes a empresas, sino también a Gobiernos, sobre todo, Gobiernos de países pobres. En palabras del mismo Kuczynski, Deltec era una «oveja negra» de la comunidad financiera. Unos buitres.

No queda ahí, pero dejemos que esta parte la cuente el escritor Carlos León Moya, basado en el libro de Kuczynski:

> Desde que Fernando Belaúnde asumió la presidencia del Perú en 1963, Deltec empezó a entregar créditos al Estado peruano. Kuczynski mismo diría que Deltec los promocionaba «agresivamente», y que su aceptación por parte del Perú «contribuyó a los problemas financieros de 1968».
>
> Volvamos a Ulloa. En 1965, compró esa malagua llamada diario *Expreso*. En 1967, Ulloa renunció a la presidencia de Deltec. Y al año siguiente, maravilloso 68, se convirtió en nuestro ministro de Finanzas. En otras palabras, Ulloa pasó de enyucarle al Perú préstamos con altas tasas de interés a defenderlo de este mismo tipo de acciones. Puerta giratoria pero con vuelo. Y, encima, tenía su propio diario.

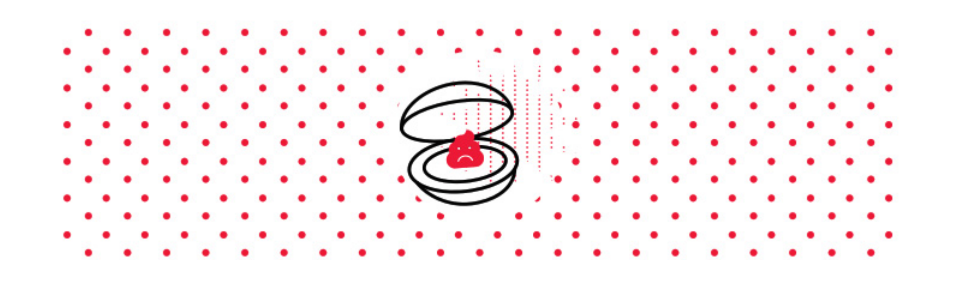
Lo impresionante es que, en el recuento de Kuczynski, esta situación

entre Deltec, Ulloa y el Gobierno peruano estaba totalmente normalizada. Es decir, en unas líneas habla de cuánto daño le hizo Deltec al Perú y en otras alaba a su mentor… sin establecer un vínculo entre uno y otro. Lo que explica mucho de la conducta de Kuczynski y de tantos otros «tecnócratas» que tomaron a Ulloa como modelo. Para muchos de ellos, provenientes de los sectores más blancos tradicionales de nuestra clase alta, Ulloa sigue siendo un prócer.

La impresión que dejó Manuel al otro lado del Atlántico, en cambio, es diferente. Jaime Bayly cuenta que, alguna vez, Ulloa llegó tarde a una cita con Margaret Thatcher. Había pasado la noche con dos prostitutas rusas y para reponerse esnifó cocaína, pero, ya en presencia de la primera ministra, se le derramó un poco. Sorteó el *impasse* con un engaño: dijo que era azúcar amarga de alta calidad proveniente del Perú. Y le regaló un poquito a la Dama de Hierro.

En la prensa española «del corazón» —como se suele llamar a las publicaciones de chismes sobre la alta sociedad— ha quedado una imagen similar. La hija de Isabel Zorraquín, la tercera esposa de Ulloa, ha afirmado varias veces que su madre se volvió adicta a la cocaína debido a él. Es más, el diario *El Mundo*, ahondando en este caso, llegó a publicar que «Manuel se ponía ciego de cocaína, pero era muy fuerte, su constitución indígena le permitía resistir».

Quizás acabar convertido en la caricatura de un «indígena cocainómano» no era lo que esperaba Ulloa de la posteridad.



POLLITO FATAL

Lo que no pudieron hacer durante una década la oposición democrática, la prensa independiente, las marchas universitarias y la presión internacional lo logró ella: una señora de 46 años proveniente de un pequeño pueblo en la selva norte donde todos se apellidan Pinchi.

Muchos años después, cámara en mano y grabando a Vladimiro Montesinos en una orgía, Matilde Pinchi Pinchi habría de recordar aquella tarde remota en que su esposo la llevó a la casa de su tío para conocerlo. Pensaba, quizás, mientras lo veía envuelto entre cuerpos femeninos y masculinos, y siempre reconocible por su calvicie, en ese día en el que sus caminos se cruzaron.

Meses antes de conocer al Doc, el negocio de Matilde iba —citando al pensador peruano Timoteo— de la *refurinfunflay*. Para mediados de los ochenta, había consolidado un negocio bastante rentable: comprar

joyas chinas de fantasía en el extranjero, meterlas en maletas personales y sobornar a un agente de aduanas para que no le hiciera problemas. Así, a los 31 años, se hizo de una modesta fortuna vendiendo sus *importaciones* libres de impuestos en el Mercado Central de Lima.

Todo cambió una madrugada del verano de 1985, cuando la policía aduanera descubrió cuatro maletas con más de doscientos cincuenta kilos de collares, aretes y pulseras de fantasía procedentes de Nueva York. Estaba en graves problemas. Así que su esposo contactó a su tío, un excoronel de la Policía dado de baja por vínculos con narcotraficantes. Y, si hablamos de abogados de narcos en los ochenta, solo podemos hablar de una persona: Vladimiro. La reunión fue bastante puntual y Montesinos no se guardó su estrategia: sobornar a quien fuera necesario. La defensa le costó quince mil dólares, y los sobornos, otros quince mil.

Durante semanas, el eficaz abogado y la contrabandista coordinaron la estrategia legal. Poco a poco, se fueron conociendo y agradando. Matilde contaría años después que Vladimiro, básicamente, la usaba de paño de lágrimas y como cajero automático. Ella le compraba ropa, le hacía regalos, le invitaba almuerzos. Él le lloraba sus penas. Así, dos sórdidos se empezaron a querer.

De pronto, un juez ordenó la captura de Matilde. Vladi le dio la estrategia ganadora, una que Alberto Fujimori repetiría años después hasta el absurdo: internarse en una clínica como si estuviese enferma. Así logró que un juez suplente la interrogara en la habitación donde estaba internada. También le facilitó las preguntas previamente, para que respondiera sin duda alguna. Montesinos observaba al pie de la cama, tranquilazo. El juez era de los suyos.

El día que volvió a la clínica para avisarle que era libre, Vladimiro se la chapó. Matilde quedó algo desconcertada. Pero los avances no terminarían ahí. Al día siguiente, al mediodía, Montesinos la citó a su oficina. Ella llegó con un regalo y encontró a Vladimiro solo, esperándola con un *whisky*. Unos vasos después, él le confesaría que estaba enamorado. Ella lo cuestionó: Montesinos tenía esposa y novia. Sin embargo, los almuerzos continuaron, incluyendo el postre en

alguna habitación de hotel.

Fueron amantes hasta que un día entró sin avisar a la oficina de Vladimiro y lo encontró teniendo sexo con su secretaria en el sillón. Decidió dejar de frecuentarlo, pero ya era muy tarde. Ella se rendía cada vez que él le decía «Pollito». Montesinos siguió buscándola a lo largo de los años, incluso cuando, en los noventa, ya se había vuelto el todopoderoso asesor de Fujimori.

En 1997, Matilde le pidió ayuda para resolver sus problemas con Sunat y con Aduanas. Esos problemas se esfumaron de inmediato, pero dieron lugar a otros: retomaron su relación. En solo dos años, ella se terminó convirtiendo en administradora, asistenta, consejera, nana y amante de Vladimiro. Le resolvía la vida en el SIN y fuera de él. Logró un poder insólito. El hombre más poderoso del país dependía completamente de Pinchi Pinchi. Ella ordenaba desde los muebles hasta las grabaciones de los cientos de sobornos de Montesinos, que tenían lugar en una salita del SIN especialmente habilitada para ello. A veces, los casetes se quedaban tirados por allí y ella tenía que guardarlos en maletas. Llegó, incluso, a organizar las orgías de su jefe y, a falta de mejor camarógrafo, grabarlas. Aunque, a veces, él le ordenaba:

—Pasa, Pollito, a participar.

Versiones ajenas a Pinchi Pinchi —incluida la de Montesinos— señalan que nada de esto le molestaba. Al contrario. Pero lo que no pudo soportar fue la presencia de Jacqueline Beltrán, la amante «oficial» del Doc, quince años más joven que Matilde. Montesinos se había mudado con ella a un búnker que tenía en la playa Arica, en el que algunas paredes estaban decoradas con gigantografías de Jacqueline en ropa de baño. Y Matilde tenía que encargarse de los gastos de ese nido de amor: tres mil soles solo en comida para los dos perritos de Jackie, veinte bidones diarios de agua mineral para bañarse. El promedio de gastos —solo en mantenimiento del romántico búnker— era de quince mil dólares mensuales. A Matilde —que le había parado la olla a Montesinos años atrás— todo esto le parecía un escándalo.

La leyenda dice que el punto de quiebre fue un viaje a Rusia, en los

primeros días de setiembre del año 2000, en el que Montesinos cometió el error de llevarlas a ambas. Allí, en un hotel de San Petersburgo, las dos mujeres se insultaron y casi saltan una encima de la otra.

Pero las fechas no cuadran con la leyenda. Antes de ese viaje, la decisión ya había sido tomada: Matilde iba a traicionar a su jefe. Un mes antes, según ella, había escuchado a Montesinos y su jefe de seguridad, Manuel Aybar Marca, hablar sobre la necesidad de desaparecerla, silenciarla, mandarla a dormir con los peces. La razón: la Pollito sabía demasiado. Por eso, Matilde fue a Rusia, para despistar.

Sin embargo, esta versión —en la que Montesinos la quería eliminar— tampoco cuadra. Según la propia Matilde, cuando todo estalló, el Doc sospechó de medio mundo, menos de ella. Cuando él tuvo que huir del país, se seguía comunicando con ella, le pedía dinero, le rogaba que no lo dejara. Y cuando, años después, se hiciera público que Pinchi Pinchi había sido la artífice de su caída, se negaría a creerlo. Siempre confió en su Pollito.

Pésima idea. Porque el hecho concreto es que, un buen día, Pinchi Pinchi cogió uno de los tantos videos que tenía a la mano y, a través de su chofer, lo hizo llegar a dos congresistas de oposición: Fernando Olivera y Luis Iberico. El resto es historia.

No fue hasta el año 2005 que ambos se verían de nuevo las caras en un tenso juicio. Ella —convertida en testigo protegido— afirmaba haber llevado las cuentas del SIN desde 1999. Él decía que ella era una analfabeta, una masajista que no sabía sumar ni restar. Ella le respondió que masajistas eran los que él se mandaba traer. En minutos, el careo se convirtió en una ventilación de intimidades. En esa sesión, la justicia peruana pudo atar muchos cabos. Pero para los peruanos significó mucho más. Ese día, finalmente, entendimos que la única persona capaz de sacar de sus cabales a Vladimiro Montesinos era su ex, su Pollito.



LA ESCUELA (PÚBLICA) DE LA CUMBIA

A lo largo de su historia, el Perú ha sido proclamado cantera de poetas e incluso de cocineros. Pero poco se habla de la profusión de sus músicos, en particular, de los que pasaron por una escuela pública piurana que es la responsable de muchas de esas situaciones en las que te has sorprendido a ti mismo llorando y bailando a la vez. Con ustedes, los estudiantes de la Escuela Superior de Música Pública José María Valle Riestra.

Cuando Kike Purizaga ganó un Grammy Latino, a fines de 2019, un medio nacional tituló la nota como «El otro ganador del Grammy», porque esa noche un peruano más mediático también había recibido uno. Lo irónico es que al «otro» ninguneado ya se le estaba haciendo costumbre: para Kike, era su segunda vez con el trofeo.

A los 47 años, cuando repitió el plato del galardón, Kike ya era un

aclamado productor y director musical en el mundo de la música latina. Había hecho casi toda su carrera entre Colombia y Estados Unidos, pero él llevaba su destino en la sangre. Su padre, Alejandro, era clarinetista y músico en la orquesta Piura Boys. Sus hijos, los seis hermanos Purizaga, entre ellos Kike, son todos músicos. Su tío, Rafael *Pocho* Purizaga, fue el pionero del *jazz* en el Perú. El padre de este había sido violinista de la sinfónica. El tío abuelo de Kike, Isidoro Purizaga, fue maestro del maestro de la música criolla, Óscar Avilés. El bisabuelo de Kike, Medardo Purizaga, dirigía una banda en Sechura a inicios del siglo XX.

En plena pandemia y alejamiento social, Kike Purizaga fue el encargado del concierto virtual por los cuarenta y cinco años de Agua Marina, una de las bandas de cumbia norteña más icónicas del país. Se transmitió por Facebook Live y se lanzó desde Sechura, también ciudad natal de la orquesta fundada por los hermanos Quiroga Querevalú. Ya antes, Kike había sido el genio al que se le ocurrió preparar un disco sinfónico de Agua Marina, por poner una de las tantas colaboraciones entre el productor y sus paisanos.

Pero el Grammy que Kike se llevó esa noche de 2019 no solo era un reconocimiento a su tradición familiar y a su herencia piurana, sino también a su alma máter: la Escuela Superior de Música Pública José María Valle Riestra, una escuela que pocos conocen fuera de Piura.

Su historia es bastante particular. Fue fundada el 17 de setiembre de 1951, y la resolución ministerial que autorizaba su creación determinaba que su fin era ofrecer educación profesional musical. Por supuesto, es más fácil decirlo que hacerlo.

Durante cincuenta y cinco años, la escuela se mantuvo errante, sin un local propio en el cual impartir clases y albergar alumnos. Así estuvo, saltando de local en local, hasta que recaló en un inmueble prestado de la avenida Grau, de donde también terminaría siendo desalojada después de treinta años. Su existencia misma estuvo muchas veces en cuestionamiento. Sin embargo, persistió, y por sus aulas han circulado tremendos talentos que han hecho bailar a toda América Latina.

Por ejemplo, pasó por allí Walter Lozada, el legendario pianista de

Armonía 10 y actual director musical de la agrupación. Su padre, Juan, fundó esta orquesta en 1972, en el centro urbano San Martín, capital del distrito de Veintiséis de Octubre, en la ciudad de Piura, bajo el nombre de Los Blanders. Con el paso de los años, adoptó el nombre, el estilo y el formato actuales, con casi dieciocho personas en escena. Por un tiempo, parecía que su éxito se iba a limitar solo al norte del Perú hasta que, en 1984…

Cantinero, llegó el cervecero.
Pónganme mis tragos,
pónganme mis copas
que quiero beber y beber y beber hasta morir…

Por entonces, la agrupación tenía entre sus filas a Percy Chapoñay, Tony Rosado y el recordado Makuko Gallardo, entre otros. Se volvieron «la universidad de la cumbia» por la cantidad de «graduados» que salían de Armonía 10 y encontraban el éxito.

Dice la leyenda que ese lema de «la universidad de la cumbia» inspiró en parte el giro de la Escuela Valle Riestra. ¿Por qué? Las casi veinte escuelas públicas de música repartidas por todo el país suelen estar enfocadas en lo que se da en llamar «música clásica», que se pretende más «académica». Esto termina generando una distorsión entre el mercado y sus graduados, que terminan destinados a convertirse en profesores de música. Si quieres dedicarte a lo que, con cierta petulancia, algunos llamarían música «comercial» o «popular», aún hoy tienes que pagarte una escuela privada. Salvo en Piura.

«No necesitamos irnos al extranjero para formarnos», dice Walter Lozada, y es cierto.

Pero también es cierto que ni Kike ni Walter terminaron sus estudios en la Escuela Valle Riestra, donde ni siquiera hoy, que su éxito es indiscutible, los consideran egresados. En algún momento, ellos tuvieron que elegir entre el estudio y el trabajo. Y eligieron salir a la calle.

Esto ocurrió en el siglo XX, tiempos duros para la cumbia norteña, que se confundía por entonces —junto a una serie de fenómenos bastante diversos— bajo la categoría de «chicha», etiqueta que se

miraba con desprecio incluso en la programación de radios populares. Sin embargo, a diferencia del resto de la cumbia que se hacía en el Perú, la norteña tenía algunas particularidades en las que se encontraba el germen de su *boom* a inicios del actual milenio. En general, consiste en orquestas de músicos y cantantes —casi todos varones, siempre con terno—, y sus temas, además, se centran sobre todo en el despecho y el desamor. Nada demasiado *sexy* ni demasiado «social». El investigador Arturo Quispe Lázaro atribuye a estas características el clic con «el gusto criollo de la sociedad limeña».

En medio de esa ida y vuelta entre distintas sensibilidades y registros se encuentra la Escuela Valle Riestra. Ya en este siglo es más difícil que los alumnos abandonen su carrera. Se quedan probando todo lo que les ofrecen, entre lo clásico y lo popular: «60 % clásico, 40 % popular», asegura su director Carlos Alberto Panta. Según él, lo clásico aporta una técnica que les hace más fácil las cosas si es que, al final, se decantan por lo popular.

Así, hoy por hoy, terminan ocurriendo casos como el de Miguel Ángel Valverde, tenor lírico sullanero que, antes de compartir escenario con Juan Diego Flórez, era una de las voces de Armonía 10. O Carlos Gil Arellano, trompetista de esa orquesta de cumbia que dio el salto a la Orquesta Sinfónica Municipal de Piura, en la que organizó sus conciertos virtuales pandémicos.

«En Piura, de cada familia con diez hijos, ocho son músicos», se ríe Aldo Dediós, otro exestudiante de la Valle Riestra, hoy brillante saxofonista y productor que colaboró con Armonía 10 para sus arreglos sinfónicos.

Hay muchas razones que han convertido Piura en el epicentro musical del país, incluso más allá de la cumbia. Pero no es casualidad que esta región albergue la única escuela superior pública. Así que, si algún día necesitas un argumento para defender la educación pública, solo es cuestión de que te pongas a tararear esa de «hoy, de nuevo, han jugado con mis sentimieeentoooos…».



AMAZÓNICAS Y TROPICALES AVENTURAS DE LEONCIO PRADO

El peruano que visite el Palacio de los Capitanes Generales, el museo más importante de La Habana, seguramente se sorprenderá al pasar por la galería de próceres de la independencia cubana. Allí está el padre de la Marina de Guerra de Cuba: un joven compatriota apodado Pradito.

Cuando eres hijo de un líder nacional tienes dos caminos: o terminar como un imbécil o convertirte en leyenda. A los 14 años, Leoncio Prado ya era subteniente de la Armada peruana y veterano de los combates de Abtao y del Dos de Mayo. Era espada de honor y benemérito de la patria. Un ejemplo para la juventud peruana de 1867. Y todos sabemos lo que pasa cuando un adolescente se vuelve

famoso.

Aquí hay que poner en contexto algunas cosas. Leoncio era hijo del entonces dictador Mariano Ignacio Prado —sí, el mismo que, varios años después, también sería presidente en plena guerra con Chile, aquella durante la cual no tuvo mejor idea que ir a comprar unos cigarritos a la esquina, *ahorita vuelvo, ah, pormimarecita*; ese mismo—. Ahora bien, no todo era color de rosas: se trataba de un hijo «natural», es decir, concebido fuera de una unión matrimonial. Leoncio había vivido sus primeros seis años de vida muy feliz en su ciudad natal, Huánuco, con su hermano Justo y con su madre. Hasta que un día su padre decidió que era mejor que los niños se fueran a Lima, a vivir con su familia paterna, y que su madre —en un destino aún habitual para las mujeres que cruzaban su camino con algún chico rico— fuera a encerrarse en un convento.

En Lima conoció a su hermano menor, Grocio. Era apenas un bebé y era otro hijo *natural*, con *otra* mujer, del infatigable Mariano. Y así, mientras papá Prado se batía en revoluciones, complots y mujeres, el pequeño Leoncio se entregaba a la vida militar. ¿Un cabo de doce años? No era inusual en esa época de guerra permanente[24]. Y, por supuesto, cuando su padre se convirtió en dictador, el Primer Hijo de la Nación tuvo roles destacados cuando se enfrentó a España y, luego, fue engreído con todo tipo de honores militares.

Quizás todo eso se le subió a la cabeza. O quizás fue el hecho de que su padre finalmente se casara —como correspondía— con una señora bien, la hija de Ugarteche, su primer ministro. El caso es que en diciembre de 1867, a los catorce años, Pradito —como ya le decían— terminó liderando una revolución en su colegio, el Guadalupe. La revuelta terminó —por órdenes de su viejo— con el colegio tomado por la policía, con todos sus compañeros expulsados y con Leoncio camino a la selva amazónica peruana.

¿Cómo se deshizo el presidente de su rebelde hijo? Para eso recurrió al almirante John R. Tucker, un comodoro norteamericano que había sido inicialmente «contratado» por el Gobierno para dirigir nuestra Armada —Prado tenía la idea de continuar la guerra con España, que tantos réditos políticos le había traído—. Pero ese

nombramiento había sido resistido por Miguel Grau y su manchita —más conocida como los Ases de la Marina—, en un episodio de desacato que tensó al máximo el Gobierno de Prado. Finalmente, Tucker tuvo que renunciar.

Pero el presidente parecía deslumbrado por el gringo, así que le inventó otra chambita: encontrar una ruta fluvial Lima-Iquitos para barcos a vapor. Esta comisión hidrográfica partiría por tierra hasta Pucallpa y, desde esa zona, debería mapear todo el camino hasta la capital de Loreto. Y allí embarcó Prado a su adolescente problemático. Quizás pensó que estaba resolviendo dos problemas de un solo tiro. Hasta que llegaron las malas noticias: su hijo se había perdido en la Amazonía.

Por suerte, la comitiva de Tucker se había cruzado, pocos días antes, con nada menos que Antonio Raimondi, quien tenía una misión similar. Enterado de que el hijo del presidente había desaparecido en la selva, el sabio italiano partió en su búsqueda. Su expedición duró algunos días, hasta que le llegaron los rumores de que un grupo de asháninkas había rescatado a un jovencito cuya descripción encajaba. Llegó hasta el poblado de los que, en ese momento, el resto del Perú llamaba «campas», y, en efecto, allí estaba Pradito: maltrecho, lleno de picaduras, raspones e infecciones, pero también recibiendo las atenciones de los indígenas.

Pero aún no habían acabado las penurias del chiquillo. Todavía debía completar el viaje: faltaba alcanzar el Pachitea, subir por el Ucayali y, luego de más picaduras, raspones e infecciones, llegar a Iquitos. Allí se quedó hasta que su padre fue derrocado.

Algunas convulsiones sociales después, resultó presidente Manuel Pardo y Lavalle, quien había sido ministro de Hacienda de su padre. El nuevo presidente se encargó de que Pradito y los otros dos hermanos «naturales» se fueran becados a Estados Unidos, lejos de la agitación política peruana.

Pero el bichito de la aventura —y las ganas de seguir combatiendo españoles— pudieron más con Pradito. Cuando solo tenía veinte años, se enroló junto a sus hermanos en el ejército independentista cubano. Los tres eran marinos peruanos, pero estaban allí —como recuerda el

historiador Jorge Ortiz— «al margen de toda formalidad del Gobierno peruano». Con el paso de los meses, se reveló como un experto guerrillero —su experiencia amazónica le había dado ventajas inestimables—, pero también se dio cuenta de que la cosa no avanzaba. La causa patriota no avanzaría mientras los realistas mantuviesen el dominio absoluto marino. Necesitaban capturar un barco español. Le hizo saber de su plan al presidente de la «república en armas» de Cuba, pero este le escribió en una carta: «Me siento apesarado de no poder secundar desde luego el importante proyecto concebido por usted».

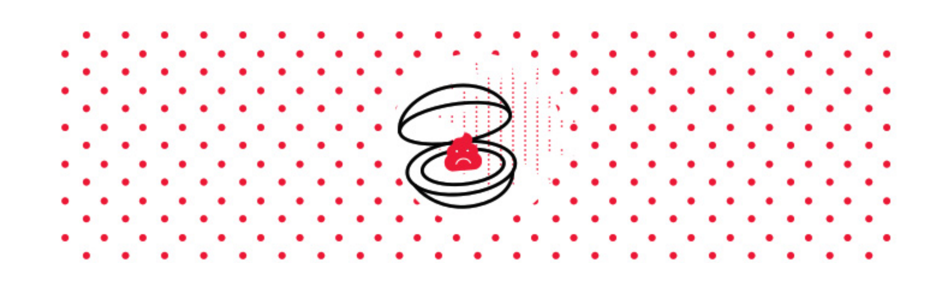
A pesar de eso, Pradito convocó a un grupo de cubanos en Puerto Plata, República Dominicana. Era noviembre de 1876. Estaba a punto de zarpar rumbo a Cuba el vapor español Moctezuma, armado con dos cañones y tripulado por sesenta hombres. Pradito solo logró infiltrar a diez de los suyos y, aun así, ya en altamar logró capturar la embarcación e izar la bandera cubana. Renombró al barco como Céspedes, en honor al iniciador de la gesta independentista, Carlos Manuel de Céspedes, que había fallecido poco antes. Hoy se considera al Céspedes como el primer barco de la Marina de Guerra de Cuba.

Las correrías del Céspedes y las del propio Pradito darían para un capítulo entero, con combates, naufragios, incidentes diplomáticos, escapadas a través de la selva hondureña, coordinaciones en Estados Unidos, vuelta a Lima y, al final, una decisión estratégica: para terminar con el Imperio español, también debían independizarse las Filipinas. De nuevo en Estados Unidos, lideró una expedición de cubanos que zarpó hacia el archipiélago, pero que se frustró al encallar en las costas de China.

Para entonces, su padre ya había vuelto a la presidencia del Perú. Al parecer, a Pradito recursos no le faltaban, porque el naufragio no lo había amilanado y ya estaba planificando una nueva gesta independentista en Filipinas… hasta que llegaron las noticias: había estallado una guerra con Chile. Pradito tenía 26 años. Enrumbó de vuelta a su patria y ustedes ya saben cómo termina esa historia.

---

24 Si pertenecías a la élite que sabía leer y escribir, claro. Ver «Cómo un niño se convierte en héroe».



¿QUIÉN SE ROBÓ LAS AGENDAS DE NADINE?

Nada más morboso que espiar un diario ajeno. Nada más placentero que recorrer páginas reservadas solo para su autor. O su autora. En el año 2015, todo un país tuvo la oportunidad de experimentar al unísono esa sensación. Con el añadido extra, el toque picante, de estar recorriendo las anotaciones privadas de la primera dama de la nación.

Para entonces, Nadine Heredia ya no era la estrella fulgurante de la política que alguna vez había sido. De ser vista casi como la sucesora natural de la presidencia de su marido, al estilo de los Kirchner en Argentina, su imagen se había convertido en sinónimo de frivolidad y arribismo. En parte, fue su culpa. En parte, también, sus enemigos

políticos explotaron, hábilmente, cuanto prejuicio existiera en nuestra sociedad.

El caso es que, un mal día, un programa televisivo anunció que había conseguido cuatro libretas con apuntes personales de Nadine Heredia. Y que iba a revelar su contenido.

Los medios hablarían de «las agendas de Nadine», pero tres de ellas eran, más bien, cuadernos. Las dos primeras eran *hippies* —una tenía el símbolo femenino y una inscripción: «Solo para mujeres»— y en ella se registraron los inicios de una contabilidad que, poco a poco, se fue haciendo más abultada. Pero, pronto, el estilo de vida cambió y la calidad de los cuadernos también: la tercera era una libreta de la diseñadora Cécica Bernasconi y la cuarta, una verdadera agenda calendarizada, con tapa de cuero, con un exclusivo diseño de Renzo Costa.

El contenido de las «agendas» sería auditado hasta el cansancio en los años siguientes, especialmente lo relacionado con unos ingresos millonarios e inexplicables, las cuentas bancarias vinculadas y también los contactos de los generosos financistas, casi siempre extranjeros.

Pero lo que la gente ignora es que a Nadine no solo se le perdieron libretas, sino también papeles. Muchos papeles. Literalmente, kilos de papeles. Lo más llamativo era un grueso fajo de hojas sueltas con todo tipo de presupuestos, desde partidarios hasta personales. Cuando se organizaron, se descubrió que hubo dinero que provino de Venezuela, Brasil, Suiza, Francia y Bolivia.

Pero, además, salieron de su casa *vouchers* de depósitos bancarios en el Perú y el extranjero, etiquetas originales de carísimos atuendos, varios *boarding passes* que llevaban aún pegados los *stickers* del equipaje, correos electrónicos impresos, recibos por honorarios de personas cercanas (¿por qué los tenía?), entradas a atracciones turísticas en Europa, seguros de viaje, pagos de la línea del celular y… algo más. Algo que casi se convierte en un arma de doble filo: fotografías. Un USB con decenas de fotografías tomadas al interior de la casa familiar de los Humala Heredia, un registro inapelable que no solo le otorgaba verosimilitud al resto del paquete, sino que también demuestra el íntimo nivel de acceso de quien consiguió todo este

material. De hecho, en una de las fotografías, en un reflejo inadvertido por ella, se ve a la indiscreta fotógrafa.

Para entender cómo todo esto terminó en manos de un político y, luego, de la prensa, hay que asomarse a la cotidianidad del hogar presidencial. La familia contaba con cuatro trabajadoras: una cocinera, una encargada de los quehaceres, una niñera para el hijo más pequeño y Michi, la jefa informal de las otras, a quien Nadine presentaba como su «ama de llaves». Trabajaban desde el amanecer hasta las diez de la noche o más. Ganaban muy poco, en comparación con el dinero que veían circular y el tren de vida que evidenciaban los jefes. Una de ellas, incluso, se quejó de que, durante un viaje a Euro Disney, tuvo que compartir un menú que primero comió Nadine. O sea, le dieron las sobras.

Años atrás, Michi había llegado a la casa de los Humala Heredia gracias a alguien que, en aquel entonces, era de su absoluta confianza: el empresario Álvaro Gutiérrez. Poco después, Gutiérrez fue elegido congresista por el partido de Humala, pero no duró ni un año allí. Seducido por el entonces presidente Alan García, Gutiérrez se volvió un virulento opositor de su antiguo líder.

Desde entonces habían pasado muchos años, Gutiérrez ya no era congresista y Humala había llegado a ser presidente. La figura se había volteado y, por tanto, la pareja presidencial no lo veía como una amenaza. Ni a él ni mucho menos a Michi, que tenía casi una década trabajando con ellos.

El caso es que, justo por esa longevidad a su lado, Michi empezó a alucinar con el tremendo cambio de estilo de vida, sobre todo, de su jefa. Retomó el contacto con su antiguo empleador Gutiérrez, y lo que sucedió después tiene que haber sido el inicio de una pesadilla para Nadine: súbitamente, casi de un día para otro, tres de sus trabajadoras del hogar decidieron renunciar. No solo renunciar, sino desaparecer. Una de ellas fue Michi.

Aún peor: junto con ellas desaparecieron las luego célebres libretas y todo tipo de documentación, incluidos los estados de cuenta de las tarjetas (a nombre de terceras personas) que Nadine utilizaba en sus viajes por el mundo. Todo lo que se lista a continuación está en

dólares: un encaje de 2400, camisas Thomas Pink por 1200, artículos de Louis Vuitton por 2300, un vestido de 3000 de Óscar de la Renta, 5000 en la joyería Ristori de Florencia, 300 en adornos en Bélgica y hasta 264 en chocolates Godiva, que le encantaban. Es más: quizás por precaución, quizás por vanidad, la metódica Heredia guardaba las etiquetas con los prohibitivos precios de los vestidos que compraba en sus viajes por el mundo. Por ejemplo, una chaqueta Loro Piana de 5995 dólares.

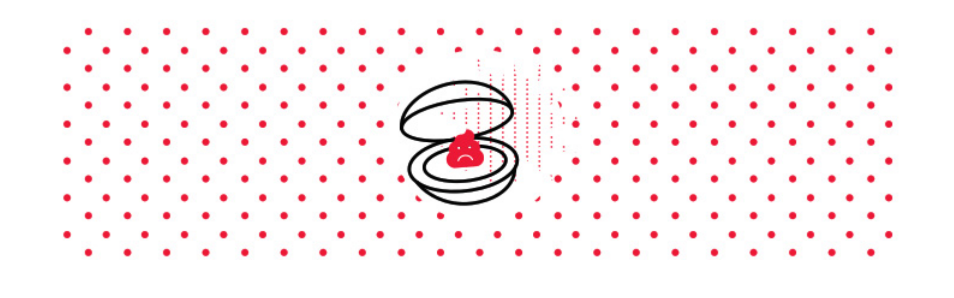
Toda esta información apareció primero por goteos y, luego, revelando la existencia de las agendas, en un especial de una hora, en el programa dominical *Panorama*, que transparentó que fue Gutiérrez quien les llevó la información. A su vez, él dijo que había encontrado las libretas en la puerta de su casa, junto a una encomienda con choclos y quesos. Nadine llamó —en vivo, indignada— al programa y lo negó todo. Muchos le creyeron: Gutiérrez no tenía necesariamente la mejor imagen y era fácil vincularlo al Partido Aprista, la *bête noire* de nuestra política, capaz —para muchos— de falsificar todo ese material.

Incluso cuando las agendas se publicaron en su totalidad, con una profusión de detalles que hicieron inverosímil cualquier forja tramposa, Nadine las siguió negando. Pero a una periodista le escribió, en privado, lo siguiente: «La verdad es mi letra», lo que se tomó como una confesión. Luego, la primera dama aclararía que una cosa es «la verdad, es mi letra», y otra distinta, lo que ella escribió sin coma: «Me refiero a que mi escritura, mi letra, es mi defensa y mi verdad». Nadine se plantaría en sus trece: cuando el caso se judicializó, falseó su letra durante la pericia grafotécnica.

Menos de un par de años después, ella y su esposo entraron a prisión preventiva por diez meses, acusados de lavado de activos. Uno de los elementos para sustentar esa carcelería fueron las famosas agendas. Para el juez, que ella negara que fueran suyas y que falseara su letra durante un peritaje configuraban una actitud obstruccionista de la justicia, lo que ameritaba guardarla bajo siete llaves durante un tiempo.

En la política peruana han existido peores personajes que han esquivado peores balas. Entonces, ¿cuál es la moraleja de esta

historia? Primero: si te vas a corromper, no dejes un registro escrito básicamente titulado «Todo lo que necesitan para tumbarme». Segundo: si vas a comprarte chocolate en dólares, las personas que empleas para el cuidado de tu familia tienen que ganar en dólares también. Al Capone cayó por evadir impuestos. Nadine, por no comprar un menú extra en Euro Disney.



CORRUPCIÓN DE MIERDA

Antes de Odebrecht, antes de la IPC, hubo otro nombre que se convirtió en sinónimo de corrupción y entreguismo: el contrato Dreyfus. Pero, si sus herederas lucraron con cemento y con petróleo, la expoliación del siglo XIX era, al menos, más sincera con su materia prima.

Cuando el coronel José Balta llegó a la presidencia, en 1868, se encontró con un país al borde de la quiebra. No tendría por qué haber sido así: vivíamos en pleno *boom* del guano. Pero, en vez de aprovecharlo para nuestra sociedad, sus beneficios terminaban directamente en los bolsillos de «los consignatarios» (algo así como el Club de la Construcción, pero de la caca).

Balta le pidió consejo a su antiguo jefe, el expresidente José Rufino Echenique, que en ese momento presidía el Senado. Honrando la vieja tradición de *la vara*, Echenique recomendó al hijo de quien fuera su

ministro de Hacienda: un jovencito llamado Nicolás de Piérola. Como veremos líneas más adelante, Piérola le devolvería con creces el favor a su tío.

Durante la primera mitad de 1869, Piérola se dedicó a convencer al Congreso de cancelar a los consignatarios y, más bien, adoptar un sistema de deuda externa usando el guano. Se haría un concurso internacional para garantizar un socio comercial sólido y reputado. Con este fin se envió a un par de altos comisionados a Europa, para que ellos eligieran entre cuatro postores. Todo era, por supuesto, pura finta. Ya desde diciembre del año anterior, Balta y Piérola habían estado en contacto con la casa parisina Dreyfus Frères et Cie. Uno de los comisionados —quienes, obviamente, terminaron eligiendo a Dreyfus— era un hijo del expresidente Echenique.

Pero eso no es todo. Auguste Dreyfus no era ningún prestigioso banquero ni alguien reputado en el boyante mundo de las finanzas europeas. Nada de eso. Era un francés que se había ganado la vida en Lima comerciando joyas y telas. No ofrecía ninguna garantía, más allá de su habilidad para el *networking* con los peruanos.

Y aun así, el 5 de julio de 1869, Echenique *junior* y Dreyfus firmaron, en París, un peculiar contrato que, para todo efecto práctico, le entregaba el monopolio de la explotación del guano a la empresa francesa.

Con el jugoso contrato en la mano, para Dreyfus no fue difícil conseguir el respaldo de organizaciones financieras solventes de verdad, como la casa de comercio internacional Leiden Premsel y el banco Société Générale, que existe hasta hoy.

Pero había un problema: el contrato se había firmado *ad referendum*, es decir, se tenía que ratificar en el Perú. ¿Dijimos problema? ¡Ninguno! Dreyfus inauguró la repartija de más alto nivel. Vendió parte de sus acciones a peruanos influyentes, como el diplomático Andrés Álvarez Calderón, el escritor y político Luis Benjamín Cisneros, Fernando Casós, Nicanor González, Joaquín Torrico y varios más, incluyendo el propio Echenique *junior* (sí, el que había firmado el contrato a nombre del Perú).

El descaro era patente, pero Balta, Echenique y Piérola confiaban

en la impopularidad del sistema anterior. Los consignatarios del guano eran detestados por la opinión pública: representaban una mafia empresarial que había puesto de rodillas al Estado. No solo pagaban una miseria por el guano que exportaban a precios exorbitantes, sino que se demoraban meses en informar de la venta, con lo cual terminaban reteniendo dinero que tenía que entrar a las arcas públicas. Es más, el Estado llegó a pedirles préstamos que ellos concedían con tasas de usura, a pesar de que se trataba de dinero que habían conseguido gracias al guano. Piérola aprovechó su condición de rostro visible del contrato Dreyfus para construir una carrera política sobre la base del sentimiento anticonsignatarios.

Pero los consignatarios no se iban a rendir. Llevaron el caso a la Corte Suprema, alegando —al parecer, con razón— que ellos podían igualar la oferta de Dreyfus y que, por ley, si existiera una contraoferta equivalente, el Estado debía preferir la de capitales nacionales. El Poder Judicial falló a su favor, pero eso no importó mucho. El Gobierno dejó la decisión en manos del Congreso, donde ganó con sesenta y tres votos contra treinta y tres. Sobre esta votación, el historiador Carlos Contreras Carranza escribe:

> El comerciante alemán radicado en Lima Heinrich Witt anotó en su diario su impresión de que Dreyfus logró imponerse porque sus sobornos fueron mayores que los pagados por los consignatarios. Él mismo era, empero, uno de estos, por lo que quizás estaba respirando por la herida, o sabía de lo que hablaba.

Alfonso Quiroz, en su *Historia de la corrupción en el Perú*, también acusa a los parlamentarios de soborno. Y no olvidemos que Echenique papá era el presidente del Senado que ratificó la victoria del Gobierno.

A todo esto, Dreyfus había vuelto a Lima para supervisar en persona que el contrato prosperase. Escribió esto a un amigo:

> La batalla adquirió grandes proporciones. Fue encarnizada, duró casi un año. Toda la prensa de Lima, la del Perú y de América del Sur, parte de la de Inglaterra y de Estados Unidos, intervino en la cuestión, a favor o en contra... Vencidos en el terreno legislativo, los anteriores consignatarios emprendieron en contra mía otra campaña no menos

grande, y tal vez más peligrosa. Intentaron desacreditarme financieramente, y para lograrlo se apoyaron en todos los bancos de Lima con los que ese grupo tenía más o menos intereses.

Acorralado, Dreyfus presionó al Gobierno y logró incluso condiciones más ventajosas que excedían la compra del guano y lo terminaron convirtiendo, en la práctica, en el agente financiero del Estado peruano. Hay que reconocer que el tipo era un lobo para los negocios. Cuando toda esta historia termine, se habrá llevado, él solo, en beneficios declarados, un equivalente a casi 400 millones de dólares actuales.

Como parte del nuevo esquema financiero, el Gobierno decidió que había que utilizar el flujo de dinero en ferrocarriles. Y aquí entra en escena un último coimero: Henry Meiggs, un gringo inescrupuloso que tuvo el honor de ser el único receptor real del dinero de los préstamos que Dreyfus conseguía para el Perú (los demás eran préstamos para pagar préstamos).

Meiggs se puso a construir ferrocarriles por todo el Perú «hasta la Luna», como ironizó un periodista de la época. Estaban mal diseñados y jamás serían rentables, pero eso era lo de menos. Este *boom* ferrocarrilero benefició también a la empresa La Constructora, cuyos gerentes eran los hijos de Echenique y un hermano de Piérola, y que contrataba con el Estado. Negocio redondo. El diario del ya mencionado Heinrich Witt es descarnado en sus descripciones de las juntas de accionistas de La Constructora. Solo les faltaba sacar las chelas para celebrar sus faenones, hermanito[25].

Pero ninguno de ellos sospechaba que estaban viviendo los últimos días de Pompeya. En el horizonte estaba el desplome del precio del guano —en parte, producido por la sobreoferta de Dreyfus— y, por supuesto, la guerra con Chile. Pero esta gente nunca pierde. En 1921, un arbitraje de la Corte Internacional de La Haya reconoció una deuda a favor de la Casa Dreyfus por el equivalente actual de 30 millones de dólares. Incluso después de muerto, Dreyfus nos siguió guaneando.

---

25 La alianza de los Piérola y los Echenique continuaría una década después, en la guerra con Chile. Ya presidente, Piérola le encargó a Echenique júnior la defensa de Miraflores, con los resultados que se pueden ver en el capítulo «Más que una inyección».



THE INCA JEWS

A inicios del milenio, un pequeño reportaje en inglés revelaba una historia delirante: la travesía de ida y sin vuelta de un grupo de ochenta y seis peruanos nacionalizados israelíes para instalarse en un asentamiento ubicado en pleno fuego cruzado con los palestinos. Lo más sorprendente: allá los esperaban ya otros doscientos compatriotas, peruanos que desde hacía más de una década eran tan judíos como sus vecinos.

En hebreo se les conoce como *B'nai Moshe*, que quiere decir 'hijos de Moisés'. Sin embargo, para el resto del planeta son los *Inca Jews* o «los incas judíos». En realidad, son tan incas como lo puede ser cualquier trujillano contemporáneo, pero esas son sutilezas que a los gringos se les escapan. En particular, a un gringo: el periodista Bryan Schwartz, quien en 2002 los dio a conocer al mundo entero, incluyendo a nuestro país que, por cierto, los siguió ignorando.

Pero nos estamos adelantando. Esta historia había empezado medio siglo antes, en Cajamarca.

En 1944, Segundo Villanueva Correa, a los 17 años, recibe una biblia católica como única herencia de su padre, que ha muerto trágicamente. Y entonces se pone a hacer algo que los católicos no hacen normalmente: leer la biblia. En orden. Como un libro cualquiera. Para cuando termina el Génesis, ya se ha dado cuenta de una serie de inconsistencias entre su formación católica-típica-de-peruano-de-los-años-cuarenta y lo que efectivamente se dice en el Libro Sagrado.

Hoy, casi una quinta parte de los peruanos profesa una religión cristiana no católica, pero hace ochenta años los protestantes eran una minoría marginal. Eso, por supuesto, no detuvo a Segundo, que empezó a buscar una creencia más cercana a lo que él había encontrado en la biblia.

Primero, se unió a un grupo de Adventistas del Séptimo Día. Pero no se convenció. A lo largo de varios años, cambió varias veces de religión (de «secta», le decían), sin encontrar algo que encajase con la palabra impresa de dios. A veces sospechaba que el cristianismo, en general, era un error. La misma biblia lo decía: había un único pueblo elegido y ese era el de las doce tribus de Israel.

Entonces fue que escuchó de un grupo con el nombre correcto: los Israelitas del Nuevo Pacto Universal.

Segundo viajó a Lima a conocer al profeta Ezequiel Ataucusi[26] e incluso celebró algunos sábados con él. Sin embargo, como explica la periodista argentina Graciela Mochkofsky —que escribió un libro sobre Segundo—, «muy enseguida, Villanueva tiene la sensación de que es un falso profeta, un charlatán, y lo abandona».

El viaje no resultó completamente en vano. En la congregación de Ataucusi, Segundo conoció a personas con inquietudes similares a las suyas. Así se creó un grupo de estudios bíblicos que eventualmente tomó una decisión radical: encontrar su propio monte Sinaí en la Amazonía peruana. Así, en 1967, una veintena de colonos se mudó a la selva para establecer Hebrón, un pueblo al estilo kibutz, las comunas agrícolas judías.

Ahora bien, uno no puede simplemente decidir *ser* judío. Puedes

creer en su religión, claro, pero hay procedimientos, ceremonias, ritos que deben ser cumplidos para convertirte al judaísmo. No es solo una religión, es una cultura y aún más: es una nación. Esto implicaba que Segundo necesitaba formalizar a su gente estableciendo lazos con judíos de verdad. Por eso, en 1968, acompañado de su hermano Álvaro, viajó a Lima para entrevistarse con el rabino Abraham Behamú de la congregación sefardí.

El rabino les recomendó aprender hebreo; de esta manera, podrían leer los textos sagrados en idioma original. Pero no les dio mucha pelota realmente. Mochkofsky explica que la comunidad judía limeña del momento los veía con suspicacia. En algunos casos, no los dejaron entrar a sus templos porque pensaban que eran «cholos pobres que querían ascender socialmente». En general, no es habitual que personas sin lazos familiares con el judaísmo quieran convertirse. Menos, en América Latina.

Pero eso no detuvo a Segundo. Para estar más cerca de los representantes del pueblo elegido en el Perú, abandonaron Hebrón y se mudaron a las afueras de Trujillo, donde fundaron El Milagro, hoy un distrito de esa ciudad. Para 1971, hubo un cisma (a estas alturas, uno de varios: las idas y venidas de Segundo no habían sido fáciles de justificar ante muchos de sus seguidores) cuando se decidió que los varones tenían que estar circuncidados. Pero se hizo.

Es difícil ser un judío pobre en el Perú. Los terminaban despidiendo porque no podían trabajar los sábados. Sus kipás —las pequeñas gorras rituales— llamaban la atención. Sus hijos eran reprendidos en los colegios por negarse a los rituales católicos. Armaron rollos de la Torá —la ley sagrada judía— con fotocopias. Levantaron una sinagoga de barro, en la que colgaban precarias banderas con la estrella de David.

A pesar de su devoción, pasaron décadas sin ser reconocidos por la comunidad judía oficial peruana, casi todos pertenecientes a la clase alta y media alta de Lima. Hasta que Segundo se cansó de intentarlo y trató de establecer contacto directo con rabinos de Israel. Mandaron cartas pidiendo ser convertidos y aceptados en el Estado judío, pero tampoco obtenían respuesta.

Las cosas no habrían cambiado mucho si no fuera porque, en 1987, David Kiperstok —un judío limeño que había emigrado a Israel— visitó El Milagro durante un viaje al Perú. Había escuchado de esta gente y quería saber qué onda. Se fue conmovido. Ellos no se hallaban a sí mismos en el Perú ni con gentiles ni con judíos. Querían vivir en la Tierra Prometida. Al final de la tercera noche, después de entonar cantos hebreos, le pidieron: «Por favor, no nos olvides».

Un año después, un *bet din* —un tribunal religioso— llegó desde Jerusalén. La discusión había sido larga y extenuante, pero habían tomado una decisión: quienes pasaran la evaluación serían bautizados. Y, así, cuatro rabinos sumergieron a ciento cuarenta peruanos en las aguas del río Moche. Eran los que habían aprobado el examen. Finalmente, después de dos décadas de lucha y perseverancia, todos ellos cumplirían su sueño de vivir en Israel.

Pero el sueño tenía una dosis de realidad geopolítica: se establecerían en Cisjordania, considerado «territorio ocupado» por las Naciones Unidas, es decir, una zona invadida por Israel. En 1989, año del inicio del éxodo de los *Inca Jews*, también estaba comenzando la Primera Intifada, la gran revuelta popular palestina contra el poder ocupante.

Algunos dirían que los usaron de carne de cañón. Algunos, pero no Zerubavel Tzadkiya, como ahora se llamaba Segundo Villanueva. A lo largo de los años, animó al resto de su comunidad en Trujillo a seguir estudiando para poder reunirse todos en Cisjordania. El líder de los B'nai Moshe se había establecido con su esposa y seis hijos en Kfar Tapuach, un asentamiento israelí considerado fuera de la ley para la comunidad internacional. ¿Una ocupación ilegal de terreno? Quién más preparado que un peruano para esto.

Así fue como varios grupos fueron cambiando Trujillo por Cisjordania. Uno de ellos, el que reportó Bryan Schwartz a inicios de siglo. Hasta que finalmente, en 2005, el último *Inca Jew* se fue del Perú. Luego de décadas de rechazos, casi cuatrocientos peruanos habían encontrado un lugar donde los aceptaban tal como eran. Díganme si eso no es una tierra prometida.

---

26 Cuyo destino final abordamos en el capítulo «Y, al tercer día, no resucitó».



EL FUNDADOR OLVIDADO

Se ha hecho hasta una película del caso de Raymond Kroc, el hombre que les «compró» a los hermanos McDonald su empresa de comida rápida y, así, construyó su propio imperio de hamburguesas. En el Perú, la familia Miró Quesada tiene una historia similar con el diario que hoy es un sinónimo de su apellido: El Comercio.

El diario *El Comercio* se autodenomina el «Decano de la prensa peruana», aunque es el segundo más antiguo del país (después de *El Peruano*, a quien debería corresponderle el título). Sobre lo que no hay dudas es que se trata del periódico más importante del Perú. Fue fundado en 1839 por un argentino y un chileno. El primero se llamaba Alejandro Villota y el segundo, Manuel Amunátegui, quien se quedó a cargo cuando el argentino se desentendió del asunto. Como habrán notado, ninguna de estas personas se apellida ni Miró ni Quesada.

Sucede que Amunátegui no tuvo hijos. Lo que sí tenía era sobrinos del lado de su esposa, la ayacuchana Dominga Carranza. Sobrinos huérfanos de padre. La pareja recogió al mayor, Luis, y lo crio como hijo adoptivo.

Luis Carranza Ayarza fue médico y, con el tiempo, también político. Se juntó con Los Veinticuatro, el nombre dado al grupo de oligarcas peruanos —todos amigos, todos bien platudos— que se reunían cada viernes en el Club Nacional para decidir el destino del país. Carranza hizo buenas migas en el grupete. Como correspondía a todo señor con dinero que se precie en ese momento, fue diputado por el Partido Civil.

Cuando su tío/padre adoptivo Manuel Amunátegui decidió que era hora de dejar el periodismo para tener una vida más descansada, lo llamó para entregarle la dirección del diario. Pero, claro, Carranza era un intelectual que no sabía nada de negocios. Por eso, Amunátegui no lo dejó solo, sino bien acompañado de quien era su más eficiente empleado: un colombiano llamado José Antonio Miró, cuyo segundo apellido era Quesada.

Un par de décadas antes, a mediados de siglo, papá Miró, mamá Quesada y sus cinco hijos habían venido de Panamá, que por entonces aún pertenecía a Colombia, atraídos por el *boom* del guano. El veinteañero José Antonio se volvió corresponsal de *El Comercio* en el Callao, pero fue su visión de negocio la que lo acercó a Amunátegui. Así, cuando el fundador se retiró, en 1876, les dejó la propiedad compartida del diario a Carranza y a Miró.

Para entonces *El Comercio* ya era una institución. Y, aun así, le quedaba chico a Carranza. Desde esa tribuna, contribuyó con su preocupación científica, pero también en la defensa de Lima frente a la invasión chilena, organizando la resistencia en las alturas andinas. En plena guerra del Pacífico, *El Comercio* fue cerrado por orden de Nicolás de Piérola —en otro capítulo más de la bronca entre civilistas y pierolistas—. El diario no reapareció hasta que los chilenos abandonaron Lima. Mientras, los civilistas se habían reorganizado alrededor del general Andrés Avelino Cáceres, en Huancayo. Carranza era uno de ellos y, para empezar, se encargó de la propaganda política e, incluso, en Ayacucho, lanzó el diario *El Debate*. Su momento cumbre

fue cuando Cáceres lo nombró ministro de Guerra en plena guerra. Combatió en más batallas de las que podríamos listar.

Retomada la paz, volvió al Congreso, siempre del lado de Cáceres y oponiéndose a Piérola. Pero la política nunca monopolizó sus pensamientos: también fundó la institución científica más importante del país: la Sociedad Geográfica de Lima (1888). Era incansable.

Como a veces sucede, una vida tan intensa se apagó pronto. En 1898, cuando Carranza frisaba los 54 años, sufrió un infarto que lo mató. Sin embargo, sus cuatros hijos —un hombre y tres mujeres— nunca heredaron ni media acción del diario. Y la familia Miró Quesada se quedó con el legado.

¿Cómo así?

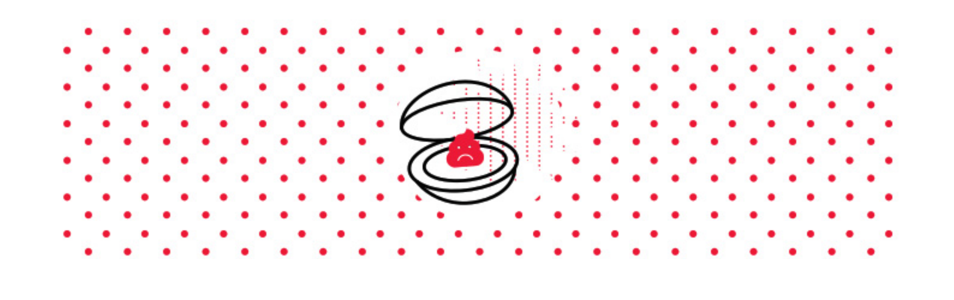
Una historia anecdótica narrada por Aurelio Miró Quesada sobre su abuelo José Antonio nos da la respuesta. Resulta que en 1876 —poco antes de la guerra— se había formado la sociedad Carranza, Miró-Quesada y Compañía para administrar el periódico. Una de sus cláusulas era peculiar: aquel de los dos socios que muriese primero, dejaría al sobreviviente la prerrogativa de comprar la parte del que había muerto... sin que sus herederos pudiesen impedirlo.

Para entender a cabalidad qué pasó, conviene fijarse en el «y Compañía» del nombre de la empresa. Juan Gargurevich recoge una versión, según la cual había un tercer socio, José Ayarza, también sobrino de la esposa de Amunátegui. A través de varias carambolas, Carranza compró la parte de Ayarza, mientras el diario estuvo cerrado durante la guerra. Se convirtió, así, en accionista mayoritario y su porcentaje extra no estaba sometido a las cláusulas originales. Es decir, podría haberse heredado a sus hijos sin mayores problemas. Sin embargo, en una jugada controvertida, José Miró impugnó esa venta y logró que esas acciones se considerasen repartidas equitativamente. La versión de Aurelio Miró Quesada es similar, aunque comprensiblemente más caritativa. El caso es que, para 1892, la sucesión familiar de *El Comercio* se había convertido en la versión accionarial del *Juego del calamar*: ganaba el clan de quien quedase vivo.

Y porque el destino nos quiso legar una concentración de medios

en manos de una sola familia, el primero en morir fue Carranza. Un 28 de julio, nada menos. Sus herederos recibieron el dinero que les correspondía y allí se acabó la historia. A puertas de iniciarse el siglo XX, la familia que luego sería conocida como Miró Quesada se quedó con el 100 % del diario más importante del país, fundado casi sesenta años atrás.

La primera fotografía que *El Comercio* publicó en su historia fue, precisamente, el retrato de Luis Carranza, en la edición del 29 de julio de 1898, al día siguiente de su muerte. Desde entonces, su nombre es mencionado y recordado cada vez menos.



EL VINO COLOSAL

Para entender bien por qué el presidente Alan García guardaba en Palacio de Gobierno ciento veinte botellas de un vino exclusivamente hecho para él —con su cara, su nombre y su cargo oficial—, primero tenemos que hablar de un monumento de treinta y siete metros que, durante las noches, ilumina nuestro litoral.

El Cristo del Pacífico adorna —es un decir— parte del Morro Solar, uno de los extremos más panorámicos y altos de la Costa Verde, el borde y acantilado que une Lima con el mar. En un día soleado y sin neblina, se puede *apreciar* desde cualquier parte de la bahía limeña. De noche —porque todo siempre puede ser peor— se prende y brilla con veintiséis colores diferentes que fulguran aleatoriamente.

Esta versión accidentalmente *kawaii* del brasileño Cristo del Corcovado —que sí es un atractivo turístico mundial y no una tortura

visual para quienes viven cerca— fue idea de Alan García. Confesó él mismo que les pidió esta estatua a los también brasileños empresarios de Odebrecht. «Me pareció sensato —porque como no pagaban comisiones— [proponerles] qué les parece si ustedes hacen una donación al Ministerio de Cultura y al distrito de Chorrillos de un Cristo», admitió en televisión.

«Para eso se ha levantado este Cristo, para que se vea desde toda Lima, para que recuerde a padres e hijos, hermanos, y a pobres y a ricos que son solo seres humanos pasajeros», agregó el entonces presidente en la inauguración del adefesio multicolor. Cuando lo develaron, fue un alivio descubrir que no tenía el rostro de Alan.

¿Estamos exagerando? ¿Hubiese sido capaz? Una filtración de Wikileaks, durante su Gobierno, dio cuenta de que, para la Embajada de Estados Unidos, la megalomanía del entonces presidente era un asunto para vigilar. «Un aspecto en torno al cual hay casi un acuerdo universal es que García tiene un ego colosal que le puede cegar ante los méritos o las buenas ideas y alternativas que vengan de otro que no sea él», recalca el mensaje, que incide: «El ego de García es su talón de Aquiles».

Esto resultó fatalmente cierto. Siete años, diez meses y cuatro días después de la inauguración del Cristo, mientras la Policía entraba a su casa, García se suicidó. Lo iban a detener por el megacaso de corrupción relacionado con la empresa que puso el dinero para levantar lo que ahora se conoce como el Cristo de lo Robado[27].

El vínculo entre su última decisión y su ego —lo que otros llamarían su orgullo o su honor— es explícito. En su carta de despedida, titulada «La razón de mi acto», escribió: «No tengo por qué aceptar vejámenes. He visto a otros desfilar esposados, guardando su miserable existencia, pero Alan García no tiene por qué sufrir esas injusticias y circos».

Queda claro, entonces, que su ego colosal, de alguna manera, estaba atado con su sentido de la Historia, con mayúscula. Quizás por eso nunca llegó a ceder al mal gusto —en el que tantos hombres con poder han caído— de mandarse levantar efigies con su rostro o llenar las calles con su imagen. Incluso en las campañas electorales —cuando la glorificación es imprescindible—, recurría más a la viralización de su

nombre que a la de su cara o su figura. Sin duda, le hubiese encantado ver tan grande como él imaginaba su lugar en los libros de historia. Pero algo —quizás un acentuado horror al ridículo— lo detuvo y, a lo más, nos legó —como una suerte de avatar— al Corcovado bamba.

Pero todo tiene una excepción. Aquí tenemos que retroceder hasta los últimos días del Gobierno de su antecesor: el presidente Alejandro Toledo, quien vivía la debacle absoluta de su popularidad. Las pobres decisiones que tomó en su vida fueron siempre *on the rocks* y terminaron, en el imaginario popular, convirtiendo a Palacio en algo así como la mansión Playboy, pero tercermundista: con focos rojos y toallas en lugar de cortinas. Pero eso sí, siempre con *whisky* etiqueta azul.

Por eso, cuando Alan García lo sucedió, anunció que, en su Gobierno, no entraría ni una sola gota de alcohol a la Casa de Pizarro, para erradicar, así, «las malas costumbres» toledistas. Anunciar que solo se tomarían té, café o gaseosa en Palacio se sentía como un necesario *detox*.

Y era casi cierto que García había prohibido la compra de todo tipo de licores en el Gobierno. Casi. Se le concedió a la Cancillería la prerrogativa de seguir invirtiendo como consumidora en la industria de líquidos fermentados. Obvio. ¿Embajadores sin tragos? ¿Acaso quieren destruir la diplomacia? Pero una cosa eran los eventuales pisco sours que circulaban en recepciones con autoridades y otra, muy distinta, las ciento veinte botellas de vino de la bodega Viniterra de Luján de Cuyo (Mendoza, Argentina), valorizadas en al menos seis mil dólares e ingresadas al país —con destino a Palacio— totalmente libres de impuestos.

Cuando se descorchó la información, eso no fue lo más llamativo, sino que la marca del vino era «Dr. Alan García Pérez» y, para que no quedaran dudas, el logo era una fotografía sonriente del presidente. Abajo, la banderita del Perú remataba el santo y seña. A la vuelta, la etiqueta trasera repetía los datos y agregaba «Fraccionado y embotellado exclusivamente para su Excelencia el Sr. Presidente de la República del Perú».

En la caja se aprecia la marca original: Iubileus, de la ya

mencionada bodega Viniterra. Se trata de una mezcla (*blend of terroir*) de Malbec, Merlot y Syrah, en la que predomina el primero. Según las reseñas de Vivino, este tinto se caracteriza por su carácter frutado, gran cuerpo, pero suave en el paladar y con notas de nuez. Curiosamente, la gran mayoría de reseñas fueron escritas por brasileños. Ejem.

¿Alan García se había mandado a hacer un vino con su cara? De acuerdo con Sergio García Núñez, representante de la empresa que importa vino de esta bodega, así fue. Sin embargo, para variar, apareció alguien dispuesto a sacrificarse por salvaguardar a Alan. Se trataba de Enrique Segura, CEO de Alex Stewart International, una compañía que había aparecido involucrada en alguno de los efectos colaterales de los Petroaudios, uno de los más grandes casos de corrupción del segundo alanismo, y para la que había trabajado Hernán Garrido-Lecca, un exministro de Alan (también involucrado en ese escándalo). Por supuesto, el CEO dijo que todas esas eran coincidencias, que no tenían nada que ver con nada y, acto seguido, afirmó que él había comprado esos vinos.

¿Por qué? Con la esperanza de, admitió, ganarse la posibilidad de tener una reunión y conversar sobre su empresa, que en ese entonces se dedicaba a realizar inspecciones en el sector minero. Dijo que eso de regalar vinos con caras de personas era algo que hacía para romper el hielo. También afirmó que ese vino, que le había regalado al presidente, «no era para tanto».

Compra o regalo, el hecho es que García se había dedicado a degustar y obsequiar esas botellas con su rostro. Así fue como llegó una de ellas a los periodistas. Descubierto, el presidente optó por minimizar el asunto, pero su respuesta dejó en claro que su ego se había visto herido, pues fue lo primero que defendió: «Si alguien envía de buen grado su alcohol, es porque quiere ser conocido o tener el honor de que se tome en Palacio». Y también agregó: «A mí me han hecho [regalos] no solo una empresa argentina, veinte productores de pisco ponen mi nombre e imagen en sus botellas». Pero esos supuestos piscos con su cara jamás salieron a la luz mientras estuvo vivo. Ni después. Hoy, seguramente, valdrían mucho más.

27 Que rima con «Corcovado», como el Cristo que atrae turistas en la tierra de Odebrecht.



HÉROES VS. VILLANOS

En esta esquina: el GEIN, los héroes de la historia. El único grupo antiterrorista del mundo que puede preciarse de haber capturado a su presa sin disparar una sola bala. Solo con inteligencia. En la otra esquina: el grupo Colina, los malos de la lucha contra el terror. Asesinos de múltiples inocentes en nombre de un país que ensangrentaron aún más. Símbolos de la guerra sucia. Es 1991: FIGHT!

Era diciembre de 1990 cuando el Grupo Especial de Inteligencia (GEIN) planificaba intervenir una casa de la calle Buenavista, en Chacarilla del Estanque. Estaban seguros de que allí se escondía Abimael Guzmán, el inubicable líder de Sendero Luminoso. Hasta que el jefe de la Dircote, la Dirección contra el Terrorismo de la Policía —de la que dependía el GEIN—, recibió una llamada. Eran órdenes presidenciales: todo tenía que suspenderse.

¿Qué pasó? En teoría, el entonces presidente Alberto Fujimori no tenía cómo haberse enterado. Ni él ni nadie. El GEIN trabajaba con mucha discreción. Era un grupo de élite muy nuevo: creado apenas nueve meses antes de esa llamada, aún durante el primer Gobierno de Alan García. Ciertamente, ya habían dado un golpe muy importante: a los cinco meses de haber sido creado, el GEIN intervino una casa en Monterrico donde había estado viviendo la cúpula de Sendero. Los terroristas habían huido tan apurados que Abimael había olvidado sus lentes. Esto había ocurrido en junio de 1990, un mes antes de que Fujimori asumiera la presidencia.

El golpe a esa casa de Monterrico había dado infinidad de pistas; sin embargo, también puso al GEIN en la mira de Vladimiro Montesinos, a quien los policías conocían por haber sido abogado de narcotraficantes. Además, según los rumores del momento, era el asesor del nuevo presidente.

¿Fue Montesinos quién se enteró de la inminente operación en la nueva casa, la de la calle Buenavista? ¿Fue él quien le avisó a Fujimori? Lo cierto es que, en diciembre de 1990, una orden de Fujimori salvó a Abimael. Y ese mismo día, el jefe de la Dircote fue removido de su cargo y enviado a un puesto de oficina… en el que ni siquiera tenía escritorio.

¿Por qué Fujimori y Montesinos harían algo así? Algunos de los policías involucrados especulan que a Fujimori no le convenía que Abimael cayera tan pronto. Todavía lo necesitaba como excusa para dar su autogolpe (que ya estaba planeado, pero esa es otra historia).

Quizás eso explique lo de pasó luego. En enero de 1991 —un mes después de que la llamada presidencial paralizara todo—, el GEIN finalmente pudo intervenir la dichosa casa de Buenavista… y la cúpula senderista volvió a salvarse. En su libro *El megajuicio de Sendero*, el terrorista Óscar Ramírez Durand (a) *Feliciano* contó que «alguien» deslizó una nota por debajo de la puerta que los alertó de la inminente operación.

En Buenavista se obtuvo un material increíble, de todo tipo, aunque lo más impactante eran videos recientes de todos los cabecillas de Sendero. Fujimori apareció exultante en televisión atribuyéndole el

logro a la Policía, pero también —aunque no había tenido nada que ver— al SIN, el Servicio de Inteligencia Nacional, donde ya reinaba Montesinos.

A la semana siguiente, los jefes del GEIN fueron convocados al SIN, en Chorrillos. Allí los recibió un general, pero ellos sabían quién mandaba realmente: Montesinos. El general que, supuestamente, estaba a cargo escuchó de sus estrecheces económicas y les ofreció apoyo. A cambio, tenía un pedido. Quería que unos «analistas» suyos, del Ejército, pudieran «examinar» la información capturada.

Los analistas se llamaban Santiago Martin Rivas, Carlos Pichilingüe y Marco Flores Alván. Años después, serían perseguidos, capturados y sentenciados por la justicia, condenados por crímenes de lesa humanidad como parte del comando de aniquilamiento conocido como grupo Colina.

Pero en febrero de 1991 el grupo Colina todavía no existía, aunque estaba a punto de nacer.

Para entonces Martin, secundado por Pichilingüe, había liderado el grupo Escorpio, uno de los tantos comandos de aniquilamiento de esos años nefastos. «Escorpio operó fundamentalmente en el Alto Huallaga y operó igual que el Colina», diría, años después, un militar arrepentido, «pero sin tanta publicidad porque los muertos eran provincianos que vivían y morían en la zona del narcotráfico».

Los testimonios describen a Martin como alguien arrogante y fanatizado. Se veía a sí mismo como un agente de inteligencia, pero, a diferencia de los policías del GEIN, no estaba dispuesto a jugar según las normas. Él creía en soluciones drásticas.

Sería muy suave decir que la convivencia entre los policías del GEIN y los militares de Escorpio fue tensa. No solo existían los recelos propios de los hombres de inteligencia en un contexto violento, sino que también estaba en juego un millón de dólares: la recompensa por la cabeza de Abimael. Para colmo, el apoyo logístico del SIN por esta intromisión se redujo a dos autos Volkswagen, unas cámaras fotográficas y mil soles mensuales. Una burla.

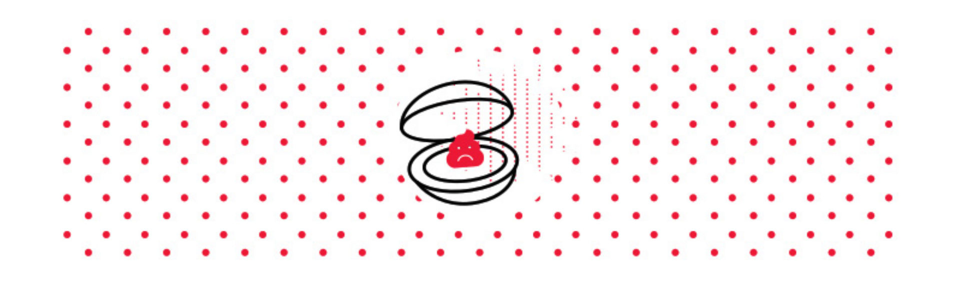
Benedicto Jiménez, el jefe operativo del GEIN, era citado cada cierto tiempo al SIN para dar cuenta de sus avances. Lo recuerda así:

> Yo tenía una operación principal y dos alternas que eran importantes. Entonces sacaba una de ellas y me iba con esa a mostrar los videos y todo. Mostraba eso y se quedaban contentos, felices estaban, porque allí estaba la Marina, estaba la Fuerza Aérea, estaba el Ejército. Jamás íbamos a revelar la presa principal porque nos la quitaban.

En junio, Jiménez encontró un documento en el que los militares solicitaban una felicitación presidencial por su trabajo de penetración al GEIN. Papel en mano, confrontó a los futuros Colina delante del resto. La cosa llegó a los gritos y el policía les pidió a los militares que abandonasen el local. A los pocos días, los jefes del GEIN fueron citados de nuevo al SIN para ser amonestados por esta situación. Esta vez sí estuvo presente Vladimiro Montesinos, que se limitó a mirarlos en silencio. Su sola presencia ya decía suficiente. El general que hacía de jefe les dijo a los policías que los militares no volverían al GEIN, pero, a cambio, tendrían que devolver los equipos prestados.

Al final, todo le salió bien al GEIN: se libró de los infiltrados y, un año después, sin disparar una sola bala, pasaron a la historia por capturar a Abimael Guzmán. La estrategia de la inteligencia triunfó.

Los militares infiltrados también obtuvieron lo que querían: la felicitación presidencial. Eventualmente, con la supuesta «experiencia» ganada, lograron el apoyo para formar lo que supuestamente sería la versión militar del GEIN: algo llamado Destacamento Colina. Eso fue en agosto de 1991. En noviembre se equivocaron y terminaron acribillando una pollada inocente en Barrios Altos. Habían iniciado su inútil ruta de sangre.



LA MAGOCRACIA

En el espacio geográfico que hoy identificamos como el Perú se han encontrado muchas culturas, civilizaciones y pueblos, todos distintos, pero atados también por una cosmovisión similar. En estas tierras, durante cientos de años, se han hecho invocaciones, amarres, maldiciones y sanaciones… no para adivinar el destino del Perú, sino para decidirlo.

A lo largo de la historia universal, para muchos líderes no fueron suficientes los consejos de asesores experimentados o letrados especialistas. A veces, el devenir del poder es imposible de determinar mediante un curso racional. Y aquí es donde entra lo sobrenatural. Porque la brujería, como dice el historiador José Carlos de la Puente Luna, le pone un rostro a nuestra mala suerte. Permite personalizar la desgracia y hacer algo contra ella, así sea consultando los intestinos de un cuy.

Los vínculos entre el poder y la superstición no son exclusivos de la peruanidad. En la Historia Universal tenemos ejemplos de sobra, como las cartas del místico y alquimista Aleister Crowley a Winston Churchill; la astróloga casi *in-house* de la Casa Blanca de Reagan, Joan Quigley; o las profundas raíces esotéricas del nazismo, cuya obsesión por el ocultismo ha sido expuesta y popularizada en decenas de películas.

En el Perú podríamos citar a Odría, que se preciaba de haber conjurado un complot en su contra[28] gracias al consejo de adivinos. Pero tampoco hay que retroceder demasiado en el tiempo para encontrar testimonios de que los adivinos, chamanes, hechiceros y toda suerte de místicos rondan los círculos de poder. En *El pez en el agua*, su autobiografía, Mario Vargas Llosa cuenta que, cuando postuló a la presidencia, el senador Roger Cáceres le recomendó a un brujo apellidado Linares que siempre «había colaborado en sus campañas». Lo que era una gran carta de recomendación, puesto que Cáceres había sido elegido diputado ya cinco veces.

La familia Vargas Llosa, escéptica, resistió los múltiples embates de Linares para «imponerles las manos» hasta que, finalmente, la esposa y el hijo del escritor aceptaron sendas sesiones que, por supuesto, no desembocaron en victoria electoral.

Para ser un país con estancos sociales casi inamovibles, los videntes —que suelen provenir de sectores más bien populares— tienen un acceso envidiable a los círculos de poder. En los ochenta, la tarotista Coty Zapata era requerida por cuanto político se sintiera presidenciable, e incluso predijo, en una entrevista de 1987 para la intelectual revista *Quehacer*, «una crisis que se produce antes del año 2000 y que significa la desaparición de los partidos políticos». Para muchos, fue como si hubiera visto el autogolpe de 1992. O quizás era lectora de los análisis de *Quehacer*.

Otro notable ejerciente de las artes místicas que siempre encuentra llegada a Palacio es el personaje conocido solo como Hayimi. Este sujeto se hizo famoso por asegurar que podía ponerte en contacto «con tus seres queridos que ya moran en el más allá». Se precia de haber sido convocado por Alan García y que asistió a la reunión disfrazado de cartero para evitar que lo reconocieran. Aunque, claro,

esta revelación se hizo cuando el presidente ya era parte de su audiencia extracorporal y no podía corroborar esta terrenal anécdota.

Sin embargo, fue durante la presidencia de Vizcarra que su vínculo con el poder se salió de toda escala. Se informó que Hayimi entró una veintena de veces a Palacio y que, incluso, le realizó baños de florecimiento por fin de año en la sede de Gobierno. Vizcarra, a través de él, habló con su padre y su madre ya fallecidos, y, se supone, le consultó su decisión de disolver el Congreso en 2019.

El breve sucesor de Vizcarra, Manuel Merino, asegura haber sido víctima de conjuros encargados por el expresidente: «Al día siguiente que yo asumí, en el despacho presidencial encontraron un gallinazo ensangrentado, moribundo y quebrado de las piernas. Nadie se explicaba cómo había entrado».

Pero, si hablamos de brujos en el poder, debemos invocar a Alberto Fujimori. En 1986, cuando era solo el rector de la Universidad Agraria y no se imaginaba como político, se sentó delante de la bola de cristal de doña Bertha, quien era, como recordaría décadas después, la «adivina de confianza de mi esposa Susana». Ella le profetizó que sería elegido presidente. Ya en Palacio, consultaba con una vidente internacional, Jennifer, que le habían recomendado sus entonces colegas boliviano y ecuatoriano, Gonzalo Sánchez de Lozada y Jamil Mahuad, respectivamente.

Fujimori nunca ha ocultado su afición a lo sobrenatural. De hecho, convirtió este rasgo de su personalidad en una fortaleza, en una forma de lograr identificación con los sectores populares más creyentes: el Chino es como tú; él también consulta a brujas. Fueron célebres —y muy televisadas— sus incursiones a Las Huaringas, un conjunto de lagunas en la sierra de Piura, a las que el curanderismo norteño les atribuye todo tipo de propiedades terapéuticas mágicas. Allí tenías a Fujimori, primero «encomendado» por un chamán, y luego sumergiéndose, ataviado solo de un *short* blanco, en aguas a cinco grados centígrados.

Pero sus consultoras más célebres, mientras fue presidente, fueron Rosita Chung y Carmela Polo Loayza, más conocida como Madame Carmelí, que había sido condenada en 1981 a diez años de prisión por

narcotráfico y que, aun así, postuló al Congreso en el partido fujimorista de turno.

De todas, Rosita Chung —autodenominada Brujita Blanca— fue la más devota. Acompañó a Fujimori años después, cuando ya había sido apresado. Fiel asistente a su juicio, ella acudía a las audiencias junto con Salomé Ibarguen, una anciana mística que, durante las audiencias judiciales, se sentaba en primera fila, junto a la familia Fujimori, para amedrentar con su gesto luciferino a autoridades y agraviados. Gloria Cano, una de las abogadas de las víctimas, enseñó ante cámaras su pulsera de cuarzo, que no se quitaba nunca porque «esa señora se me acercó y me maldijo hasta mi tercera generación». El rudo fiscal Avelino Guillén empezó a colocar un vaso de agua bajo su escritorio para «alejar las malas vibras».

Mientras, Rosita Chung solo lanzaba su tarot y trataba de reconducir algunas decisiones. Nada de eso funcionó: Fujimori fue condenado. Luego, en uno de tantos intentos por lograr su pronta excarcelación, Chung vaticinó ante cámaras que Fujimori moriría en 2009. Diez años después del vaticinio, la que murió fue ella. En cambio, al cierre de este libro, Fujimori continúa vivo, encarcelado, sin más entretenimiento que consultar su horóscopo cada día.

---

28 Ver el capítulo «Cayo Mierda, el Montesinos original», sobre Alejandro Esparza Zañartu.



LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA COCAÍNA

Para los incas, la hoja de coca era sagrada. Para los conquistadores, un estimulante misterio. Para la naciente República del Perú —en plena segunda revolución industrial—, una de sus principales exportaciones. Legales, sí. La coca estaba de moda en las élites intelectuales del mundo entero y su industrialización se hizo cada vez más sencilla —y lucrativa— gracias a un héroe olvidado.

En la década de los sesenta del siglo XIX, el Perú estaba de moda. Nuestra Marca Perú era el Mariani, un vino de coca producido en Francia. Nombre oficial: *vin tonique Mariani (à la coca du Pérou).* Técnicamente era una bebida «medicinal». El químico francés Angelo

Mariani había leído mucho sobre las propiedades de la hoja de coca y se preguntó si el etanol de un buen vino de Burdeos podía producir una reacción en el alcaloide de las hojas de coca.

Y vaya que producía una tremenda reacción.

La profusión de publicidad *art nouveau* del Mariani da cuenta de su popularidad. Alfons Mucha fue responsable de algún afiche, en el que aparece un diligente «inca» ofreciendo su exótica magia a una señorita europea, ambos semidesnudos. Thomas Edison afirmaba que la bebida lo ayudaba a mantenerse despierto. Otro consumidor confeso, Émile Zola, escribió un elogioso texto publicitario. Atletas, políticos y artistas no podían dejar de tomarla. Y el papa León XIII era tan —eh— aficionado a este vino que no dudó en prestar su imagen a la marca y colgar una medalla en el cuello de Mariani.

Los franceses explotaron tanto la hoja de coca que, pronto, esta se volvió casi sinónimo de Francia. En Atlanta, un gringo apellidado Pemberton lanzó su propio «vino de coca francés», intentando treparse a la popularidad del Mariani. Por supuesto, le atribuyó una serie de beneficios medicinales, entre ellos, ser «el más maravilloso vigorizante de los órganos sexuales». Poco después, cuando una ley estatal prohibió la venta de alcohol, mantuvo la coca, pero remplazó el vino con extracto de nuez de cola. El lector atento puede inferir en qué terminó eso.

La asociación de la hoja de coca con Francia era tan fuerte que, en su afán por competir, los alemanes decidieron ir por otro camino, uno en el que suele irles mejor: el de la industrialización. Lo que, en este caso, significaba ir por el camino de la cocaína.

Fue un alemán, Albert Niemann, quien en 1859 se había impuesto como el descubridor del alcaloide, al que bautizó *kokain*. Ese fue el punto de partida para que el mundo de la medicina germana se obsesionara con la nueva sustancia. Por algo su primer usuario célebre fue Sigmund Freud. La farmacéutica Merck —de origen alemán— le debe parte de su prosperidad al éxito de su hidrocloruro de cocaína, su principal producto durante la década de 1890.

El historiador Paul Gootenberg, uno de los mayores conocedores de los orígenes de la cocaína, explica que «Hamburgo se convirtió en el

verdadero centro de compras de cocaína de todo el orbe, y para 1900 los farmacéuticos alemanes se unieron en un formidable "cartel" que manejaba los inestables precios y las ganancias de la cocaína a escala mundial».

Llegados a este punto de la narración, habrán notado que el Perú se había quedado fuera de la fiesta.

Entonces, como ahora, las élites limeñas veían la hoja de coca como algo exclusivo del mundo indígena. Como suele suceder, tuvieron que ser las modas extranjeras la causa de que nuestra clase dirigencial volviese su mirada dentro de su propio país. Para entonces, ya había algunos científicos peruanos estudiando las propiedades del recién descubierto alcaloide, pero hubo uno en particular que, sin sospecharlo, cambiaría las vidas de millones de consumidores de cocaína en el futuro.

Aquí es cuando aparece en la historia Alfredo Bignon, un farmacéutico francoperuano. Llevaba años a cargo de la muy famosa Botica Francesa, en el centro de Lima —también fue profesor: uno de sus alumnos fue Daniel Alcides Carrión—, hasta que vio cómo la coca se ponía de moda en su país natal y cómo sus rivales, los alemanes, cada día parecían encontrarle nuevas propiedades a la cocaína. Es más, cada día llegaban más y más alemanes al Perú para comprar hojas de coca.

Fue entonces que Bignon tuvo una idea que, más de un siglo después, siguen teniendo tantos otros peruanos: ¿y por qué no producimos la cocaína nosotros mismos?

Así que decidió él mismo —con acceso privilegiado a la materia prima, a diferencia de los alemanes— emprender una vasta serie de experimentos que quedaron registrados en artículos científicos publicados en revistas académicas peruanas e internacionales. Estamos hablando de muchos, muchos estudios. Muchos. Tantos fueron que los historiadores sospechan que este frenesí por la investigación de la cocaína venía acompañado también de constantes experimentos personales por parte del empilado investigador.

El principal hallazgo de Bignon fue que el kerosene podía servir como solvente del sulfato de cocaína, un procedimiento que se usa

hasta el día de hoy. Esto también permitía el uso de hojas frescas, no solo secas como las que se usaban hasta el momento. A la larga, el resultado de este hallazgo, en un plazo de solo diez años, redujo en cien veces el costo de producir cocaína.

Después de la guerra del Pacífico, en 1885 se creó en Lima una comisión privada para estudiar el método de Bignon y se llegó a la conclusión de que no solo era fantástico, sino que «se podría establecer una industria nacional en gran escala que produjera un valioso artículo de exportación». Y tenía razón. Solo quince años después, la industria de la coca era la quinta exportación más lucrativa del Perú. Calcula Gootenberg que fueron «unos dos millones de libras de coca (enviados en su mayoría a los estadounidenses) y más de diez toneladas métricas de cocaína (destinadas principalmente a Alemania)». Muchos creyeron que la cocaína había llegado para reemplazar el salitre perdido ante Chile.

Hay que decir que esos quince años enloquecidos, en los que el Perú se volcó a la industria legal de la cocaína, ocurrieron en gran parte gracias al empuje de otro médico célebre: Casimiro Ulloa. Una comisión liderada por él determinó que nuestro país no debería limitarse a ser un simple exportador de materia prima, sino que también, finalmente, el Perú debería caminar por la soñada senda de la industrialización.

De esa época vienen los nexos con la coca de zonas que actualmente asociamos con el narcotráfico, como los valles del Monzón o del Huallaga, que incluso fueron el destino de programas gubernamentales de colonización para estimular la naciente industria. Además, muy tradicionales familias trujillanas hicieron fortuna en este circuito.

Como todas nuestras bonanzas, esta también se cortaría pronto. Mientras su precio estuvo por los aires, la cocaína fue el símbolo internacional de cierta decadencia burguesa asociada al intelecto (el personaje de ficción más popular del momento, Sherlock Holmes, fue un célebre consumidor). Pero su abaratamiento —en parte gracias a Bignon— la popularizó y eso hizo que, eventualmente, en el imaginario puritano de la prensa norteamericana, se convirtiera en la plaga que

azotaba a «negros, prostitutas y criminales», clientes de «proveedores judíos».

En cuestión de pocos años, por presión de Estados Unidos, la industria mundial de la cocaína colapsó. La peruana todavía languidecería algunas décadas más hasta que ya toda producción del alcaloide se volvió ilegal en los cuarenta. Con el tiempo, el recuerdo de Bignon se fue oscureciendo, pero su legado se mantiene firme, en cierta manera. Escribe Paul Gootenberg, contando la historia de Bignon, que nuestros actuales narcos son «lejanos descendientes de la perdida ciencia nacionalista de la cocaína».



DISCÍPULOS DEL AMAUTA

A José Carlos Mariátegui hasta ahora todos lo llaman Amauta. O sea, maestro. Pero un maestro debe tener discípulos, gente que continúe su legado. Aún hoy, muchos se reclaman mariateguistas, pero ninguno está al nivel de un canillita nacido en Huancané, en el altiplano puneño, ni de una librera de la ciudad toscana de Lucca.

Anna Chiappe era una italiana católica y conservadora de 22 años cuando conoció a José Carlos Mariátegui en una fiesta, en Florencia. «*Il peruviano*», le dijeron, mientras sonaban los violines. Mariátegui tenía solo cuatro años más que ella, pero ya era un prodigio. Y también un problema, especialmente para el Gobierno peruano, que se había librado de él con una beca a Roma.

El flechazo no fue inmediato. Mariátegui era un joven notoriamente frágil, enfermizo. Pero, muy pocos días después, su dominio de la

cultura y el idioma italianos, sus ideas de vanguardia y algunos poemas surtieron el efecto.

> Renací en tu carne cuatrocentista como la de la Primavera de Botticelli. Te elegí entre todas, porque te sentí la más diversa y la más distante [...]. Yo era el principio de muerte; tú eres el principio de vida. Tuve el presentimiento de ti en la pintura ingenua del cuatrocientos. Empecé a amarte antes de conocerte, en un cuadro primitivo.

Obviamente, Anna cayó rendida. Se casaron en 1920 y ese mismo año se mudaron a Roma, un clima mejor para las dolencias del marido. Pero él no se iba a quedar quieto. Estaba decidido a exprimir su beca, a empaparse del ritmo frenético de los locos años veinte europeos. Recorrieron Berlín, Viena, Múnich, Budapest, Praga; ella fue testigo de la ocupación de fábricas, del Congreso Socialista de Livorno, del impacto de Gramsci en Mariátegui.

Pero él quería volver a su país, aplicar las ideas que habían germinado en sus viajes y sus lecturas. Ella, convertida ya en madre y en socialista, aceptó. Después de casi un mes de viaje en barco, llegaron al Callao en marzo de 1923. Se fueron a vivir a Miraflores, con la madre de Mariátegui.

El regreso del pensador fue un verdadero acontecimiento para el mundo político e intelectual peruano. Casi de inmediato empezó su actividad ideológica y divulgativa —de la mano de Víctor Raúl Haya de la Torre—, en ese momento germinal de la historia del Perú en el que socialismo, comunismo y aprismo todavía se confundían en una sola inquietud.

Y aquí es cuando entra en la historia nuestro segundo personaje.

Mariano Larico Yujra era un puneño sobreviviente de la masacre de Wancho Lima[29]. Tenía solo quince años, pero ya venía curtido en las luchas indigenistas. Llegó a vivir en la casa de la madre de Mariátegui en calidad de refugiado, llevado allí por los dirigentes aymaras que se habían sublevado.

Mariátegui estaba muy interesado en el fenómeno indigenista, nuevo para él, y decidió convertir su casa en «un espacio de traducción y estudio intercultural», como describe el historiador Ricardo Melgar

Bao. Dirigentes campesinos, intelectuales, artistas, delegados obreros, todos se mezclaron en la casa de Mariátegui en un afán orgánico, metódico y sistemático de registrar la agitación del mundo andino. El experto en indigenismo Julio E. Noriega lo define de esta manera:

> Así, los integrantes del original taller de trabajo e investigación propiciaron, por primera vez en la historia del Perú, un verdadero diálogo en español, quechua y aimara [...]. Este indigenismo migrante de continuo intercambio entre la costa y la sierra, Lima y las comunidades indígenas, el socialismo y el pensamiento andino, es el indigenismo que inauguraron Mariátegui en su propia casa y aquellos delegados indígenas o mensajeros bilingües en migración.

Y, en medio de todo esto, casi como un niño símbolo de este encuentro, estaba el adolescente Mariano, empapándose de cada detalle. Mariátegui lo semiadoptó. Le enseñó a «no solo leer y escribir, sino a pensar», como recuerda Mariano en un testimonio imprescindible: *Yo fui canillita de José Carlos Mariátegui*, una de las publicaciones más representativas de la historia no oficial de nuestro país.

Para las generaciones no familiarizadas con la compra de papel periódico para leer noticias: un canillita era la persona —solía ser un muchacho— que vendía periódicos y revistas en la calle. Y Mariano se volvió canillita nada menos que de *Amauta*, la revista que marcó un antes y un después en el pensamiento latinoamericano. Allí escribieron desde Haya de la Torre hasta Borges, desde Unamuno hasta Breton, con arte de Sabogal, Julia Codesido y Diego Rivera. No todo era sobre actualidad (pero sí sobre política, porque todo es político): ensayos sobre ciencia, acción gremial del magisterio, nueva narrativa rusa, danza contemporánea, relaciones internacionales, ardorosas defensas del cubismo y, por supuesto, «el problema del indio». *Amauta* es lo más cercano a una enciclopedia latinoamericana por fascículos que haya existido jamás.

Y Mariano fue su canillita, su discípulo y hasta su cómplice durante las persecuciones que tuvo que afrontar esta publicación. Mariano estuvo junto a Mariátegui casi hasta la temprana muerte del maestro,

en 1930, cuando solo tenía 35 años. Y aquí volvemos a Anna, viuda a los 32.

Con inesperado olfato para el negocio, luego de la muerte de su marido, Anna decidió reorientar la editorial Minerva —fundada por José Carlos— hacia la siempre rendidora clientela escolar. Muchos hemos utilizado los famosos cuadernos Minerva en el colegio. Con ese dinero, eventualmente, Anna se abocó a organizar, preservar y difundir toda la obra del Amauta. Inicialmente, fueron veinte tomos en —como hubiera querido Mariátegui— formato popular. Fue un *boom*. Vendió —para envidia de cualquier editorial, incluida la presente— unos dos millones de ejemplares. Solo la primera edición popular de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* llegó a los cincuenta mil ejemplares. Siguió así, preservando el legado de su marido y atendiendo ella misma en el local de la librería Minerva de Miraflores, hasta octogenaria.

Pero el legado del Amauta no solo se aseguró en el papel. En paralelo, Mariano siguió llevando, oralmente, las enseñanzas mariateguistas. Cada vez que terminaba en la cárcel, como preso político, les contaba a sus compañeros de prisión historias del Amauta. En un Perú en el que la alfabetización indígena era casi nula, la labor difusora de Mariano y otros como él fue clave: *Siete ensayos* —la edición popular de Anna— se leía en traducción simultánea al aymara. Se convirtió en parte de nuestra tradición oral.

Melgar Bao asegura que «la oralidad de la cultura andina redimensionó el texto socialista, le prendió fuego a las palabras». El Amauta se volvió personaje de mitos y sueños. Lo veían recorriendo los Andes a lomo de burro. Su efigie sonriente protegía de todo mal y había casas —humildes chozas— en las que su imagen bienhechora era casi un papel tapiz. Mariano cuenta que alguna vez ahuyentó a un anchancho (una especie de duende andino) silbando *La Internacional*. Pronto, calles, plazas, colegios, cooperativas y equipos de fútbol de todo el sur del Perú empezaron a llevar su nombre y lucir su rostro.

Anna y Mariano casi no conversaron entre sí, pero tuvieron mucho en común. No solo la certeza de haberse cruzado con un genio que había partido demasiado pronto, sino también la convicción de que

debían imitar su ejemplo y convertirse, también ellos, en amautas.

---

29 Ver el capítulo del mismo nombre.



GITANOS EN EL PERÚ

Gracias a una vieja publicidad, los peruanos solemos creer que los gitanos bailan flamenco, comen galletas de vainilla y son rubios (como todos los actores de los comerciales de los ochenta). La realidad del pueblo gitano es bastante distinta. Son nómades, originarios de Asia Meridional, que se extendieron, sobre todo, por Europa, pero también llegaron a nuestro país. Y claro, los limeños de la época —racistas y clasistas, o sea, igual que hoy—se escandalizaron.

Ver a un oso bailando en la calle, definitivamente, califica como un evento que cambia vidas, especialmente, si eras un limeño de fines del siglo XIX. Nadie volvía a ser el mismo luego de ver a un oso bailar o de presenciar las piruetas de un mono. ¿Animales salvajes obedeciendo comandos de humanos? Magia como esa no había sido vista antes en las calles de nuestra capital. Y este desbloqueo de la imaginación colectiva de la sociedad limeña fue posible gracias a la llegada de los

gitanos a la capital del Perú.

¿Cómo reaccionaron? Pues como se esperaba: fomentando que la policía no solo los acosara, sino también que los *reprimiera*, que es la palabra peruana que usan las fuerzas del orden para reemplazar «reventarlos a palazos», un término mucho más preciso.

Las primeras noticias de gitanos en Lima datan de 1887 y, como ha comprobado el historiador Juan José Pacheco Ibarra, en su mayoría solo se limitaban a reforzar estereotipos y mitos sobre la comunidad gitana sin mayores datos objetivos, salvo sus profesiones, que para las mujeres incluía la quiromancia (lectura de las palmas de las manos). Los diarios replicaban la idea de que los gitanos eran sinónimo de todo lo que estaba mal en este mundo.

Esto se escribía sobre los gitanos en 1893, en las páginas de *El Comercio*:

> Ya es harto que se permita que esos tipos asquerosos avergüencen las más centrales calles de una capital civilizada; que, además de esto, se les consienta ocupar las aceras con sus fieras e introduciéndose *a fortiori* en patios de casas decentes a improvisar espectáculos y pedir dinero en recompensa es ya más de lo tolerable y que pide la intervención de la policía, en guarda de la tranquilidad de los transeúntes y de los que están por ver en el patio de su casa una fiera bailando a fuerza de palos.

Pero, bueno, dirán ustedes, así era el siglo XIX, prejuicioso y desinformado. Ya. En el año 2018, una nota de *Buenos Días, Perú* anunciaba «El regreso de las gitanas estafadoras». El reportero aseguraba gimiendo que «sí, las gitanas están de regreso en Lima. Estas mujeres son acusadas de presuntamente estafar a decenas de transeúntes en la capital, asegurándoles limpiarlos de la maldad y darles felicidad eterna». No fue el único reportaje de ese noticiero sobre «los gitanos», justo antes de que otro grupo —los venezolanos— los reemplazaran en los titulares sensacionalistas.

De acuerdo con Carlos Pardo-Figueroa —quien en el año 2002 escribió el artículo «La India, Europa y los Andes: la inmigración gitana al Perú»—, esa comunidad está compuesta en el Perú por dos oleadas

migratorias marcadas: los gitanos esporádicos que arribaron durante el siglo XIX y la llegada masiva de ciertas etnias a inicios del siglo XX. Los primeros se dedicaron a actividades vinculadas al espectáculo o la ilusión, como los osos bailarines o la adivinación. Los segundos optaron por el comercio y la mecánica. Por supuesto, la cobertura mediática de la época se enfocaba más en lo espectacular, con una sazón extra: robaban niños.

Las madres de todas las épocas necesitan un cuco y, al parecer, los gitanos eran la excusa perfecta para obligar a los niños a tomarse toda su sopa: «Si no, los gitanos te secuestrarán para hacerte trabajar en el circo». Volvamos con *El Comercio*, que continuó su tradición antigitana en 1908:

> Mientras permanezcan en los alrededores de Lima estos bohemios, deben los padres de familia ejercer la mayor vigilancia sobre sus niñas y la Policía debe colocar permanente un inspector que vigile el aduar, dándoles a la vez un plazo perentorio a los gitanos para que prosigan su viaje. Bastante tenemos con los vagabundos criollos, que ni siquiera les da por el robo de niños, para que vengamos a aumentar el número de zánganos con la admisión en el país de esta peligrosa falange de parásitos.

En Lince había campamentos de gitanos porque era un barrio nuevo, recién en construcción, que les ofrecía espacios para acampar. Lo mismo ocurrió en Santa Catalina. Se ubicaban en las zonas más periféricas de la ciudad para poder disfrutar de ella, pero, a la vez, sin estar limitados por la misma. Como los actuales *hippies* limeños del Urubamba, digamos.

Pero fueron las mujeres gitanas quienes más llamaron la atención. A partir de 1889, proliferaron las noticias de gitanas que se dedicaban a «estafar y robar» durante la lectura de las manos, sea en el Callao o Pueblo Libre. Ellas no solo se paraban en las calles, sino que buscaban clientes de casa en casa, tocando puertas. En esa época, una gitana era sucia, extraña, hasta criminal, pero «siempre hermosa». Algo similar a lo que pasaría, un siglo después, con las menciones de las venezolanas en los medios. El machismo xenófobo no se destruye, solo

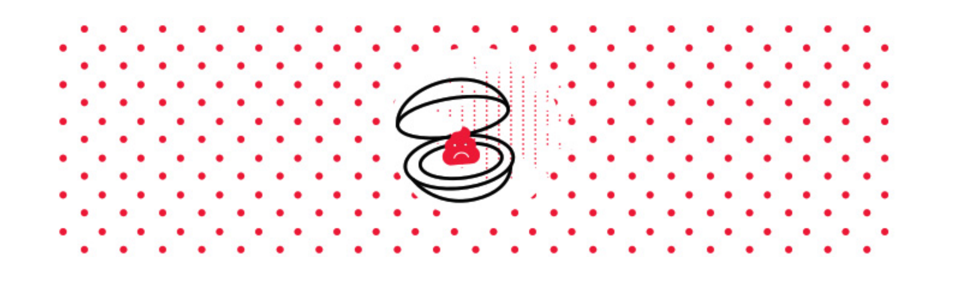
se transforma.

Por supuesto, esto de andar leyendo manos y adivinando porvenires no siempre les salía bien a los gitanos. Una profecía que nunca se cumplía era suficiente para acusarlos de estafa y mandarles a unos cuantos policías para que los «reprimieran».

Para 1920, los gitanos seguían generando fascinación. Asco, odio y miedo también. Pero, sobre todo, fascinación. Poco a poco se integraron tanto en el inconsciente colectivo que la gente empezó a disfrazarse de gitanos en los carnavales. De la misma manera que ahora vemos —en ciertas fiestas de Halloween— a juerguerítos disfrazados de pretendidos «venezolanos».

Este nuevo imaginario no se quedó solo en la ciudad. También invadió varios pueblos andinos del Perú. Para la comparsa de la veneración de la Virgen de la Puerta de Otuzco (La Libertad), los bailarines —desde los años treinta— se disfrazan de gitanos para honrar a esta advocación mariana, lo que es una prueba de su paso por nuestra historia.

El último barrio en concentrar población gitana en Lima fue El Porvenir, en La Victoria, hasta inicios de este siglo. Pero la violencia los fue alejando y disgregando por toda la ciudad. Sin embargo, siguen conservando sus costumbres, sus idiomas y sus contactos con otros grupos gitanos en América Latina. A diferencia de lo que sucede en países vecinos, la comunidad gitana en el Perú no tiene una asociación que los represente ni que ejerza *lobby* político. Ni siquiera figura como opción identitaria en el censo (como ocurre, por ejemplo, en Colombia). En los últimos años, lo que les da sentido de unión es su pertenencia a determinadas iglesias evangélicas. Los impulsos xenófobos de nuestra sociedad han encontrado otras vías de escape, pero a costa de una absoluta invisibilización de aquellos que maravillaron, con sus osos y su música, a nuestros tatarabuelos.



¡QUE VENGA GALLETA!

Una leyenda urbana asegura que un distrito playero del norte del Perú lleva una errata en su nombre por culpa de la excesiva afición al whisky *del presidente de turno. La oración anterior contiene las suficientes pistas como para adivinar de dónde y de quién estamos hablando: Punta Sal y Alejandro Toledo.*

Alejandro Celestino Toledo Manrique había nacido para retozar en la playa, pero le tomó un tiempo descubrirlo. Nacido en el centro poblado de Ferrer, pero registrado en Cabana —en la sierra de Áncash, a 170 kilómetros de la playa más cercana—, el pequeño Toledo tenía menos de cinco años cuando por fin conoció el mar. Su familia migró a Chimbote, donde Alejandro se la pasó lustrando zapatos y oliendo la brisa.

Lo que vino después ya es leyenda. Cambió las playas de Chimbote

por las de California. Conoció a Eliane, su futura exesposa y luego esposa de nuevo. En los noventa —impulsado por quién sabe qué *trend* del momento—, decidió postular a la presidencia. No lo logró. Lo intentó de nuevo, en el año 2000 y, como todo es posible en el Perú, terminó convertido en el Símbolo de la Democracia™ luego de liderar una marcha de connotaciones incárricas. Eventualmente, en 2001, llegó a esa odisea en el espacio que es la presidencia del Perú.

2001 debe haber sido el año más estresante de su vida hasta ese momento. Sin duda. Para una persona de su temple —digámoslo suave: *frágil*—, debe haber sido terrible sentir que un paso en falso lo podía llevar a convertir otro hostal de Angamos en mito urbano[30]. Así que, como presidente, se destacó por hacer lo que mejor sabía hacer: viajar, viajar un huevo. Empezó a recuperar lazos diplomáticos, a establecer nuevos contactos, a reforzar los que necesitaban reforzarse y a distanciarse de los que había que distanciarse. Los rumores de despilfarro reventaban como canchita de cebichería. Y así hasta que llegó el fin de año, cuando Toledo se subió a un avión sin saber que su vida cambiaría para siempre tras conocer Punta Sal. Más que un balneario, un estilo de vida.

Alejandro había nacido para la vida política en los Estados Unidos. Quizás por eso creyó ver en Punta Sal su propio Camp David, la mítica residencia de descanso presidencial de los gringos. Cada año, nuestro Primer Presidente de la Democracia Recuperada® viajaba entre veinte y cincuenta veces —repetimos: cada año— al balneario para descansar del arduo trabajo que implicaba liderar nuestra nación. ¿Escándalo de firmas falsas? Punta Sal. ¿Le pedía su tajada a Barata? Llamaba desde Punta Sal. ¿Reconocer a su hija negada? Punta Sal con la familia «firme». ¿El Andahuaylazo con Antauro Humala levantándose en armas? Eso pasó mientras estaba en Punta Sal.

Muchos años después, entrevistado por Jaime Chincha, su vicepresidente, David Waisman, recordó que se hicieron al menos noventa y siete viajes a Punta Sal en el «avión parrandero» —la apropiada chapa que le pusieron al avión presidencial—, lo que le costó al Estado por lo menos 20 millones de soles, solamente, en los gastos de viaje.

Incluso, se llevó un pedacito de Punta Sal a Palacio en la forma de *Galleta*. Esa era la chapa de Juan Manuel Casquero, el guitarrista de un hotel que encandiló tanto al presidente que este lo contrató. Así, Galleta se convirtió en «asistente en temas de seguridad de la casa presidencial». ¿Su función? Esperar en la cocina, guitarra en mano y siempre listo, a que Toledo gritara: «¡Que venga Galleta!», para cantarle valses y huaynos, como si estuvieran respirando la brisa tumbesina junto a una fogata.

Pero la obsesión de Toledo por esa playa norteña tuvo un efecto secundario positivo. Los vecinos de Punta Sal vieron en las visitas presidenciales la posibilidad de que, finalmente, alguien hiciera caso a su viejo pedido de crear un distrito autónomo. Estaban convencidos de que así se pondría en manos de los lugareños el manejo político y el desarrollo urbano del lugar. Además, confiaban en que por tanta mención al balneario en todos los medios —gracias a Toledo y sus ya legendarias escapadas— el turismo llegaría y con él, el tan ansiado crecimiento económico.

Al norte del balneario favorito de Toledo se encuentra otro pueblo, hoy la capital del distrito, llamado Cancas. El lugar tiene sus propios usos y costumbres, que poco o nada tienen que ver con los gustos disolutos de Alejandro. Entrevistado por la periodista Sonaly Tuesta, el investigador local y dirigente de Cancas, Oswaldo Querevalú, precisa que en 1948 se estableció un campamento por la construcción de la Panamericana Norte. Así, con el tiempo y pasándole la voz a amigos y familiares animados por la buena pesca, el lugar empezó a crecer. La playa se convirtió en una caleta de pescadores y, poco a poco, en un pequeño pueblo.

En 1975, la gente de Cancas empezó, por primera vez, las gestiones para que su pueblo se elevara a la condición de distrito. Sin embargo, el pedido recién tuvo popularidad cuando Alejandro se comprometió a hacerlo realidad en una de sus múltiples visitas. Hasta ese momento, la provincia tumbesina de Contralmirante Villar solo tenía dos distritos. Él les daría el tercero, había asegurado a los vecinos de su residencia playera.

La gente de Cancas ya había elegido su nombre: Canoas de Punta

Sal. Sin embargo, el parecido entre *Cancas* y *Canoas* terminó confundiendo a los congresistas de ese entonces, quienes pensaron que se trataba de una errata. Queda para el recuerdo esta intervención de Susana Higuchi al respecto:

> En realidad, el pueblo tumbesino lo que quiere, presidente, es crear el distrito de Punta Sal, su capital Cancas. Parece que alguien con etiqueta azul leyó mal Cancas y puso Canoas. La *c* la convirtió en *o*, pero el pueblo lo que quiere es llamarse distrito de Punta Sal, su capital Cancas.

No fue la única. Otros legisladores también vincularon la aparente errata del inocente pedido de los tumbesinos con las aficiones espirituosas del presidente. Como suele suceder en el Perú, los enconos políticos terminaron salpicando algo completamente desvinculado de las pequeñeces partidarias. Y surgió la leyenda de que el distrito llevaba un nombre que no le correspondía.

Pero no es verdad. O, en todo caso, si existió alguna errata en el nombre, esta precede a las aficiones toledistas: *Canoas* es el nombre del puente que une al pueblo de Cancas con el balneario de Punta Sal. De allí viene. Sin embargo, las desventuras de Toledo sirvieron para alimentar la leyenda negra de que fue el trago el que terminó bautizando el distrito. Si hubiera sido así, no existiría en Cancas la avenida Alejandro Toledo. Y los canoenses no seguirían agradeciendo, a pesar de todo, la gran publicidad que les generaron las aventuras de un presidente por casualidad.

---

30 La marca de «Alejandro Toledo estuvo aquí» en un hostal causa un efecto similar al que produce tener la foto de Gastón Acurio en el huarique de tu barrio.



EL DETECTIVE POLO CAMPOS

Cada vez que lloras cantando «Contigo, Perú» —usualmente antes o después de un partido de la selección masculina de fútbol—, lo haces por culpa de Augusto Polo Campos. Un personaje tan prolífico en sus composiciones como, según aseguraba él mismo, en su vida amorosa. Pero todo hubiese sido distinto si hubiese optado por seguir investigando crímenes.

A mediados de los años cincuenta, en un callejón cerca de la Prefectura, se produjo un encuentro inaudito. El auxiliar de tercera de la Policía Científica Augusto Polo Campos arrinconó al *Zapatón* Villanueva. Sí, Armando Villanueva del Campo, el político aprista, declarado enemigo público y uno de los tipos más buscados del momento. Polo Campos sospechaba que Villanueva tenía un arma, así que desenfundó la suya.

Esa escena fue quizás lo más emocionante que le ocurrió a Augusto Polo Campos durante su paso por lo que, eventualmente, se convertiría en la PIP, la recordada Policía de Investigaciones del Perú.

Cuesta imaginar al dicharachero Polo Campos resolviendo casos criminales y apresando a peligrosos fugitivos, pero así suelen ser los caminos profesionales que tienen que tomar en el Perú quienes están marcados por una vena artística. Vivir de su talento casi nunca es una opción. Incluso para alguien que, como el pequeño Augusto, había nacido en una cuna no de oro, pero sí de arte.

Nuestro mayor compositor criollo nació en Puquio, Lucanas, Ayacucho. Su papá era el mayor del Ejército peruano Rodrigo Polo Alzamora. Su mamá fue la chiclayana Flor de María Campos. Como buen militar, Rodrigo tenía varios hijos y se movía hacia donde sus superiores se lo indicaran. Así, para 1936, cuando el pequeño Augusto tenía solo cuatro años, la vasta familia Polo Campos llegó a Lima y se ubicó cerca de la alameda de los Descalzos, en el Rímac.

Esa Lima fue donde vivió Augusto Polo Campos y fue su mayor musa. A los diez años improvisaba versos y canciones para ganarse unos centavos a las afueras de la plaza de Acho. A los doce, compuso su primer vals, «Bajopontina», inspirado en una chica que había visto en el tranvía rumbo al Rímac o, como se le llama incluso hoy, Bajo el Puente.

Su talento tenía abolengo por ambos lados.

Los hermanos de su madre cantaban tangos en Chiclayo. Cuando uno fue levado, el otro, Oswaldo Campos, buscó suerte en Lima. Y la consiguió, metiéndose de lleno al criollismo, con el grupo Los Trovadores del Perú, en el que Óscar Avilés llegó a tocar la guitarra. Después de varias giras internacionales, junto con su esposa, formó el dúo Irma y Oswaldo.

Las primas de su padre eran Las Limeñitas, Graciela y Noemí Polo, dos hermanas surgidas de las jaranas de Barrios Altos. Verdaderas estrellas radiales en su momento, dueñas de una carrera indesmayable que las llevaría a celebrar cincuenta años de vida artística.

En ese ambiente creció Augusto. Con tanta distracción, se entiende que el colegio no haya sido lo suyo. De hecho, los estudios en general

nunca fueron lo suyo. Jamás aprendió a tocar un instrumento ni a leer un pentagrama. Nunca tuvo una educación formal.

Es dura la vida del artista, así que, cuando salió del colegio, pensó en enrolarse en algún cuerpo armado, como su padre militar, con la diferencia de que él sería policía: ingresó a la Escuela de Auxiliares de Investigaciones de lo que entonces se llamaba el Cuerpo de Investigación y Vigilancia (CIV) y que se conocería como la Policía Científica. Luego se transformaría en la PIP: policías de civil, detectives a lo FBI, investigadores, sabuesos.

Estamos hablando de la misma persona que ya había iniciado una producción que alcanzaría alrededor de mil setecientas canciones sobre diversas temáticas (sí, no todas son sobre el Perú). La misma persona que logró el récord de escribir la lacrimógena «Contigo, Perú» en quince minutos —en la factura de una taza de café— porque necesitaba entregársela en ese instante al presidente de la República. Ese talento descomunal había optado por la vida policial.

Pero no crean que el auxiliar Polo abandonó la bohemia apenas entró a la Policía. Todo lo contrario. En los diez años que duró su carrera policial, también empezó su fama. En ese entonces estamos en la década de los cincuenta—, contactó con Los Troveros Criollos, un dúo integrado, en aquellos días, por el Carreta Pérez y Lucho Garland. Para ellos compuso sus primeros *hits*, como «Ay, Raquel» y, sobre todo, «La jarana de Colón», en el que imagina, con mucha gracia —poco habitual en la música criolla del momento—, un desembarco del navegante genovés en una fiesta de Bajo el Puente. También es notable de esa época «Romance en La Parada», en la que un cargador del Mercado Mayorista conoce el amor con una vendedora de ají, aunque…

Mas como en los pobres no cabe la dicha
tú me engañaste con el que vende salchichas.

Los cincuenta fueron un punto de quiebre en la música criolla. Se combinaron muchos factores, entre ellos, una industria discográfica hambrienta, un mercado radial potente —cuyas emisoras competían por las primicias de cada banda— y la aparición de la replana —la

jerga callejonera peruana— en los valses y polkas. Fue Mario Cavagnaro el pionero de esta ruptura con el estilo languideciente y quejumbroso que dominaba hasta ese momento. Pero pocos estaban más listos para exponer el salero de su ingenio que el auxiliar Polo.

En 1960, volviendo a su casa después de escuchar a Óscar Avilés, compuso «Cuando llora mi guitarra» específicamente para él. Para entonces, Avilés ya integraba Los Morochucos. Este éxito lo terminó de catapultar a la cima. Polo se haría conocido por los pasillos de la naciente televisión. Y seguía en la PIP.

En 1963, ya famoso a los treinta años, ganó el Tercer Festival Cristal de la Canción Criolla, con su canción «Limeña», en la voz inmortal de Edith Barr. El premio: treinta mil soles y, además, la interpretación del tema en Canal 13, la televisora de Radio Panamericana. Augusto y Edith aparecieron en las primeras planas de todos los diarios.

Aquí Augusto debió haber pensado que no tenía sentido seguir dividiendo su vida entre la Policía y la jarana. En febrero del año siguiente, después de prestar diez años y diecisiete días de servicios, pidió su pase al retiro. Lo que vino después es historia más que conocida: la televisión, los militares, el fútbol, la farándula, la gloria.

Años después, este periodo policial de Augusto serviría como telón de fondo de *Los amores de Polo*, una miniserie de ficción biográfica de dudosa factura. En ella se muestra un Perú involuntariamente ucrónico, en el que Velasco, Tatán, Pinglo y Gisela Valcárcel son casi contemporáneos, mientras que el joven oficial Polo Campos —interpretado, como manda nuestra tele, por un actor blanco— se involucra en la investigación de los casos más sonados del siglo XX (y con cuanta famosa se pusiera en su camino).

Lo cierto es que esos diez años en la Policía solo retrasaron un poco su ascenso al parnaso musical. No tenía, realmente, la vocación necesaria para llevar la placa. La prueba está en que esa noche, cuando se encontró con Villanueva del Campo, lo dejó partir. «Yo no soy soplón, Armando. Aprovecha y escápate», le dijo Polo Campos, según testimonio del propio Villanueva. La detención de uno de los hombres más buscados por el régimen de Odría le habría ganado, por

lo menos, un necesario ascenso. Pero no. Con eso queda claro que no tenía ya mucha ambición por seguir siendo policía. Quién sabe si quizás esa misma noche, después de dejar ir a Villanueva, Augusto Polo Campos se sentó al borde de la cama y compuso otra canción.



VIZCARRÍN, CON MUCHO SWING

«Se ha dicho tanto de mí. Aquí estoy, dando la cara. Soy cantautor, productor musical, soy entrenador fit *internacional categoría uno con licencia mundial para dirigir cualquier selección del mundo. Hablo inglés perfectamente, portugués perfectamente. Y actualmente soy profesor de vóley. Soy el doctor* honoris causa *Richard Cisneros Carballido y hoy van a saber de mí»*[31].

Solo en el Perú el Ministerio de Cultura, en plena pandemia, decide desembolsicar 175 mil soles de dinero de todos los peruanos por un trabajo titulado «Conferencia *online*: liderazgo transformador sapiencial». Pero quizás lo peor no es el pago, sino su receptor. ¿Cómo cuernos un personaje estrafalario, menor y risible, perteneciente al subsuelo de la farándula, logró alcanzar su apogeo económico mientras el fin del mundo tocaba la puerta?

El hombre que sería Richard Swing siempre quiso brillar. Lo logró brevemente, a fines de los ochenta, en la selección nacional masculina de vóley. Pero una fugaz mención en las páginas deportivas no era lo que quería. Desapareció unos años —él dice que se fue a Nueva York— y cuando reapareció ante cámaras, al terminar los noventa, era cantante. Se había teñido el pelo de azul y comandaba algo llamado Richard & Sabor Latino: el típico ensamble de bailarinas de breves atuendos que adornan a alguien que hace *playback*. No tuvo mayor suerte.

Y así, sin suerte, fueron pasando, implacables, los años, los kilos y los tintes de pelo. Siguió intentándolo, claro. Decidió apellidarse Swing. Migró de la cumbia a la balada, luego a la música criolla y a lo que fuera. Pero incluso al peruano más versado en la trivia más baladí de Chollywood le hubiese sido difícil recordarlo. Tan solo era uno de los tantos que querían convertirse en el siguiente Juan Gabriel, y hasta adoptó manierismos similares.

Hasta que, alrededor del año 2013, tuvo un encuentro que cambiaría su vida.

Nadie tiene muy claro cómo se conocieron Richard Swing y Martín Vizcarra. Todo indica que fue por esos años —cuando este último era gobernador en Moquegua— en algún evento organizado por su administración. Pero los detalles de ese primer encuentro, como los de todos los subsiguientes, aún permanecen en el misterio.

Años después, ante la Comisión de Fiscalización del Congreso —cuando ya todo había estallado—, Swing negaría toda amistad con Vizcarra. Dijo que lo había conocido en el año 2016, cuando postuló a la vicepresidencia en la plancha de Pedro Pablo Kuczynski. Pero el periodista Carlos Paredes asegura que, para entonces, ya existía una relación. No solo él. Políticos que acompañaron a PPK en esa elección recordaron que fue Vizcarra —el jefe de campaña— quien insistió en incluir a Swing como parte de los dos mítines de cierre, los más grandes y apoteósicos. Al parecer, es difícil olvidar la experiencia de asistir a una presentación en vivo de Richard Swing.

Tuvo que ocurrir una catástrofe global para que Richard Swing se hiciera famoso de verdad. A inicios de 2020, tenía solo veintiocho

seguidores en Spotify. Lo bueno fue que uno de ellos ya era presidente de la República. Y estaba dispuesto a cumplir los caprichos de su ídolo.

A lo largo de tres años y seis ministros de Cultura (una cartera con una insólita alta rotación, teniendo en cuenta que a ningún presidente le ha importado), Richard Cisneros firmó nueve contratos con ese ministerio. Esto incluía labores tan inútiles como la realización de una producción titulada *Perú, yo te amo*, promocionar las instalaciones del Gran Teatro Nacional o animar una Navidad criolla. Luego, la Fiscalía determinaría que el 95 % de los servicios contratados no fueron cumplidos por Swing.

Lamentablemente, para ciento cuarenta trabajadores del ministerio, lo que sí se cumplió fue la ahora infame charla motivacional por Zoom, en plena cuarentena, con ellos como público literalmente cautivo. «Tenemos que asumir esta responsabilidad de estar siempre bien producidos —explicaba el conferencista—: las chicas bien bonitas, arregladitas, maquilladitas, como debe de ser». Después de disertar hora y media sobre las bondades de sonreír siempre y nunca llegar tarde, Swing concluyó entonando la canción «Amor eterno» ante su *webcam*.

Quizás alguno de esos ciento cuarenta sufridos funcionarios decidió indagar cuánto había cobrado el personaje en cuestión y se topó con un monto insólito: treinta mil soles. El dato llegó a Lima Gris, una web especializada en el sector Cultura, y estalló el escándalo.

El primer indicio fueron unos *selfies*, casi cachete con cachete, de Cisneros y el presidente en el patio de Palacio de Gobierno. Los rumores empezaron a correr entre los peruanos todavía cuarentenados. Pero Vizcarra, en conferencia de prensa, minimizó su relación con Swing y dijo que lo había conocido durante la campaña. Eso no evitó que rodara la cabeza de Sonia Guillén, entonces ministra de Cultura. Los contratos que Richard mantenía con el Estado también fueron anulados.

Y, entonces, la exministra Guillén dijo, para los que quisieran entender, que ella no habría contratado a Cisneros si hubiese dependido de ella. Con esas declaraciones, la bulla alrededor de Vizcarra siguió creciendo. La Fiscalía tomó cartas en el asunto. Swing

daba conferencias de prensa con la mascarilla colocada de tal forma que parecía un diminuto pico celeste sobre su rostro voluminoso. Todo era tan vodevilesco que hubiese sido ridículo que afectara la continuidad del régimen, en plena emergencia mundial.

Pero vaya que afectó.

Siguiendo una tradición nacional, el entorno presidencial grabó a Vizcarra y filtró los audios. La opinión pública se desconcertó al escuchar al *fuckin'* representante de la nación peruana coordinando, en Palacio de Gobierno, cómo ocultar la cantidad de veces que Richard Swing había entrado a visitarlo. ¿De verdad este caso lograba quitarle el sueño al presidente en, insistimos, plena pandemia? Un último audio, entre dos asistentas de Vizcarra, exacerbó aún más la imaginación nacional: las dos buscaban explicaciones sobre la relación tan cercana y una decía que podía creer que era «el amigo más que amigo».

Se trataba de una evidente insidia o especulación, pero lo que vino a continuación fue tan vergonzoso como predecible. Hubo congresistas discutiendo, en el pleno del Parlamento, sobre la sexualidad del mandatario y, por supuesto, sus opositores, en la prensa y en las redes, hicieron gala de un humor tan medieval como la plaga que asolaba al país.

El caso hirió de muerte a Vizcarra, hasta entonces de imagen inmaculada. Finalmente, terminó siendo la excusa para su primer proceso de vacancia. No se consiguieron los votos, pero allanó el camino para el segundo, y definitivo, proceso de remoción presidencial. Ya fuera del poder, los destapes sobre las componendas de Vizcarra sobrevinieron como un aluvión. Y así acabó la historia de quien había sido, de lejos, el presidente con la popularidad más alta del siglo XXI. ¿Y Richard Swing? Hoy cobra por mandar saludos cantados por TikTok.

---

31 Sic. (y *sick*).



TODA PERUANIDAD ES UN TRAVESTISMO

El centro histórico de la ciudad de Lima, capital del Perú, cuenta con aproximadamente cuarenta museos en los que uno puede ir a perder la noción del tiempo. Sin embargo, ninguno de ellos separa la idea de museo de la del local físico ni está dedicado a la diversidad de identidades sexuales y de género. Solo el de Giuseppe Campuzano.

El día en que Giuseppe Campuzano murió, una pequeña banda de vientos entonaba «¿A quién le importa?», de Alaska y Dinarama, afuera de su casa, en el distrito limeño de Lince, mientras sus amigos danzaban y celebraban su memoria. La escena, extraña para almas más conservadoras, de esas que abundan en este país, era la transgresión final de Campuzano: celebrar la muerte en memoria de la vida. Nadie lloraba, bailaban.

Y es que a Giuseppe se le festejaba por haber vivido como vivió:

artista, filósofo, travesti.

En una entrevista con José Gabriel Chueca, Giuseppe contó que, en su familia, su mamá era la «blanca» y su papá el «indio», como sucede en tantos hogares peruanos donde las categorías raciales son parte del cariño cotidiano, pero también de un orden implícito. Años después, ya asumido como travesti, aún se demoraba en aceptar su lado «indio», hasta que un día decidió viajar a los carnavales del pueblo de su padre, en los Andes.

Como todos sabemos, en los carnavales andinos cada conjunto, fraternidad o barrio asume un rol específico. En algunos casos, como la tunantada de Jauja o Huancayo, un grupo de varones interpreta a personajes femeninos. Después, Giuseppe recordaría este viaje como «iniciático», algo «más allá del clóset occidental, donde uno ya no es uno sino pueblo, donde la máscara no te cubre sino te muestra múltiple». Allí, Giuseppe se empezó a entender de verdad: era un mestizo travestido de «blanco», idea que inmortalizó en la frase: «Toda peruanidad es un travestismo».

Esto ocurrió a fines de los noventa, cuando no estaba de moda hablar de interseccionalidad, ese enfoque —ahora ya habitual— según el cual las distintas formas de intolerancia y opresión en la sociedad —como el racismo o la homofobia, por mencionar solo algunos— no actúan de manera independiente, sino que están interrelacionadas.

Pero Giuseppe ya lo había entendido cuando veía discriminación en contextos *queer*. «Incluso los activistas hablan de las travestis de la ciudad y se refieren a una realidad que combina de diferente modo transformismo, prostitución, estilismo y peluquería. Pero existe en los pueblos otra versión del travestismo: hombres casados que hacen de travesti en las fiestas. A diferencia de lo que sucede en las grandes ciudades, en los pueblos los travestis están muy integrados a la sociedad. Ni siquiera podría sostenerse una relación unívoca entre travestismo y homosexualidad», le dijo al diario argentino *Página 12*.

Para probar su punto, en 2003 empezó la investigación para lo que luego sería el Museo Travesti del Perú. No es un local, tampoco es, exactamente, una exposición ni un libro (aunque esa fue su primera encarnación, en 2008). Como antimuseo, es itinerante y suele

montarse y ocupar espacios no convencionales. Y, hasta cierto punto, funciona como un caballo de Troya. La idea era que cada vez que el museo se presentase en espacios tradicionales, como galerías o museos, lo hiciera irrumpiendo, sublevando el discurso oficial. En palabras de Campuzano: «Se trata de un "museo falso" (como el apelativo de "falsa mujer" con que este lenguaje maniqueo nos adjetiva)».

Giuseppe quiso mostrar una historia alternativa, de la que no se habla, reconociendo el papel del travesti nacional dentro de nuestra comunidad. Partía de una premisa: nuestra historia, la oficial, esa que nos paporretean hasta asumirla, es una versión no solo edulcorada de todo lo que hemos vivido, sino también curada. Toda obra de arte puesta a exhibir en un museo ha pasado previamente por un filtro. El punto de este antimuseo era, precisamente, cuestionar ese filtro.

Al revisar nuestra historia, los discursos predominantes han sido no solo heterosexuales, sino casi siempre de una masculinidad que hoy llamaríamos cisgénero. De esta manera, tenemos una historia oficial que no considera todo hecho o personaje que no se hayan adherido a los cánones establecidos por una sociedad con valores católicos y occidentales. El canon te asimila o te desecha. Esta omisión se presenta —desde el púlpito de lo oficial— como una verdad irrefutable.

Por eso, el Museo Travesti del Perú sale al frente para hacerle el pare a este discurso homogeneizador, con imágenes, objetos y documentos que van desde lo preinca hasta falsos documentales, pasando por una multitud de vergonzosos recortes de periódicos. Una «arqueología del maquillaje», desde las ordenanzas de 1566 que castigaban con rapar a todo «yndio que condujere en abito de yndia» hasta los exvotos que dejan las travestis devotas en la tumba de Sarita Colonia. Todo resignificado.

Por ejemplo, se exponía la imagen de una cerámica de la cultura moche, propiedad del Museo Larco, que muestra a un personaje, ataviado con ropas de ambos sexos, teniendo relaciones con un ente sobrenatural. En esa época, el Museo Larco había catalogado la pieza en la categoría de huacos «moralizantes». Desde una mirada hegemónica, obvio, esa representación solo podía corresponder a algo

prohibido. Giuseppe discutía esta clasificación —seguramente casi automática, parte de la inercia cultural— y la enfrentaba a nuevos estudios.

Su conceptualización del travestismo no partía de la idea de «imitación de lo femenino». Por el contrario, el travestismo para Giuseppe era el ejercicio de la libertad de una persona que se atreve a romper convenciones:

> Es curioso porque la gente dice que el travesti se viste como mujer, pero yo no he visto ninguna mujer vestirse como lo hace un travesti. Dentro de la estética femenina actual, las mujeres no se maquillan, no se pintan el pelo, no se aprietan la ropa. Yo veo el travestismo como un ritual, como el sacerdote que realiza una liturgia o como el chamán en las culturas originarias. No es un hombre vistiéndose de mujer, es un hombre rompiendo convenciones, límites y vistiéndose como él en el fondo quiere vestirse.

Así se entiende mejor su provocadora frase —que debería ser parte de nuestra vida cotidiana—: «Toda peruanidad es travestismo». Somos un país cuyo proceso de búsqueda de identidad, construcción y contraconquista también lo traviste, un país en metamorfosis constante.

Giuseppe murió joven, a los 44 años, en 2013. Pero, de la mano de activistas e investigadores, su museo ha seguido recorriendo el mundo. Ha sido expuesto en galerías europeas y calles peruanas. Su mirada ha logrado permear en el debate académico *mainstream* peruano. Y, más importante aún, en el resto de América Latina, Giuseppe mismo es considerado un referente —*abuela* es muchas veces el término utilizado— para *drag queens* y, en general, para activistas LGTBQ de todo tipo. Su museo inmaterial lo ha sobrevivido y promete ser —gracias a la adaptabilidad de su travestismo— más perdurable que aquellos que figuran en TripAdvisor.



MIGUEL GRAU VS. LOS HERMANOS GUTIÉRREZ

El legendario linchamiento de los hermanos Gutiérrez representa un episodio inédito en nuestra historia. Usualmente, los presidentes se sacan entre ellos: a Pardo lo sacó Leguía, a Bustamante lo sacó Odría, a Belaúnde lo sacó Velasco y, así, ad nauseam. *En cambio, a los Gutiérrez los sacó el pueblo… con una ayudadita de Grau.*

Daría Balta ya sabía que el 22 de julio de 1872 iba a ser una fecha memorable en su vida. Esa noche iba a contraer matrimonio, lo que prometía ser el evento social del año en Lima. Después de todo, no todos los días se celebraba la boda de la hija de un presidente en funciones. Estaba aprovechando que a su padre, José Balta, aún le

quedaba poco más de una semana de mandato presidencial.

Los Balta ya estaban de salida. Se acababan de celebrar elecciones presidenciales y pronto ingresaría el nuevo inquilino de Palacio, Manuel Pardo y Lavalle. Era una situación insólita para nuestra aún joven república. Una transferencia pacífica de poder a un candidato opositor al régimen saliente ya era suficientemente inaudita, pero a esto se le agregaba un detalle casi extravagante: Pardo iba a ser el primer civil en llegar a la presidencia.

Papá Balta había tratado de impedir este escenario, por supuesto. No solo porque su sucesor tenía la doble condición de ser opositor y civil, sino porque de por medio estaba el contrato Dreyfus. Hay un capítulo en este libro dedicado a esta trafa[32], pero basta decir aquí que Pardo era uno de los «consignatarios» afectados directamente por este acuerdo. En parte, su popularidad se había construido al posicionarse como enemigo del millonario convenio firmado por Balta. Su llegada al poder podía ser peligrosa para sus antecesores.

Por eso Balta había tratado de asegurarse con un candidato títere que no funcionó. Luego, había convocado a un personaje peligroso: Tomás Gutiérrez.

Tomás era el mayor de cuatro hermanos arequipeños, todos coroneles, todos de dudosa reputación. Él, en particular, había tenido una carrera de sublevaciones, degradaciones y complots políticos. Basadre lo describe como «brusco, impetuoso, altivo, ignorante y resuelto». Antes de las elecciones, a Balta no se le había ocurrido mejor idea que nombrarlo ministro de Guerra, quizás con el ánimo de asustar a sus opositores (lo que consiguió: el Partido Civil protestó por su designación). Por su lado, Tomás puso a cada uno de sus hermanos al mando de los tres batallones que custodiaban Lima. Ninguno estuvo muy contento con la victoria de Pardo. Y menos con la resignación con la que Balta había aceptado los resultados.

A las dos de la tarde del día que se iba a casar, Daría Balta estaba en la habitación de su madre, en Palacio de Gobierno, cuando escucharon una tremenda agitación afuera. De pronto, la puerta del cuarto se abrió: era Silvestre Gutiérrez, al mando de sus tropas, que traía consigo al capturado presidente Balta. Daría y su madre se le

fueron encima a Silvestre, pero el presidente las calmó. No es difícil imaginar que Balta negoció la salvaguarda de ambas: ellas se quedaron en Palacio, mientras él era trasladado a un cuartel.

Afuera, en la plaza de Armas, los hermanos Gutiérrez habían colocado a sus batallones para que fueran testigos de un espectáculo farsesco: Marceliano Gutiérrez ascendía a su hermano Tomás al grado de general y, de paso, lo proclamaba jefe supremo de la República del Perú.

¿Qué había pasado? Balta y los Gutiérrez habían planeado desconocer las elecciones e impedir la llegada del civilismo al poder. Sin embargo, aconsejado por empresarios beneficiados por el contrato Dreyfus, Balta desistió en el último minuto. Pero para los Gutiérrez esto no era un *business*, sino una cuestión de orgullo militar. Consideraron traidor a Balta y se hicieron con el poder.

Aquí cometieron un error gravísimo, del que futuros golpes sacarían lecciones: no coordinaron con la Marina. Para entonces, había un grupo de piuranos con una carrera destacada en nuestra Armada. Todos, además, estaban muy vinculados al Partido Civil. De hecho, el ayabaquino Lizardo Montero, excomandante general de la Escuadra durante la guerra con España, acababa de ser elegido senador civilista por Piura. Y quien lideraba el arma en ese momento era el paiteño Antonio de la Haza. Sin mencionar que el piurano más célebre de todos, Miguel Grau, ya comandaba el Huáscar.

A los piuranos marineros civilistas no les gustó que una familia de militares arequipeños se apareciera para mangonearlos.

Los principales comandantes —reunidos en el barco Marañón— firmaron una proclama en contra «del criminal proceder del coronel Tomás Gutiérrez» que era «la ruina del régimen constitucional», y procedieron a fondear todas sus naves en la isla San Lorenzo. Se preparaban para un choque inminente.

Junto al ahora senador Lizardo Montero, Grau tenía una manchita llamada los Ases de la Marina, que incluía a los comandantes limeños Manuel Ferreyros y Aurelio García y García. Los Ases en actividad —junto al capitán de navío paiteño Camilo Carrillo— enfilaron sus barcos hacia el sur para fomentar en sus pueblos la resistencia a los Gutiérrez.

Pero antes, Grau tuvo un desvío. El electo Manuel Pardo había logrado huir de Lima —según la leyenda, disfrazado de carretero— rumbo a Chilca. Allí, de acuerdo con sus contactos en la Marina, lo estaría esperando un buque que nunca apareció. Igual se hizo a la mar y fue recogido por el Huáscar, donde lo recibió su viejo amigo Miguel Grau. Luego, Pardo pasó al Independencia y Grau siguió rumbo al sur.

Cuatro días después del golpe, Lima vivía una parálisis total. Pocos habían salido a protestar, pero muchos menos eran los que habían explicitado un apoyo a los Gutiérrez. Incluso el cuarto hermano, Marcelino —el «apacible», según Basadre—, no había vuelto a sacar sus tropas desde el día del golpe. Reinaban el silencio y la tensión.

El 26 de julio, Grau envió el que quizás sea el telegrama más célebre de nuestra historia. Un manifiesto dirigido a las autoridades —prefectos, alcaldes, etcétera— de Arequipa, Cusco, Tarapacá y otras ciudades sureñas. Un mensaje que aún hoy emociona por su lamentable vigencia, en el que Grau se muestra preocupado por el sostenimiento de nuestras instituciones, indignado por el atropello de la ley, y en el que declara que no reconocerá «otro caudillo que la Constitución».

Esa misma mañana, una muchedumbre linchó a Silvestre Gutiérrez en lo que hoy es la plaza San Martín. Había empezado el contraataque. La reacción de los golpistas fue acribillar a Balta en su cama. Eso ya fue demasiado. El pueblo entero se levantó contra los usurpadores.

(Aquí hay que hacer una elipsis porque lo que viene a continuación es una serie de escenas de mutilación, destripamiento y hasta, según algunos testigos, canibalismo).

Al amanecer del día siguiente, lo que quedaba de los cuerpos desnudos y vejados de Tomás y Silvestre apareció colgado de las torres de la Catedral. Era un espectáculo macabro: el templo aún estaba engalanado con los arreglos florales para la frustrada boda de Daría Balta. Luego, alguien cortó las cuerdas que los sujetaban. Los cadáveres, estrellados contra el piso, fueron arrastrados a una hoguera alimentada con las pertenencias saqueadas de la familia Gutiérrez. Allí se les unieron los despojos de Marceliano, desenterrados de su breve sepultura y traídos a rastras desde el Callao, donde había muerto

peleando.

Poco después, Pardo volvió a Lima y asumió la presidencia. Al final de su Gobierno, Grau sería elegido diputado por el Partido Civil. El único Gutiérrez sobreviviente, Marcelino —el apacible—, fue amnistiado y murió de viejo ya en el siglo XX. Y, lo más importante, Daría Balta pudo casarse al año siguiente.

---

32 Ver el capítulo «Corrupción de mierda».



NEGRA SOY

Los años veinte llegaban a su fin. El calor ya se sentía en las calles del distrito limeño de La Victoria. Las risas de un grupo de infantes que jugaban anunciaban una tarde tranquila. De pronto, una de ellos, la niña más blanca de todos los presentes, pidió que retirasen a otra niña del grupo. ¿La razón? Era negra. De la rubia nadie sabe ni quién cuernos era ni dónde diablos se habrá muerto. La otra era Victoria Santa Cruz.

Con suerte, si es que el actual alcalde lo permite, quien lea este libro podrá caminar por el centro de Lima, cerca de la cuadra 7 del jirón Lampa, para apreciar un mural grande dedicado a Victoria Santa Cruz Gamarra (1922-2014). La pieza —realizada por el grafitero Entes en homenaje a la compositora, coreógrafa y diseñadora peruana— es de 2019 y lleva la frase «Negra, negra y qué», que hace referencia a su conocida interpretación del poema-canción «Me gritaron negra», que

relata su perspectiva de la escena con la que abrimos este capítulo:

Tenía siete años apenas,
apenas siete años.
¡Qué siete años!
¡No llegaba a cinco siquiera!
De pronto unas voces en la calle
me gritaron: «¡Negra!».
«¿Soy acaso negra?», me dije.
«¿Qué cosa es ser negra?».
Y yo no sabía la triste verdad que aquello escondía.
Y me sentí negra como ellos decían.
Y retrocedí como ellos querían.
Y odié mis cabellos y mis labios gruesos.
Y miré apenada mi carne tostada.

Vivía en La Victoria, la primera barriada de la era republicana. En una entrevista para el programa *Retratos*, en Televisión Nacional del Perú, de 2002, Victoria recordó con un poco más de detalle lo ocurrido:

> Yo no sabía que era negra. Cuando digo que no sabía que era negra no estoy hablando del color, sino de lo que ello implicaba. Y me retiraron. Y fue muy doloroso, y nació en mí una cosa de revancha terrible, porque a partir de ese momento empecé a odiar, a odiar. Que si alguien me hubiera puesto una ametralladora me ponía a matar blancos… Felizmente, nadie me la puso.

Felizmente, Victoria había nacido en una familia de artistas. Su padre, Nicomedes Santa Cruz Aparicio, había sido embarcado, cuando niño y en plena guerra del Pacífico, rumbo a Estados Unidos. Al volver, era un dramaturgo consumado que leía a Shakespeare en versión original, se declaraba kantiano y prefería Wagner a los valses criollos. Su madre, Victoria Gamarra, se pasaba el día entero cantando mientras trabajaba lavando ropa en una batea, hasta veinte horas al día, para mantener a sus diez hijos. Sabía de todo: panalivio, festejos, habanera, décimas…

En ese ambiente familiar, por suerte, las ganas de revancha de Victoria se transformaron en arte y también en investigación. Pero

tomó tiempo. Durante años, ella lo admite, odió. Pero ese odio fue parte de un proceso de sanación. Recién en 1959, cuando tenía 37, decidió entregar su vida a la cultura. A su cultura. Junto a su hermano Nicomedes —ya un famoso decimista— se volvió codirectora de Cumanana, una compañía de teatro afroperuano que marcó época.

Hoy, que la herencia negra en nuestra cultura está tan normalizada, es difícil entender cuán rompedores fueron los hermanos Santa Cruz. Visibilizaron prácticas y expresiones que, en el mejor de los casos, eran marginales para el discurso oficial. En otros, ni siquiera había un registro académico o periodístico de su existencia.

Para 1961, escribió y protagonizó *Malató*, una obra de teatro musical que se transmitió en televisión (su elenco exclusivamente negro sería insólito en la televisión contemporánea). En esa obra, se estrenó el ahora célebre landó «Samba malató». Nicomedes y Victoria Santa Cruz recordaban haber escuchado a su mamá y a una tía cantar los versos: «La samba se pasea con la batea, landó, samba malató, landó». Sin más registro que su memoria, los hermanos reconstruyeron el resto de la letra y la melodía.

Al año siguiente, el Gobierno francés la becó. Tenía 42 años cuando inició sus estudios en la Université du Théâtre des Nations y la École Supérieur des Études Chorégraphiques. Llevó a París tradiciones afroperuanas que hasta hacía muy poco parecían olvidadas. Se presentó incluso en Marruecos y, durante cuatro años, recorrió Europa con su arte orgulloso.

Al volver a Perú, se dedicó a recrear bailes hasta el momento perdidos, como el landó y la zamacueca, cuyos pasos nadie nunca se había tomado el trabajo de inventariar, ya sea de forma fílmica o impresa. Como explica la investigadora Heidi Feldman, Victoria utilizó lo que llamó su «memoria ancestral» para «redescubrir los movimientos a través de su propio cuerpo». En la práctica, reinventó esas danzas.

Estamos iniciando los setenta y, ya para entonces, Victoria era una celebridad internacional en pleno auge mundial del *black power*. En 1974, el presidente senegalés Léopold Senghor —también poeta— invitó a los hermanos Santa Cruz a un coloquio en Dakar: *Négritude et Amérique Latine*. Pero Victoria también era profeta en su tierra. Montó

su propia obra de ballet: *La muñeca negra*. Fue nombrada directora de la Escuela Nacional Superior de Folklore. Recorrió América Latina y también el Perú con sus obras y sus ritmos. Los premios no se detenían.

En 1978, cuando la artista tenía 56 años, la visitaron Eugenio Barba y Torgeir Wethal, el renombrado dúo fundador del Odin Teatret, el vanguardista grupo teatral danés. Le propusieron grabar un documental sobre ella. Y así surgió *Victoria: Black & Woman*, el cortometraje en blanco y negro del que se ha tomado la viralizadísima interpretación de «Me gritaron negra». Uno de los tantos videos con ese extracto del documental acumula casi tres millones de vistas en YouTube, con comentarios asombrados de usuarios de diversas nacionalidades y en distintos idiomas. Otra copia de este material audiovisual fue el eje de una exposición en el Hammer Museum de Los Ángeles.

Victoria pasó casi veinte años —todos los ochenta y noventa— como profesora de la Universidad Carnegie Mellon, en Pittsburgh, Estados Unidos. Quizás ya sospechaba lo que se venía.

El Perú era distinto, y tan rápido como nuestra sociedad había acogido a los hermanos Santa Cruz y su reivindicación de lo negro, así de veloz también el racismo institucionalizado volvió a tomar las pantallas y las calles. Una adaptación televisiva de *Matalaché* —el libro de López Albújar que cuenta la historia de amor entre un esclavo mulato y la hija de un hacendado piurano— fue protagonizada por un actor blanco haciendo *blackface.* Sin mencionar el escarnio habitual en los programas cómicos. El mismo Nicomedes recuerda cómo los adolescentes —que en su momento detenían todo por un autógrafo suyo— llegados los años ochenta le espetaban «el grito que le hacen a todos los negros, "uh, uh, uh", imitando mi voz y todo por calles y plazas, como un vejamen y una burla cruel». Poco después, él también partió a vivir, para siempre, a Madrid.

Pero su legado y el de Victoria son inmortales. Pocas palabras más vigentes que:

Y voy a reírme de aquellos,

que por evitar —según ellos—,
que por evitarnos algún sinsabor,
llaman a los negros «gente de color».
¡Y de qué color!
¡Negro!

El discurso políticamente correcto siempre tiende a menospreciar o satanizar el odio. Pero, a veces, regurgitar algo durante treinta años puede ser parte de un proceso de curación, de catarsis, de exorcismo. Y, con personas geniales como Victoria Santa Cruz, del odio también puede germinar un proceso de afirmación de toda una cultura.



NO SE LO DIGAS A LOS COMPAÑEROS

En enero de 2005, en la II Feria del Libro de Trujillo, el periodista Toño Angulo fue atacado por un puñado de apristas por presentar un libro, sobre diversos temas, de nueve capítulos. El pecado: uno de ellos abordaba la supuesta homosexualidad de uno de los trujillanos más renombrados, el líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre.

Resulta innegable que el Apra fue el principal partido político de la historia contemporánea. Para un *centennial* quizás sea difícil calibrarlo en su real magnitud, pero, en sus primeros años, fue uno de los más influyentes movimientos que abonaron la tradición populista en toda América Latina. Lanzado en México, en 1924, por un exiliado Víctor Raúl Haya de la Torre, como una ambiciosa alianza internacional de países de «Indoamérica», al poco tiempo decantó en… un partido político peruano.

Pero no en cualquier partido. Era el «partido del pueblo», de ideología antiimperialista y cuyas bases eran los «trabajadores manuales e intelectuales». Hoy los terruquearían. Es más: en su momento, lo hicieron. A lo largo de cinco décadas, Víctor Raúl postuló más de una vez a la presidencia, y más de una vez ganó, y más de una vez fue despojado de su triunfo, ya sea con un golpe militar o alguna triquiñuela bajo la mesa. El Partido Aprista fue perseguido durante dos largos periodos, que incluyeron los Gobiernos de Prado y Odría, líderes conservadores con los que, años después, Haya terminaría aliándose.

Ningún movimiento sobrevive a tantos avatares y volteretas sin un líder carismático que subyugue la imaginación y las pasiones de sus seguidores. Y ese era Haya. Mejor dicho, el Jefe. Un hombre de discursos encendidos y dominio de masas. Un hombre que no se casó ni tuvo hijos. Un hombre entregado a su partido.

Sus enemigos, por supuesto, tenían una imagen distinta. Para las elecciones de 1962, *El Comercio* inició una campaña de desprestigio sirviendo de altavoz de un rumor para entonces ya bastante extendido: que Haya de la Torre era homosexual. «Una tira cómica lo trataba de Lucy, por un seudónimo que Haya había empleado de joven para escribir sobre la alta sociedad, y lo mostraba eligiendo vestidos de mujer», recuerda Toño Angulo[33].

Para su crónica, Angulo conversó con una veintena de personas que le contaron anécdotas circunstanciales sobre las preferencias sexuales de Haya. Desde viejos trujillanos que lo conocieron en sus primeros años de político hasta dirigentes actuales del partido, incluyendo un par de libelos con profusión de detalles: uno escrito por un poeta que asegura haber renunciado al aprismo por la homosexualidad de su líder; y el otro, por un antiguo escolta de Víctor Raúl con «el tufo despechado de una declaración de amor no correspondido».

El único testimonio directo que se atrevió a figurar con nombre y apellido es el de André Coyné, poeta francés que fuera pareja del surrealista peruano César Moro. Coyné le contaba, a quien quisiera escucharlo, que había encontrado a Víctor Raúl «en un bar de muchachitos» de Roma. A mediados de los cincuenta, Haya ya era un

sesentón. Ambos se dedicaron a charlar y mirar. No se dijeron más. Meses después, coincidieron en Tokio y quedaron en salir. Durante algunas noches, recorrieron clubes gays, pero eso fue todo. Haya solo miraba.

Una entrevista televisada a Coyné también provocó un incidente en Trujillo. En 2008, el escritor francés había viajado a la cuna del aprismo para rendir homenaje a Vallejo y un canal local aprovechó para hablar de la entrevista que le había dado a Angulo. Coyné se reafirmó, pero el dueño del canal —también vinculado al partido— la vetó mientras lanzaba ajos y cebollas a los reporteros.

Hay otro testimonio notable, el de Julio Ramón Ribeyro. En *Cartas a Juan Antonio* (su hermano), el escritor cuenta haberse encontrado con Víctor Raúl en las calles de París, golpeado. «Unos dicen que fueron unos estudiantes de izquierda. Esto me parece improbable, pues tengo enlace con ellos y me habría enterado. Otros dicen que fue un lío de maricas, pues los cafés que frecuenta Haya son de esa calaña».

Habrán notado que nadie puede atestiguar a ciencia cierta qué ocurría debajo de las sábanas de Víctor Raúl. La sexualidad humana es demasiado compleja como para —solo de oídas— tratar de encasillar a alguien en una categoría, especialmente, si es que esa persona no ha sido explícita respecto de su vida privada.

El caso es que el Jefe sí quiso dejar una versión oficial.

Para lidiar con los rumores y las afrentas, Víctor Raúl solía contar una que otra historia con distintas protagonistas. Ante sus discípulos, se presentaba como un romántico incorregible, que suspiraba por sus amores —femeninos— perdidos y que, ahora, estaba consagrado en cuerpo y alma al partido. Si hubiese estado mintiendo, sería comprensible. El estigma de la homosexualidad en el Perú del siglo XX era quizás el peor.

Tristemente, cambiamos de milenio, pero no de mentalidad. En el siglo XXI, ya lo vimos, los apristas han sido capaces de violentarse ante cualquier tipo de insinuación sobre la vida amorosa del Jefe que no respondiera a la cóncava y convexa lógica heterosexual. Haya murió en 1979 y, décadas después, sus seguidores continuaron difundiendo con

ardor —digno de mejor causa— los supuestos romances *straight* de su indudablemente viril líder.

El libro de María Luz Díaz, *Las mujeres de Haya,* explora esa senda. Uno de los capítulos, por ejemplo, está dedicado a Anita Pantoja, nombre clave de la hija del expresidente Guillermo Billinghurst, Ana. Ella, joven, viuda y millonaria, durante años, protegió y ayudó a Haya a ocultarse en tiempos de la persecución. Por eso, para el Partido Aprista fue muy fácil vender la idea de que ella era una especie de compañera sentimental frustrada de Víctor Raúl, lo cual, además, aprovechaba de manera perfecta el prestigio social que ella acarreaba.

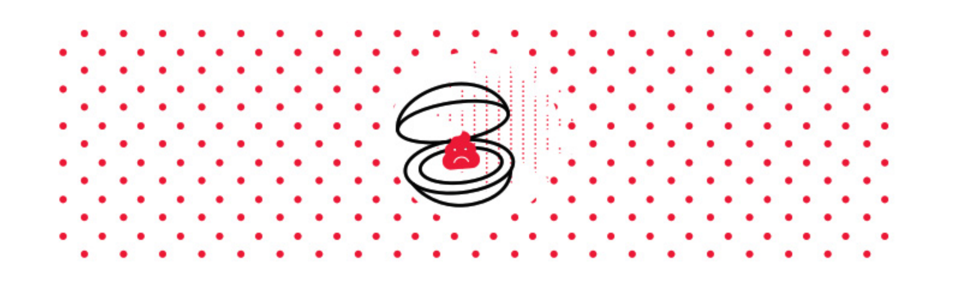
Incluso, poco después de la publicación de ambos libros —el de Díaz y el de Angulo—, los apristas se encargaron de difundir la vieja fotografía de una concurrida boda en la que se ve a Anita casándose de blanco, en una iglesia, con alguien que está casi de espaldas y que se afirmó que era Víctor Raúl. El periodista José Alejandro Godoy cruzó las fechas y los retratos de los protagonistas, y concluyó que lo más probable es que se tratara de una escena del único matrimonio de Ana.

Existen también biografías —más bien hagiografías, alguna de más de mil quinientas páginas— de Haya, escritas por correligionarios o áulicos, en las que se mencionan otros romances heterosexuales, casi siempre en medio de arrebatados viajes por Europa. Incluso, se habla de una hija perdida en Alemania. Afirmaciones que las familias de las implicadas no tardaron en desmentir.

Hoy que sabemos que la orientación sexual es un espectro y que, dentro de este, muchas personas no encajan en categorías estancas, la pregunta sobre la vida privada de Haya se siente incluso más anacrónica. Al final, para entendernos como sociedad, resulta mucho más relevante no el tema en sí, sino todo lo que lo rodeó: las especulaciones sobre su sexualidad; el uso de esta para desprestigiarlo, por parte de sus enemigos, y la necesidad compulsiva de desmentir toda desviación de la norma, por parte de sus correligionarios. Lo que hizo o dejó de hacer Haya con su cuerpo importa mucho menos que todo lo que dijimos al respecto.

---

33 Por cierto, esos textos, aunque iban sin firma, eran escritos directamente por el fascista Carlos Miró Quesada Laos, que merece una mención en el capítulo de «El viejo lesbiano original».



CAYO MIERDA,
EL MONTESINOS ORIGINAL

A lo largo de este siglo, muchos líderes políticos han soñado con tener su propio Montesinos. Es más, muchos han soñado con ser Montesinos. Pero Montesinos soñó con ser *Alejandro Esparza Zañartu. Solo que Esperanza Zañartu era peor. Mucho peor.*

Montesinos lleva ya más de dos décadas en prisión y sus crímenes han sido sentenciados. En cambio, retirarse a morir en una chacra sin que la justicia te haga pagar es un destino reservado solo para los grandes: Thanos, Vito Corleone, Esparza Zañartu. El peruano acusado de apresar, torturar, asesinar y desterrar a miles de sus compatriotas acabó sus días en Chaclacayo sembrando paltas, y, en 1985, murió

rodeado de su familia.

Pero nos estamos adelantando. Primero hay que tener claro el contexto. Un buen día de 1948, el general Manuel A. Odría decidió hacerse de la presidencia con un golpe de Estado. Ninguna novedad. Dos años después, para legitimar su poder, convocó a elecciones, pero con un detalle: la cédula de sufragio solo mostraba su nombre. Bueno es culantro, pero no tanto.

Para este proceso de golpes, legitimaciones y apariencias, fue crucial otro militar: Zenón Noriega. En los ocho años que duró el régimen odriista, el general Noriega fue un volante creativo: ministro de Guerra, vicepresidente y hasta presidente un par de días o de meses, cuando fue necesario. Pues bien, de niño, en Cajamarca, Noriega había tenido un compañerito, un gran amigo y, al parecer, un gran intrigante: Alejandro Esparza Zañartu.

Hasta 1948, nuestro protagonista se dedicaba a comerciar vinos —y quién sabe qué más, como para que Noriega haya visto ciertas aptitudes en él—. El caso es que, apenas iniciado el ochenio, Esparza fue nombrado en un puesto relativamente oscuro: director de Gobierno. Allí se convirtió en el poder tras el poder. Controlaba los cuerpos policiales, interceptaba cartas y teléfonos, censuraba radios y periódicos, infiltraba con espías las universidades y los sindicatos, torturaba opositores y traidores, monitoreaba cárceles y aeropuertos, y decidía detenciones y deportaciones. Todo bajo el amparo de la Ley de Seguridad Interior, una norma legal que se convirtió en sinónimo de Esparza.

«En aquellos días, el mundo estaba dividido entre los amigos y los enemigos de Esparza», escribió Guillermo Thorndike, quien pinta así al hombre fuerte del ochenio:

> Se movía por Lima en un rápido automóvil negro, lleno de antenas, y seguido por varios patrulleros y vehículos con matones particulares. Tendía a inclinarse levemente para saludar a los ricos. No parecía impresionarlo la pobreza, ni conmoverlo el llanto de aquellas suplicantes que colmaban su sala de espera. Según donde estuviera, podía hablar a media voz o tronar órdenes con esa brutalidad de quien se sabe obedecido siempre. [...] Parecía inofensivo. Bajito de estatura,

> casi esmirriado, con cierto aire de intruso en las reuniones sociales, rara vez vestido de azul oscuro que mandaba la etiqueta vespertina, por lo común trajeado de gris claro, de *beige* desentonado, sonriendo como si fuese incapaz de una maldad o un gesto brusco, no se diga de encarcelar a un aprista o de ordenar una pateadura a un dirigente sindical, sino de usar con energía un matamoscas.

A pesar de tratarse de un régimen —para tranquilidad y deleite de la oligarquía limeña— esencialmente conservador, antiaprista y anticomunista, Esparza no encajaba en la alta sociedad a la que servía. Ante esta, generaba dos tipos de sonrisas: las hipócritas y las nerviosas. Él lo sabía y se esforzaba por entonar en ese ambiente, tanto así que alguna vez se la pasó una hora dudando ante una docena de opciones de corbata.

Se desquitaba con los de abajo. En las prisiones, a donde llegaban hartos inocentes, Esparza Zañartu era juez supremo e inapelable, el todopoderoso. Y a él y nadie más se tenía que acudir. El *micromanaging* de la desesperanza era su pasión. Se podía acceder a él, en persona, pero, antes, se tenía que pasar de una instancia a otra gracias a tarjetas de recomendación, hasta llegar a las habitaciones próximas a su despacho, en las que el tiempo quedaba detenido. Una semana, un mes, tres meses podía tardar la ansiada entrevista, solo para que Esparza Zañartu insinuase un favorcito, a la vez que miraba las rodillas de la suplicante.

Mario Vargas Llosa fue uno de los que logró esa audiencia. Cuando era un joven dirigente universitario, el futuro Nobel fue parte de una delegación que solicitaba condiciones humanitarias para sus compañeros encarcelados. Esparza los recibió en persona y Vargas Llosa recuerda a «un hombrecillo adefesiero, cuarentón o cincuentón, o, más bien, intemporal, vestido con modestia, de cuerpo estrecho y hundido, la encarnación de lo anodino, del hombre sin cualidades (al menos físicas)». Salió de allí pensando en el contraste brutal entre la imagen tenebrosa del personaje versus su mediocre realidad.

De esa entrevista, surgió el que quizás sea el único legado positivo de este sujeto: la semilla de *Conversación en La Catedral*, la novela definitiva sobre las dictaduras peruanas. En ella, Vargas Llosa no solo

recrea la represión y corrupción del ochenio, sino que coloca en el centro a un personaje inmortal: Cayo Mierda, imagen y semejanza de Esparza Zañartu.

En la novela también se cuentan su ascenso final y su caída. Primero, la revelación del complot de Zenón, que se veía ya como sucesor de Odría. Fue Esparza, su propio amigo de colegio —y, según algunos, también su instigador—, quien advirtió a Odría de la traición (algo que, se dice, fue corroborado por videntes). Zenón fue detenido de madrugada junto con algunos de sus cómplices y desterrado. Así, lo que era un triunvirato se convirtió en un dúo.

Pero ese fue el inicio del fin. Para acallar críticas, Odría decidió que lo mejor era poner oficialmente a cargo al hombre fuerte, nombrarlo ministro de Gobierno, es decir, del Interior. Esparza se opuso: sabía que lo peor, para alguien como él, eran los reflectores. Algunos creen que ese nombramiento formaba parte de un plan de Odría para deshacerse de un personaje que, internamente, era muy crítico de la convivencia entre el régimen militar y el orden oligárquico.

El caso es que la brutal represión de un mitin en Arequipa le terminó costando el puesto. El hombre no se hizo problemas y se fue a Europa a disfrutar de la súbita y sospechosa prosperidad económica que había acumulado desde el 48 (que incluía una casa en San Isidro y una hacienda en Chosica, ambas con un verdadero lujo para la época: aire acondicionado). A pesar de los centenares de muertos del ochenio, nadie nunca lo persiguió. Según el periodista Paco Igartua, su seguro de vida fueron unas indiscretas cintas magnetofónicas, inéditas precursoras de los *vladivideos*.

Con los años, volvió al Perú, refugiado en su chacra de paltas en Chaclacayo. Entre esas paltas, el reportero César Lévano le preguntó:

—Y usted, ¿no está arrepentido de sus abusos?

—No estoy arrepentido. Creo que dimos al país la época en que más fácil trabajo hubo. ¿O no?

—Pero hubo muertos. Se le atribuye responsabilidad por el asesinato de Luis Negreiros, el dirigente sindical aprista…

—¿Muertos? —sonrió Esparza, como sorprendiéndose.

Cayo Mierda fue un hombre que nunca se hizo paltas.



EL VIEJO LESBIANO ORIGINAL

Seguro esto se les hace familiar: un señor de clase alta con una mirada liberal de la vida termina, con los años, convirtiéndose en un rancio defensor de ideas abiertamente fascistas. Hemos visto a más de una figura pública pituca transitar esta metamorfosis hacia lo que ahora se llama el viejolesbianismo. Por supuesto, ellos siempre dirán que eso es falso, que ni son pitucos ni son fascistas. Al menos, el personaje de este capítulo sí se asumió como lo que era.

Nos referimos a José de la Riva Agüero y Osma, a quien, de ahora en adelante, llamaremos Pepito, porque esta es una historia con muchos apellidos, uno más largo que el otro.

Pepito era «de familia», su abolengo estaba escrito en libros recopilados por historiadores. Fue bisnieto del primer presidente que tuvo esta república, José Mariano de la Riva Agüero y Sánchez Boquete, y fue sobrino-bisnieto del precursor de la independencia José

Baquíjano y Carrillo de Córdoba. En su frondoso árbol genealógico, encontramos a duques, marqueses y hasta una princesa, cuyos títulos no incluiremos por razones de espacio.

Todo esto se cuenta para que quede claro que, incluso antes de la independencia del Perú —pero, sobre todo, luego de esta—, la familia de Pepito era una de las que, en este país de gamonales, ostentaba el poder económico, político y social. Esto, por supuesto, no tiene por qué determinar el pensamiento de nadie.

Y vaya que Pepito pensaba. Era un polígrafo notable, con intereses (y estudios) que iban desde la literatura hasta la historia, pasando por el derecho y la filosofía. Tenía 26 años cuando lo metieron preso por publicar un artículo en defensa de valores democráticos. Era un liberal comprometido con el sistema representativo y tan a la vanguardia que a su manchita les pusieron «los futuristas». Tampoco se hizo problemas teniendo como secretario personal a un joven Abraham Valdelomar, que por entonces ya había decidido no ocultar su homosexualidad. Se dedicó a viajar por el Perú, a lomo de mula, algo insólito para la intelectualidad capitalina —incluyendo la indigenista— del momento.

Hasta que, en 1919, llegó el golpe de Estado.

Esta vez el golpista fue Leguía, el mismo que antes lo había mandado a encarcelar. Pepito se fue del Perú durante todo su Gobierno. Para su mala suerte, a este periodo se le habría de conocer como el oncenio, por los once años que duró. Y once años duró el exilio de nuestro personaje.

Cuando Pepito volvió, el Perú era otro. Y él también.

Su buen amigo Luis E. Valcárcel —considerado padre de la antropología peruana y uno de los mayores impulsores del indigenismo— fue a buscarlo apenas regresó. El *shock* que le produjo la fanatización y radicalización de su amigo quedó registrado así:

> Para mi sorpresa, traía un libro de misa en la mano; regresaba en ese momento de la iglesia. Luego de saludarnos calurosamente, Riva Agüero me dio a entender que sus parientes y amigos lo habían hecho volver sobre sí mismo y que en Europa había comprendido la importancia de sus orígenes nobles y castizos, de los cuales no podía renegar. Por eso había reconocido sus títulos nobiliarios y retornado al

> seno de la Iglesia.

Valcárcel también cuenta que Riva Agüero era tan conservador que uno de sus temas preferidos de conversación eran las «disquisiciones genealógicas», el equivalente, en ese entonces, del hoy clásico: «¿De qué cole eres?». Poco tiempo después, el indigenista lo vio haciendo el saludo nazi «por primera vez» en un evento de la colonia italiana.

Eran los años previos a la Segunda Guerra Mundial y el fascismo estaba completamente normalizado en el Perú. Los años convulsos de Sánchez Cerro dejaron como legado a los «camisas negras» de la Unión Revolucionaria. La edición vespertina de *El Comercio* estaba a cargo de Carlos *Garrotín* Miró Quesada, que publicaba en el diario loas a Hitler y Mussolini («genuinos exponentes de una evolución profunda»). La PUCP era un nido de producción católico-reaccionaria-intelectual, con Raúl Ferrero Rebagliati a la cabeza. La lista de fascistas notables de esa época —con apellidos rimbombantes hasta nuestros días— es larga y, aun así, entre ellos destacó nuestro Pepito.

A Riva Agüero, toda idea progresista le apestaba porque le sonaba a barbarie, pero, en especial, a ateísmo. Solía poner como ejemplo que Mussolini había establecido la instrucción religiosa y el crucifijo en las escuelas y que había desaparecido el divorcio. Además, renegó de su visión anterior del Imperio incaico (que no era, ni mucho menos, idílica) y se transformó en un hispanista a carta cabal. Fíjense cómo termina este párrafo en el que, además, se transforma en uno de los pioneros en denunciar el racismo inverso:

> Como los blancos nos sentimos en todo peruanos de alma, y en nada nos parecemos a los inasimilables barones bálticos, predicar odios y exclusivismos de raza es en el Perú tarea extemporánea, insensata y criminal, y destinada a la postre al fracaso y al ridículo [...]. El repudio de los sucesivos colonizadores llevaría en buena lógica a quedarse con el primitivo salvajismo antropófago.

Hay un poquito de análisis en este privilegio. Valcárcel le respondería con un par de líneas aplicables hasta hoy: que, si bien es innegable el «mestizaje biológico», en el «mestizaje cultural, la parte hispánica

seguía siendo indiferente a la indígena y la mezcla o famosa simbiosis era una tarea que estaba por realizarse». Pero era en vano. Después de todo, por algo Pepito acababa de reclamar los títulos de marqués de Montealegre de Aulestia y de la Casa Dávila.

Por esos días, cuenta Juan Villarías Robles, Pepito dio uno de sus discursos más famosos, en el colegio de La Recoleta, en un evento de exalumnos. Ahí dijo que se retractaba de sus delirios juveniles, producto de sus «lecturas imprudentes y atropelladas» de Nietzsche, Schopenhauer, Renan y Taine, y que abrazaba el catolicismo como lo único real.

Como suele suceder con estos personajes, Pepito terminó de alcalde de Lima, ministro de Justicia y presidente del Consejo de Ministros. En este último puesto, encargó que el Ejército adiestrara a los grupos paramilitares de la Unión Revolucionaria y, por supuesto, persiguió a apristas y comunistas. A la presidencia del gabinete renunció en protesta por la ley que aprobaba el divorcio, un atentado contra su fe católica que, según él, «prepara el desborde de las disociadoras izquierdas y emula los desastres del flagelo bolchevique».

Su actividad política nunca cesó. Ni su dinero. Dio la vuelta al mundo justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Estaba emocionado con Alemania e Italia, pero decepcionado de que la victoria de Franco no haya dado pie a una restauración monárquica.

Finalmente, en 1940, se recluyó en el Hotel Bolívar. En la habitación del frente alojó a su fiel ayuda de cámara, un suizo al que todos llamaban Everardo. Y un día de 1944, con los nervios crispados por la inminente derrota del Eje, murió de un derrame cerebral, con un rosario en la mano.



OSITO Y MONKY

Los gringos tienen Marvel y DC. Nosotros tuvimos a Osito-Monky. La diferencia es que para los primeros la industria (y eventual imperio cultural) tuvo muy buenos resultados. Mientras tanto, nuestros maestros de la historieta se han tenido que contentar con ser «de culto». Lo que en el Perú significa una doble pelea: contra la precariedad y contra el olvido.

Hernán Bartra nació en Iquitos, la capital de la Amazonía. En una ciudad rodeada de árboles y llena de niños que los trepaban, Hernán era el que trepaba más, el que arriesgaba más y el que se reía más. Cómo habrá sido de trepador que fue él quien se ganó el apelativo de Mono, entre sus amigos. Pero como a él nadie le iba a imponer nada, decidió llamarse Monky, casi en inglés. Como tantos muchachos, Bartra llegó a Lima para postular a una universidad. No lo logró, pero fue lo

mejor que le pudo pasar al país entero porque, si no, jamás habría conocido a su gran amigo y futuro colega.

Rubén Osorio nació en Jauja, en el valle del Mantaro. Allá, a su hermano mayor, acortándole el apellido, le decían Oso. Y, como a veces las chapas se heredan, Rubén quedó como Osito. Creció leyendo las pocas historietas que llegaban de Lima (casi siempre, como tiras en los diarios). Le encantaban, claro. Pero, si plantearse hoy una carrera como dibujante de cómics en el Perú es una locura, pues en los años cuarenta resultaba sencillamente inconcebible. Por eso, decidió irse a la capital a estudiar Pintura en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Allí los dos muchachos provincianos se conocieron y, después de intentar negárselo a ellos mismos, terminaron dándose cuenta, juntos, de que su vocación era la historieta.

En 1952, el diario popular *Última Hora* anunció que iba a dedicar una página entera a las historietas con «100 % personajes peruanos». Osito y Monky llegaron ahí por esa convocatoria, y sus personalidades terminaron de definir sus carreras. El primero creó mundos de ciencia ficción y fantasía, y estudió las técnicas de referentes mundiales; en cambio, Monky, siempre risueño, perfeccionó su humor y picaresca, a caballo entre la esquina del barrio y el *Decamerón* de Boccaccio, que leía a escondidas cuando era niño. Para las páginas de *Última Hora*, Osito creó a Juan Santos, el guerrero, quizás el primer superhéroe peruano, ataviado con un chullo y que repartía justicia con su cadena mística de oro.

Pero su momento estelar llegaría tiempo después, cuando fueron fichados por Ricardo Durand, un visionario cura jesuita[34]. Durand lanzó una revista de carácter misionero llamada *Avanzada*, una publicación que estaría destinada a convertirse en la piedra angular de la tradición historietística peruana.

Osito y Monky quedaron al mando de *Avanzada* y en total libertad de contratar talento. Con gran ojo, eligieron a quienes serían verdaderas estrellas del noveno arte: Karry, Dionisio Torres, Javier Flórez del Águila, entre muchos otros. Los dos jefes les daban clases a sus recién reclutados para enseñarles el oficio: pintar con pincel, narrar mediante imágenes, buscar un remate o un *cliffhanger*. Asumieron el

rol de mentores y formaron su propia cantera de talento, creando una breve era dorada del cómic peruano entre los cincuenta y sesenta. Eso sí: con una visión única para el retrato con sabor nacional.

Su gran diferencial, lo que hizo que sus historias fuesen devoradas apenas llegaban a los quioscos y lo que marcaría a decenas de miles de lectores (hasta el punto de inspirar a la generación del ochenta del cómic peruano) era que las aventuras que dibujaban y creaban tenían como protagonistas a personajes peruanos. Monky venía de la selva; Osito, de la sierra. Eran voces que en Lima no se escuchaban y, por lo tanto, tenían un discurso no solo interesante, sino también relevante.

Allí, Monky presentó sus creaciones más célebres: Coco, Vicuñín y Tacachito, un trío de niños aventureros, representantes de la costa, sierra y selva, respectivamente. Los tres nacieron de una sensación que el dibujante tuvo al llegar a Lima y que nunca perdió: los peruanos estamos muy desunidos. En un intento por corregir esa situación, creó a estos personajes que encontraban en su unión una fuerza imbatible. Los lectores más jóvenes de este libro tendrán que buscarse a alguien que haya vivido entre 1953 y 1968 para comprender a cabalidad lo trascendentales que fueron estas historietas para sus seguidores.

Pero, claro, dice la canción que todo tiene su final, y en el Perú los finales suelen ser dramáticos. *Avanzada* llegó a su último número, el 190, por el golpe militar de Juan Velasco Alvarado (1968). Monky y Osito continuaron con sus personajes en distintos diarios, pero, conforme se afianzaba el velasquismo, los personajes más picarescos y más urbanos tuvieron que adoptar valores más acordes al proceso revolucionario.

Fue entonces que decidieron dar el siguiente paso. En 1971 fundaron el Estudio Osito-Monky, quizás el intento más serio que jamás haya existido en el Perú por establecer una industria local de narración gráfica. La empresa se encargaba de producir tiras cómicas para quien las necesitara. Siempre bajo la premisa de que las historietas que venían del extranjero tenían «otra mentalidad» y de que, para decirlo en términos contemporáneos, la representación importaba.

Por suerte, casi toda la producción de Osito-Monky fue publicada

en periódicos. Eso ha permitido conservarla —aunque desperdigada— hasta nuestros días. Lo que no ocurrió con *Avanzada*, que, a pesar de haber desatado furor en la juventud durante dos décadas, llegando a tener un tiraje de veinticinco mil ejemplares —envidiable incluso en nuestro siglo—, hoy es prácticamente inubicable. El investigador Elton Honores lo explica de esta manera:

> Mucho de ese material se consideró deleznable, y el Estado, desde la Biblioteca Nacional del Perú no impulsó la creación de una colección de historietas, sino todo lo contrario (durante el Gobierno militar, se consideraba esta producción como alienante y se evitó su acopio) e incluso el coleccionismo es aún una actividad relativamente reciente y hermética.

Con el paso de los años, la falta de visión de editores y dueños de los medios redujo todo espacio para el dibujo nacional a la consabida caricatura política. La variopinta producción de Monky, Osito y Osito-Monky fue dejando de ser rentable hasta que ambos se jubilaron a fines de los noventa. Pero, aún hoy, los niños que crecieron con sus personajes y sus mundos les siguen rindiendo culto.

---

34 Que en los ochenta y noventa se volvería muy mediático y quedaría en el recuerdo como monseñor Durand, el campechano obispo del Callao.



EL EXTRAÑO CASO DE LA DRA. JUDITH & MS. TIGRESA

El arte y su ejercicio han sido siempre un privilegio, especialmente en el Perú. Parece una constante que aquellos destinados a expresarse a través de él necesiten venir de una estirpe rimbombante o cualquier otra circunstancia que les permita vivir de sus rentas. Sin embargo, con la llegada del Internet, la puerta para los creadores marginados se abrió un poco más. Y por esa rendija, convertida en meme, se escabulló Judith Bustos.

Es muy fácil ganarse las burlas de los demás. Lo complicado es ganarse la vida con las burlas de los demás. Transformarlas no solo en cifras para llenar la cuenta de ahorros, sino también en saludos, cariño

y respeto. Eso es más o menos lo que hizo Juana Judith Bustos Ahuite, mejor conocida como la Tigresa del Oriente, a una edad en la que muchos ya se están jubilando.

Judith nació en un campamento instalado en una quebrada de Constancia, región de Loreto, a tres días en bote de cualquier rastro de civilización. Sus padres habían llegado allí a finales del breve renacimiento cauchero[35] en 1945. Fue la quinta de dieciséis hijos, vio morir a uno de sus hermanitos por hambre, y a los 12 años tuvo que migrar a Lima para realizar abusivos trabajos domésticos.

Su historia en la capital es la de demasiadas peruanas: cuando tenía 20 años, el padre de sus dos hijos se mandó mudar y nunca más apareció. Lo que ganaba siendo explotada en casas de gente con más suerte iba para su familia y para sus estudios de cosmetología. Se pasó las tres décadas siguientes así, cuidando a su familia y trabajando como maquilladora. Su premio consuelo fue lograr introducirse en el mundo de la farándula, como maquilladora. Trabajó en todos los canales de televisión. Por sus manos pasaron Celia Cruz, el Puma, Paloma San Basilio, Raffaella Carrà y cuanto artista pisaba el Perú. Mientras los maquillaba, Judith seguía soñando con ser como ellos.

Cuando cumplió 54 años, sintió «que había cumplido como madre» e inició su camino hacia los escenarios. En 1999, ingresó al rodaje de *Mi crimen al desnudo* (2001), la legendaria película de nuestro Ed Wood, Leónidas Zegarra. Debido a la precariedad de la producción, Judith también interpretó un breve papel. Allí conoció a una actriz, su paisana loretana, que interpretaba a una pitonisa: Elizabeth Alegría.

Se hicieron amigas y formaron un dúo de cumbia amazónica. Judith estaba interesada en las rancheras, la música de su infancia, pero se decidieron por las cumbias amazónicas a sugerencia del esposo de Elizabeth («él vio que Judith no cantaba nada»). Ensayaron un año entero y, a partir de 2000, empezaron a presentarse como dúo en varios programas olvidables de televisión. No sabían si llamarse las Tigresas, las Gatitas o las Felinas del Oriente. El cómico Carlos Álvarez —a quien le hacía gracia ver a estas dos señoras enfundadas en trajes escotadísimos— les sugirió «Tigresas». Una costurera en Gamarra les hizo el atuendo atigrado a veinte soles cada uno.

El dúo nunca despegó. Intentaron convertirse en un trío y les fue peor. Se separaron. Judith se quedó trabajando junto a Carlos Álvarez, quien apreciaba sus dotes de «caracterizadora». Ella era muy minuciosa cuando se trataba de reconstruir un rostro ajeno sobre la cara de Álvarez. No le iba mal y, a veces, aparecía en algunos de los *sketches* de *El Especial del Humor*. Pero ella quería seguir su carrera musical.

Se animó a grabar un disco en solitario. Para componer las letras, le pidió ayuda al psicólogo y cuestionable celebridad Mario Poggi. Para la música, eso sí, no le pidió ayuda a nadie, y fue un error. Cuando llevó su primer álbum a una radio se lo rechazaron porque Judith solo había utilizado un teclado para todas sus pistas musicales. «Tigresita, está mal grabado tu disco», le dijeron. Decepcionada, regalaba los discos sobrantes por los pasillos del canal en el que trabajaba.

Al año siguiente, grabó una nueva versión de todas sus canciones, en teoría, de forma más profesional. Incluía canciones como «Homenaje al papa Juan Pablo II» y «Hombre madera», sobre un padre que no les da amor a sus hijos. Le propusieron realizar un videoclip en la laguna de Yarinacocha, Pucallpa. Cuando llegaron, el CD con la música estaba vacío. Solo tenían la versión antigua, «con sonido latoso». No importó. En realidad, se nota que no importó mucho nada durante la grabación del video, de hechura artesanal y con la participación especial de quien fuera que hubiese estado dando una vuelta por Yarinacocha ese día.

Como pasaría con Wendy Sulca, casi al mismo tiempo, alguien le dijo que pondría su video en Internet. La señora Judith no era precisamente una nativa digital, y dio la autorización casi sin pensarlo. Algunos meses después, a mediados de 2007, empezaron las llamadas desde Venezuela, México, Japón, Egipto. Ella no entendía nada. Le tuvieron que explicar qué era YouTube y cómo funcionaba. Casi se cae de espaldas cuando le dijeron que en menos de medio año había logrado más de un millón y medio de vistas, una cifra que, por esos días, no habían logrado ni Shakira ni Madonna.

Luego la llamaron de Warner México para firmar un contrato. Judith estaba llegando tarde al canal, así que respondió:

—Señor, yo en estos momentos estoy saliendo a trabajar, mejor mañana conversamos. Pero antes quisiera saber qué cosa es la Warner, disculpe la ignorancia.

Tenía 62 años y se había hecho famosa más allá de sus fantasías más enloquecidas. Era la persona perfecta en el momento indicado. Su música, su sonido y hasta su concepto (enfundarse en un enterizo atigrado y cantar sin entonar) son en exceso posmodernos y solo podían haber encontrado un lugar en el Internet de la web 2.0 auroral. Por esos años, en el amanecer de YouTube, Twitter y Facebook, Judith encontró el espacio perfecto para darle rienda suelta a su desatado *alter ego*: la Tigresa del Oriente. Enfundada en una peluca rizada y naranja, bailando, cantando y bien apretada, dejó atrás su tormentoso pasado para reinventarse. Judith era la que cargaba todas las penas; la Tigresa estaba por encima del qué dirán.

Porque con la fama llegó el escarnio. Se burlaban de su edad, de su atuendo, de su música, de su talento, de sus letras, de su físico. Un psicólogo sin ética y con muchos prejuicios la calificó de «loca» en un programa de televisión nacional. Sus contratos se cayeron. Pero ella siguió.

Hoy tiene más de 70 años y se las sigue ingeniando para estar presente, de vez en cuando, en la comidilla nacional e internacional. Sigue cantando, sigue actuando, ha posado desnuda y defiende las causas de la comunidad LGTBQ. Ha abrazado sin reparos su calidad de personaje *kitsch* / *camp* / *freak* porque le permite seguir haciendo lo que durante cinco décadas soñó con hacer: entregarse a su público. Últimamente, incluso, se ha dado el lujo de cumplir su viejo sueño: grabar rancheras. No han sido demasiado bien recibidas por los aficionados, pero, a estas alturas, ya debería habernos quedado claro que el único público en el que piensa la Tigresa del Oriente es ella misma.

---

35 Ver el capítulo «Los Prado y los Rockefeller».



PIONERA DEL DESENCANTO

«Soy una decepcionada del Apra y de los hombres», exclamó alguna vez Magda Portal, demostrando que estaba muy adelantada a su época porque no solo canceló a los hombres antes que nadie, sino también a los apristas. Escritora, activista y defensora de los derechos de las mujeres, tuvo dos virtudes que, hoy en día, pocas veces van juntas: palabra y acción.

Nuestro personaje nació en Barranco en mayo de 1900 y fue bautizada como María Magdalena Julia del Portal Moreno. Pero para sus amigos, que jamás iban a pronunciar todo eso, fue simplemente Magda Portal.

Magda se hizo adulta en los años veinte del siglo pasado, un periodo de persecución política, reforma social y universitaria en Latinoamérica. Era alumna libre de San Marcos y allí pudo ver cuán

peligroso era el Gobierno de Leguía con los universitarios, pero, sobre todo, contra sus opositores. Era 1923 cuando Magda conoció a un joven trujillano a quien le encantaba dirigirse a las multitudes. Su oratoria fue lo que más le impresionó. Este hombre era nada más y nada menos que Víctor Raúl Haya de la Torre. Y fue este encuentro el que marcó el inicio de su incursión política.

En paralelo corría su vocación literaria. A los 20 años, bajo seudónimo, ya había publicado sus poemas en la afamada revista *Mundial*. Ese mismo año participó en los Juegos Florales de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos y fue la ganadora en la categoría de poema lírico. Sin embargo, cuando se revelaron los seudónimos, los jurados descubrieron que era una mujer y se fueron al cuerno. No sabían qué hacer porque, además, quien otorgaba el premio era la hija del presidente Leguía. Asumiendo que ver a una mujer premiando a otra mujer emascularía de inmediato a todos los varones presentes, decidieron no darle el primer puesto, sino entregárselo a quien había quedado segundo. Un hombre, claro.

Para barajarla, decidieron crear un premio especial para Magda. En el colmo de la humillación, a la ceremonia asistió —cayendo de sorpresa— el propio Augusto B. Leguía. Era demasiado. Magda se paró y se fue. Esta anécdota calaría mucho en su trayectoria política y personal.

Al poco tiempo, José Carlos Mariátegui reconoció la pluma de Magda y la invitó a escribir en *Amauta*. Para entonces, sus palabras y sus acciones sociales y políticas ya la habían hecho célebre. En tantos cambios y en tantos líos se involucró, que el Gobierno leguiista —valiéndose de la prensa de ese entonces— la acusó de pertenecer a un «complot comunista» junto con otros revoltosos peruanos. Fue deportada a Cuba con un grupo de apristas y luego, a México, a donde llegó en 1927.

Para entonces, la escritura de Magda había logrado ya un nivel extraordinario. Mariátegui no se cansaba de decir que su poesía tenía «una profundidad metafísica a la que arriba libremente el espíritu, por la propia ruta de su lirismo» y, a la vez, «una profundidad psicológica que le permite registrar todas las contradictorias voces de su diálogo,

de su combate, de su agonía». Lo que queremos decir aquí es que dejen por un momento este libro, léanse un par de poemas suyos y ya luego regresen.

Pero también, en ese momento, Magda era, sobre todo, una aprista de primera camada y muy convencida. Organizaba los comités de Centroamérica, el Caribe y México. Estaba en el esplendor de sus capacidades. Entonces, Haya de la Torre le pidió decidir. O la poesía o la militancia. Así era Haya: exigía entrega total.

Y Magda le hizo caso. Incluso rompió un poemario suyo en una reunión. Desde allí, efectuó una gira por las Antillas y Colombia para dar a conocer las iniciales orientaciones del Partido Aprista, cuando este aún tenía pretensiones iberoamericanas. Al año siguiente, firmó —como principal portavoz del Apra en Latinoamérica— los principios de la reforma universitaria y justicia social, así como el plan de México, que sentó las bases del partido. Era una de las principales dirigentes del partido, en una época en la que era inusual ver a una mujer en la cúpula de cualquier tipo de organización.

Las dos décadas siguientes fueron el esplendor de su militancia política, volviendo y huyendo del Perú más de una vez, forjando el desarrollo del Partido Aprista, pasando a la clandestinidad, saliendo de ella, entrando en prisión, recobrando su libertad… La vida agitada del mitológico aprismo auroral.

A su retorno al Perú en 1945, empezó a notarse algo: su militancia aprista disminuyó progresivamente debido a las discrepancias con el núcleo partidario. ¿Cómo empezó esta desavenencia? Pues cuando Magda abogó por la igualdad del voto tanto para hombres como mujeres. Los jefazos del partido le respondían que «las mujeres no estaban listas»: debían educarlas primero. Su ruptura con Haya llegó cuando Magda organizó una convención de mujeres de todo el Perú en Lima y le pidió al jefe aprista que se dirigiera a ellas. Así cuenta lo ocurrido en su autobiografía:

> Y tuve la gran decepción —ya estábamos mal con Haya— cuando invitamos al jefe para que hablara. Él les empezó a hablar del hogar, de la atención al marido, de la armonía conyugal, que solo podía haber armonía «cuando la mujer comprendiera la situación del hombre». Yo,

> que estaba a su lado, le decía: «Eso no les interesa a ellas… Hábleles de otra cosa». Ellas habían venido a hablar de política. Yo les había preguntado: «¿De qué tema quieren que les hable?». Ellas me respondían: «De marxismo». Mujeres del pueblo oyeron hablar de marxismo, ¡y dijeron vamos a ver qué es eso! Y Haya les vino a hablar de cómo ser buenas madres de familia.

El Apra, por primera pero no por última vez en su historia, mutó olvidando sus principios, y fue esto lo que terminó alejando a Magda del partido. Todo se rompió cuando, en 1948, los apristas se reunieron para ratificar que las mujeres, al no poder votar, no podían ser consideradas «compañeras», sino solo simpatizantes. No tenían los mismos derechos y no se los iban a dar[36]. Magda alzó la voz, pero fue silenciada por Haya. Abandonó la Casa del Pueblo, el Apra y, al final, se retiró de la militancia.

Pocos años después, lanzó la que sería su única novela: *La trampa*, una historia con tonos de denuncia en la que se mostraba cómo los militantes apristas eran capturados y torturados, mientras sus dirigentes pactaban con sus perseguidores. Magda había vuelto a dedicarse a la literatura, pero sin dejar la política. Haya estaba equivocado: nunca hubo necesidad de elegir entre una y la otra.

---

36 Increíblemente, esto ocurrió solo tres años después de haber colocado a las primeras alcaldesas de nuestra historia (ver el capítulo del mismo nombre). Pero el Apra siempre fue así de veleidoso.



VLADI PRESENTS: FUJILOVERS

La teoría del historiador de la cultura popular peruana conocido como Chibolín es que Vladimiro Montesinos estaba muy interesado en «darle show *al pueblo». «El mejor libretista que ha tenido la televisión peruana», dice de él. Y puede tener razón. De hecho, la novela que quizás más disfrutó guionizando el exasesor presidencial fue la de la vida amorosa de Alberto Fujimori.*

Luego del autogolpe y la represión, Alberto Fujimori fue reelegido para un segundo mandato. Eso ocurrió en 1995, ya divorciado de Susana Higuchi. Ella, después de denunciar la corrupción de la familia de su esposo y de haber sido torturada en el mismo Palacio de

Gobierno, quiso forjar una carrera política. Intentó postular a la alcaldía de Lima, al Congreso y a la presidencia, y, una y otra vez, sus candidaturas fueron desestimadas con las típicas leguleyadas que Montesinos se sacaba de la manga.

Lo más probable es que Vladimiro haya hecho de todo para que Susana Higuchi no fuera un problema. Sin embargo, un presidente soltero tampoco era una imagen *marketeable*. Quizás por conservadurismo o por machismo o para detener los rumores de que el presidente era un sociópata intratable. Quizás por un poco de todo.

El caso es que Montesinos vio la luz a fines de ese año electoral de 1995. Reelecto con una mayoría aplastante, Fujimori se dedicaba a cultivar su popularidad visitando cuanto programa televisivo hubiera. Así, en noviembre, apareció en una teletón conducida por Gisela Valcárcel, donde la invitada estrella era la también recién divorciada ex Miss Universo chilena Cecilia Bolocco.

Hábilmente, Bolocco decidió aprovechar la oportunidad y se acercó a Fujimori para decirle, ante las cámaras de televisión, que ella quería agradecerle al pueblo peruano todo el cariño que había recibido. Por eso, le iba a dar un beso «como si se lo diera a todos los peruanos». Gisela, entre sofocos, narraba cada detalle del encuentro como si fuera un partido de fútbol. El incidente alimentó los sumisos noticieros noventeros durante días.

Como no había que perder viada, el segundo interés romántico llegó pocos meses después: Chábeli Iglesias, hija de Isabel Preysler y Julio Iglesias, quien por esos días aprovechaba los nombres de papi y de mami para entrevistar a personalidades alrededor del mundo. En 1996, viajó al Perú para rodar un documental sobre las bellezas turísticas del país y para entrevistar a Fujimori. Ella tenía 25 y él, 58, pero eso no evitó que la prensa peruana —qué coincidencia, otra vez juntita y al mismo tiempo— se empecinara en hablar de «amor a primera vista».

Fujimori alimentaba la especulación recibiéndola con honores y con gestos pretendidamente cariñosos. Hay imágenes de ambos caminando cogidos de la mano durante una visita a la isla de los Uros, en el lago Titicaca. «¿Cuándo se casa con la señorita?», le empezaron a

gritar las mujeres locales. Fujimori, feliz.

Chábeli estuvo solo dos días, pero fue suficiente tiempo como para que, superespontáneamente, las personas que los veían pasar les gritaran: «¡Que se casen, que se casen!». Fujimori aprovechó para plantarle un beso en la mejilla y la prensa sacó aún más fotos. No los dejaban ni comer tranquilos su trucha a la piedra. Luego, Chábeli regresó a España, se olvidó de todo y siguió con su vida hasta que, un par de décadas después, vio cómo su madre sí se enrollaba con un peruano: el archienemigo de Fujimori, Mario Vargas Llosa.

Tres años después de Chábeli, en 1999, como calentando para la nueva reelección, Montesinos volvió a ponerse en modo Cupido. Y justo ese año, Rosa Elvira Cartagena se había alzado como la primera afroperuana en ser coronada como Miss Perú Mundo.

Según contó muchos años después Chibolín (alias Andrés Hurtado), fue Víctor Joy Way, entonces primer ministro, quien le dijo a Rosa Elvira que al presidente Fujimori le encantaría pasear en bicicleta con ella por las calles de su barrio, en el Callao. En ese momento, la modelo vivía camino al aeropuerto, en una cuadra donde la pista estaba destruida. Asegura Hurtado —y confirma Jessica Newton, organizadora del Miss Perú Mundo— que a los dos días el lugar estaba pavimentado, listo para ser estrenado por la bicicleta nueva que también manejaría Rosa Elvira.

La única discusión fue si irían en dos bicicletas o en una sola. Joy Way —cuenta Chibolín— insistió en que la Miss Perú Mundo fuera sentada en la caña. El que se hacía paltas era Chibolín; Rosa Elvira estaba más que embarcada. Al final, se optó por la opción más romántica.

Después, cuando Rosa Elvira se reveló como una mitómana incontrolable que solo traía problemas[37], la organización decidió retirarle la corona. Lo que pasó luego es descrito por Jessica Newton como una pesadilla. Fue citada al Congreso, que investigaba por qué le habían quitado la corona a Rosa Elvira. Hasta un representante de la Iglesia católica le dijo que Jesús había perdonado mentiras, que por qué ella no.

Pero, si bien Fujimori cuidaba de su amiga Rosa Elvira, parece que

Montesinos era un convencido del poder de las secuelas. Para entonces, Cecilia Bolocco era conductora de *La noche de Cecilia* en el Canal 13 de Chile. Los rumores ya la vinculaban con otro mandatario divorciado, el argentino Carlos Menem (quien años después se convertiría en su esposo). Bolocco repitió la fórmula que le había generado miradas: coquetear con el poder. Y Fujimori repitió el guion que se había aprendido para el Callao: pasearon en bicicleta (esta vez por separado), recorrieron barrios, se pusieron trajes locales, probaron comida juntos. Incluso, Fujimori le dio de comer en la boca un pie de limón. Y la despidió en la escalinata de su avión con un ramo de flores.

Varios años después, ya en desgracia, Fujimori fue detenido en Chile. ¿Lo primero en su plan de *marketing*? Casarse con la supuesta novia que se había conseguido mientras estuvo prófugo en Japón: Satomi Kataoka. En abril de 2006 celebraron un matrimonio que fue percibido —más que cualquier otra aventura amorosa previa— como un absoluto engaño. Se notaba que, esta vez, Vladimiro no había escrito el guion. Luego, ella confesaría que fue un intento de evitar la extradición de Alberto. El plan falló y Fujimori sigue preso hasta hoy. Nada peor que una secuela que prescinde del equipo creativo original.

---

37 Quiso hacerle creer al Perú que había ganado el concurso Miss Ámbar en República Dominicana, pero que no tenía la corona porque el avión perdió su equipaje ¯_(ツ)_/¯.



¿QUIÉN MATÓ A MANUEL PARDO Y LAVALLE?

«Yo no le temo a la muerte sino a la forma de morir», escribió Manuel Pardo y Lavalle luego de sobrevivir un atentado y días antes de ser asesinado en la puerta del Senado de un balazo en la espalda. Temía morir de alguna manera absurda, trágica, que no fuera sirviendo al país. Sus temores se cumplieron.

Les presentamos a Manuelito Pardo y Lavalle. Hijito de Felipe Pardo y Aliaga —nombre de un reconocido literato y de una pituca avenida limeña—, descendiente directo del conquistador español Jerónimo de Aliaga, y renombrado alumno de las mejores escuelas en las que se podía estudiar tanto en su paso por el Perú, Chile y luego España.

Como corresponde, cursó los estudios universitarios también en el extranjero: la Universidad de Barcelona y el Collège de France. Como decíamos, estudió un huevo y la mitad del otro. Volvió al Perú en 1853 con solo 19 años y un montón de cosas aprendidas gracias a sus alucinantes privilegios.

Si hasta aquí todo esto les suena a ese maravilloso cuento titulado «Un viaje» —pero que todos recordamos como «el del niño Goyito»—, dense un tiempo para saborear la ironía: el relato fue escrito por el papá de Manuelito.

Pero Manuelito no fue conocido por todo lo que estudió, sino por fundar una nueva forma de gobierno. Así nació el civilismo y, con este, la escalera de poder que llevaría a Manuelito a convertirse —con solo 31 años— en secretario de Hacienda (o sea, ministro de Economía), luego en alcalde de Lima y, como estaba escrito desde que nació, eventualmente en presidente de la República. Para 1872 se había propuesto descentralizar la educación e impulsar la modernización de ese país llamado Perú.

Sería fácil caer en la tentación de decir que Manuelito no se sale del margen de error del político promedio de los últimos doscientos años: blanco, privilegiado, hombre y pelado. Eso es cierto, pero también lo es que su figura surgió en la política por haberse vuelto el rostro visible de la oposición al nefasto contrato Dreyfus [38]. Aunque, claro, tenía buenas razones: Manuelito era un consignatario del guano, o sea, uno de los tremendos negociados negociazos afectados por el contrato impulsado por Nicolás de Piérola.

No seamos mezquinos. El mayor legado de Manuelito sería el Partido Civil, que marcaría los siguientes cincuenta años de la historia de nuestro país. No fue poca cosa. Unos aseguran que fue el inicio del fin del monopolio del poder militarista que había existido en el Perú desde su independencia. Otros, como Manuel González Prada, afirmarían que solo era un grupo de aristócratas que estaban hartos de tener a los militares como intermediarios y soñaban «con la restauración de los blasones», casi casi como un segundo virreinato.

Por supuesto, algo tan radical como el ingreso de civiles en un terreno, hasta entonces, exclusivo de militares tuvo consecuencias. Un

militar que le tenía ojeriza, Nicolás de Piérola, canalizó estas angustias de sus compañeros. Se alzó en su contra, aunque sin éxito.

El caso es que Manuelito ya había chocado con demasiada gente. Cuatro años antes de que una bala le perforara el cuerpo, el semanario *La Mascarada* publicó una caricatura que vaticinaba su asesinato. En retrospectiva, la cosa resulta bastante macabra. El dibujo lo mostraba disfrazado como Julio César, ingresando al Senado, mientras la estocada mortal acechaba por detrás.

Por entonces, en 1874, Manuelito ya era presidente del Perú. No solo eso: fue el primer civil electo presidente. Pero no nos estaba dando buena fama a los civiles: la crisis económica que heredó de José Balta, y que él solo supo agravar, había afectado su popularidad. Esa caricatura fue un buen ejemplo. Dicho y hecho: una semana después de publicada, Manuelito vivió el primer atentado contra su vida. Un capitán retirado del Ejército lo agarró a balazos en la calle. Ninguno de los disparos llegó a alcanzarlo e, incluso, él desvió el arma con su bastón.

El evento fue suficiente para detener a quienes publicaron la caricatura. Fueron acusados de incentivar la violencia contra el presidente. El lío judicial no llegó a mucho, pero, al poco tiempo, el semanario cerró.

Avancemos unos pocos años. Era 1878. No lo sabíamos, pero la guerra con Chile estaba a punto de iniciarse: las tensiones ya estaban allí. Para entonces, Manuelito ya no era presidente del Perú, aunque sí del Senado. De hecho, acababa de volver de Chile, donde se había exiliado unos meses. Algunos —como su némesis, Piérola— lo acusaban de haber descuidado, casi boicoteado, la defensa nacional.

Manuelito estaba entrando al Congreso, cuando uno de los integrantes de la guardia de honor que lo había recibido le disparó por la espalda con un fusil Comblain mientras gritaba: «¡Viva el pueblo!». El hombre se llamaba Melchor Montoya. Fue identificado y detenido. Pero lo que importaba era encontrar a las personas detrás, las que habían ordenado el disparo. Olvídense de las teorías sobre el asesinato de Kennedy: la conspiranoia sobre el atentado a Pardo y Lavalle ocurrió primero.

La primera sospechosa fue Jesús Iturbide, esposa de Nicolás de Piérola (Nic estaba fuera del Perú por esos años, pero tenía sus intereses nacionales bien resguardados). Se asumió que el pierolismo estuvo detrás del atentado, aunque no hubo manera de comprobarlo. Por ejemplo, otro de los implicados fue José Ampuero, doctor y político pierolista. Pasó de ser un sospechoso normal a ser supersospechoso cuando la policía fue a tocarle la puerta y el tipo optó por salir corriendo. Acabó en la cárcel.

Para este punto de la historia, la pregunta «¿quién mató a Manuel Pardo y Lavalle?» era lo más comentado en los lonches *across* Lima. El misterio se hacía más grande y la trama, cada vez más compleja, pero, al final, todo se redujo a Montoya y otros tres sargentos del batallón Pichincha, integrantes de la guardia de honor. En teoría, todo era una idea de ellos. Después del asesinato, según su supuesto plan, los otros tres intentarían sublevar a la población.

También terminó involucrado el tío de Montoya, un sastre que fue quien dio el nombre de la esposa de Piérola. Dijo que se había acercado a ella a comunicarle los planes y pedirle apoyo. Luego, fue a solicitar ayuda donde Ampuero, el que saldría corriendo.

Al final, Montoya declaró que su motivación fue una ley de ascensos del Ejército que lo dejaba fuera de carrera, debido a que carecía de estudios en la Escuela Militar. No hubo trama. No hubo complot. No hubo conspiración. Solo cuatro soldados que no midieron las consecuencias. Carmen Mc Evoy atribuye la radicalización de Montoya a la lectura de la rabiosa prensa pierolista. Las razones parecen escasas y la trama podría dar para más. Pero, a veces, la historia es así de anticlimática. A veces, un magnicidio no tiene sentido. A veces, no hay titiriteros. Al final, Manuelito se desangró en las puertas del Congreso porque alguien leyó mucho el Willax del siglo XIX. Es posible. El universo es así de absurdo.

Pero, si quieren alimentar su conspiranoia, aquí va un dato final: Montoya fue fusilado después de un juicio que duró un par de años. Se llevó la verdad a la tumba. El presidente podría haberlo perdonado, pero no lo hizo. ¿Quién era el mandatario en ese momento? Nicolás de Piérola.

38 Ver el capítulo «Corrupción de mierda».



UNA PROSTITUTA DE FANTASÍA

Se ha dicho que la prostitución es el oficio más antiguo del mundo, pero rara vez ha sido exitoso el ejercicio de aplicar el carbono 14 para conocer cómo fueron las vidas de sus oficiantes. Por suerte, allí donde los prejuicios levantan un muro, la ficción abre las puertas.

Fuera del mundo académico, se conocen muy pocos trabajos de investigación histórica sobre el desempeño de la mujer peruana en distintos rubros de su vida cotidiana en los inicios de la república. Cuando existen, normalmente se resaltan —ya saben lo freudiana que es nuestra sociedad— aquellas que cumplen el consabido rol de madre santa y abnegada.

Sin embargo, una mirada a nuestra actual sociedad nos muestra por todos lados a mujeres que afrontan precarias condiciones de vida y que también son el soporte económico de sus familias. En muchos

casos, la supervivencia entera de sus clanes recae sobre sus hombros. Según el último censo (2017), casi la tercera parte de familias peruanas tiene una jefa de hogar y, como se imaginarán, el porcentaje aumenta en las clases populares: a más pobreza, más mujeres asumiendo la carga del hogar.

Y eso que estamos hablando del Perú que avanza, el prepandémico, el del *boom* del cobre, el del milagro económico. Ahora imaginen la situación un siglo atrás.

Imaginar la vida de las mujeres de hace un siglo fue el punto de inicio de Katherine Roberts Hite, investigadora de la Universidad de Duke (Estados Unidos). Durante los años ochenta, escribió sobre la vida en general de las clases obreras limeñas en las tres primeras décadas del siglo XX. Aún vivían hombres y mujeres que recordaban esos años y Katherine habló con ellos. En el curso de esas conversaciones, se fue dando cuenta de la presencia constante de la prostitución en la Lima de entonces. Por supuesto, ninguna de sus entrevistadas admitió haber ejercido ese oficio. Todas referían que, para agenciarse algo de dinero, muchas solo encontraban trabajo como sirvientas domésticas, lavanderas o nanas. La práctica de la prostitución se la atribuían a otras:

> Al principio de la entrevista la mujer quería dejar por sentado que su vida había sido feliz, a menudo dura, pero que la familia había seguido siempre unida y tirando para adelante. Sin embargo, en el curso de la entrevista, o de repente en mi segunda entrevista con la misma mujer, muchas contradicciones comenzaban a surgir concernientes a lo que su vida había sido en realidad. La palabra «esposo» cambiaba a «querido» o «comprometido», o quizás había habido dos o tres o más convivientes en su vida en lugar de uno solo. El número de niños iría disminuyendo porque muchos habían muerto. Esos recuerdos felices del comienzo se convertían en relatos de una existencia miserable, de una lucha sin fin. Hacia el final de una serie de entrevistas, las historias de las mujeres frecuentemente habían cambiado por completo.

Sobre la base de estas extensas conversaciones y de las pocas indagaciones históricas sobre el tema, Katherine pudo construir la vida

de una mujer obrera forzada a incursionar en la prostitución: Rosario. Una vida ficticia y, a la vez, demasiado real.

La historia se publicó en el libro *Lima obrera*, compilado por Steve Stein (1987). En él, su autora nos pinta el paisaje de la capital peruana en las primeras décadas de 1900. Para entonces, la prostitución se había extendido a zonas aledañas al río Rímac gracias a Augusto B. Leguía. El presidente del oncenio estableció un reglamento legal de la prostitución, para lo cual contrató al obispo Pedro Dávalos, quien, al parecer, era un gran entendido en la materia: estudió la situación de la prostitución limeña y la comparó con la que ocurría en otras capitales modernas, como Buenos Aires o Santiago. La ardua investigación del obispo diferenció los «tipos» de prostitutas y los contextos de los cuales emergieron. Fue, de esta manera, que estableció una jerarquía según la clase, la belleza, la juventud y el lugar donde se ejercía (en la calle, en un cuarto, en un burdel). El laborioso trabajo de campo del obispo nos pinta un panorama no muy distinto del contemporáneo: desde un exclusivo circuito de prostitución de lujo (con contactos realizados durante las corridas de toros) hasta las condiciones más desdichadas e insalubres imaginables (en chozas del callejón del Guarapo, hoy la cuadra 3 del jirón Casma, en el centro de Lima), pasando por toda la gama intermedia.

Ese es el contexto de Rosario —el personaje de Katherine—, aunque la ingenua muchacha aún no lo sabe. Lo que se narra son las circunstancias que la llevan a convertirse en una «mujer de la vida». Rosario es una joven que proviene de una familia extensa, tiene varios hermanos menores, y vive asolada por una pobreza aplastante que no permite que los niños siquiera puedan ir al colegio. Ella solo ha cursado el primer año de primaria y con las justas sabe leer.

La madre vive lavando ropa de día y noche, en una pugna constante por conseguir más agua en el callejón maltrecho en el que viven. El padre es alcohólico, abusivo y violento. A esa situación le sumamos el hecho de que Rosario sueña con ser la perfecta esposa de Fernando, un obrero del que está enamorada y con quien anhela una vida quizás no tan idílica, pero, aunque sea, menos gris. Sin embargo, Fernando —otro representante de su época— la seduce a punta de

falsas promesas. La embaraza y luego desaparece sin dejar rastro.

Este cúmulo de eventos y situaciones empuja a Rosario a irse apartando de lo que demandaba la iglesia de las mujeres: virtud, castidad, obediencia. Finalmente, busca refugio en el burdel de Madame Polaca, personaje que realmente existió y que dirigía un prostíbulo ubicado en lo que hoy es la avenida Tacna; incluso se afirma que tenía a la policía local en su bolsillo. Al llegar, Madame le anuncia que tendrá que llevar el pelo corto, una señal de su oficio (razón por la cual los hombres prohibían a sus mujeres e hijas cortarse mucho el cabello). La última escena nos pinta la —obviamente ilusa— esperanza de Rosario de haber, por fin, encontrado cómo encaminar su vida.

La construcción de un personaje como Rosario —rigurosamente elaborado a partir de múltiples situaciones y experiencias reales— no solo nos permite conocer la vida privada y cotidiana del entonces centenario Perú. También revela cómo es que nuestro país te arrincona por el solo hecho de cumplir una doble condición: ser mujer y pobre. Ojalá la vida de Rosario hubiese sido totalmente ficticia.



RESCATANDO LO MANDINGA

A Ricardo Palma se le atribuye la frase: «En el Perú, el que no tiene de inga tiene de mandinga». Para ponerlo en términos contemporáneamente correctos: quien no tiene ascendencia andina, la tiene africana. Un refrán más que irónico, teniendo en cuenta que pocos peruanos han sido tan whitewasheados *como él.*

Aclaremos, antes que nada, los términos ya en desuso, pero paporreteados igual: *inga* era uno de los términos arcaicos, usados por los conquistadores, para denominar a los incas. *Mandinga* se refiere a los mandinká, un pueblo que formó el Imperio de Malí, quizás la civilización medieval más importante del África Occidental.

No hay muchos datos oficiales sobre cómo llegaron los primeros africanos al Perú, pero parece que «Akundún» tenía razón: los trajeron de Guinea con escala en Cartagena. Efectivamente, el tráfico de

esclavos hacia nuestro país provino de una parte muy específica de África, lo que alguna vez fue el Imperio de Malí, que ahora está dividido en países como Guinea Bissau, Gambia o Senegal.

El libro *Slavery and African Ethnicities in the Americas: Restoring the Links*, de Gwendolyn Midlo Hall, nos explica que, al inicio del tráfico (1560-1590), más de la mitad de los esclavos que llegaron al Callao venían de una pequeña área de veinte kilómetros cuadrados al sur del río Casamanza. Zona mandinga.

Ahora bien, nada de esto se te viene a la cabeza cuando piensas en Ricardo Palma. Si alguna referencia tienes de él, es la típica foto de los cuadernos escolares, esa que está en sepia y en la que aparece una persona, que más parece gringa que inga o mandinga. Sabes que escribió *Tradiciones peruanas*; quizás, incluso, conoces el dato de que fue director de la Biblioteca Nacional. Si has estado en Lima, puedes haber caminado por el parque miraflorino donde se ha instalado una escultura del escritor sentado en una banca.

Y con toda esa información nunca ha importado mucho discutir o, siquiera, mencionar su ascendencia. No se suele mencionar —y, mucho menos, representar— su lado afroperuano. Sin embargo, sus propias vivencias, su experiencia de racialización e, incluso, la tirante relación con su lado materno afroperuano fueron lo que lo convirtieron en el autor que celebramos hoy.

Y aquí, nuevamente, tenemos que retroceder a nuestra etapa virreinal. En aquella época, existía el sistema de castas, un sistema social estratificado por el cual cada «mezcla de sangre» tenía una denominación y un lugar en la jerarquía. Obviamente, los blancos españoles estaban arriba. Y, mientras más mezcladito eras, más iba bajando tu categoría. Si les suena familiar, es porque en los colegios aún se enseña esa estructura, pero de manera acrítica, casi como si esta determinara, hasta ahora, el orden de nuestra sociedad. Y lo más triste: para muchos efectos, aún la determina.

Pues bien, una «cuarterona» era la hija de un español con una mulata, que, a su vez, era la hija de un español con una negra. Es decir, cuando llamabas a alguien cuarterón o cuarterona, estabas diciendo que «la cuarta parte de su sangre» era africana. Y cuarterona era

Dominga Soriano, mujer nacida en Cañete, quien a los dieciséis años tuvo un hijo con Pedro Palma, un comerciante cajamarquino, mestizo y quince años mayor que ella. El niño se llamaba Manuel, pero todos lo conoceríamos como Ricardo.

Estamos en 1833, albores de la república, cuando la esclavitud era todavía legal. Era una bendición casi literal que tu afrodescendencia pudiera ocultar los rasgos que la diferenciaban de los blancos hegemónicos. En ese contexto, resulta entendible que, posteriormente, Ricardo, interesado en convertirse en un escritor de prestigio y escalar socialmente, no tuviera ganas de identificarse con «lo negro».

Sí, es cierto, mucho no ha cambiado la cosa.

La diferencia de pigmentación no fue el único problema de sus padres. Como ella era menor de edad, en la partida de bautizo figuran el nombre de su padre y el de su abuela, Guillermina Carrillo. Este dato ha ocasionado que, durante años, muchas biografías —y aun placas conmemorativas— asuman que el apellido materno de Ricardo Palma fue Carrillo. Pero no: su madre se apellidaba Soriano.

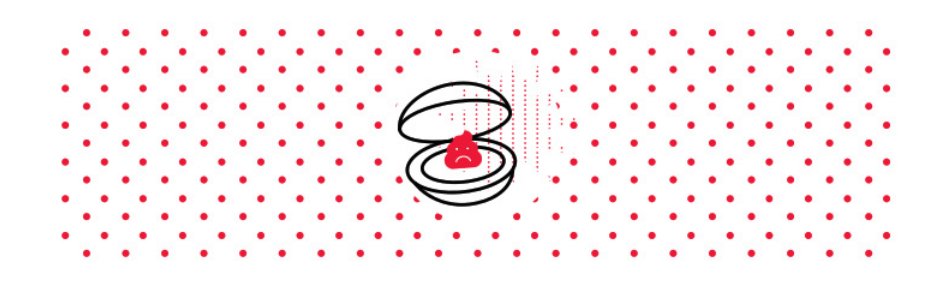
Es cierto que su abuela —una mulata, según la anacrónica clasificación colonial— parece haber asumido el rol maternal. Fue imaginada por Raúl Porras Barrenechea como «la educadora criolla del tradicionista» con su «visible pertenencia a los sectores más sencillos de la sociedad, por su donairosa personalidad de clara ascendencia africana». Como comenta Oswaldo Holguín en *Ricardo Palma y la cultura negra*, esa niñez con un contacto fecundo con la jarana popular se deja ver en «las sabrosas alusiones a la fiesta criolla» de su literatura posterior.

Sin embargo, antes de cumplir diez años, Ricardo terminó viviendo solo con su padre, completamente distanciado y alejado de ese aspecto de su vida, aunque esto no evitó que sufriera ataques raciales por parte de sus rivales. Eran épocas en las que los hombres tenían muy pocas opciones de pasatiempos y, por lo tanto, se dedicaban a insultarse entre ellos con cartas: publicaban sus agravios en artículos y, luego, se retaban a duelo. De hecho, el escritor venezolano Rufino Blanco se encargó de difundir —en un prólogo para *Pájinas libres*, de Manuel González Prada— una especie con todas las connotaciones

racistas posibles: que Palma era fruto de una violación de una pobre y honesta mujer de los suburbios limeños por parte de «un gran negro caribeño».

Estos ataques, a veces indirectos, a veces demasiado directos, se le tienen que haber hecho bastante tediosos a Ricardo. Jamás cometió la deshonra de negar su ascendencia, pero, ciertamente, no parece haberse referido a ella por más que tenía, como diría Holguín, «algunos glóbulos de sangre negra y señales de ello en la epidermis». Este castigo social limitó el accionar de Ricardo Palma de muchas maneras. Incluso ya de anciano, como ha recordado Renato Cisneros, muchos se referían a él como «viejo mulato».

El racismo no solo afectó a Palma en vida, sino también su futuro y su legado. En *Los padrinazgos de Ricardo Palma*, Julio Díaz Falconí cuenta que, en 1933, tanto Angélica Palma —hija del escritor— como el historiador Raúl Porras Barrenechea —amigo cercano de Palma— le ocultaron esta verdad a la sociedad peruana de entonces, por considerar que las personas jamás podrían aceptar que el escritor limeño más popular de todos tuviera ascendencia afroperuana. Ambos acordaron *ajustar* la biografía de Ricardo al afirmar que su madre murió cuando era pequeño. Otra mujer, otra negra, borrada de la historia del Perú.



LOS PRADO Y LOS ROCKEFELLER

Hay amistades que te definen, pero son caras de mantener. Si vivías con la tecnología del siglo XX, no era barato conservar un vínculo a larga distancia. Pero resulta que, cuando eres presidente de un país y tu amigo es un multimillonario, no hay límites para tu amistad (ni para tu amigo).

El peruano Manuel Prado Ugarteche conoció al gringo David Rockefeller —se pronuncia «déivid»— cuando ambos coincidieron en la London School of Economics (LSE). Era 1937. Manuelito era un ingeniero civil hecho y derecho que ya había apoyado un golpe de Estado exitoso[39]. Quizás les suene su padre: el presidente Mariano Ignacio Prado, recordado por haber tenido un súbito ataque de turismo en plena guerra con Chile. Cuando se conoció con Rockefeller, Manuelito ya había sido presidente del Banco Central de Reserva.

Tenía 48 años, pero su ambición era la de un veinteañero.

Quien sí estaba en sus veintes era David, cuyo currículo no mencionaremos porque basta repetir que se apellidaba Rockefeller. Quizás, joven lector, la referencia se te escape, pero hubo una época en la que decir «Rockefeller» equivalía a decir Bill Gates o Elon Musk o quien sea el ricachón de moda. Y David era un Rockefeller de tercera generación, nieto del millonario más millonario de todos.

El éxito del abuelo Rockefeller era haberse hecho del monopolio del petróleo. Pero del monopolio en serio. Tanto que, en parte, sirvió de inspiración para lo que luego sería el juego Monopolio. A través de Standard Oil —predecesora de las hoy más conocidas ExxonMobil y Chevron—, la familia Rockefeller llegó a controlar el 90 % del combustible en Estados Unidos.

Obviamente, no se iban a quedar tranquilos con eso. Y empezaron a mirar el sur.

Este es un dato de vital importancia para el desarrollo de la trama: el año en que se conocieron Manuel y David, los Rockefeller ya eran dueños de la International Petroleum Company. ¿Les suena? La IPC aparece en varios capítulos de este libro porque, bueno, básicamente dominó el debate nacional durante dos terceras partes del siglo XX. Desde 1914, explotaba el complejo petrolero de La Brea y Pariñas sin pagarle casi nada al Perú, algo que durante décadas fue un escándalo y una frustración para todos los peruanos. O casi todos.

Volvamos a la amistad de Manuel y David. Un par de años después de haber coincidido en Londres, Prado Ugarteche fue elegido presidente. Si hacen cálculos, verán que con pésimo *timing*: justo al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Pero Manuel no había hecho amigos millonarios por las puras.

En 1941, el presidente Franklin Roosevelt abrió una oficina exclusivamente para «monitorear» a los países latinoamericanos. ¿Y a quién nombró como coordinador de Asuntos Interamericanos? A Nelson Rockefeller, el hermano de David. Este cargo se creó específicamente para él y dejó de existir cuando acabó la guerra.

Nelson no tuvo que esforzarse mucho para atraer al Perú al bando aliado. La consagración de Manuel a la causa norteamericana fue tan

grande que su Gobierno deportó a casi dos mil personas hacia los Estados Unidos por el crimen de tener ascendencia japonesa. Sin olvidar, por supuesto, que firmó algo que por algún motivo nos enseñan con orgullo en el colegio y, bien visto, resulta francamente irrisorio: la «declaración de guerra» del Perú contra Japón y Alemania… en 1945, cuando el Eje ya se batía en retirada.

Pero Manuel no solo entregó al Perú políticamente. Parece que el petróleo de Piura no era suficiente para los Rockefeller: había que buscarlo en la selva. Entonces el Gobierno peruano anunció una carretera a Pucallpa financiada, obviamente, con dinero gringo. Era una situación *win-win*: a menos de treinta kilómetros estaba el campo de petróleo de Ganso Azul, al cual ahora se podía llegar por una carretera afirmada.

La Amazonía tenía otro producto valioso para una potencia en guerra: el caucho. Así que Manuel también se comprometió a vender todo el exceso de este producto al Gobierno norteamericano. Esto, a cambio de financiar el aeropuerto de Iquitos, lo que hacía más sencilla la salida de la materia prima. Estamos hablando de un segundo *boom* del caucho, provocado por el conflicto internacional[40].

En este plan maestro de Prados y Rockefellers solo algo se interponía en el camino: los nativos. Pero aplicar los métodos del primer *boom*[41] habría sido una catástrofe a nivel de imagen. Por suerte, para lidiar con ellos, siempre puedes apelar al Instituto Lingüístico de Verano, especialistas en llegar a comunidades y convertir al cristianismo y al capitalismo a quien se necesite.

Y, sí, también tenemos un capítulo particular para ellos[42], pero como no queremos *spoilear* demasiado, aquí solo les diremos que los registros históricos señalan que su misión evangelizadora (y colonizadora) venía con un jugoso auspicio de —tatatááán— la Fundación Rockefeller.

Para colmo, en 1941 se dio la Ley 9485, gracias a la cual la IPC podía «recuperar» buena parte de las pocas regalías que pagaba por el petróleo. La cerecita en la torta fue un *shock* económico que eliminaba los subsidios a productos de primera necesidad y que terminó elevando el precio de la gasolina. O sea, benefició aún más a la IPC.

Tanto amor de Prado a los Rockefeller era recíproco. Aunque la opinión pública peruana lo ignoraba, en ese momento, en Washington D. C., un chico de 20 años empezaba su carrera de la mano del coordinador de Asuntos Interamericanos, Nelson Rockefeller. Ese jovencito combinaba el nombre de su padre con el de su rochoso abuelo: Manuel Ignacio Prado. Sí, el hijo del presidente del Perú era el asistente de alguien cuyas empresas sistemáticamente se burlaban del Estado peruano.

Cuando acabó la guerra, el joven Manuel Ignacio siguió bajo el ala protectora de los tíos Rockefeller. Siguió su carrera en el banco de la familia, el Chase Manhattan Bank, que el viejo amigo de su padre, David, eventualmente presidiría. El Chase era, además, dueño del Banco Continental en el Perú y financista, por supuesto, de la IPC.

Una década después, Manuel Prado Ugarteche volvió a ser elegido para un segundo periodo gracias al apoyo aprista. La causa de La Brea y Pariñas estaba cada vez más caliente, pero eso no le importó a Manuelito. Le dijo a su amigo David que viniera un ratito al Perú. Y el 16 de junio de 1962, a poco más de un mes de dejar Palacio de Gobierno, nos dejó una muestra de su desprecio: condecoró a David Rockefeller —cuya familia tenía décadas timando al Estado peruano— con la Orden El Sol del Perú.

Como decíamos, hay amistades que cuestan. El tema es que otros terminamos pagando.

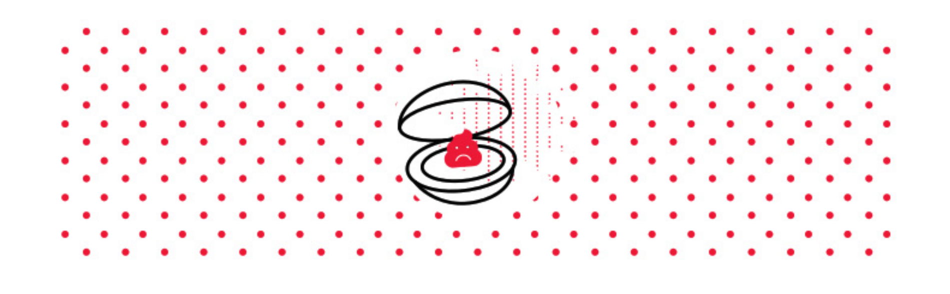
---

39 Manuel y sus hermanos respaldaron el golpe de Estado del general Óscar R. Benavides contra Guillermo Billinghurst en 1914.

40 Y porque los recovecos del destino son así de bizarros en el Perú, esto determinó la existencia de la Tigresa del Oriente (como se ve en el capítulo «El extraño caso de la Dra. Judith & Ms. Tigresa»).

41 Ver el capítulo «El genocida desconocido».

42 Se llama «Traducciones infernales».



UNA RELACIÓN TÓXICA

El cronista estadounidense Jon Lee Anderson dijo una vez que Abimael Guzmán —cabecilla de Sendero Luminoso— y Vladimiro Montesinos —cabecilla del narcoestado— eran, de alguna manera, dos caras de una misma moneda. La analogía es válida, pero se queda corta al tener que representar un incidente precursor de las nuevas masculinidades: el bromance *entre Abi y Vladi.*

El video parecería un paseo playero si no fuera por dos detalles: la inapelable grisura del octubre chalaco y los atuendos más bien oficinistas de los personajes. Están en un bote, rodeados de marinos. El jefe del grupo, con lentes oscuros, es Vladimiro Montesinos, que no necesita presentación. Lo acompaña su brazo derecho, un bigotón llamado Roberto Huamán Azcurra, quien por esas fechas se iniciaba en el oficio de videógrafo de su jefe. También va el brazo izquierdo, el

asesor político del SIN, un veterano sociólogo llamado Rafael Merino Bartet.

Estamos en 1992. Abimael Guzmán acaba de caer detenido y estas personas van a convertirse en sus primeros visitantes.

Al cabo de un rato, la bruma dejó ver el destino, una isla apagada y marrón, y en ella, un cartel: «Estación Naval de San Lorenzo». Allí había sido trasladado Guzmán un par de semanas después de su captura, en las que el Gobierno no había sabido qué hacer con el cabecilla terrorista. En la estación se habían improvisado unas celdas para la cúpula senderista, y a Abimael se le había recluido solo en una cabañita, antes destinada a alojar oficiales. Esta había sido rodeada por un triple cerco de púas —aún relucientes en el video— y unos cuantos sacos de arena. Era, como todo con Vladimiro, una puesta en escena.

Técnicamente, Montesinos era un funcionario de segundo nivel, pero fue recibido en persona por el jefe de la base, Américo Ibárcena (poco después, sería nombrado comandante general de la Marina; y, mucho después, moriría en prisión).

Sigamos con la escena: Ibárcena abre la puerta del dormitorio de la cabañita y le anuncia a su huésped que tiene visitas. Abimael se sienta de mala gana en una mesa, y lo primero que hace es protestar por el atuendo que lo obligan a vestir: un traje a rayas, blancas y negras, como los presos de los dibujos animados.

Este será el inicio de una de las relaciones más tóxicas que podamos imaginar, entre dos de los personajes más nefastos con los que hayamos tenido el infortunio de compartir una era. El diálogo empezó tenso, pero el Doc le encendió un Marlboro. Sabía que era la marca favorita de su anfitrión. Abimael aceptó. Luego, Vladimiro aprovechó sus múltiples coincidencias para ganarse a Abimael. Para empezar, los dos eran arequipeños; pronto aparecieron recuerdos de infancia en Mollendo y de juventud en la Universidad San Agustín.

Los siguientes minutos son de risas, intercambios de lecturas y ofrecimientos de relajar sus condiciones de prisión. «Vamos a venir todos los días», le dice Montesinos, estrechando la mano del origen de 69 mil asesinatos.

Y cumplió. Durante un año, llegaba sin falta cada noche, a las diez, a la Escuela Naval de la Punta, zarpaba hacia San Lorenzo y se quedaba conversando con Abimael hasta las tres de la madrugada.

El terrorista estaba fascinado. Vladimiro significaba libros, aire fresco, distracción. Alguna vez, incluso, su nuevo amigo lo sacó en bote a «conversar», mientras paseaban alrededor de la isla-prisión. En otra ocasión, le armó un álbum de fotos y se lo entregó para que Guzmán lo completara. Le encargó escribir junto a cada foto «qué le inspira y qué le recuerda». Hasta le hizo poner la huella digital «para que nunca me digan que no es de él».

La escena más memorable fue aquella en la que juntó a Abimael con su esposa, Elena Iparraguirre. Vladimiro había planeado hasta el mínimo detalle de este encuentro. Cuando tuvo a los dos amantes sentados, les puso un clip de Frank Sinatra interpretando «My Way». La cámara de Huamán Azcurra registra las reacciones de los terroristas: casi parecen dos adolescentes. Al final, la siempre dura Elena no puede más y, al borde de las lágrimas, coge la mano de su marido y la besa. Mientras, Montesinos, que ha tratado de mantener su mejor *poker face*, también es ganado por sus sentimientos y esboza una sonrisa de victoria.

A cambio de esta arrodillada, Montesinos consiguió que Guzmán enviara una carta a Alberto Fujimori proponiéndole un «acuerdo de paz». La carta fue entregada en julio de 1993, pero el dictador la leyó ante la ONU recién en octubre. ¿Por qué? Porque necesitaban un empujoncito en el referéndum que se votaría en esos días para aprobar la nueva Constitución.

Sin embargo, la mayor prueba de amor fue privada. Una grabación de toda la cúpula de Sendero Luminoso —llevada hasta la Base Naval para la ocasión— en la que felicitan «al doctor Vladimiro Montesinos Torres». El video es psicotrópico: los más sanguinarios terroristas rodean a su líder, mientras este lee una proclama en la que alaba a Montesinos, que está sentado al lado, con terno y corbata. Vladimiro solía exhibir este registro, en estricto secreto, ante aquellos a quienes quería impresionar.

Después de eso, Abimael descubriría que su nuevo amigo andaba

muy ocupado. En términos contemporáneos, Vladimiro lo dejó en visto. Lo *ghosteó*.

En privado, con su cinismo habitual, Vladimiro aseguraba haber «trabajado» a Abimael. Haberlo ablandado, jugado con su mente para someterlo. Pero, a veces, se le escapaba la fascinación por su paisano. Tuvo que admitir que debió prepararse mucho para poder discutir con Guzmán su tesis de filosofía (que le llevó para que se la autografíe). «El tipo es un filósofo, no es un hombre cualquiera», dijo el asesor sobre el terrorista, según el *vladivideo* 876, «o sea, tiene una profundidad al hablar, es un loco, pero tiene una profundidad…».

En realidad, Vladimiro estaba fascinado con el personaje. Después de todo, incluso se había tomado la molestia de diseñar, él mismo, la prisión que lo alojaba en la Base Naval. En 1995, retomó las visitas. Su excusa: estaba escribiendo un libro sobre Sendero. Quizás lo extrañaba. Siguió visitando a Abimael, por lo menos, una vez al mes. Grabó la mayoría de sus conversaciones y no guardó los casetes en el SIN, sino en su casa de Javier Prado: era un proyecto personal.

Si algún día se lanza, ese libro promete. Después de todo, desde el año 2001 y durante veinte años, Vladimiro Montesinos volvió a ver a Abimael Guzmán todos los días: terminaron encarcelados juntos. En la misma cárcel que él le había diseñado.



SECRETOS MAL GUARDADOS

Los masones funcionan casi con las mismas reglas que El Club de la Pelea*: todos son hombres, tienen rituales secretos y, por supuesto, no hablan del club. O no hablaban. Hubo una época, hasta hace no mucho, en la que ser masón era causal inmediata de excomunión. Ese secretismo los terminó vinculando inexorablemente a la historia de la fundación de la república peruana.*

Sobre la logia secreta menos secreta del mundo se ha escrito mucho. Unos rastrean su origen hasta el arquitecto del templo de Jerusalén en la época de Salomón. Otros, hasta la Inglaterra de 1717. En términos contemporáneos, un masón se parece más a los «magios» de *Los Simpson* (o para el lector más veterano: los Búfalos Mojados de *Los Picapiedras*).

Pero, hace unos siglos, ser masón indicaba, esencialmente, la pertenencia a una cofradía arcana, a medio camino entre lo místico y

lo intelectual. Desde sus inicios, la sociedad masónica se había dirigido a las élites sociales y culturales. Esto la convirtió —en cuestión de unas pocas décadas— en una verdadera red social global que funcionaba como las actuales: con *passwords*, condiciones de uso, contactos y formas predeterminadas de interacción.

A fines de los 1700, los masones se preciaban de haber inspirado, con sus valores de humanismo y racionalismo, las revoluciones norteamericana y francesa. Ciertamente, muchos de sus líderes fueron masones acreditados: Washington, Rousseau, Voltaire, Franklin... La lista es larga. Y así llegó el siglo XIX, cuando América Latina se convirtió en un foco infeccioso de libertad. Las independencias, guerras y revoluciones parieron también a la primera generación masónica peruana.

La historia de los masones, en general, no se caracteriza precisamente por su rigor académico. Abundan los excesos de conspiranoia e imaginación aunque, con los años —y la paulatina desaparición de su capacidad de influencia tras bastidores—, ha habido un sinceramiento cada vez mayor en el ámbito historiográfico. En particular, la trayectoria de los masones en el Perú fue bastante compleja, pues involucró la aparición y desaparición, a lo largo de los años, de logias que a veces no se reconocían entre sí como tales. En todo caso, de lo que no cabe duda es que ellos fueron la argolla original de nuestros libertadores.

La mayor parte de los historiadores contemporáneos está de acuerdo en que, alrededor de 1811, se fundó en Madrid una logia llamada los Caballeros Racionales. Era una fraternidad de latinoamericanos que se encontraban en España durante la ocupación napoleónica. Entre ellos estaban José de San Martín, Bernardo O'Higgins y varios futuros independentistas. De vuelta en sus tierras, en Argentina y Chile, se establecieron las logias *lautarinas*, en homenaje al caudillo mapuche Lautaro. Allí se integraron nuevos miembros, con miras a liberar el continente.

Uno de ellos fue Mariano Necochea, un general argentino cuya filiación masónica le habría valido para servir de engranaje entre San Martín y Bolívar, cuando el primero se retiró del Perú. Bolívar confió

tanto en este hombre de San Martín que, recién llegado a nuestro país, nombró a Necochea gobernador de Lima. Para los no iniciados, esa confianza resultaría inexplicable.

Es más, según los masones argentinos, el célebre y misterioso encuentro de Guayaquil entre los dos libertadores se llevó a cabo de acuerdo con sus rituales y su resultado quedó amparado bajo el secreto masónico.

Sin embargo, mientras que San Martín sí fue un masón comprobado, la filiación de Simón Bolívar aún está en discusión para muchos autores. Una prueba en contra sería que, en 1828, el Libertador prohibió las sociedades secretas —incluida la masonería— en toda la Gran Colombia. Puede ser. Aunque no sería la primera vez que un poderoso intenta destruir aquello que alguna vez él mismo fue.

Luis Alberto Sánchez cuenta que Bolívar no solo era masón, sino que fundó en el Perú las logias Orden y Libertad, y Virtud y Unión. A su lado, en ambas ocasiones, estuvo Francisco Javier Mariátegui —prócer de nuestra independencia y abuelo de José Carlos—. Al parecer, Mariátegui pertenecía a las ramas más anticlericales de la masonería, lo que le ganó la enemistad de los obispos de turno. Cuando el abuelo del Amauta murió, a los 91 años, poco después de la guerra con Chile, la Iglesia católica decidió que ese masón no merecía cristiana sepultura y prohibió la participación del público en el entierro. Estamos hablando de quien era quizás el último prócer vivo de nuestra independencia en ese momento. A pesar de las amenazas, una procesión civil lo llevó al camposanto y, como ningún sepulturero se atrevió a enterrarlo, se tuvo que contratar a un albañil.

La simbología era poderosa: después de todo, *masón* significa —tanto en inglés como en francés— 'albañil'.

La actual logia masónica suele ser bastante precisa al momento de determinar la pertenencia de personajes históricos. Por ejemplo, el actual Gran Maestro de la Gran Logia de los Antiguos, Libres y Aceptados Masones de la República del Perú, Carlos Grados, ha descartado que precursores como Túpac Amaru o Francisco Antonio de Zela hayan sido masones, a pesar de lo que indican ciertas versiones.

En cambio, sí existe documentación que prueba que los dos principales héroes de la guerra del Pacífico, Miguel Grau y Francisco Bolognesi, fueron parte de sus filas. Quien requiera una lista más completa de cuántos masones hemos tenido tomando decisiones en nuestra historia puede visitar el Museo Masón en Lima. Ahí, por ejemplo, hay toda una pared dedicada a los expresidentes peruanos que fueron masones. ¿Cuántos han sido? Demasiados. Es más, hasta los que no llegaron a serlo, como Víctor Raúl Haya de la Torre, pertenecieron a las filas masónicas. De hecho, varios de los apristas originales surgieron de esas canteras y, durante un par de generaciones, hubo pocos «compañeros» del Apra que no fueran, a la vez, «hermanos» masones.

Con el pasar de los años y la implosión de lo que alguna vez fue nuestra élite política, los masones en el Perú se quedaron en *off-side*. El juego de la política ya no era como el de antes. Aun así, el impacto de sus integrantes en el devenir nacional ha continuado. Entre ellos, destaca como el más infame, el fugado y capturado juez supremo César Hinostroza. El mismo que negociaba por teléfono para absolver a un violador. Ese mismito. El protagonista del caso Cuellos Blancos entró a la logia Luz y Renacimiento en 2012.

Dentro de dicha logia, Hinostroza coincidió con Walter Ríos, expresidente de la Corte Suprema del Callao. También estaba ahí el exmiembro del Consejo Nacional de la Magistratura (CNM), Julio Gutiérrez Pebe. Con él se completó la trilogía malévola de lo que se llamó los CNM Audios, Lava Juez o, simplemente, los Cuellos Blancos. Los implicados en este caso de corrupción judicial se hicieron conocidos porque, en las grabaciones de sus corruptelas, se trataban unos a otros como «hermanitos». Algunos notaron que los masones también se llaman «hermanos» entre sí.

Por supuesto, cuando el escándalo reventó, los tres fueron suspendidos de la organización por su «comportamiento ajeno a la moral masónica».

Pero, finalmente, ¿son los masones una organización infiltrada en las más altas esferas del poder peruano para dirigir nuestros destinos a su antojo? No, esa es la Confiep. Hoy en día los masones recuerdan

con nostalgia esos años en los que sus ideas agrupaban a revolucionarios con ganas de cambiarlo todo.



TRADUCCIONES INFERNALES

Hay ideas que, en principio, parecen inofensivas, pero cuyas repercusiones terminan siendo más complejas de lo anticipado: agrandar el combo, adoptar un perro, traducir la biblia.

Era el verano de 1934 y el pastor presbiteriano Cameron Townsend juntó a un puñado de misioneros de Arkansas, Estados Unidos, para el curso práctico llamado Summer Institute of Linguistics. La finalidad: preparar a misioneros para traducir la biblia a lenguas poco conocidas con el fin de facilitar la evangelización y, por lo tanto, la salvación espiritual de la humanidad.

En menos de una década, el asunto se salió de control, y lo que se conocería de este lado del río Grande como el Instituto Lingüístico de Verano (ILV) ya estaba en varios países latinoamericanos.

Pongámonos en contexto. En 1942, nosotros estábamos firmando

el Protocolo de Río de Janeiro con Ecuador. El ambiente político exigía la necesidad de definir nuestras fronteras mediante la «civilización» y «nacionalización» de los peruanos que vivían en las flamantes zonas limítrofes: peruanos que jamás habían oído hablar del Perú. El Estado se dio cuenta de que solo no iba a poder (para variar) y que, definitivamente, serían los religiosos —esos que salen en misiones— quienes mejor cumplirían el trabajo.

El quid del asunto —en los años cuarenta— era qué religiosos serían los elegidos. Por *default*, uno imaginaría que la Iglesia católica sería la encargada. Pero no fue así.

Gracias a la embajada gringa, Cameron Townsend —sí, el pastor presbiteriano fundador del ILV— consiguió una cita con el ministro de Educación del Gobierno de Manuel Prado Ugarteche[43]. Como la Iglesia católica iba a patalear si entraban los temidos «cristianos protestantes» a la selva, el gringo presentó al ILV como parte de la Universidad de Oklahoma. No se mencionó, en absoluto, a sus fundadores: la Wycliffe Bible Translators.

El 28 de junio de 1945 ya estaban firmando el convenio. En julio del año siguiente, el primer equipo de lingüistas llegó para trabajar con los awajún (aguaruna), uno de los grupos más grandes de la Amazonía. El ILV mostró un especial interés por instalar una de sus sedes principales en el corazón del Alto Marañón. Para entonces, el ministro de Educación era nada menos que Luis E. Valcárcel, un renombrado indigenista y padre de la antropología en el Perú.

¿Sabía Valcárcel a quiénes les estaba abriendo las puertas y cuáles eran sus planes? La relación entre Valcárcel y Townsend se volvió estrechísima, como lo corrobora un estudio publicado por académicos de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Mantuvieron una larga correspondencia que se prolongó hasta 1988. Para entonces, ya se habían alzado varias voces contra el ILV, pero ambos seguían convencidos —según se lee en la treintena de cartas— de haber obrado bien. En una misiva de 1982, dirigida a Valcárcel, el pastor Townsend se preciaba de sus logros:

> Miles de selvícolas han aprendido a leer. Miles de los que antes

> practicaban la brujería ahora no lo hacen. Hoy estudian el libro que exhorta: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», y ya no procuran quitarle la cabeza.

Hoy, para los indigenistas y antropólogos herederos de Valcárcel, en cambio, el legado del ILV es —por usar una palabra de moda— problemático. Explica la periodista y promotora cultural awajún Yanúa Atamain que su llegada fue un punto de quiebre para los pueblos indígenas: «Se instala en nuestro territorio la educación colonialista monolingüe, la cual nos hizo creer que nuestra filosofía de vida, nuestros conocimientos, nuestro idioma y todo sistema propio era inferior». Además, el ILV empezó a «ordenar» a los nativos en «comunidades», en vez de su tradicional dispersión por clanes.

En noviembre de 1952, el Gobierno creó el primer programa de educación bilingüe para las minorías étnicas del Perú y se lo entregó al ILV. Ellos, a su vez, nombraron como primera directora a Martha Hildebrandt. Ciertamente, es una lingüista renombrada; sin embargo, su abordaje racista respecto de las lenguas originarias se haría evidente más de una vez, años después, ya como congresista fujimorista.

El antropólogo David Stoll señala que, durante años, el ILV le aseguró al Gobierno peruano que reconciliaría a las poblaciones amazónicas con la idea de perder gran parte de sus tierras en nombre del progreso, de la economía y de ese país al que acababan de descubrir que pertenecían. Para muestra un botón: en 1953, Townsend le presentó al presidente Manuel A. Odría a Robert LeTourneau, un millonario cristiano de Texas que se llamaba a sí mismo «compañero de Dios». Qué le habrán dicho, no sabemos. Lo que sí sabemos es que LeTourneau se terminó asegurando 400 mil hectáreas de selva peruana para realizar experimentos en limpieza mecánica de junglas, construcción de caminos, crianza de ganado y, obviamente, evangelización.

Amén.

El ILV también desarrolló el JAARS (Jungle Aviation and Radio Service), un sistema de soporte logístico para sus misioneros —con el

fin de mantener estaciones de radio, coordinar transporte aéreo y otras tareas de abastecimiento— que cubría toda Latinoamérica. Quizás por eso, en 1974, el grupo fue acusado por el entonces director de Seguridad de Colombia de estar involucrado en tráfico de esmeraldas y de drogas, explotar recursos naturales, esterilizar mujeres en comunidades amazónicas y de ser la puerta de entrada de la CIA a América Latina. La organización siempre negó todos los cargos.

Para cuando la Iglesia católica se enteró de lo que estaba sucediendo, ya era muy tarde. No podía competir con una religión que daba trabajo, un sueldo y, además, enseñaba español. Lo que nadie se preguntó fue a qué costo. Mientras se extendía su colaboración con los organismos estatales para llegar a los pueblos más recónditos del Perú, Townsend usaba el conocimiento de estas lenguas para crear más iglesias por toda la Amazonía. Acá conviene citar directamente a David Stoll, quien señala lo siguiente:

> Habiendo descubierto que la desintegración social y cultural no favorecía el evangelismo, y en conformidad con una amplia corriente de pensamiento indigenista, el ILV argumentó que sus programas fortalecían la identidad cultural. [...] Pese a cierta liberalización, el ILV continuó creando una ruptura en las sociedades amazónicas entre facciones de evangélicos y tradicionalistas (a menudo «católicos»), alentando a la juventud a tomar quiebres drásticos con su tradición y desanimando a los convertidos de establecer relaciones con los no conversos (sea casarse o incluso ir a fiestas). [Traducción propia]

Hoy el ILV muestra cómo uno de sus principales logros haber traducido la biblia a veintiséis «nuevos» idiomas. Es innegable que mucho de su trabajo ha sido crucial para estudiar y preservar decenas de lenguas amazónicas, pero el costo de esta intervención en las vidas de miles de indígenas ha sido, por decir lo menos, discutible. El camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones.

---

43 Para entender sus motivaciones, ver el capítulo «Los Prado y los Rockefeller».



NOS MATARON EL CHISTE

El Perú es cantera de escritores y poetas. Y todos, o en su gran mayoría, son personas que se toman muy en serio el oficio. Si bien lo cachaciento, lo chonguero y lo pendejo están presentes en la existencia nacional, rara vez han penetrado en las letras, y pocos han sido capaces de imitar el talento de Leonidas Yerovi. En un país que tiene infinidad de cómicos, pero contados comediantes, su talento para burlarse de todos y de todo le ganó el cariño de todo un pueblo y también cuatro balazos en el pecho.

El día que lo iban a matar, Leonidas preparaba un poema para los carnavales, que amenazaban con romper la rutina de la Lima del verano de 1917. Se llamaba Sergio Nicolás Leonidas (sin tilde, a diferencia del espartano), pero de los tres nombres solo respondía al último. Su especialidad: poner en palabras las inquietudes, los gustos y la picardía de su amplio público. Su producción poética fue notable y

mantuvo una muy celebrada carrera como dramaturgo. Nunca publicó un poemario, una recopilación, una antología. Nada. Lo suyo fueron las tribunas vivas, los diarios y los escenarios, donde el texto se compenetra con el público y el público con el autor. Al respecto de su fanaticada, el crítico literario Ricardo González Vigil precisa que entre 1903 y 1917 fue «el poeta más querido y festejado», transversal a todas las clases sociales, algo que «no se ha vuelto a repetir en nuestra literatura escrita».

De hecho, Leonidas Yerovi fue autodidacta, en el sentido de que no pasó por educación universitaria alguna. No tuvo rentas, no tuvo negocios. Lo que tenía era talento para escribir, y fue uno de los primeros en este país que pudo sostener su existencia, pagando las cuentas, gracias a su pericia dándole a las teclas. Se ganó la vida escribiendo en el diario *La Prensa* y la perdió a unos cuantos pasos de la puerta del local, pero a eso llegaremos más adelante, porque primero estamos hablando sobre lo mucho que Leonidas era querido (porque ya verán cuántas personas fueron a su entierro en el cementerio Presbítero Matías Maestro, primer panteón de Lima).

Leonidas vivía en Lima con sus abuelos y su madre, Janet Douat, uruguaya de ascendencia francesa que había sido abandonada por su pareja —un político ecuatoriano— cuando su hijo tenía solo un año. Nació en lo que hoy es la cuadra dos del jirón Conchucos en Barrios Altos. La niñez fue complicada, la adolescencia también. Su primera chamba la consiguió a los 13 años —tras la muerte de su abuelo paterno— como vendedor en una tienda de telas gracias a su muy particular diferencial: crear versos para encandilar a los clientes. Leonidas confirmó que el poder de la palabra puede ser literal de verdad.

Como todo buen escritor, Leonidas tenía *daddy issues*. A los 20 años, partió hacia Ecuador en busca del hombre que le dio su apellido, pero la recepción fue fría y el joven escritor acabó decepcionado. Tanto así que a su regreso a Lima incursionó en el periodismo, una carrera que es también un poderoso imán para escritores cínicos. Su ingenio le permitía ser prolífico y espontáneo, lo que a su vez lo llevó a la sátira. Así se fue haciendo conocido y empezó a publicar en distintos diarios y

revistas. No había publicación que en algún momento no hubiera presentado alguno de sus textos, fueran poemas, breves historias o, de plano, parodias. En 1905, junto al dibujante Julio Málaga Grenet, fundó la revista *Monos y Monadas*, que es *la* publicación satírica peruana por excelencia (y que su nieto Nicolás reviviría más de setenta años después).

Monos y Monadas duró solo dos años, pero sus cien números —era semanal— marcaron un antes y un después. Uno de sus dibujantes fue Abraham Valdelomar y en ella escribieron González Prada, Ricardo Palma, Abelardo Gamarra, entre muchos otros. Cuando acabó, su vacío se llenó con revistas similares, como la mítica *Fray K.Bezón*, en la que también escribió Leonidas.

Volvamos a los *daddy issues* de Leonidas, que también se manifestaron en su trato con las mujeres. Mejor dicho, en sus múltiples relaciones. Ocurrente, divertido y carismático, el escritor encontraba cariño y afecto en las actrices del momento. No le hacía daño ser un prolífico dramaturgo y además uno muy bueno y celebrado. La capital se rendía ante cada nueva obra de Leonidas. Por eso, los romances podían durar lo que duraba una de sus obras en temporada. Producto de esos amores fueron sus cuatro hijos, y también los cuatro balazos que acabaron con su vida.

Ocurrió que Yerovi, en ese entonces, cortejaba a la actriz española Ángela Argüelles, quien también era pretendida por el arquitecto chileno Manuel José Sánchez. La doña los tenía a ambos en situación poco clara, entonces quedaba en las manos de este par de hombres de su época el arreglarlo como *caballeros*. El chileno viajó específicamente a Lima a tocarle la puerta del diario *La Prensa*. Alertado de la presencia de quien conocía como *el otro*, Yerovi bajó volando y, abriendo la puerta, lo madrugó con un puñetazo. El otro desenfundó su revólver y le descargó cuatro balazos.

Fue atendido de urgencia en la Botica Francesa, llevado en camilla por las calles de Lima y trasladado a la Maison de Santé. Ahí falleció dos horas después, con toda la ciudad enterada de lo ocurrido, fuese porque se lo contaron o porque vieron el cuerpo pasar. Era el 15 de febrero de 1917 cuando Leonidas Yerovi murió. En una ciudad que

contaba con cincuenta mil habitantes, se dice que más de treinta mil acudieron a su entierro.

Por cierto, en la misma tarde del asesinato, una turba casi lincha al arquitecto chileno, que fue encarcelado y luego llevado ante un juez que —minimizando los hechos, adjudicando la «provocación» de Yerovi y el hecho de que era «bohemio» y, por ende, promiscuo— le dio solo cinco años de prisión. No fue hasta varios años después que la madre de Yerovi logró que se anulara el juicio previo y el condenado recibiera once años de cárcel. Cuentan que el asesino acabó tan arrepentido de haberle quitado a todo un país la posibilidad de reírse más seguido que, cuando la imprenta de la cárcel produjo ediciones de las historias de Yerovi, él se ofreció para hacer el trabajo. A Yerovi le habría gustado esta ironía final.



MI PESTE DÁMELA BUBÓNICA Y ENDÉMICA

Pedro Figueroa fue enterrado en el puerto del Callao en mayo de 1903 con un extraño bulbo en su cuello al que nadie le dio importancia. Días después, sus compañeros de trabajo se enfermaron. Se les secaba la lengua, se les hinchaban los ojos, sudaban de fiebre. Pero sobre todo, y este era el síntoma revelador, tenían unos bulbos del tamaño de huevos por todo el cuerpo.

A partir de 1903, la peste bubónica se extendió por el Perú. Al parecer, había llegado en el Serapis, una embarcación de Bangkok, Tailandia, que arribó al Callao en diciembre de 1902 con más de diez mil sacos de arroz para el molino Milne. Pedro Figueroa trabajaba para ese molino. Pero él no fue quien desató el pánico.

Antes de seguir, un paréntesis: si la peste bubónica te suena a algo medieval, tienes razón, en parte. Su primer brote habría ocurrido en la era de Justiniano, emperador de Bizancio, pero la referencia más común es la que se desencadenaría siglos después, en la Edad Media.

Ese fue su segundo brote.

Lo que se conoció como la peste negra mató a la tercera parte de Europa. Se la llamó así por la gangrena que ennegrecía los dedos de las manos y los pies. Cuando ocurrió el tercer brote, en forma de epidemia multicontinental, se prefirió «bubónica» por los «bulbos», que eran inflamaciones de los ganglios linfáticos.

Ese tercer brote se inició en Yunnan, China, en 1855. Cuando la Organización Mundial de la Salud la declaró finalizada, más de un siglo después, en 1960, esta enfermedad había acabado con unas quince millones de vidas en todo el mundo. Esa es la pandemia que llegó al Perú en el Serapis.

Como hoy ya no nos sorprendería, la llegada de la peste fue la excusa perfecta para sacar lo peor de nuestra sociedad.

El sexto trabajador del molino Milne en contagiarse fue un cocinero chino llamado Manuel Hubi, a quien las autoridades atribuyeron ser el «paciente cero», a pesar de haber habido cinco contagios antes de él. La prensa empezó a llamar «flagelo asiático» a la enfermedad. Dos chinos murieron de peste en Paita y se reportó un saqueo. En octubre de 1904 se desató el pánico cuando llegó al Callao un grupo de trabajadores chinos. Un senador casi logra prohibir la inmigración de todos los asiáticos al Perú.

Eventualmente, en 1909, con la epidemia todavía arrasando, el entonces alcalde de Lima (y futuro presidente) Guillermo Billinghurst mandó demoler el callejón Otaiza, en medio de la calle Capón. Los chinos aún eran una población inmigrante relativamente reciente, muy empobrecida, y se habían establecido cerca del Mercado Central para aprovechar algo del movimiento comercial de la zona. Las caricaturas de la época muestran a ratas de tamaño humano llevándose sus cosas junto a los chinos desalojados del lugar.

Nos hemos olvidado de un detalle importante: las ratas. La peste bubónica se contagia a través de una bacteria que se transmite vía las pulgas de las ratas. Al morir las ratas de peste, las pulgas buscan nuevos huéspedes y aquí es cuando los humanos pagamos el precio de nuestras pésimas condiciones de salubridad. Según el historiador Marcos Cueto, el 93 % de los chinos contagiados fallecieron. Sus

condiciones de vida eran miserables: hacía solo una generación que habían dejado de ser prácticamente esclavos. Pero la estadística solo alimentaba el prejuicio.

Lo cierto es que a Lima solo le faltaba poner un tapete para ratas que dijera: «Bienvenidas». ¿Desagüe? Eso era una excentricidad. Los desperdicios fluían por las múltiples acequias abiertas de las calles (algunas de ellas perduraron hasta finales del siglo pasado). Los retretes eran para los ricos: la mayoría de viviendas tenía silos que ni siquiera eran muy profundos. En los «cuarteles» (barrios) más pobres, las casitas se habían construido con barro o caña en medio de calles estrechas, tortuosas y sin pavimentar. Ni siquiera las casas de la clase alta eran de concreto. Es más, muchas de ellas, en el centro de Lima, se habían empezado a hacinar. Sus dueños se marchaban a balnearios como Miraflores y habían decidido alquilarlas. Para tener más inquilinos, se habían subdividido todos los espacios, lo que permitía crear múltiples habitaciones, de dos o tres metros cuadrados, en las que podían vivir hasta seis personas. En *El Comercio* se describió así un callejón: «Enormes ratas casi domesticadas viven allí en amable intimidad con los chicos del vecindario».

Como verán, el concepto de salubridad era casi marciano. De hecho, no existía nada similar a una política sanitaria. La salud era un asunto hogareño —se trataba con remedios caseros y poco más— y, en los casos más graves, un asunto de filantropía de la Iglesia. Obviamente, si tenías plata, podías recurrir a un médico. ¿Derecho a la salud? Olvídenlo.

Fue a raíz de la peste que se creó la Dirección de Salubridad Pública, lo que eventualmente sería el germen del Ministerio de Salud. Se había hecho evidente que necesitábamos un aparato sanitario que organizara campañas de todo tipo. Los médicos enfatizaron la necesidad de adoptar costumbres más higiénicas.

Pero claro, así como ahora, en ese entonces había médicos… y médicos. El descubrimiento de los microbios era muy reciente y muchos aún no aceptaban la hipótesis —a esas alturas ya recontracomprobada— de que la plaga era causada por un ser microscópico llamado bacteria. Muchos aún pensaban que las

enfermedades se generaban de manera espontánea —una suerte de degradación propia del cuerpo—, desatada por el agua empozada o la suciedad.

En ese entonces, también surgieron charlatanes con tratamientos inútiles. La ivermectina de la época fue el Fernet Branca, un licor que se tomaba antes de comer. Y la lejía milagrosa de la época fue la lejía antibubónica que, como reseña Cueto, «además de desinfectar, refrescaba el cutis, dejaba limpios los pisos de las habitaciones y mataba todo tipo de insectos». Igual que el actual dióxido de cloro, que no solo cura la COVID-19, sino también el cáncer y hasta el insomnio.

Hubo campañas de terror contra las vacunas. Hubo crisis económica derivada del cierre de fronteras. Hubo xenofobia y charlatanes. Hubo políticos aprovechando el caos. Hubo sálvese quien pueda. Hubo, en resumen, peruanidad.

La peste empezó a declinar desde que, en 1920, el Gobierno de Leguía decretó el saneamiento de treinta y dos ciudades. Oficialmente, hasta 1930 murieron unos diez mil peruanos por esta plaga, aunque la cifra exacta es imposible de precisar porque muchos, en una población predominantemente rural, enterraban a sus muertos en secreto. Estamos hablando de un país con solo cinco millones de habitantes. El impacto fue brutal.

Eventualmente, la epidemia derivó en endemia, y la peste se quedó dando vueltas, sobre todo, en las zonas rurales de los Andes nortes del Perú. Ha habido brotes esporádicos en esos lugares a lo largo de las décadas y suelen reportarse con gran alarma. El último ocurrió en 2018, en Lambayeque, un año antes de la pandemia de COVID-19. Quizás fue una especie de Fantasma de las Epidemias Pasadas que intentaba advertirnos, en vano, que aún teníamos tiempo para sacar lecciones de nuestra historia.



MICK Y MONIQUE

Con el paso de los años, el fogoso encuentro —en medio de agrestes paisajes naturales— entre el abuelo de todos los rockeros y la abuela de todas las vedettes *ha terminado convirtiéndose en el tipo de historias que los padres les cuentan a sus hijos.*

Antes, al Perú no iba nadie. Nadie de gira. Durante décadas, ningún grupo o cantante de moda planetaria se dignó a pisar esta hermosa tierra del sol hasta que, en el año 2007, Roger Waters inauguró la temporada de megaconciertos. Ahora cuesta recordarlo, pero hubo un tiempo en que ser rockero y peruano significaba alimentarse únicamente de mitos y leyendas sobre cómo alguna vez un músico famoso —ni siquiera tenía que ser de rock— había sospechado que el país siquiera existía. Como cuando se «canceló» un concierto de Michael Jackson en 1995 (una estafa, el Perú no era parte de la gira) o

como cuando ni siquiera dejaron que Santana bajara del avión en el 69 (el Gobierno revolucionario prefería la música vernacular). Esos mitos urbanos eran el poco oxígeno con el que la afición melómana local podía sobrevivir.

Pero quizás el mayor mito rockero urbano era, más bien, amazónico: el paso de Mick Jagger por la selva peruana en 1981.

Por entonces, Werner Herzog se había instalado en Iquitos para filmar *Fitzcarraldo*. Se basaba en la historia de Carlos Fermín Fitzcarrald, el magnate del caucho del siglo XIX que fundó Puerto Maldonado y que intentó construir un teatro de ópera en medio de la Amazonía para llevar a cantar allí al tenor italiano Enrico Caruso.

Cien años después, el delirante cineasta alemán intentó filmar esa odisea generando la suya propia: a cuarenta grados de temperatura, intentó trasladar un vapor de trecientas veinte toneladas en medio de colinas pobladas de árboles y mosquitos gigantes. Todavía no existía la tecnología CGI. La grabación de la película fue tan caótica y accidentada que los documentales sobre los avatares de la filmación han sido más exitosos que el largometraje mismo.

Mientras tanto, en el mejor (el único) hotel de la ciudad, Mick Jagger tomaba un pisco sour al borde de la piscina, esperando que le digan cuándo grabar. Estaba a punto de cumplir 40 años y ya era una megaestrella musical que estaba considerando emprender, también, una carrera actoral. Los protagonistas de *Fitzcarraldo* serían Klaus Kinski y Claudia Cardinale, pero Jagger tendría un rol secundario importante: Wilbur, el asistente de Fitzcarrald.

De pronto, una curvilínea sombra le ocultó el sol. Levantó la vista y solo pudo distinguir una melena roja a contraluz.

—*I'm Monique, periodist. This is peruvian.*

—*Okey* —dijo Jagger.

La chica se llamaba María Silvia Rodríguez Gayoso, pero el Perú entero pronto la conocería como Monique Pardo. Tenía 23 años y todavía no era una *vedette*, exactamente, pero ya era una modelo de portada. Una foto suya en *topless* acababa de convertirse en la imagen del álbum *Eterno amor*, del ahora mítico grupo de cumbia Sonido 2000.Cuando Monique vio en las noticias que su ídolo de la

adolescencia estaba en el país, convenció a su pobre novio de turno de que la llevara de luna de miel a Iquitos. No le dijo el motivo.

El novio de Monique no la pasó bien. O quizás sí y no se enteró de nada. De otra forma no se explica que se haya dejado convencer de representar el papel de fotógrafo de un diario. Monique era la reportera. Perdón, la *periodist*. Con esa excusa se acercó a Mick.

—Era bien dotado, y lo sé porque se notaba —le dijo Monique al periodista Sergio Galarza, que destapó el *affaire* en una crónica para la revista *Etiqueta Negra* en el año 2002.

La joven *groupie* recuerda bien que el rockero llevaba ropa de baño turquesa, no sudaba y su piel estaba seca. Antes del encuentro en la piscina, se habían cruzado en los pasillos del hotel y a Monique le había llamado la atención que Mick andaba descalzo y el pantalón le quedaba flojo.

—Dios mío, estoy coqueteando con un loco —pensó.

Luego se armó de valor, llamó por teléfono a su habitación y quedó en entrevistarlo en la piscina. El novio les tomó varias fotos pero, con el paso del tiempo, solo sobrevivió una. Debe ser la peor. Parece un *selfie* mal tomado. Jagger sale con una expresión aturdida, con un sombrero de paja y un libro de poesía en la mano. Monique no aparece.

Hasta hoy, Monique conserva la foto amarillenta en su casa. Es la única prueba de su encuentro. No queda ni el negativo.

—Seguro que mi novio de entonces quemó todo —dijo alguna vez —. Pobre, era buena gente.

Quien sí logró tomarse una foto al lado de Mick fue Yola Polastri. Tan sempiterna como los otros dos[44], la animadora infantil estaba de viaje con unas amigas cuando el Rolling Stone entró en el restaurante donde se encontraba. Todas saltaron a su mesa. Pero con un detalle: «La gente me pedía autógrafos a mí y a Mick Jagger no, ja ja».

Ciertamente, el Perú nunca ha sido un país rockero. Sendas encuestas del IEP (2020) y GFK (2017) han corroborado que los géneros musicales favoritos de los peruanos son la salsa, la cumbia y el huayno, en ese orden. El rock ocupa un lejano quinto lugar, después de las baladas. Por eso es que, hace cuarenta años, Mick Jagger podía pasar desapercibido en Iquitos sin más interrupciones que las de

Monique Pardo y Yola Polastri.

—*Oh, Monique, in Perú, Mick is nothing* —le dijo el rockero a la supuesta *periodist*.

—*No* —le mintió ella–. *In Perú, Mick is wonderful*.

Según Galarza, Monique «deseaba que una anaconda se tragara a su novio. Así ella podría hacer lo mismo con un Rolling Stone». Y lo logró.

Al día siguiente, a instancias de la modelo, el novio cogió el primer vuelo rumbo a Lima. Lo que sucedió después, en las habitaciones del Holiday Inn, ha sido materia de especulaciones de la prensa amarilla limeña durante lustros. Con una imposible mezcla de recato y desfachatez, Monique Pardo se ha dedicado desde entonces a alimentar con sus evasivas una leyenda que —lo sabe muy bien— sobrevive únicamente gracias al poder de la imaginación colectiva.

Al menos, Monique sí sacó provecho de esa visita a Iquitos. En cambio, para Mick, fue como si nunca hubiese pisado la Amazonía. El hombre fue editado completamente de *Fitzcarraldo*. Como uno de los protagonistas enfermó de disentería, a medio camino la filmación se tuvo que reiniciar desde cero. Eso chocó con los compromisos de Jagger con su banda y tuvo que abandonar el país. Al considerarlo irremplazable, Herzog decidió eliminar su personaje del guion. «Debe ser la pérdida más significativa que he tenido en mi carrera como director de cine», diría después. No te angusties, Werner, tu película perdió un personaje, pero, a cambio, el Perú ganó una leyenda.

---

44 Lo que nos lleva a preguntarnos qué secreto de la inmortalidad fue hallado en Iquitos en 1981.



EN LA CELDA SE ACURRUCAN LOS RINCONES

En 1922, César Vallejo publicó Trilce*, obra cumbre de la poesía universal. Pocas son sus influencias reconocibles, pero hay una indudable: los ciento doce días que pasó encerrado en una cárcel de Trujillo acusado de provocar un incendio.*

En 2007, la noticia dio la vuelta al mundo: César Vallejo había sido declarado inocente. El Poder Judicial peruano llevó a cabo una ceremonia pública de desagravio, en la que se anunciaba el sobreseimiento simbólico del proceso al poeta, casi noventa años después. Mismo Galileo. Se había hecho justicia.

La breve etapa carcelaria de Vallejo es mítica: se enseña en las

escuelas; sirve para integrarlo al exclusivo Club de Grandes Escritores Apresados, como Cervantes o Dostoievski, y ocupa un lugar privilegiado en la larga lista de las múltiples injusticias que acaecieron tanto, pero tanto, sobre nuestro personaje, que solo pueden describirse como vallejianas.

Para entonces, Vallejo ya había llamado la atención de la intelectualidad peruana con ese bombazo que fue su primer libro, *Los heraldos negros*. Valdelomar lo había adoptado, Mariátegui lo celebraba y, cuando cayó preso, Haya de la Torre salió a defenderlo en la prensa.

No fue solo Haya. Durante semanas, intelectuales de Lima, Arequipa y Trujillo hicieron causa común por una narrativa muy atractiva: el frágil poeta injustamente encarcelado. La misma imagen que aún hoy tiene la mayoría de peruanos.

Pero ¿y si no es tan cierta?

Retrocedamos un poco. Como miles de nosotros antes y después de él, César Vallejo tuvo que dejar su tierra natal para estudiar y trabajar. Sin embargo, cuando podía —y sentía el peso del mundo encima— se embarcaba en largos viajes de regreso a su querido Santiago de Chuco[45]. Esa vez el poeta volvió para la fiesta patronal; eran finales de julio de 1920.

La ciudad lo recibió convulsa. El hasta entonces subprefecto —la máxima autoridad del lugar—, Carlos Santa María, acababa de ser reemplazado por alguien llamado Ladislao Meza. El saliente era pardista; el nuevo, leguiista. La historia de siempre.

El defenestrado Santa María también era dueño de la tienda más próspera y, además, mayordomo de las celebraciones (es decir, pagaba el trago). El 31 de julio, según algunas versiones, se sentó a tomar pisco con el tercer personaje de este enredo político: el alférez Carlos Dubois, jefe del puesto de gendarmes de la ciudad. Lo que está a punto de suceder es la versión mini de lo que tantas veces se ha vivido en Lima: un político convence a un militar de dar un golpe a su opositor.

El alférez Dubois también tenía razones para andar disconforme: no había llegado desde Trujillo la plata para pagarles a los gendarmes.

Todo andaba mal con el nuevo subprefecto, se quejaba.

—Vaya, pues, y reclame su paga —le dijo Santa María, según algunos recuentos—. Vayan a reclamar y llévele estas botellitas de pisco a sus subalternos.

El alférez llevó las botellas de pisco al puesto de gendarmes, donde se armó un juergón que derivó en revuelta. Al amanecer del primero de agosto —en medio de cantos, disparos al aire e insultos a las nuevas autoridades—, fueron a abrir la carceleta y dejaron libres a los presos. Los fieles del apóstol Santiago el Mayor, que ya habían salido en temprana procesión, los vieron recorrer armados las calles.

El nuevo subprefecto Meza y un grupo de sus simpatizantes aparecieron en la plaza para tratar de recuperar el orden. Eso era justo lo que esperaban los gendarmes. Empezaron a disparar sin previo aviso. Un santiaguino cayó muerto.

El caos se desató en la ciudad. La campana de la iglesia empezó a repicar. Una turba arremetió contra el puesto de gendarmes, destrozó la puerta, se apoderó de las armas. Dos policías terminaron muertos en manos de un sujeto conocido como el Negro Losada. Otra turba persiguió al alférez, que intentó refugiarse en la tienda de Santa María, el generoso exsubprefecto. El local comercial terminó saqueado e incendiado.

Las primeras versiones involucraron a Vallejo, aunque no como participante directo, sí como uno de los que apoyó a Meza en la plaza. Incluso lo recuerdan como uno de los pocos civiles armados con revólver.

Un telegrama acusatorio de Santa María abriría el abismo para el poeta: lo señalaba como uno de los líderes de la turba incendiaria. Durante el proceso, el agraviado calificaría a Vallejo como «el orador de los delincuentes que, con los arrebatos de una elocuencia y habilidad puestos al servicio de una mala causa, se convirtió en el mentor espiritual [de la muchedumbre]». El 31 de agosto se dictó orden de detención en su contra por los delitos de motín, daño, incendio y homicidio frustrado.

Tanto quienes hoy defienden la inocencia de Vallejo como quienes señalan que, por lo menos, había elementos para abrirle una

investigación coinciden en algo: su participación en los eventos fue muy activa. Incluso Eduardo González Viaña, en su investigación novelada *Vallejo en los infiernos*, describe al poeta intentando capturar al alférez revoltoso e internándose, durante una persecución encolerizada, en medio del local de Santa María devorado por las llamas. El César Vallejo de 28 años parece haber sido muy distinto del taciturno cliché que se volvería inmortal.

Vallejo fugó de Santiago y se refugió en Trujillo con su amigo, el filósofo —y uno de los futuros fundadores del Apra— Antenor Orrego. La casa de Orrego quedaba frente a Chan Chan y, en las noches de luna llena, el prófugo salía a recitar sus versos en la ciudadela chimú, mientras, a lo lejos, se escuchaba la furia del mar.

Solo Vallejo podía haber tenido una clandestinidad así.

Pero la perspectiva de caer en prisión lo carcomía vivo. No dormía bien. Una de esas noches tuvo un sueño lúcido en el que se vio a sí mismo muerto en París, rodeado de extraños, incluida una mujer desconocida (que Orrego luego asociaría con Georgette, su futura viuda).

Al poco tiempo, la policía lo capturó y terminó con sus huesos en la prisión de Trujillo. Durante ciento doce días, entre 1920 y 1921, Vallejo vivió la que sería la peor experiencia de su vida. Un infierno marcado no por la injusticia ni la melancolía ni nada muy metafísico: era un padecimiento visceral. Le escribió a un amigo: «En mi celda leo de cuando en cuando; muy de breve en breve cavilo y me muerdo los codos de rabia, no precisamente por aquello del honor, sino por la privación material, completamente material, de mi libertad animal. Es cosa fea esta, Oscar».

Mientras, el proceso continuaba con una serie de eventos típicos de un juicio peruano. Los testigos se convirtieron en acusados; un fiscal detectó que un informe suyo había sido falsificado, y el incidente más alucinante: el Negro Losada, después de firmar una declaración diciendo que Vallejo le había dado el arma homicida, fue asesinado a su vez. ¿La cereza en la torta? Resultó que Losada era analfabeto. ¿Cómo así había firmado contra Vallejo?

Al final, Vallejo fue liberado después de tres meses que deben

haberle parecido infinitos. Al año siguiente, lanzaría *Trilce*, una obra hermética e inescrutable que, aun así, en muchos versos no oculta sus orígenes:

Oh las cuatro paredes de la celda.
Ah las cuatro paredes albicantes
que sin remedio dan al mismo número.

Vallejo estaba libre, pero su proceso seguía abierto. La disposición fiscal fue que se le siguiera investigando. La amenaza de volver a prisión se hacía cada vez más concreta. Terminó viajando a Europa y nunca más volvió. Murió en París, con aguacero, un día del cual tenía ya el recuerdo.

---

45 Hoy, el viaje se hace en diez horas. En ese entonces no había buses, mucho menos carreteras. Calcula el esfuerzo.

AGRADECIMIENTOS:

A Vanessa Lecointre y Elsa Carvajal, mis causas. A Natalia Sobrevilla, Andrés Paredes, José Alejandro Godoy y María Isabel Torres por sus observaciones y consejos sobre este sancochado. A los trabajadores de Planeta que, en el largo camino que fue este libro, fueron torturados por mis paltas recurrentes. A todos los que, en conversaciones personales o interacciones digitales, me sugirieron o recordaron algunas de estas historias, disculparán la concha.

BIBLIOGRAFÍA

El combate que fue un empate

Aguado Cantero, Rodolfo. «El precedente de la hacienda de Talambo en el conflicto hispano-peruano de la segunda mitad del siglo XIX». *Estudios de Historia Social y Económica de América*, n.º 3-4 (1988): 165-174.

Archivo Álvaro de Bazán. *Documentos relativos a la campaña del Pacífico (1863-1867)*. Tomo 1. Madrid: Museo Naval, 1966. https://bit.ly/3LuYikW

Frías Valenzuela, Francisco. *Manual de historia de Chile*. Santiago de Chile: Nascimento, 1963.

Orrego, Juan Luis. *La república oligárquica: 1850-1950*. Lima: Lexus, 2000.

Peña de Camus, Soraya. «La expedición al Pacífico (1862-1866)». *NaturalMente*, n.º 23 (2019): 22-26. https://bit.ly/3PvtBiS

Peñasco de la Puente, Hilario y Cambronero, Carlos. *Las calles de Madrid: noticias, tradiciones y curiosidades*. Madrid: Imp. Enrique Rubiños, 1889.

El virrey Barata

Gorriti, Gustavo y Mella, Romina. «Los audios de Jorge Barata». *IDL-Reporteros*. 12 de marzo de 2018. https://bit.ly/3z4wZeX

Loayza, Jorge. «Brasileños que se quedaron aquí... y peruanas que los acogieron. Integración binacional». *La República*. 22 de agosto

de 2003. https://bit.ly/3yOKkrA

Redacción Asia Sur. «[Lima. 3] *Feijoada* brasileña». *Grupo Asia Sur. 2015.* https://bit.ly/3MqgKfV

Sifuentes, Marco. *H&H. Escenas de la vida conyugal de Ollanta Humala y Nadine Heredia*. Lima: Planeta, 2018.

— *K. O. P. P. K. Caída pública y vida secreta de Pedro Pablo Kuczynski.* Lima: Planeta, 2019.

Lolo contra Hitler

Alvarado Jourde, Nelson. «El día que la selección peruana humilló a Hitler». BBVA. 16 de marzo de 2018. https://bbva.info/3sMCquU

Arias Schreiber. «Perú en Berlín 36». *Cortinas de humo* (blog). 16 de noviembre de 2010. https://bit.ly/3IsReup

— «La historia de Berlín 36 es un truco de *marketing*». *El Comercio*. 13 de agosto de 2016.

Galeano, Eduardo. *Espejos: una historia casi universal.* Madrid: Siglo XXI, 2008.

Lara, Miguel Ángel. «Perú, ¿víctima de Hitler en los juegos del 36?». *Marca*. Diciembre de 2012. https://bit.ly/3sLjk8e

Pulgar-Vidal Otálora, Jaime. «Los Olímpicos del 36». *Jaime Pulgar-Vidal Otálora, historiador y periodista* (blog). 1 de marzo de 2007. https://bit.ly/3LvkPy0

La primera universitaria

Carlin, Eliana y González, Jimena. «María Trinidad Enríquez». *Veinte heroínas peruanas*. Lima: Aleph, 2019.

Glave, Luis Miguel. «Dama de sociedad: Trinidad María Enríquez, Cusco 1846-1891». En *Cambio en el imaginario femenino. Siglo XIX. Cemhal*. https://bit.ly/3NnAxwx

Mannarelli, María Emma. «Las mujeres en la universidad (1874-908): permisos y sexos confundidos». En *Vidas desiguales. Mujeres, relaciones de género y educación en el Perú*, editado por Sandra Carrillo y Ricardo Cuenca, 17-57. Lima: Instituto de

Estudios Peruanos, 2018.

Observatorio Mujer Unifé. «3 de octubre de 1874. María Trinidad Enríquez Ladrón de Guevara recibe la resolución por parte del Estado peruano que la autoriza a postular a una universidad». https://bit.ly/3sO50fn

Valladares Chamorro, Odalis. «La incursión de las mujeres a los estudios universitarios en el Perú: 1875-1908». *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija*, vol. 15, n.° 1 (2012): 105-123.

El maricón principal de Lima

Alegre Henderson, Magally. «Juan José Cabezudo y los banquetes de la independencia». *Crónicas de la Diversidad*, n.º 19 (julio de 2021). https://bit.ly/39XO5QU

Bedoya, Jaime. «Elogio de la mariconada». *El Dominical - El Comercio*. 6 de setiembre de 2016. https://bit.ly/3wtEwSA

Morales, Katherine. «Bicentenario del Perú: los hitos protagonizados por la comunidad LGTBIQ+ a través de la historia». *La República*. 28 de julio de 2021. https://bit.ly/3NmkXBm

Campuzano, Giuseppe. *Museo travesti del Perú*. Lima: Laika Comunicaciones, 2008.

Pamo Reyna, Óscar. «El travestismo en Lima: de la colonia a la república». *Acta Herediana*, vol. 56, n.º 26 (2016). https://bit.ly/3Lr5qPd

Genocida desconocido

Alvarado, Cristina. «Julio César Arana, el gran barón del caucho». *Chiqaq News*. 10 de setiembre de 2020. https://bit.ly/3a5uCxH

Bedoya, Ricardo. «Julio C. Arana, Silvino Santos y el cine en la Amazonía». *Páginas del diario de Satán* (blog). 9 de noviembre de 2010. https://bit.ly/3yOk94b

Bernucci, Leopoldo y Varela, Ana (eds.). *Benjamín Saldaña Rocca. Prensa y denuncia en la Amazonía cauchera*. Lima: Pakarina Ediciones, 2020.

Casement, Roger. *Diario del Amazonas*. Madrid: El Funambulista, 2011.

Chirif, Alberto. *Después del caucho.* Lima: CAAAP - Lluvia Editores, 2017.

Pineda, Roberto. «La Casa Arana en el Putumayo». *Credencial Historia*, n.º 160 (2003). https://bit.ly/3sLAfYv

— «Julio César Arana y sir Roger Casement. Destinos cruzados: el caucho, un comercio infame». *Credencial Historia*, n.º 160 (2003). https://bit.ly/39xDUSQ

Reverte, Javier. «Amazonia. La sangría continúa». *El País*. 16 de agosto de 2007.

El Bastardo del Milenio

Hildebrandt, César. «El Grau verdadero». *Hildebrandt en sus Trece*. 9 de octubre de 2020.

Migoya, Hernán y Montes, Ricardo. *Grumete Grau, el niño de los mares.* Lima: Editora Vuk, 2014.

Ortiz Sotelo, Jorge. *Miguel Grau. El hombre y el mar*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2003.

Pero por supuesto que el punk es peruano

García, Julio. «Ni Sex Pistols ni Ramones; el punk empezó en Perú y en español». *BBC News*. 24 de diciembre de 2011. https://bbc.in/3woC7bO

García, Óscar. «Pedro Cornejo: "Es un disparate absoluto decir que los Saicos inventaron el punk"». *Somos - El Comercio*. 25 de julio de 2018.

Gómez-Fernandini, David. «Los Saicos reaparecen en público después de 40 años». *Agencia Perú*. 30 de mayo de 2005. https://bit.ly/3a9g0gZ

Pinzás, Fernando. «Íñigo Pastor: "Mostramos música que estuvo disponible pero que ya no se puede conseguir"». *Publimetro*. 23 de noviembre de 2017. https://bit.ly/3wHgCCe

Sánchez Flores, Miguel. *Mitologías velasquistas. Industrias culturales y*

la revolución peruana (1968-1975). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2020.

Serrano, Ignacio. «Perú, cuna de punk». *ABC*. 21 de octubre de 2010. https://bit.ly/3LvmWSs

Tabarovsky, Damián. *Escritos de un insomne*. Santiago de Chile: Alquimia Ediciones, 2015.

Torres Rotondo, Carlos. «Los Saicos: una leyenda de ruido y furia». *Rock peruano (rollos)* (blog). 27 de junio de 2011. https://bit.ly/3NmYkgb

Trujillo, Dante. «Carlos Torres: "Los Saicos son el eslabón perdido del punk"». *Abrecht Noticias*. https://bit.ly/3IkZ4Gr

Villa, Pablo. *Music and Youth Culture in Latin America: Identity Construction Processes from New York to Buenos Aires*. Oxford: Oxford University Press, 2014.

Campesino. Activista. Intelectual

Aguirre, Carlos y Drinot, Paulo (eds.). *La revolución peculiar: repensando el Gobierno militar de Velasco*, 71-103. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2018.

Caro, Ricardo y Robin, Valérie. «El león del Pampas». *Domingo - La República*. 5 de setiembre de 2010, 22-24. https://bit.ly/3MujKYz

Llamojha Mitma, Manuel. *Now Peru Is Mine: The Life and Times of a Campesino Activist*, editado por Jaymie Patricia Heilman. Durham: Duke University Press, 2016.

Más que una inyección

Delgado Matallana, Gustavo. «Guerra con Chile: campaña de la Breña, enfrentamiento Cáceres-Iglesias y sus consecuencias académicas, administrativas y físicas en la Facultad de Medicina». En *Daniel Alcides Carrión: mártir de la medicina peruana, héroe nacional, Ley 25342*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2001. https://bit.ly/3Mr9Cjf

— «Daniel Alcides Carrión García en la Cripta de los Héroes de la Guerra de 1879». *Acta Médica Peruana*, vol. 32, n.º 2 (2015). https://bit.ly/3a11TKs

Gaviola, Gastón. *Perú batalla. Las historias que no te contaron*. Lima: Ediciones B, 2021.

Pamo, Oscar. «Daniel Carrión: mito y realidad». *Revista Médica Herediana*, vol. 14, n.º 4 (2003). https://bit.ly/39CQGiY

Presa de sí misma

Bozzo, Laura. «Entrevista a César Hildebrandt». *Las mujeres tienen la palabra*. 26 de diciembre de 2013. Video en C3000 - YouTube, 4:32. https://bit.ly/3NkEdPA

Mucha, Martín. «El plató es su celda». *El Mundo*. 2003. https://bit.ly/3wzz3Zs

Plataforma GLR. «Laura Bozzo pide salir de Monitor». *La República*. 13 de enero de 2005. https://bit.ly/3NoVwPt

Redacción Infobae. «Laura Bozzo se despide de 2021 con amargo mensaje: "Para mí ha sido una pesadilla"». *Infobae*. 28 de diciembre de 2021. https://bit.ly/3wq0ndE

Redacción Perú21. «Laura Bozzo: "Soy genéticamente 100 % italiana"». *Perú21*. 25 de enero de 2014. https://bit.ly/39XRI9u

RPP Noticias. «Laura Bozzo: "No estuve presa por conocer a Montesinos, sino por Zaraí"». *RPP Noticias*. 22 de marzo de 2016. https://bit.ly/3Iq4AaP

Sifuentes, Marco y Migoya, Hernán. *Señorita Laura.* Lima: Planeta, 2015.

¿Así es mi Perú?

Barks, Carl. *Pato Donald en «Perdidos en los Andes» y otras historias*. Barcelona: Salvat, 2018.

Bond, Michael. *Un oso llamado Paddington*. Barcelona: Noguer, 2015.

Edouard, David, Deyriès, Bernard, Maruyama, Kenichi y Murakami, Kenichi. *Las misteriosas ciudades de oro*. Tokio: NHK, Antenne 2, Pierrot, 1982-1983.

Hiroko, Tokita. *Jiku Tensho Nazca*. Tokio: Genco, Radix, 1998.

Okaseko, Kazuyuki y Sasahiro, Masari. *Attacker you!* Tokio: TV Tokyo, 1984.

Rosa, Don. *Walt Disney's Uncle Scrooge McDuck: His Life and Times*. Maryland: Gemstone Publishing, 2007.

Remi, Georges (Hergé). *Las aventuras de Tintín: el Templo del Sol*. Barcelona: Editorial Juventud, 1989.

Rowling, J. K. *Harry Potter y las reliquias de la muerte*. Barcelona: Salamandra, 2008.

Nic Piérola: *good or bad?*

Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. 18 vols. Lima: Empresa Editora El Comercio, 2005-2006.

Gonzales Alvarado, Osmar. «La correspondencia de Ricardo Palma». *Contribuciones desde Coatepec*, n.º 16 (2009): 183-200.

Lostaunau, Augusto. «Actualidad del discurso de Matavilela». *Gaceta Ucayalina*. 21 de abril de 2018. https://bit.ly/3LuLj2S

Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta, 1928.

Mücke, Ulrich. «Los artesanos». Cap. 8 en *Política y burguesía en el Perú: el Partido Civil antes de la guerra con Chile*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, 2010.

Noticiarios peruanos de los años cuarenta. «Don Nicolás de Piérola». Video de la Biblioteca Digital de la BNP - YouTube, 8:23. 18 de octubre de 2016. https://bit.ly/3wtH5Ec

Olivari, Walter. «Manuel González Prada: un anarquista *sui generis*». Tesis de grado. Universidad Católica de Colombia, 2015. https://bit.ly/3MBFxO8

Suárez Sánchez, Fernando. «Jorge Basadre y su libro *Perú, problema y posibilidad*». *Quirón. Revista de Estudiantes de Historia*, vol. 3, n.º 5 (2016): 91-99.

La Lima del futuro pasado

Arévalo, Juan Aurelio. «La Lima que no pudo ser: proyectos inconclusos a lo largo de la historia». *El Comercio*. 18 de enero de 2019. https://bit.ly/3NmmzLq

Gonzales Obando, Diana. «Pedro Paulet, el genio peruano que fundó la aeronáutica». *El Dominical - El Comercio*. 22 de julio de 2021. https://bit.ly/3wAu8Yd

Madueño Paulet de Vásquez, Sara. «Pedro Paulet: Peruvian Space and Rocket Pioneer». *21st Century Science and Technology Magazine*. https://bit.ly/3PtssIz

Martuccelli, Elio. «Pedro Paulet». *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas*, vol. 49, n.º 1 (2019). https://bit.ly/3MtT7TM

Von Braun, Wernher y Ordway, Frederick. *History of Rocketry & Space Travel*. Nueva York: Crowell, 1967.

Y, al tercer día, no resucitó

ATV Noticias Edición Matinal. «Ezequiel Ataucusi: vida, pasión y muerte del líder del Frepap». Video de ATV Noticias - YouTube, 4:36. 28 de enero de 2020. https://bit.ly/3wuJJJP

Ossio, Juan. «Inkarrí y el mesianismo andino». En *El héroe entre el mito y la historia*, coordinado por Federico Navarrete y Guilhem Olivier, 181-212. México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. https://bit.ly/3LxzPeG

Tarnawiecki, Natalia, Ortigas, Roberto y Sandoval, Jaime. «Un profeta en su tierra». Canal N. Video de NanRu - YouTube, 41:17. 2001. https://bit.ly/37ZDTa6

Vallejos, Rosa. «Historia de Ezequiel Ataucusi Gamonal Gamonal». Video de Panorama - YouTube, 17:23. 8 de febrero de 2020. https://bit.ly/3wquwtn

Sánchez Cerro, cazador de tesoros

Castro Vásquez, Aquilino. «La dama de oro». *El Dominical - El Comercio*. 11 de diciembre de 2005.

Cheesman, Roxanne. «Catalina Huanca, mujer avanzada en la huaca». *El Comercio*. 3 de mayo de 2014. https://bit.ly/3sKOH2Z

Hurtado Ames, Carlos. «Aproximaciones a la identidad de Catalina Huanca: documentos e hipótesis de trabajo». *Jaujaperu.info*. Enero 2001. https://bit.ly/3sI5H9R

Mujica, Ramón. «Capítulo 5: Los regalos de la Rosa Astrea». En *Rosa limensis. Mística, política e iconografía en torno a la patrona de América.* México D. F.: Centro de Estudios Americanos y Centroamericanos - Fondo de Cultura Económica, 2004.

Palma, Ricardo. *Tradiciones peruanas*. Tomo 2. Lima: Asociación Editorial Bruño, 2010.

Rescate del Paraíso

Comisión de la Verdad y de la Reconciliación. *Informe final*. Tomo 5. Lima: CVR, 2003.

Gorriti, Gustavo y Mella, Romina. «Entrevista a *Artemio*. Segunda parte. Sendero y el narcotráfico». *IDL-Reporteros*. 7 de diciembre de 2011. https://bit.ly/3yQhDKV

Hildebrant, César. «Aportes del documental *Memorias del Paraíso*». *En la boca del lobo*. Video del LUM, 16:36. https://bit.ly/3wsgVBY

Goldenberg, Sonia. *Memorias del Paraíso*. Lima: Tramas, 2003, 50 min.

Miranda, Luis. «Cuarto Poder: El resurgimiento de Paraíso tras la época del terrorismo - parte 1». Programa Desarrollo Alternativo, 5 de marzo de 2012. Video, 8:37. https://bit.ly/3MqHM6Y

Páucar, Felipe. «Informe sobre el pueblo Paraíso». D' 6 a 9. Video del LUM, 5:31. 2002. https://bit.ly/3NktF2Q

Tristes estrellas de la vieja quinta

Gamarra Galindo, Marco. «El mausoleo de Óscar Heeren en el cementerio Presbítero Maestro». *Blog de Marco Gamarra Galindo*. 19 de agosto de 2012. https://bit.ly/3sLSZY1

Dulanto, Jéssica. *Patrimonio histórico de uso residencial en el Perú*. Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, abril de

2020. https://bit.ly/3PzNZ2o

TVPerú. «Sucedió en el Perú: La Quinta Heeren». Video de YouTube. 23 de octubre de 2018. https://bit.ly/3PvwIHA

RPP Noticias. «La Quinta Heeren: ¿por qué el terror invadió este lugar?». *RPP Noticias*. 16 de noviembre de 2016. https://bit.ly/3NvrY2Z

El jefe supremo de la Nación Selvática

Barcia, Tato. «El calor y la furia de la revolución federal de Loreto». *Pro y Contra. Noticias de la Amazonía Peruana*. 8 de noviembre de 2019. https://bit.ly/3NnBbdt

Barclay Rey de Castro, Frederica. *El Estado federal de Loreto, 1896: Centralismo, descentralización y federalismo en el Perú, a fines del siglo XIX*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, 2009.

Escobar La Cruz, Ramiro. «El lío de la selva. Historia y avatares del, nunca cumplido, sueño de un Loreto federal». *Caretas*, n.° 1541-1549 (1998).

López, Nadia. «Intelectuales, descentralismo e ideas federalistas en el Perú (1915-1930)». Ponencia. Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015. https://bit.ly/39C63Z4

Martínez Riaza, Ascensión. «Política regional y gobierno de la Amazonia peruana. Loreto (1883-1914)». *Histórica*, vol. 33, n.º 2 (1999): 393-462. https://bit.ly/3MB3sgO

Yalta Rodríguez, Luis Eyten. «Loreto federal». *La Región. Diario del Distrito Judicial de Loreto*. 5 de noviembre de 2012. https://bit.ly/3FYNhav

Saqueo en vez de sake

Asociación Peruano-Japonesa. «Políticas discriminatorias». 3 de julio de 2007. https://bit.ly/39XQye6

Cabel, Andrea. «Fiebre xenófoba o la deportación de peruano-japoneses». *De un silencio ajeno* (blog) - *LaMula.pe*. 2 de diciembre de 2019. https://bit.ly/3sLDMGf

González, Jaime. «El drama de los peruano-japoneses encarcelados en campos de detención en EE. UU.». *BBC News Mundo*. 9 de enero de 2015. https://bbc.in/3wwBzR6

Hernández Galindo, Sergio. «1946: Año nuevo en el campo de concentración de Crystal City». *Discover Nikkei. Japanese Migrants and their Descendants*. 3 de enero de 2020. https://bit.ly/3wXN6bx

Higa Sakuda, Enrique. «Justo desagravio a la colectividad nikkéi - Alan García: "Pedimos perdón"». *Discover Nikkei. Japanese Migrants and their Descendants*. 29 de setiembre de 2011. https://bit.ly/3sFQeaE

— «120 años de inmigración japonesa al Perú: recuerdos contra el olvido». *Discover Nikkei. Japanese Migrants and their Descendants.* 6 de febrero de 2019. https://bit.ly/3MB64eC

López Martínez, Héctor. «*El Comercio* y el Sakura Maru». *El Comercio*. 3 de abril de 2019. https://bit.ly/3sL7Ku1

Miyashiro, Hiroshi. «De la restauración a la persecución: formación de la identidad nikkéi en el Perú». Tesis de licenciatura. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2019.

Moore, Stephanie. «Los nikkéi internados durante la Segunda Guerra Mundial: la larga lucha por una reparación justa». *Discover Nikkei. Japanese Migrants and their Descendant.* 4 de diciembre de 2017. https://bit.ly/3MAvCbu

Pincus, Nina. «Desde una identidad transnacional a la hibridez: la formación de una nueva identidad nikkéi en la población japonesa en el Perú». Tesis de bachillerato. Scripps Senior Theses, 2013. https://bit.ly/3G4AYJJ

Sakuda, Alejandro. *El futuro era el Perú: cien años o más de inmigración japonesa*. Lima: Esicos, 1999.

Shinki, Venancio. «Testimonio: Vamos a la América». Video de Discover Nikkei. Japanese Migrants and their Descendants, 2:24. 6 de setiembre de 2007. https://bit.ly/39H1KvL

Un par más, y golpeamos

Kruijt, Dirk. *La revolución por decreto: el Perú durante el Gobierno militar*. Lima: Instituto de Defensa Legal, 2008.

Parodi Trece, Carlos. *Perú 1960-2000. Políticas económicas y sociales en entornos cambiantes*. Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 2007.

Plataforma GLR. «Diplomático peruano fue involucrado en un escándalo en Chile». *La República*. 3 de octubre de 2008. https://bit.ly/3wAS3qt

Redacción DW. «Plan Cóndor: justicia italiana condenó a cadena perpetua a ocho militares». *DW Made for Minds*. 17 de enero de 2017. https://bit.ly/3MqHz3n

La verdad está allá afuera

Alonzo, Consuelo. «Fuerza Aérea investiga extraños fenómenos en el cielo peruano». *La República*. 14 de junio de 2011.

Choy, Anthony. «La desclasificación ovni: abriendo los archivos secretos». *Viaje a otra Dimensión*. 30 de abril de 2016. Ivoox, 02:17:02. https://bit.ly/3G1ivhk

El Peruano. «Anthony Choy. Ufólogo: "Trato de no perder mi capacidad de asombro"». *El Peruano*. 1 de febrero de 2015.

Fuenzalida Vollmar, Fernando. «En la inauguración de la Oifaa - Oficina de Investigación de Fenómenos Anómalos Aeroespaciales de la Fuerza Aérea Peruana». *La Biblioteca del Diablo - Hellfire Tomb of Knowledge*. 1 de noviembre de 2001. https://bit.ly/3G1iHgy

Luna Amancio, Nelly. «Naves voladoras no identificadas son investigadas por la FAP». *El Comercio*. 29 de marzo de 2009.

Redacción Correo. «Anthony Choy: el abogado que no podía dejar de mirar el cielo». *Diario Correo*. 13 de marzo de 2014.

Algún tiempo el peruano oprimiendo

AFP. «Chile intentó vender isla de Pascua a EE. UU., Japón, Reino Unido y a la Alemania nazi». *France 24*. 10 de agosto de 2018.

Bostelmann, Andrea. «Académicos de nuestra universidad develan los misterios de Rapa Nui». *Universidad de Chile*. 28 de diciembre

de 2006. https://bit.ly/39vnGty

Eyraud, Frère Eugène. «Lettre du Frère Eugène Eyraud, au Supérieur général». *Annales de la Propagation de la Foi*, vol. 38 (1866).

Llorente, Analía. «La historia oculta de isla de Pascua y cómo se convirtió en una prisión para sus propios habitantes». *BBC News Mundo*. 25 de mayo de 2017. https://bbc.in/3lo3RXU

Maude, Henry Evans. *Slavers in Paradise: The Peruvian Labour Trade in Polynesia, 1862-1864*. Canberra: Australian National University Press.

Memoria Chilena. «Expediciones esclavistas». Biblioteca Nacional Digital de Chile. https://bit.ly/3LqyYfP

Ontiveros, Victoria. «Rapa Nui o isla de Pascua, historia de una colonia abandonada». *EOM*. 30 de diciembre de 2018. https://bit.ly/37XmS05

Rodríguez, Gustavo. «Una bestia llamada Perú». *El Comercio*. 6 de noviembre de 2015. https://bit.ly/3MxueGH

PPK y la Página Once

Goodwin, Richard. «Letter from Peru». *The New Yorker*. 9 de mayo de 1969. https://bit.ly/3adu0q0

León Moya, Carlos. «¿Realmente Velasco persiguió a Kuczynski en 1969?». *Reforma Agraria* (blog) - *LaMula.pe.* 11 de abril de 2019. https://bit.ly/3MvMFvB

Sifuentes, Marco. *K. O. P. P. K. Caída pública y vida secreta de Pedro Pablo Kuczynski.* Lima: Planeta, 2019.

Vivas, Fernando. «La Página Once, revelaciones 50 años después». *El Comercio*. 15 de agosto de 2018.

Tapadas en California

Camino, Nicolás. «La fiebre del oro para los sudamericanos: inmigración, conflictos y marginalidad». Ponencia. Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015. https://bit.ly/3PvPX3C

Hernández Cornejo, Roberto. *Los chilenos en San Francisco de California (recuerdos históricos de la emigración por los*

descubrimientos del oro, iniciada en 1848). Valparaíso: Imprenta San Rafael, 1930.

Marina de Guerra del Perú. «La Marina de Guerra en la república (siglo XIX)». Marina de Guerra del Perú. https://bit.ly/3MurlGv

Monaghan, Jay. *Chile, Peru, and the California Gold Rush of 1849*. Berkeley: University of California Press, 1973.

Taylor Hansen, Lawrence. «El oro que brilla desde el otro lado: aspectos transfronterizos de la fiebre del oro californiana, 1848-1862». *Secuencia*, n.º 77 (2010). https://bit.ly/3PrqNTP

El vecino nazi

Alvarado, Jessie. «Banchero Rossi: crimen en la mansión de Chaclacayo». *Somos Periodismo*. 2 de enero de 2019. https://bit.ly/3wEJs6d

Goldenberg, Sonia. «Macron hace memoria». *Caretas*. 19 de mayo de 2017.

Jochamowitz, Luis. «Nuestro nazi». *Caretas*. 9 de febrero de 2017.

Liza, Víctor. «El caso Banchero: nuevas pistas refuerzan versión de su asesinato por delatar a un nazi». *Redacción Mulera*. *LaMula.pe*. 19 de mayo de 2017. https://bit.ly/3lkMqay

Manrique, Nelson. «¿Quién mató a Luis Banchero Rossi? (I)». *Blog de ArturoDiazF*. 2 de abril de 2010. https://bit.ly/37VYhJ1

— «¿Quién mató a Luis Banchero Rossi? (II)». *Blog de ArturoDiazF*. 3 de abril de 2011. https://bit.ly/3a05kRB

Méndez, Juan Carlos. «La variable nazi en la muerte de Banchero Rossi». *Juan Carlos Méndez* (blog). 24 de junio de 2013. https://bit.ly/39YfDWk

Redacción EC. «Luis Banchero Rossi: el empresario que se convirtió en leyenda». *El Comercio*. 27 de agosto de 2014. https://bit.ly/3NoeqpE

Vargas, Esther. «Caso Banchero, el crimen perfecto: nuevo libro recupera detalles de un juicio insólito». *Perú21*. 31 de octubre de 2020. https://bit.ly/3wzBJHP

Huaqueros, arqueólogos y chamanes

Alarco, Daniel. «El último centinela del Señor de Sipán». *La Estrella de Panamá*. 6 de diciembre de 2015. https://bit.ly/3Lr6dzC

Crevoisier, María Luz. «Cinco mil años de misterio: la gobernanta de Cao». *Los Andes*. 26 de octubre de 2011. https://bit.ly/3LkLiyg

Murillo, Ana. «La "fiebre del oro" causa el saqueo de una de las más importantes tumbas preincaicas halladas en Perú». *El País*. 29 de abril de 1989.

Real Academia Española. *Diccionario histórico de la lengua española*, 9.ª entrega, s. v. «huaqueo». https://bit.ly/3PrRUOx

RPP Noticias. «Una cura ancestral bajo la mirada de la Dama de Cao». *RPP Noticias*. 1 de setiembre de 2012. https://bit.ly/3yS0QqD

Saco, María Luisa. «La cultura Vicús - hallazgos y expresiones artísticas». *Letras*, n.° 86-87 (1977-79): 5-16.

Él visitó Ganímedes

Agostinelli, Alejandro. «Ganímedes, amanecida como un querer». *Factor 302.4. El blog de Alejandro Agostinelli*. 17 de enero de 2013. https://bit.ly/3G68boi

Mariichuy. «Una experiencia literaria: Viajando a la Lunas de Júpiter… Yo visité Ganímedes». *Steemit*. 2019. https://bit.ly/39EPOdF

Martín. «El fraude de Sixto Paz, la Misión Rama y Yosip Ibrahim - Viajé a Ganímedes (directo editado)». 5 de mayo de 2019. Video de Terra Máxica - YouTube, 40:44. https://bit.ly/3PANQLV

Redacción DW. «La CIA desclasifica cientos de documentos sobre ovnis de los últimos setenta años». *DW. Made for Minds*. 15 de enero de 2021.

Televisión Española. «1974 El IPRI y los ovnis - Grupo RAMA - Rosciano y Ganímedes». *Los reporteros*. Televisión Española. 16 de agosto de 2016. Video de ang9arroba YouTube, 32:30. https://bit.ly/3yLMkAS

Torres Rotondo, Carlos e Yrigoyen, José Carlos. *Crimen, sicodelia y minifaldas. Un recorrido por el museo de la serie B en el Perú.* Lima: Mutante, 2014.

La amazona de los Andes

Valdelomar, Abraham. *La Mariscala: doña Francisca Zubiaga y Bernales de Gamarra, cuya vida refiere y comenta*. Lima: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, 1914.

Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. Tomo 2. Lima: Empresa Editora El Comercio, 2005-2006.

Tristán, Flora. *Peregrinaciones de una paria*. Serie Peruanos Imprescindibles. Lima: Empresa Editora El Comercio, 2005.

Polack, Bruno. *Mujeres que forjaron el Perú*. Lima: Planeta, 2020.

La danza macabra de Norka Rouskaya

Casa Museo José Carlos Mariátegui. *Boletín de la Casa Museo José Carlos Mariátegui: «José Carlos Mariátegui y Norka Rouskaya. Centenario de un escándalo»*, n.º 96 (2017). https://bit.ly/3wEgKCj

Espinoza, Gustavo. «Norka Rouskaya y la censura política». *Rebelión*. 8 de noviembre de 2017. https://bit.ly/38zgvR9

García, Fico. «El Amauta: visita de Norka Rouskaya al Perú». 6 de julio de 2020. Video de Willy Noriega en YouTube, 10:41. https://bit.ly/3GhiNkl

Gargurevich, Juan. *La prensa sensacionalista en el Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002.

Mariátegui, José Carlos. «Mariátegui aclara el escándalo por el baile de Norka Rouskaya en el cementerio». *El Tiempo*. 10 de noviembre de 1917. https://bit.ly/3PzcYTx

Mariátegui, José Carlos. «El baile de Norka Rouskaya». *El Dominical - El Comercio*. 5 de noviembre de 2017.

Noriega, Willy. «Visita de Norka Rouskaya al Perú». Video de Willy Noriega en YouTube. 6 de julio de 2020. https://bit.ly/3GhiNkl

Stein, William. *Dance in the Cemetery. Jose Carlos Mariategui and the Lima Scandal of 1917*. Lanham: University Press of America, 1997.

El *primer* niño terrible

Encuentra tu Poema. «Abraham Valdelomar: el centenario del Conde de Lemos». *Fundación BBVA*. 31 de octubre de 2019. https://bit.ly/3wx5yc0

Neyra Magagna, Ezio. «Ser es parecer o el dandismo de las formas: actitudes, autorepresentación y performatividad en Abraham Valdelomar». *América sin Nombre*, n.º 24 (2020): 69-78. https://bit.ly/3MuObOl

Rabī do Carmo, Alonso. «Abraham Valdelomar: Apuntes para la fundación del periodismo narrativo en el Perú». *Conexión*, n.º 6. (2016): 58-73. https://bit.ly/3LqR55v

Sánchez, Luis Alberto. *Valdelomar o la belle époque*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2009.

Segura Zariquiegui, Ainhoa. «El postmodernismo peruano: vida y obra de Abraham Valdelomar». *Cartaphilus. Revista de Investigación y Crítica Estética*, vol. 18 (2021). doi:10.6018/cartaphilus.423371

Tauro del Pino, Alberto. *Enciclopedia ilustrada del Perú*. Tomo 17. Lima: Peisa, 2001.

Valero, Eva. «Abraham Valdelomar, cien años después». *Quipu Virtual. Boletín de Cultura Peruana. Ministerio de Relaciones Exteriores*, n.º 15. (2020): 2-4. https://bit.ly/3G3qGcH

Construyendo a una heroína

Aguirre, Carlos y Drinot, Paulo. «¿La segunda liberación? El nacionalismo militar y la conmemoración del sesquicentenario de la independencia peruana». En Aguirre, Carlos y Drinot, Paulo (eds.). *La revolución peculiar: repensando el Gobierno militar de Velasco*, 41-70. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2018.

Barrionuevo, Alfonsina. *Habla Micaela*. Cusco: Dirección Desconcentrada de Cultura de Cusco, 2015.

Esquivel, Omar. «El Monumento a Micaela Bastidas (1967-1969), un símbolo de reivindicación femenina durante la reforma agraria». *Yuyaykusun*, n.º 10 (2020): 67-95. https://

bit.ly/3NkJXsC

Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social - LUM. «Tūpac Amaru y Micaela Bastidas: memorias, sīmbolos y misterios». https://bit.ly/3G5Py3S

United States Congress. Senate. Committee on the Judiciary. Subcommittee to Investigate the Administration of the Internal Security Act and Other Internal Security Laws. *Documentation of Communist Penetration in Latin America*. Washington: Government Printing Office, 1965

Walker, Charles. «El general y su héroe: Juan Velasco Alvarado y la reinvención de Tūpac Amaru II». En Aguirre, Carlos y Drinot, Paulo (eds.). *La revolución peculiar: repensando el Gobierno militar de Velasco*, 71-103. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2018.

Las primeras alcaldesas

Alvarado Rivera, María Jesús. *Biografía y manifiesto*. Lima: Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social. https://bit.ly/3wE4Kkd

Bedoya, Carlos. «Dora Madueño y las primeras alcaldesas peruanas en 1945: notas históricas sobre género y ciudadanía». *Discursos del Sur. Revista de Teoría Crítica en Ciencias Sociales*, n.º 4 (2019): 79-107. https://bit.ly/3PuUIuh

— «Las primeras alcaldesas del Perú». *Disidencias* (blog) - *LaMula.pe*. 26 de setiembre de 2019. https://bit.ly/3G0FWai

Blondet, Cecilia y Montero, Carmen. *La situación de la mujer en el Perú 1980-1994*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1994.

Hidalgo Bustamante, Martīn. «Mujeres en polītica: ¿quiénes fueron las primeras autoridades en nuestra historia?». *El Comercio*. 9 de marzo de 2020. https://bit.ly/3MqNtBz

La princesa del pop

CFS. «Wendy Sulca: crītica asegura “se roba la pelīcula” tras estreno de *Coach*». *Andina*. 3 de agosto de 2016. https://bit.ly/3yNweqh

EFE. «Ser mujer y vivir sin miedo. El reclamo del nuevo

emprendimiento musical de Wendy Sulca». *El País*. 24 de febrero de 2021. https://bit.ly/3G69ROC

Lagares, Juan. «El increíble presente de Wendy Sulca, la peruana que se hizo viral de niña por sus canciones de YouTube». *Clarín*. 22 de octubre de 2020. https://bit.ly/3llq5JV

Migoya, Hernán. «*Somewhere over the racism*… La odisea de Wendy Sulca, un libro perfecto para el plan lector». *Cholo Soy* (blog). *Útero.pe*. 15 de agosto de 2014. https://bit.ly/3MyTGLU

Notimérica / EP. «Wendy Sulca cuenta en una autobiografía su paso de niña a mujer». Notimérica. 4 de agosto de 2014. https://bit.ly/3wEqSuL

Núñez, Víctor. «Wendy Sulca, la niña que creció en YouTube». *El País Semanal* (blog). 15 de enero de 2013. https://bit.ly/3yPYys6

RPP Noticias. «Wendy Sulca: "Yo no tenía computadora en casa, no sabía que mi video era popular"». *RPP Noticias*. 29 de julio de 2017. https://bit.ly/38zeGU0

— «Wendy Sulca lamenta que en la música no se tome en serio a las mujeres: "Pasaba con mi mamá cuando era mi mánager"». *RPP Noticias*. 18 de febrero de 2021. https://bit.ly/3wuWdBn

Cómo un niño se convierte en héroe

Castillo Vera, Paula. «Desigualdad de ingresos en el Perú según el censo de 1876». *Economía*, vol. 40, n.º 79 (2017): 181-216. https://bit.ly/3NmoVK9

Comisión Interamericana de Derechos Humanos. *Niños usados como soldados*. Save the Children - Perú. Mayo de 2010. https://bit.ly/38xhjWJ

Guzmán, Miguel. «Los niños soldados en Perú». *La Vanguardia*. 29 de junio de 2009. https://bit.ly/3wEMAyZ

Ministerio de Cultura. *Niños héroes de la guerra del Pacífico*. Lima: Dirección General de Patrimonio Cultural, 2018. https://bit.ly/3IpuziW

Ragas, José. «Cholitos, militares y activistas. La Sociedad Amiga de los Indios y la campaña de rescate de niños indígenas (Lima,

1867-1868)». En *América en diásporas: esclavitudes y migraciones forzadas en Chile y otras regiones americanas (siglos XVI- XIX)*, editado por Jaime Valenzuela Márquez, p. 511. Santiago de Chile: RIL Editores, 2014.

Un especial del humor

Aubès, Françoise. «Polémique autour de *La tierra prometida* de Luis Felipe Angell (Lima, 1958)». *América: Cahiers du CRICCAL*, n.º 21 (1998): 377-385. https://bit.ly/3LsKszo

Gallegos, Óscar. «El microrrelato peruano en la narrativa de los 50 (1950-1959): Luis Loayza, Luis Felipe Angell y Carlos Mino Jolay». Tesis de licenciatura. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2014. https://bit.ly/39CJyTI

Gargurevich, Juan. «¡Cuidado! ¡Sofocleto ha regresado!». *Cosas del Periodismo* (blog). https://bit.ly/38xhvoV

— «¿En qué se parecen Sofocleto, Mario Vargas Llosa y Nicanor de la Fuente?». *Cosas del Periodismo* (blog). 2 de abril de 2013. https://bit.ly/3luj1Lk

Mendoza Cánepa, Raúl. «El chispeante e inteligente humor de Sofocleto». *El Dominical - El Comercio*. 24 de marzo de 2014. https://bit.ly/3sMLPCI

Redacción EC. «Sofocleto: diez años sin el señor de los *sinlogismos*». *El Comercio*. 23 de marzo de 2014. https://bit.ly/3lt0Bu9

Ruiz Ortega, Gabriel. «Sofocleto o el humor». *Caretas*. 23 de diciembre de 2019. https://bit.ly/3MwhzE6

Sofocleto. *Los cojudos. Enciclopedia de la conducta humana.* Lima, 2010.

Tamariz Lúcar, Domingo. «Luis Felipe Angell *Sofocleto*». *Cangrejo negro* (blog). 18 de marzo de 2021. https://bit.ly/3wEunCV

La masacre de Wancho Lima

Aranda, Gilberto, López, Miguel Ángel y Salinas Cañas, Sergio. *Del regreso del inca a Sendero Luminoso: violencia y política mesiánica en Perú*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2009.

Ayala Olazábal, José Luis. *El presidente Carlos Condorena Yujra*. Lima: San Marcos, 2006.

Chueca, José Gabriel. «José Luis Ayala: "Mi deber es escribir sobre la nación aimara"». *Perú21*. 6 de abril de 2017.

Gonza Castillo, Américo. «Discurso y política indígena en el oncenio de Leguía». *Espiral. Revista de Geografías y Ciencias Sociales*, vol. 2, n.º 3 (2020): 069-076. https://bit.ly/3G3AEuX

Jacobsen, Nils. *Mirages of Transition: The Peruvian Altiplano, 1780-1930*. Berkeley: University of California Press, 1993.

Paredes, Jorge. «Utopía en los Andes». *El Dominical - El Comercio*. 28 de abril de 2007.

Rénique, José Luis. «Olvido y verdad en la historia del Perú». *Ideele*, n.º 157 (2003): 128-130. https://bit.ly/3wyjZLr

Saint-Geours, Yves y Deler, Jean-Paul. *Estados y naciones en los Andes: hacia una historia comparativa: Bolivia - Colombia - Ecuador - Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1986.

Turino, Thomas. *Moving Away from Silence: Music of the Peruvian Altiplano and the Experience of Urban Migration*. Chicago: University of Chicago Press, 1993.

No se cansa este pata

Gálvez Montero, José Francisco y García Vega, Enrique Silvestre. *Historia de la Presidencia del Consejo de Ministros. Democracia y buen gobierno*. Tomo 2. Lima: Empresa Peruana de Servicios Editoriales. https://bit.ly/3lqePfg

García Belaúnde, Víctor Andrés. *Los ministros de Belaúnde. 1963-68, 1980-85*. Lima: Minerva, 1988.

Malachowski, Anita. «Las censuras en el primer Gobierno de Belaúnde». *Anita Malachowski* (blog). 21 de mayo de 2017. https://bit.ly/3loh7Md

Pásara, Luis. «PPK en camino hacia FBT». *Ideele*, n.º 266. https://bit.ly/3GcrTyN

Pi, Jaume. «El filibusterismo político y sus ejemplos más célebres». *La Vanguardia*. 8 de octubre de 2017. https://bit.ly/39GCjKN

Soto, Martín. «Javier Alva Orlandini: el hombre que pudo gobernar, *in memoriam*». *Caretas*. 11 de diciembre de 2020. https://bit.ly/3z4H8Iz

Ese hombre no es Jorge Chávez

Bonilla, Adrián (ed.). *Ecuador-Perú. Horizontes de la negociación y el conflicto*. Quito: Flacso, 1999. https://bit.ly/380BWdm

Historia del Ecuador. «Armamento usado en 1941». *Revisionismo Histórico del Ecuador* (blog). https://bit.ly/3wHiBpS

— «Jorge Aurelio Cerezo, el héroe olvidado que derribó el avión de José Quiñones Gonzales». *Revisionismo histórico del Ecuador* (blog). 6 de abril de 2018. https://bit.ly/3LAZrY5

Peru North. «Jose Quiñones - Peruvian Kamikaze Hero». *Peru North Blog*. 27 de setiembre de 2016. https://bit.ly/3MyVtAC

La traición de Torre Tagle

Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú (1822-1933).* Lima: Empresa Editora El Comercio, 2005-2006.

Castro, Jorge Luis. «El marqués Bernardo de Torre Tagle, ¿patriota o traidor? Torre Tagle y la independencia de Lambayeque». *Revista del Archivo General de la Nación*, n.º 32 (2017): 243-270. https://bit.ly/3ll7kGH

Chirinos Soto, Enrique. *Historia de la República (1821-1930)*. Tomo 1. Lima: AFA Editores Importadores S. A., 1985.

Gaviola, Gastón. *Perú batalla*. *Las historias que no te contaron*. Lima: Ediciones B, 2021.

***A hard day's night* en Lima**

Batalla, Carlos. «Episodio 1: Cuando el futuro rey de Inglaterra y su hermano Jorge conocieron Piura en 1931». *El Comercio*. 6 de noviembre de 2020. https://bit.ly/3LKaaQp

Batalla, Carlos. «Episodio 2: El príncipe de Gales y Jorge de Inglaterra no tuvieron ni un minuto libre en Lima». *El Comercio*. 11 de

noviembre de 2020. https://bit.ly/3sMW9uj

Bedoya, Jaime. «*The Crown*: la corona, el cebiche y su mamacita». *El Comercio*. 2 de diciembre de 2019. https://bit.ly/3NrruLa

El Reportero de la Historia. «Antología de Raúl Porras (XXV). Sátira política: cámara lenta. The Cholo Boys!». *Cátedra Raúl Porras Barrenechea* (blog). 27 de julio de 2007. https://bit.ly/3PysQWq

Gammon, Robert. *The Titans of the Pacific*. Leicestershire: Matador, 2017.

Grinberg, Paramount y Pathe Newsreels. «Wales Visits Peru - Lima, Peru - Nearing his journey's end! British heir stops off at capital on way south to open Buenos Aires fair». 9 de febrero de 1931. Video de Getty Images, 1:07. https://bit.ly/3LuPVWu

Talara Mi Orgullo. «El príncipe de Gales en Talara». *Talara Mi Orgullo*. https://bit.ly/3aarWPy

***The first* tecnócrata**

Bayly, Jaime. «El primer ministro y su azúcar en polvo». *Diario Las Américas*. 24 de julio de 2020. https://bit.ly/3yLJkEz

I. G. «Isabel Sartorius: "Mi madre me mandaba a comprar droga"». *El País*. 20 de febrero de 2012. https://bit.ly/3a1kvtO

León Moya, Carlos. «La caída de Kuczynski a través de Manuel Ulloa». *Reforma Agraria* (blog). *LaMula.pe*. 16 de abril de 2019. https://bit.ly/3sMYDsO

Orrego, Juan Luis. «El segundo momento del neoliberalismo en el Perú». *Ideele*, n.º 287. https://bit.ly/3sLtfem

Peirano, Luis y Sánchez, Luis Alberto. *Risa y cultura en la televisión peruana*. Lima: Desco, 1984. https://bit.ly/3MzH1sj

Redacción Quehacer. «Predicar con el ejemplo. Grandes hitos apristas». *Quehacer*, n.º 192, (octubre y diciembre de 2013): 8-21.

Velásquez, Renato. «Maki Miró Quesada: "Me gustaría que me juzgaran por el valor literario de mi obra"». *Cosas*. 13 de mayo de 2019.

Yagüe, María Eugenia. «La mala suerte de la madre de Isabel de

Sartorius». *El Mundo*. 25 de abril de 2009. https://bit.ly/3PIFn9M

Pollito fatal

Paredes, José Carlos. «El código la Pinchi». *Etiqueta Negra*, n.º 28.

Redacción Infobae. «A Montesinos le gustaban las "orgías"». *Infobae*. 28 de julio de 2005. https://bit.ly/3LvaNwX

Radacción La República. «Por contrabando y evasión de impuestos denuncian a Pinchi Pinchi». *La República*. 16 de enero de 2002. https://bit.ly/39xRtBT

Redacción La República. «Matilde Pinchi Pinchi lo confiesa todo». *La República*. 21 de mayo de 2005. https://bit.ly/3sOqqJr

Romero, César. «Sí, Jacqueline Beltrán presionó a Montesinos para liberar a hermano». *La República*. 5 de marzo de 2003. https://bit.ly/3G1uXNR

La escuela (pública) de la cumbia

Blanco Arboleda, Darío. *La cumbia como matriz sonora de Latinoamérica*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquía, 2018.

Clark, Walter Aaron. *From Tejano to Tango. Essays on Latin American Popular Music*. Nueva York: Routledge, 2010.

JMVR Oficial - Piura. «¡Feliz 70° Aniversario Escuela Superior de Música Pública José María Valle Riestra - Piura!». YouTube. 18 de setiembre de 2021. https://bit.ly/3PnHJe1

JMVR Oficial - Piura. «Presentación Escuela Superior de Música Pública José María Valle Riestra - Piura». YouTube. 27 de julio de 2021. https://bit.ly/3sLevMl

JMVR Oficial - Piura. «Aniversario Escuela Superior de Música Pública José María Valle Riestra - Piura». YouTube. 14 de setiembre de 2021. https://bit.ly/3Mt5PCd

Parra Valencia, Juan Diego (comp.). *El libro de la cumbia. Resonancias, transferencias y trasplantes de las cumbias latinoamericanas*. Medellín: Fondo Editorial ITM, 2019.

Ríos Correa, Fernando. *Entre congas y algarrobos: una aproximación al estudio de la cumbia piurana*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2011. https://bit.ly/38Ir04p

Amazónicas y tropicales aventuras de Leoncio Prado

Gaviola del Río, Gastón. «Buenos días, soy el coronel Leoncio Prado. Por favor, levanta tu carabina, ponla aquí en mi frente y dispárame». *Útero.pe*. 15 de julio de 2016. https://bit.ly/3sNzHkK

Milesi Sebástian, Sebastiano. «Un episodio del comandante Grau durante la guerra contra España». *Revista de Marina*, n.º 960 (2017): 50-53. https://bit.ly/3LAIPzQ

TVPerú. «Leoncio Prado». *Sucedió en el Perú*. 27 de noviembre de 2014. Video en TV.pe, 50:22. https://bit.ly/3LDHBUI

Útero.pe. «Las aventuras cubanas de Leoncio Prado». *Útero.pe*. 13 de abril de 2007. https://bit.ly/3PA5SOA

García, Pedro. «Leoncio Prado, el Corsario Mambí». *Granma*. 15 de julio de 1998.

¿Quién se robó las agendas de Nadine?

Sifuentes, Marco. *H&H. Escenas de la vida conyugal de Ollanta Humala y Nadine Heredia*. Lima: Planeta, 2018.

Corrupción de mierda

Bonilla, Heraclio. *Guano y burguesía en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1984.

Contreras Carranza, Carlos. «Trato o truco». *El Comercio*. 12 de noviembre de 2019.

Muecke, Ulrich (ed.). *The Diary of Heinrich Witt*. 10 tomos. Leiden: Brill, 2015.

Noejovich, Héctor Omar. «Política y finanzas públicas: el caso Dreyfus en el Perú del siglo XIX». *Papeles de Discusión*, n.º 10 (2013): 59-77. https://bit.ly/3NtOER9

Quiroz, Alfonso. *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: Instituto de

Estudios Peruanos, 2013.

The Inca Jews

Ben, Frank G. *A Travel Guide to the Jewish Caribbean and South America*. Gretna: Pelican Publishing Company, 2010.

Segal, Ariel. *Jews of the Amazon: Self-Exile in Paradise*. Philadelphia: The Jewish Publication Society, 1999.

Mochkofsky, Graciela. *La revelación: una historia real*. Buenos Aires: Planeta, 2007.

Schwartz, Bryan. «In Peru, descendants of Incas are trying to convert to Judaism». *JTA Daily News Bulletin*: p. 4 (4 de febrero 2002).

Schwartz, Bryan, Jay Sand, y Sandy Carter. *Scattered Among the Nations: Photographs and Stories of the World's Most Isolated Jewish Communities*. California: Weldon Owen, 2016.

Shave Israel. «Judíos incas». https://bit.ly/3IkWK2k

Útero de Marita. «La historia de los cajamarquinos judíos». Video de YouTube. 1 de agosto de 2008. https://bit.ly/3sKOc8U

El fundador olvidado

Contreras, Carlos. «Don Luis Carranza Ayarza». *El Comercio*. 14 de mayo de 2019. https://bit.ly/3LrhqQI

Gargurevich, Juan. *Prensa, radio y TV: historia crítica*. Lima: Horizonte, 1987.

— «Luis Carranza codueño y codirector de *El Comercio*». *Juan Gargurevich, cosas del periodismo* (blog). 10 de mayo de 2014. https://bit.ly/3FX9Kot

Miró Quesada Sosa, Aurelio. *Don José Antonio Miró Quesada*. Lima: Sucesión Aurelio Miró Quesada Sosa, 2003.

Reátegui, Eduardo. «Cáceres y Carranza». En *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, año 127, vol. 131 (2018): 13-22.

El vino colosal

El País. «Cable sobre la personalidad del presidente peruano». *El País*.

16 de diciembre de 2010. https://bit.ly/3Nf8cbM

Gorriti, Gustavo. «Cuestión de etiquetas». *IDL-Reporteros*. 16 de febrero de 2011. https://bit.ly/3Pvn4ok

— «El hombre que regaló vino a Alan García». *IDL-Reporteros*. 18 de febrero de 2011. https://bit.ly/3yLJXOr

Páucar Albino, Jorge. «Alan García sobre el Cristo del Pacífico: "Si quieren echarlo, échenlo"». *Redacción Mulera*. *LaMula.pe*. 20 de febrero de 2017. https://bit.ly/3Pxfdqs

Héroes vs. villanos

Andina. «Benedicto Jiménez afirma haber sido enlace entre Dincote y SIN por disposición de Fujimori». *Andina. Agencia de Noticias.* 11 de agosto de 2008. https://bit.ly/3sLFase

Comisión de la Verdad y la Reconciliación. «La década de los noventa y los dos Gobiernos de Alberto Fujimori». En *Informe final*. Lima: CVR, 2003.

— «Los actores armados». En *Informe final*. Tomo 2. Lima: CVR, 2003.

Godoy, José Alejandro. *El último dictador*. Lima: Debate, 2021.

Gorriti, Gustavo. «Por qué no votar por Fujimori». *Caretas*, n.º 1357. 6 de abril de 1995.

Peláez Bardales, José Antonio. «Expediente acumulado N.° 19-2001. Asesinato y otros. Sala Penal Especial. Lima. Dictamen N.° 2275-2007-1.ª FSP-MPFN». 29 de octubre de 2007.

Redacción La República. «El escuadrón de Fujimori». *La República*. 16 de diciembre de 2005.

Rospigliosi, Fernando. «Controversias». *Caretas*, n.º 1380. 14 de setiembre de 1995.

Silva Mendoza. «Acta N.° 32. Testimonio de Silva Mendoza». LUM. https://bit.ly/3G4i6ur

Útero. «Fujimori y la caída de Abimael». *Útero.pe*. 12 de setiembre de 2007. https://bit.ly/3GelfYR

Zambrano, Américo. «La traición». *Caretas*, n.º 2011. 24 de enero de 2008.

La magocracia

Esteves, Jorge. «¿Dios es peruano?». *Correo*. 16 de noviembre de 2021. https://bit.ly/3NquQ0V

Hoy. «Un adivino me dijo: "Serás presidente"». *Hoy*. 10 de abril de 2000. https://bit.ly/3sL7lrl

Meléndez, Carlos. *El informe Chinochet. Historia secreta de Alberto Fujimori en Chile*. Lima: Aguilar, 2018.

La inmaculada concepción de la cocaína

Delgado Matallana, Gustavo. *Daniel Alcides Carrión: mártir de la medicina peruana, héroe nacional, maestro de la medicina peruana, patrono de la medicina nacional*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2013.

Gootenberg, Paul. *Entre la coca y la cocaína. Un siglo o más de las paradojas de la droga en Estados Unidos y el Perú, 1860-1890*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2003.

— *Cocaína andina. El proceso de una droga global*. Buenos Aires: Eudeba, 2016.

Stucchi Portocarrero, Santiago. «Revisión de libro: Gootenberg P. "La invención de la cocaína: la historia olvidada de Alfredo Bignon y la ciencia nacional peruana (1884-1890)"». *Revista de Neuro-Psiquiatría*, vol. 73, n.º 2 (2010): 72-73. https://bit.ly/3a47NKR

Discípulos del Amauta

Ayala, José Luis. *Yo fui canillita de José Carlos Mariátegui. (Auto) biografía de Mariano Larico Yujra.* Lima: Kollao, 1990.

Melgar Bao, Ricardo. «José Carlos Mariátegui y los indígenas: más allá de la mirada, diálogo y traducción intercultural». *Boletín de Antropología Mexicana*, tomo 31 (1 de julio de 1995). https://bit.ly/3a3NsVX

Noriega, Julio. «Los retratos de José Carlos Mariátegui en el mundo andino». *Quehacer*, n.º 178 (2010). https://bit.ly/3yMse9C

Portocarrero, Ricardo. «Los escritos originales de Mariátegui». *Jacobin América Latina*, 31 de enero de 2021. https://bit.ly/3lsi7il

Sosa, Eduardo. «Anna Chiappe rememora su vida junto a José Carlos Mariátegui». *Cortinas de humo* (blog) - *LaMula.pe*. 1 de enero de 2017. https://bit.ly/3Lup9xG

Tauro del Pino, Albero. *Amauta y su influencia*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1974.

Gitanos en el Perú

Batalla, Carlos. «Gitanos en Lima: ¿cuánta xenofobia sufrieron de parte de los limeños en los años 20?». 13 de febrero de 2021. https://bit.ly/3NpD3lT

Pacheco, Juan José. «La llegada de los gitanos en Lima (1887- 1930)». Conferencia. Rincón de Historia Peruana. 27 de setiembre de 2020. Video, 35:44. https://bit.ly/39DGkj9

Pardo-Figueroa Thays, Carlos. «Los gitanos del Perú: imágenes, discriminación y caminos de integración (siglo XIX-XX)». En Rosas Lauro, Claudia (ed.). *El odio y el perdón en el Perú, siglos XVI al XIX*, 211-242. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009.

Rosas Lauro, Claudia. «Carlos Pardo-Figueroa Thays, *Gitanos en Lima. Historia, cultura e imágenes de los rom, los ludar y los calé peruanos*». *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. 15 de febrero de 2018. https://bit.ly/3G6PFMn

¡Que venga Galleta!

Amílcar Roncalla, Fredy. «¿Hablan los apus?». En *Hawansuyo Ukun Words*. Lima: Pakarina Editores, 2014.

Congreso de la República del Perú. «Segunda Legislatura Ordinaria de 2005. 3.ª sesión matinal. Jueves 16 de marzo de 2016». *Diario de los debates*. 16 de marzo de 2016. https://bit.ly/3wveGxv

Municipalidad Distrital de Canoas de Punta Sal. «La Municipalidad». Municipalidad Distrital de Canoas de Punta Sal. https://

bit.ly/3LmFYdO

Panamericana. «Toledo contrató a guitarrista como asistente de seguridad en Palacio». *Panamericana*. 23 de mayo de 2005.

— «Toledo y Karp gastaron más de 41 millones de soles solo en combustible para ir a Punta Sal». *Panamericana*. 9 de octubre de 2006. https://bit.ly/3yN4nqm

Plataforma GLR. «Recordando su primer trabajo hace 50 años, Alejandro Toledo limpió zapatos de un lustrabotas». *La República*. 14 de enero de 2001.

Redacción Caretas. «Mar de fondo: la carga de Rospi». *Caretas*, n.º 1733. 8 de agosto de 2002.

Redacción RPP. «Los más grandes escándalos que enfrentó el expresidente Alejandro Toledo». *RPP Noticias*. 9 de febrero de 2017. https://bit.ly/3NpdUrI

El detective Polo Campos

Congreso de la República del Perú. «Palabras de Mauricio Mulder en honras fúnebres al Sr. Armando Villanueva». 17 de abril de 2013. Video del Congreso de la República en YouTube, 11:59. https://bit.ly/3NkFI0g

Gallegos, Juana. «Augusto Polo Campos, postales de una vida». *Domingo - La República*. 21 de enero de 2018.

Huaroto Offenhauser, Gregorio. «Cuando llora la guitarra: Augusto Polo Campos (1932 - 2018)». *Arkiv*. 18 de enero de 2018. https://bit.ly/38DaTVU

Latina. «La huella de Armando». *Punto final*. 15 de abril de 2013. Video de Latina en YouTube, 2:26. https://bit.ly/38CJOCd

Nemovalse. «El valse "Cuando llora mi guitarra" fue inspirado en el talento de Óscar Avilés: así lo testimonia don Augusto Polo Campos, en una entrevista». *Nemovalse blog*. 28 de noviembre de 2019. https://bit.ly/3wslwUD

TVPerú. «Sucedió en el Perú: Augusto Polo Campos». 31 de octubre de 2016. Video de YouTube, 51:30. https://bit.ly/3wvDhT6

Vizcarrín, con mucho Swing

EFE. «¿Qué es el caso Richard Swing y por qué pone en jaque al Gobierno de Perú?». *Gestión*. 11 de setiembre de 2020. https://bit.ly/3NryWWq

Magaly ATV. «Richard Swing: El informe de *Magaly TV, la firme* que destapó el polémico caso». 11 de setiembre de 2020. Video de Magaly ATV en YouTube, 4:20. https://bit.ly/3wY5bpV

Redacción EC. «Audios de Martín Vizcarra: las frases más resaltantes sobre el caso Richard Swing». *El Comercio*. 11 de setiembre de 2020. https://bit.ly/3PuKrON

RPP Noticias. «Richard Cisneros: "Me están utilizando para un golpe de Estado"». 11 de setiembre de 2020. Video de RPP Noticias en YouTube, 26:18. https://bit.ly/3G12uaW

Swing, Richard. Canal de YouTube. https://bit.ly/3Py8Y5G

Tapia, Alejandro. «El *swing* de Vizcarra». *La Tercera*. 12 de setiembre de 2020. https://bit.ly/3sNAIcy

Toda peruanidad es un travestismo

Campuzano, Giuseppe. «Prólogo. Toda peruanidad es un travestismo». *Hemispheric Institute E-Misférica*. https://bit.ly/3LvTA6y

— «El Museo Travesti del Perú». *Decisio* (mayo-agosto, 2008): 49-53. https://bit.ly/3yQorbc

Chasasil, Arturo. «La huella que deja el artista *drag* Giuseppe Campuzano». *Túpac* (blog). 4 de enero de 2014. https://bit.ly/3yIL7Kw

Chueca, José Gabriel. «¿Quién es Giuseppe Campuzano?». *Poder 360°*. 25 de febrero de 2014.

Fuentes, Tatiana. «Entrevista a Giuseppe Campuzano». *Archivo Artea*. 23 de mayo de 2008. https://bit.ly/3yMGEGS

Godoy, Francisco. «"Travestirme de museo para travestir al museo": entrevista a Giuseppe Campuzano». *Arara*, n.º 11 (2013): 1-11.

Link, Daniel. «Historia americana». *Página 12*. 23 de julio de 2010. https://bit.ly/3wwJHRZ

López, Miguel. «Museo, musexo, mutexto, mutante: la máquina travesti de Giuseppe Campuzano». *Guggenheim* (blog). 9 de julio de 2014. https://bit.ly/3lmicUD

— «Museo Travesti del Perú se exhibe por primera vez completo en Europa». *Artishock*. 14 de abril de 2015. https://bit.ly/3LAuAv6

Rodríguez-Bencomo, Albeley. «El "cuerpo vibrátil" de Giuseppe Campuzano como lugar para una metodología artística e indómita». Índex. Revista de Arte Contemporáneo, n.º 5 (enero-junio 2018).

Miguel Grau vs. los hermanos Gutiérrez

Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. Tomo 7. Lima: Empresa Editora El Comercio, 2005-2006.

Chirinos Soto, Enrique. *Historia de la República (1821-1930)*. Tomo 1. Lima: AFA Editores Importadores S. A., 1985.

Ingunza Montero, Elizabeth. *El tren de la codicia*. Lima: Planeta, 2013.

Planas Silva, Pedro. «Miguel Grau: en defensa de la Constitución». En *Democracia y tradición constitucional en el Perú: materiales para una historia del derecho constitucional en el Perú*. Lima: Editorial San Marcos, 5 de noviembre de 2007.

Negra soy

Feldman, Heidi. *Ritmos negros del Perú: reconstruyendo la herencia musical africana*. Lima: Instituto de Etnomusicología (IDE) - PUCP, 2009.

— «Las mariposas. Victoria Eugenia Santa Cruz Gamarra». *Repercuté*. 14 de abril de 2021. https://bit.ly/39AAf6J

Santa Cruz Gamarra, Nicomedes. «Nicomedes Santa Cruz: 1925-1960». *Nicomedes Santa Cruz. Poeta, periodista y folklorista peruano.* https://bit.ly/3z2SkW7

Santa Cruz, Rafo. «Un Matalaché blanco». *Cimarrones Perú*. https://bit.ly/3NmCIjP

Santa Cruz Urquieta, Octavio. «Nicomedes Santa Cruz Aparicio». *La*

guitarra en el Perú. 30 de noviembre de 2009. https://bit.ly/39zkayi

No se lo digas a los compañeros

Angulo, Toño. *Llámalo amor si quieres. Nueve historias de pasión*. Lima: Aguilar, 2004.

Bergel, Martín. *La desmesura revolucionaria: cultura y política en los orígenes del Apra*. Lima: La Siniestra Ensayos, 2019.

Díaz Paredes, María Luz. *Las mujeres de Haya: ocho historias de pasión y rebeldía*. Lima: Planeta, 2007.

Godoy, José Alejandro. «La supuesta boda de Haya de la Torre». *José Alejandro Godoy* (blog). 15 de febrero de 2009. https://bit.ly/3slaBDW

Ramón Ribeyro, Julio. *Cartas a Juan Antonio: 1958-1970*. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1998.

Yrigoyen, José Carlos. *Orgullosamente solos*, 139-140. Lima: Penguin Random House, 2016.

Cayo Mierda, el Montesinos original

De la Flor Arbulú, Fernando. «Conversando con la historia: 70 años». *Caretas*. 29 de octubre de 2020. https://bit.ly/3NqvkEh

Lévano, César. «Entrevista con "Cayo Mierda"». *Caretas*. Lima, 14 de agosto de 1970.

Thorndike, Guillermo. «Alejandro Esparza Zañartu: el poder soy yo». *Los apachurrantes años 50*. Lima: Guillermo Thorndike Editor, 1960.

Torres Arancivia, Eduardo. *Buscando un rey. El autoritarismo en la historia del Perú, siglos XVI y XXI*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007. https://bit.ly/3wp9fAj

Vargas Llosa, Mario. *El pez en el agua*. Lima: Alfaguara, 2005.

El viejo lesbiano original

De la Riva Agüero, José. *Por la verdad, la tradición y la patria (opúsculos)*. Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1937.

Domínguez, Nicanor. «Fascismo a la peruana». *Noticias SER.pe*. 7 de abril de 2021. https://bit.ly/3Mw8bQz

Hampe, Teodoro. «La muerte y sus circunstancias: los últimos días de José de la Riva Agüero (1944)». *Boletín del Instituto Riva Agüero*, n.º 21 (1994): 85-109. https://bit.ly/3loCGMF

Huertas, Rafael y Ortiz, Carmen (eds.). *Ciencia y fascismo*. Madrid: Doce Calles, 1998.

Rivera, Víctor Samuel. «El marqués de Montealegre de Aulestia. Biografía española de un nacionalista peruano». *Escritos*, vol. 17, n.º 39 (2009): 410-449.

— *Tradicionistas y maurrasianos. José de la Riva-Agüero (1904-1919)*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, 2017.

Valcárcel, Luis. «El saludo nazi de José de la Riva Agüero y Osma». *Memorias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1981.

Villarías Robles, Juan. *El intelectual liberal vuelto fascista: el caso de José de la Riva-Agüero y el fascismo peruano*. Madrid: Ediciones Doce Calles, 1998.

Osito y Monky

Casa de la Literatura Peruana. «Video de homenaje a Juan Osorio y Hernán Bartra: la dupla Osito-Monky». 20 de setiembre de 2017. Video en Casa de la Literatura - YouTube, 11:34. https://bit.ly/3sGH6lN

— «Ha fallecido Hernán Bartra, un artista gráfico de avanzada». *Casa de la Literatura Peruana*. 4 de noviembre de 2020. https://bit.ly/3aaPhAF

Honores, Elton. «Después del fin: la historieta de ciencia ficción en el Perú». *Revista Iberoamericana*, vol. 83, n.° 259-260 (2017): 589-606. https://bit.ly/3FXcySm

Silva Huapaya, Raúl Eduardo. «El trazo mordaz, libre y comprometido: los humoristas gráficos Alfredo Marcos y Juan Acevedo y su

posición política de izquierda (1980-1990)». Tesis de licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014. https://bit.ly/3LGNMY9

El extraño caso de la Dra. Judith & Ms. Tigresa

Bazán, Paola. «La Tigresa del Oriente». *La ventana indiscreta*. 26 de noviembre de 2007. Video en La Tigresa del Oriente - YouTube, 9:51. https://bit.ly/3NvLpst

Canal N. «Tigresa del Oriente presenta biografía para jóvenes y personas de edad». *Canal N*. 1 de agosto de 2014. https://bit.ly/39xomi3

Pérez Andrade, Alfredo. «La otra Tigresa del Oriente: la felina que no colgó su video en YouTube». *Camaleón con Zapatillas* (blog). 25 de setiembre de 2009. https://bit.ly/3wvm8sv

Redacción El País. «La Tigresa del Oriente, de hija de la selva a reina de YouTube». *El País.com.co*. 14 de enero de 2016. https://bit.ly/3G6xmqO

Redacción Etiqueta Negra. «Manual para convertirse en una estrella de YouTube». *Etiqueta Negra*. 22 de noviembre de 2010.

Sanín, Andrés. «La historia de la Tigresa del Oriente». *Soho*. https://bit.ly/3luXwd2

Sifuentes, Marco. «La Tigresa del Oriente». Famosos peruanos en YouTube. 22 de marzo de 2008. Video en La Tigresa del Oriente - YouTube, 8:31. https://bit.ly/3wue37q

Pionera del desencanto

Mariátegui, José Carlos. «Magda Portal». *Isegoria* (blog) - *LaMula.pe*. 21 de setiembre de 2017. https://bit.ly/3G2nj5P

Portal, Magda. *La vida que yo viví. Autobiografía de Magda Portal.* Lima: Casa de la Literatura, 2017.

Tauro del Pino, Alberto. *Enciclopedia ilustrada del Perú*. Tomo 13. Lima: Peisa, 2001.

TVPerú. «Sucedió en el Perú: Magda Portal». 4 de marzo de 2019. Video de YouTube, 48:27. https://bit.ly/3z4UwMP

Vich, Víctor. «La poesía de Alan García. Nuevas aproximaciones críticas». *LaMula.pe*. 23 de enero de 2014. https://bit.ly/3FXkao0

Weaver, Kathleen. *Peruvian Rebel: The World of Magda Portal, with a Selection of Her Poems*. Pensilvania: Penn State Press, 2009.

Vladi *presents: Fujilovers*

AP Archive. «Peru: President Fujimori - Peru's most eligible bachelor». 21 de julio de 2015. Video de AP Archive en YouTube, 2:00. https://bit.ly/3adLnHe

Bianchi, Martín. «El día que la hija de Preysler coqueteó con Fujimori, el archienemigo de Vargas Llosa». *ABC*. 12 de junio de 2015.

Caracol Radio. «Fujimori, divertido con rumor de que se enamoró de una ex Miss Universo». *Caracol Radio*. 8 de setiembre de 1999. https://bit.ly/3sL4P4q

Core. «El día en que Alberto Fujimori le dio comida en la boca a Cecilia Bolocco». *El Desconcierto*. 26 de diciembre de 2017. https://bit.ly/3MxbDe1

EFE. «Biografía no autorizada cuenta secretos de Cecilia Bolocco». *El Espectador*. 5 de febrero de 2015. https://bit.ly/3wBAnLj

Gilbert, Abel. «Las mujeres de Fujimori». *El Periódico*. 24 de setiembre de 2007. https://bit.ly/3yOpDM7

Landaeta, Laura. *Reina de corazones. Biografía no autorizada de Cecilia Bolocco*. Santiago de Chile: Planeta, 2015.

La Nación. «Alberto Fujimori. No hay dos sin tres». *La Nación*. 7 de noviembre de 1999. https://bit.ly/38Fsj4b

Orbe. «Esposa de Fujimori dice que su matrimonio con él fue por conveniencia». *La Tercera*. 17 de agosto de 2008. https://bit.ly/37YU07R

Latina. «Jessica Newton: ¿es Rosa Elvira Cartagena una de las *misses* más mentirosas?». *El valor de la verdad*. 14 de abril de 2019. Video de Latina.pe en YouTube, 12:37. https://bit.ly/3wu1s4m

Redacción El Tiempo. «Fujimori y Chábeli de la mano». *El Tiempo*. 26 de febrero de 1996. https://bit.ly/3acPJ1j

Gisela Valcárcel: Nuestra Reina. «Gisela Valcárcel / Cecilia Bolocco / Alberto Fujimori - Teleamor 1995». 21 de junio de 2016. Video de Gisela Valcárcel: Nuestra Reina en YouTube, 1:23. https://bit.ly/3lmSRtV

¿Quién mató a Manuel Pardo y Lavalle?

Ayllón Dulanto, Fernando. «Juan Pardo y Barreda». Museo del Congreso y de la Inquisición. https://bit.ly/3818KD4

Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. Tomo 7. Lima: Empresa Editora El Comercio, 2005-2006.

Cornejo Foronda, David. *Don Manuel Pardo y la educación nacional. Contribuciones al estudio de la educación peruana.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1953.

Gómez García, Juan Guillermo. «Las dos Españas de Manuel González Prada». Conferencia Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: Viejas y Nuevas Alianzas entre América Latina y España, 2006. https://bit.ly/3sNBdmW

Mc Evoy, Carmen. *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919).* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997.

Redacción EC. «El atentado contra Manuel Pardo». *El Comercio*. 23 de julio de 2021. https://bit.ly/3Mt5vmS

Rojas, Rolando. *Cómo matar a un presidente: los asesinatos de Bernardo de Monteagudo, Manuel Pardo y Luis M. Sánchez Cerro*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2018.

Tauro del Pino, Alberto. *Enciclopedia ilustrada del Perú*. Tomo 12. Lima: Peisa, 2001.

Una prostituta de fantasía

Bromley, Juan. *Las viejas calles de Lima*. Lima: Fondo Editorial de la Municipalidad de Lima, 2019.

Falen, Jorge. «¿Cuántos hogares peruanos tienen a una mujer como

jefa de familia?». *El Comercio*. 24 de noviembre de 2017.

Roberts, Katherine. «Capītulo 2: El caso de Rosario». En *Lima obrera: 1900-1930*, compilado por Steve Stein. Tomo 2. Lima: El Virrey, 1987.

Rescatando lo mandinga

Adriazola Silva, Juan Carlos. «Lo negro y la negritud en las tradiciones de Palma». *Aula Palma*, n.º 17 (2018): 371-419. https://bit.ly/3yGE6tI

Díaz Falconí, Julio. *Los padrinazgos de Ricardo Palma*. Lima: Papel de Viento, 2007.

Cisneros, Renato. «Escritos sobre la piel. La literatura afroperuana existe, solo que no la estamos mirando». *Somos - El Comercio*. 6 de junio de 2020.

Holguín, Oswaldo. *Páginas sobre Ricardo Palma (vida y obra)*. Lima: Universidad Ricardo Palma, 2001.

Midlo Hall, Gwendolyn. *Slavery and African Ethnicities in the Americas: Restoring the Links*. Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 2007.

Pérez Garay, Carlos. *Liberalismo criollo: Ricardo Palma, ideología y política (1833-1919).* Lima: Editorial Universidad Ricardo Palma, 2015.

Subirana Abanto, Katherine. «El pasado de Ricardo Palma que pocos conocen». *El Dominical - El Comercio*. 6 de octubre de 2019.

Tauro del Pino, Alberto. *Enciclopedia ilustrada del Perú*. Tomo 12. Lima: Peisa, 2001.

Los Prado y los Rockefeller

Colby, Gerard y Dennett, Charlotte. *Thy Will Be Done: The Conquest of the Amazon: Nelson Rockefeller and Evangelism in the Age of Oil*. Nueva York: Open Road Media, 2017.

Punto Final. «El imperio Rockefeller». *Documentos. Punto Final*, n.º 81 (17 de junio de 1969): 1-16. https://bit.ly/3sOO2h4

Petroblogger. «Historia del petróleo en el Perú. Parte 1».

Petroblogger.com. Blog sobre la industria del petróleo y gas natural. 6 de febrero de 2013. https://bit.ly/3NmE9Pf

The New York Times. «Manuel I. Prado, 47, Minerals Executive». *The New York Times*. 11 de noviembre de 1967.

Una relación tóxica

«Paz Perú & Sendero Luminoso Comité Central 3 dic 1993». 2 de julio de 2008.Video de Comeveli en YouTube, 3:57. https://bit.ly/3wtLW8g

Comas, José. «El jefe de Sendero Luminoso admite su derrota y pide la paz al presidente de Perú». *El País*. 10 de octubre de 1993. https://bit.ly/3lsHiRR

Comisión de la Verdad y la Reconciliación. «Capítulo 5. PCP-SL 1992-2000». En *Informe final*. Tomo 2. Lima: CVR, 2003.

Congreso de la República del Perú. «Transcripción del video n.° 876. Reunión Dr. - Don - Visita. Del 14 de abril de 1998». Archivo Digital Audiovisual del Congreso. 21 de mayo de 2001.

Contrapunto. «Reunión de Montesinos con Abimael Guzmán en isla San Lorenzo». Video de LUM, 15:29. https://bit.ly/3wrorwC

El Diario Internacional. «Primer encuentro entre Gonzalo y Montesinos». *El Diario Internacional.com*. 22 de agosto de 2007. https://bit.ly/3PuQqDj

López, Milton. «Jon Lee Anderson: "Abimael Guzmán y Vladimiro Montesinos son dos caras de una misma moneda"». *RPP Noticias*. 10 de agosto de 2018. https://bit.ly/3LxPPgV

Redacción Perú21. «Carlos Tapia: el "acuerdo de paz" con Sendero Luminoso». *Perú21*. 1 de octubre de 2016. https://bit.ly/3NpIstm

Secretos mal guardados

Clavero, Ángel Jorge. «Un constructor masón de la independencia peruana». https://bit.ly/3FZ3zQu

González Ramírez, Virgilio. «Breve historia de la Gran Logia de los Antiguos, Libres y Aceptados. Masones de la República del

Perú». Gran Logia del Perú. https://bit.ly/3MsSzxp

Gran Logia de los Antiguos, Libres y Aceptados Masones de la República del Perú. *Apuntes sobre la masonería en el Perú, su acción en la guerra de la Independencia y su evolución hasta la fecha. Relación de la solemne actuación con que la Gran Logia celebró tan trascendentales efemérides*.

— «Documento que acredita que Miguel Grau fue masón». *Gran Logia de los Antiguos, Libres y Aceptados Masones de la República del Perú*. 22 de mayo de 2013. https://bit.ly/3wtqdNQ

Mollès, Dévrig. «Nacimiento y desarrollo de la esfera masónica en América Latina (1717-1914)». En Annecchini, Mariana, Pozuelo, Yván y Ana María T. Rodríguez (eds.). *Estudios de la masonería en América Latina y el Caribe (siglos XIX y XX).* Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, 2020.

Orrego Sevilla, Juan. «Apuntes de un masón peruano llamado Francisco Bolognesi, miembro y representante del Gran Oriente del Perú fundado el 27 de marzo de 1862». *La Casa del Masón* (blog). 7 de junio de 2010. https://bit.ly/3PybGbm

Padrón Iglesias, Alfredo. «La masonería, un punto sombrío en la trayectoria de Francisco de Miranda». *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, vol. 61 (2015): 13-30.

Páucar Albino, Jorge Luis. «CNM Audios: masones suspenden a cuestionados magistrados por “comportamiento ajeno a la moral”». *Redacción Mulera*. *LaMula.pe*. 16 de julio de 2018. https://bit.ly/3G3pRRd

Sánchez, Luis Alberto. *La literatura peruana: derrotero para una historia cultural del Perú*. Tomo 3. Lima: P. L. Villanueva, 1973.

Santiago del Solar, Felipe. «Masones y sociedades secretas: redes militares durante las guerras de independencia en América del Sur». *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, vol. 19 (2010). https://bit.ly/3lmllUr

Valdivia, María Inés. *El liberalismo social en el Perú: masones, bomberos, librepensadores y anarquistas durante el siglo XIX*. Lima: Asamblea Nacional de Rectores, 2010.

Traducciones infernales

Adanaqué Velásquez, Raúl, Zapata Leonardo, Susan y Huapaya Garriazo, Jorge. «El Instituto Lingüístico de Verano a través de la correspondencia entre las familias Townsend y Valcárcel (1946-1988)». *Investigaciones Sociales*, vol. 15, n.º 27 (2011): 213-282. https://bit.ly/3lsoDpj

Atamain Uwarai, Liseth. «Iinia nuwa, la mujer en la sociedad awajún». *Servindi*. 8 de marzo de 2019. https://bit.ly/3LvilzU

Calvet, Louis-Jean. «Evangélisation et impérialisme culturel». *Le Monde Diplomatique*. 1981. https://bit.ly/3lsW0Ze

Instituto Lingüístico de Verano. «El ILV empezó a trabajar en las Américas en 1934, primero en México, después en otros países de Sud, Centro y Norteamérica». ILV SIL Perú. https://bit.ly/3Lu8Dh1

Maclean y Estenós, Roberto. *Sociología peruana.* México D. F.: Instituto de Investigaciones Sociales - Universidad Nacional Autónoma de México, 1959.

Romio, Silvia. «La visión de la bandera. Memorias oníricas awajún sobre la construcción de una sociedad de frontera en la Amazonía peruana». *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol. 25, n.º 2 (2020): 69-90. https://bit.ly/3NpgYDZ

Sifuentes, Marcos. *Casi bicentenarios: una selección de mentes y experiencias peruanas sobre el año que cambió al mundo*. Lima: Planeta, 2021.

Stoll, David. «The Summer Institute of Linguistics and Indigenous Movements». *Latin American Perspectives*, vol. 9, n.º 2 (1982): 84-99. https://bit.ly/3sHxlnF

Nos mataron el chiste

Basadre Grohmann, Jorge. *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. 18 vols. Lima: Empresa Editora El Comercio, 2005-2006.

Cabel, Andrea. «El espacio del reencuentro». *De un Silencio Ajeno* (blog) - *LaMula.pe*. 28 de setiembre de 2017. https://bit.ly/3wstYTV

Derrama Magisterial. «¿Y quién fue Leonidas Yerovi?». *Derrama Magisterial*. 11 de febrero de 20016. https://bit.ly/3Lr0FFj

Olivera La Rosa, Mariano. «Resucitar en escena: Leonidas Yerovi tras cien años de su muerte». *Cosas*. 24 de marzo de 2017. https://bit.ly/3MsTv4T

Redacción EC. «Historia congelada: Leonidas Yerovi, febrero de 1917». *El Dominical - El Comercio*. 15 de febrero de 2017. https://bit.ly/3LqaAuU

Tamariz, Domingo. «Leonidas Yerovi: un iluminado». *Caretas*. 16 de febrero de 2017. https://web.archive.org/web/20170914124914/ https://bit.ly/3MwhYq2

Viguria, Carlos. «Leonidas Yerovi: el otro rostro del poeta». *Perú21*. 26 de noviembre de 2017. https://bit.ly/3Iq8NeM

Yerovi, Nicolás. «El legado de Leonidas Yerovi». Video en PUCP - YouTube, 1:40. https://bit.ly/3NsU1A1

Mi peste dámela bubónica y endémica

Cueto, Marcos. *El regreso de las epidemias: salud y sociedad en el Perú del siglo XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000.

Laguna-Torres, Alberto y Gómez Benavides, Jorge. «La peste en el Perú». *Revista Peruana de Medicina Tropical*, vol. 9, n.º 1 (2004): 89-98. https://bit.ly/3IpBUyP

Mestanza, Christian. «La historia de cómo la temible peste bubónica llegó al Perú y los daños que causó». *El Comercio*. 20 de febrero de 2019. https://bit.ly/3LwsNXC

Pachas, Paul, Mendoza, Leonardo, González, Dana, Fernández, Víctor y Céspedes, Manuel. «Control de la peste en La Libertad, Perú». *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, vol. 27, n.º 3 (2010). https://bit.ly/3PuRQ0D

Palma, Patricia. «Racismo en los tiempos de epidemia». *Revista del Instituto de Defensa Legal*. 22 de marzo de 2020.

Mick y Monique

Galarza, Sergio. «El Rolling Stone y la *vedette* y otras historietas en el

país de los incas». *Etiqueta Negra*. Agosto de 2002.

Amaya, Laura. «¿Sabes qué música prefieren escuchar los peruanos?». Instituto de Estudios Peruanos. 28 de setiembre de 2020. https://bit.ly/3Nph3rh

Redacción EC. «En la selva no hay *rockstars*». *El Comercio*. 26 de febrero de 2016. https://bit.ly/3yLP29x

En la celda se acurrucan los rincones

González Viaña, Eduardo. *Vallejo en los infiernos*. Trujillo: Universidad César Vallejo, 2007.

Hart, Stephen. *Vallejo. A Literary Biography*. Rochester: Tamesis, 2013.

Patrón Candela, Germán. *El proceso Vallejo*. Lima: Fondo Editorial del Poder Judicial del Perú.

Sánchez León, Danilo. «Mañana arde Santiago». *Letras-Uruguay*. 2012. https://bit.ly/3sLvsqa

Vallejo, César. *Obra completa*. Madrid: Allca XX, 1997.

Vásquez Coronel, Luis. «César Vallejo. El proceso penal seguido al poeta universal». *LP Pasión por el Derecho.* 15 de abril de 2020. https://bit.ly/3NmHqhG

Marco Sifuentes

(Lima, 1979) Periodista y escritor. Conocido en Internet como @ocram. Actualmente, es director del podcast *La Encerrona*. Fue el creados de los portales web de noticias *Útero.pe* y *La Mula*. Entre otros, es autor de los libros *Casi bicentenarios*, *La Encerrona*, *H & H* y *K.O. P.P.K.*

Encuéntranos en:



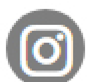










Foto: Miluska Zavaleta





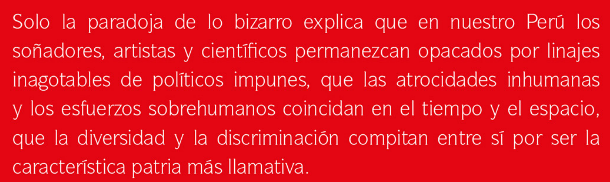




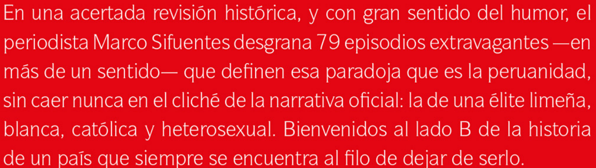
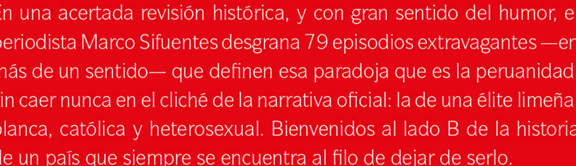





Nicolás de Piérola, Victoria Santa Cruz, Abraham Valdelomar y Laura Bozzo son los abanderados de la blanquirroja en *Perú bizarro*. Juntos, pero nunca revueltos, ellos y muchos más conforman —mal que nos pese— el mismo equipo. Ese conjunto que, a pesar de desplegar un dudoso juego, confía en clasificarse matemáticamente al Mundial, mientras entona el segundo himno nacional más bonito sobre la faz de la Tierra.



Solo la paradoja de lo bizarro explica que en nuestro Perú los soñadores, artistas y científicos permanezcan opacados por linajes inagotables de políticos impunes, que las atrocidades inhumanas y los esfuerzos sobrehumanos coincidan en el tiempo y el espacio, que la diversidad y la discriminación compitan entre sí por ser la característica patria más llamativa.

En una acertada revisión histórica, y con gran sentido del humor, el periodista Marco Sifuentes desgrana 79 episodios extravagantes —en más de un sentido— que definen esa paradoja que es la peruanidad, sin caer nunca en el cliché de la narrativa oficial: la de una élite limeña, blanca, católica y heterosexual. Bienvenidos al lado B de la historia de un país que siempre se encuentra al filo de dejar de serlo.











ISBN: 978-612-319-764-3